Felicia Kingsley

Escándalo en Hollywood



ALFAGUARA

Felicia Kingsley

Escándalo en Hollywood

Traducción de
Manel Martí Viudes

ALFAGUARA

Dedicado a quien habla a nuestras espaldas.
Y a los que estáis detrás

A todos nos gusta chismorrear, pero a nadie le gusta ser protagonista del chismorreo.

Atribuido a Elsa Maxwell

Mis asuntos me aburren mortalmente; prefiero ocuparme de los asuntos de los demás.

Oscar Wilde


HOLLYWOOD
LINCOLN HEIGHTS
Pasadena
El Monte
Covina
Bel Air
BEVERLY HILLS
Downtown LA
Malibu
Santa Mónica
Venice Beach
LAX
Long Beach
Laguna Beach
LOS ANGELES
LINCOLN HEIGHT
Santa Mónica
LAX
Downtown LA
San Francisco
CALIFORNIA
Las Vegas
Los Angeles

Capítulo 1



Hayden

La verdad no existe, solo es la versión de los hechos que escogemos creer. Y, por lo general, suele ser la que más nos gusta.

Mi trabajo consiste en seleccionar las versiones que gustarán, en complicidad con un tempo impecable y una red de fuentes fidedignas, todo ello sin ensuciarme las manos.

Que soy bueno, no es que solo lo diga yo, lo dicen las cuatro semanas seguidas que mi libro —*El Un-Holywood, las confesiones inconfesables de las estrellas*— lleva en lo más alto de las listas de superventas; lo dicen los millones de entradas diarias en mi sitio web y lo dice el récord de oyentes de mi pódcast.

Lo dice *Los Angeles Times*, que en la edición de esta mañana me ha dedicado una doble página en la sección de Cultura. Los intelectuales ya han puesto el grito en el cielo, pero tengo una mala noticia para ellos: el *gossip* también es cultura.

Que soy bueno, también lo dirá Elsie Kepler, cuando me entreviste dentro de una hora en *Show Don't Tell*, su programa de televisión, siempre en la cima de los índices de audiencia. Cuando la Kepler te convoca como invitado principal, quiere decir que lo has conseguido.

Siempre que llegues a la hora.

Biii-biiip. Biii-biiip.

El plasta que tengo detrás no para de tocar el claxon. No debe ser de Los Ángeles. Si lo fuera, sabría que no sirve de nada.

—¡Mueve el culo! —grita asomando la cabeza por la ventanilla.

Confirmado, no es de Los Ángeles.

Se calcula que un angelino pasa una media de sesenta y dos horas en embotellamientos, con lo cual tienes dos opciones: o sufres una crisis nerviosa cada vez que te pones al volante, o te adaptas al ritmo de la ciudad y le sacas el mayor provecho.

Mi receta para sobrevivir es medio litro de *iced coffee* para llevar, *playlist* de música para entendidos y la capota del coche bajada: de este modo, hasta el infierno de la Harbor Freeway resulta soportable.

Pero una llamada entrante interrumpe «Break On Through», de The Doors, y la voz de Jim Morrison es sustituida por la de Corey, mi representante.

—Solo buenas noticias —le respondo.

—Pues sí que te parezco previsible. ¿Ni siquiera un triste «Hola, ¿cómo estás?» o un «¿Qué hay de nuevo?»?

—¿Necesitas mimitos, Corey?

—Me conformo con los preliminares.

—Seguro que me perdonas si te llevo a cenar fuera.

—No me parece un gran sacrificio, teniendo en cuenta que lo incluirás en la cuenta de gastos.

—Eso no es cierto —miento.

—Pusiste en la cuenta de gastos hasta mi regalo de cumpleaños, Hayden.

—Soy un hombre práctico —respondo a modo de justificación.

—Pues si eres tan práctico, ¿por qué aún no has llegado a los estudios de *Show Don't Tell*? Elsie y yo llevamos media hora aquí esperándote —me regaña, impaciente—. Estoy seguro de que ni siquiera has salido.

—Eso no es verdad, voy de camino. Ya tengo el rascacielos en mi campo visual.

—Seguro que acabas de salir —se reafirma, cortante.

—La culpa es tuya, te pedí que no concertaras citas antes de mediodía —le recuerdo—. Yo trabajo de noche.

—Según el navegador, de Santa Mónica al Downtown se tarda media hora. No te pongas dramático, cualquiera diría que estás atravesando el Gobi a lomos de un mulo.

—¿Aún no entiendes que no debes guiarte por los tiempos que marca tu navegador neoyorquino? Aquí se necesita el tiempo que se necesita, y llegaré cuando llegue —le replico armándome de paciencia, mientras tomo un sorbo de café. Corey hace tres años que vive en California, y aún razona como si siguiera en Greenwich Village.

—¡Podrías coger el metro!

—El metro es para los ratones y para quienes viven en una ciudad húmeda, oscura y apestosa como Nueva York.

—¿Me estás llamando ratón?

—Te estoy diciendo que no existe ningún motivo para enterrarse en el subsuelo prematuramente, cuando puedes gozar del sol, del azul del cielo, de la sombra de las palmeras y del perfume del mar.

—Si tengo que seguir oyéndote declamar versos de tercero de

primaria, te aumentaré la comisión. Es que lo tuyo es cosa de locos, ¿de qué te sirve conducir un Porsche si siempre acabas metido en un atasco de tráfico?

—En un atasco de tráfico, pero al lado de un Corvette con dos chicas en biquini —puntualizo mientras las saludo con un gesto que ellas me devuelven.

—En cualquier caso, te llamaba por dos temas importantes: número uno, la Octagon Media quiere comprar espacios publicitarios en tu sitio web.

—Ya tenemos un contrato estupendo con Amazing Streaming —le recuerdo—. Más que estupendo. Con lo que me pagaron en publicidad me he comprado el apartamento en The Palm, una de las zonas residenciales más lujosas de Santa Mónica, con vistas al mar.

—Sí, pero el año que viene vence el contrato, y la Octagon nos ofrece una cifra de seis ceros por promocionar su plataforma.

—Ya sabes que soy un sentimental, y no sé decirle que no a un cheque como ese. —No hace falta insistir mucho para convencerme —. ¿Y el segundo?

—He hablado con el brazo derecho de Larson, el mandamás de ABS. Quiere tenerte como colaborador fijo en su programa estrella del viernes por la noche. Está al corriente de lo que haces, tus profecías sobre quién se casará, quién se divorciará…

—No —respondo tajante—. Las profecías solo son para mi pódcast. Si prescindo de ellas, todo se vendrá abajo.

—¡Pero estamos hablando de *Thank God It's Friday*! ¡Tiene casi la misma audiencia que *Saturday Night Live*!

—No —repito.

—Solo diez minutos por programa.

—Ni aun así.

—Mira que te lo pagarían muy bien.

—Solo faltaría que me pidieran hacerlo gratis.

—Hayden, piénsatelo: televisión, cobertura nacional.

—No y no.

—Me acabarás provocando una gastritis, Hayden. ¿Qué digo?, pero si ya la tengo. Mi trabajo es hacerte saltar a la fama, no dedicarme a recolectar ofertas de los anunciantes, como el párroco al final de la misa. Hoy son diez minutos en televisión, mañana puedes ser el copresentador, y dentro de dos años tendrás tu propio programa… ¿Quieres seguir siendo un personajillo de la web todo el tiempo? Vale, solo tienes que decírmelo, y entonces sabré para quién estoy trabajando. Yo vine a Los Ángeles por ti, te descubrí, te he hecho crecer, pero, si ahora me niegas esa posibilidad, será mejor que haga las maletas y vuelva a Manhattan.

Ya estamos, el viejo truco de la tentativa de chantaje por dimisión.

—Me lo pensaré —le indico, ventilando el asunto del único modo indoloro que conozco, es decir, sin darle una respuesta.

—¿De verdad? —Su voz suena cargada de esperanza.

—De verdad. —Por fin la fila de coches empieza a circular; fuera cual fuese la causa, el atasco se ha disuelto—. Ya vuelvo a circular; enseguida estoy ahí.

—¡Eh, Míster 911! —grita una voz femenina a mi izquierda. Es una de las chicas en biquini, que se asoma por la ventanilla del pasajero. Extiende un brazo y me lanza un paquete de chicles.

Me subo las gafas de sol hasta la frente, la miro indeciso y ella me indica con un gesto que lo abra. Tras lo cual, el coche, que ya tiene el camino despejado, me adelanta, y las dos chicas desaparecen entre el tráfico.

El paquete no contiene chicles, sino una nota con dos nombres, acompañados de unos números de teléfono. Bethany y Fiona.

¿Esta mañana ya os he dicho que soy el amo de Los Ángeles?



Otro motivo para amar Los Ángeles, aparte de las chicas en biquini, es lo fácil que resulta aparcar. O puede que yo sea un tío con suerte, porque, las pocas veces que dejo que Corey conduzca, nunca encuentra una plaza y se pone paranoico. Aprecio a Corey, pero creo que tendré que buscarle un nuevo psicólogo —el regalo de cumpleaños del que hablaba—, porque tengo la impresión de que no lleva bien lo de su estrés.

Los estudios de *Show Don't Tell* están ubicados en un rascacielos que perfora el terso azul de la mañana con su punzante aguja, en la única área de la ciudad donde los edificios crecen en vertical, en lugar de en horizontal.

Al haber nacido y crecido en San Francisco, estaba acostumbrado a ver los rascacielos pegados los unos a los otros, muy juntos, para aprovechar al máximo la lengua de tierra que se extiende sobre el mar, y en la que se agolpan casi diez mil personas por kilómetro cuadrado, pero, cuando llegué a Los Ángeles para estudiar Comunicación y Periodismo en la Escuela Annenberg, adscrita a la USC —la Universidad del Sur de California—, tuve la sensación de que por primera vez entendía lo que realmente significaba respirar.

Esto, entre otros motivos, me indujo a quedarme.

Con mi café en una mano y los números de Bethany y Fiona en el bolsillo de la camisa, me dirijo a la recepción del edificio para obtener una acreditación.

El vestíbulo está atestado de gente que va y viene, dentro y fuera de los ascensores, y subiendo y bajando las escaleras mecánicas, pero me percato de que el equipo encargado de la seguridad se mueve como una masa compacta, en formación de

asalto.

—Buenos días —saludo a uno de los vigilantes—. West, para Elsie Kepler. Soy uno de los invitados al programa.

El hombre —en la tarjeta que lleva prendida de la solapa del uniforme pone «Antoni»— consulta el ordenador.

—West… West… Necesito su documentación. Hayden West. —En cuanto acaba de pronunciar mi nombre completo, abre los ojos de par en par y los clava en mi rostro—. ¡¿Hayden West?! ¡¿«Ese Hayden West?! —Señor, te lo ruego, ojalá no haya puesto en ridículo a alguno de sus ídolos. Cuando lancé la primicia del escándalo que habían protagonizado los jugadores de la NFL, por poco pierdo el pellejo, con todos aquellos hinchas enfurecidos. Mi post les costó la descalificación a tres jugadores de los equipos que iban en cabeza, y los Pacific Storm, sin su *quarterback* estrella, perdieron la Super Bowl.

Estoy vivo de milagro.

Pero yo no tengo la culpa de que unos jugadores que cobran verdaderas fortunas sean codiciosos hasta el punto de amañar los resultados de los partidos para ganar aún más, haciendo apuestas ilegales.

—Sí, soy yo —confirmo sin poder disimular mi pánico.

—¡El rey del chismorreo! —exclama entusiasmado, ahuyentando con ello todos mis temores—. Gracias por darles una buena tunda a esos bravucones de los Pacific Storm.

Sin añadir nada más, se levanta una pernera del pantalón y me enseña un calcetín con el escudo de los San Francisco 49ers. Puede que Los Ángeles sea mi ciudad adoptiva, pero el equipo que llevas en el corazón no lo cambiarías por nada. Y, en cualquier caso, si los hinchas de los Storm, de los Voltage y de los Tornado me quieren ver muerto, todos los aficionados de los equipos rivales me querrían

hacer presidente.

—Solo he hecho mi trabajo.

—Mi mujer lo adora, ¡si supiera que usted está aquí…! ¿Me permitiría el atrevimiento de pedirle un autógrafo?

—Voy a llegar tarde al programa.

—Tengo el periódico de hoy —dice, agitando la página que me ha dedicado *Los Angeles Times*, y me tiende un bolígrafo—. «Para Robyn».

Al parecer no tengo escapatoria, de modo que accedo.

—«Para Robyn» —repito, concentrado en escribir la dedicatoria en diagonal sobre mi foto, que aparece en el centro de la página—. «Con afecto de Hay…».

—¿Puede firmar como «Wild Wild West»?

—Hum, *Wild Wild West* es el nombre de mi página —objeto.

—Así se entiende mejor.

—Ya está —le digo, devolviéndole el bolígrafo y el periódico—. ¿Puedo irme ya?

—Necesito ver su documentación —me recuerda.

—Yo diría que mi identidad está más que confirmada.

—Si por mí fuera no habría problema, pero esta mañana se ha colado un intruso fingiendo que era un técnico del aire acondicionado que venía a hacer el mantenimiento de las oficinas de Bracknell & Bradbury. Y resulta que, cuando ha llegado, el abogado Bracknell ha dicho que no esperaba a ningún empleado de mantenimiento.

—¿Por eso el equipo de seguridad está en alerta?

—Sí. No lo hemos visto salir, de modo que aún debe de estar en el edificio.

—Vaya, pues se ha metido en la boca del lobo. —Le paso mi carnet de conducir, consciente de que ahora ya se está haciendo

muy tarde, y mi elegante retraso se ha convertido en un retraso grosero—. Hasta luego.

Antoni me pasa una tarjeta de esas que se cuelgan del cuello, con la palabra «visitante».

—Planta veinticinco.

Entro en el ascensor bajo la amenazante mirada del personal de seguridad, pulso el botón 25 y espero a que suba. Las puertas se cierran, pero la cabina no se mueve.

Pulso varias veces el botón, que sigue rojo, sin que en la pantalla aparezca la cuenta atrás del ascenso. Puede que no necesiten un técnico para el aire acondicionado, pero sin duda sí que necesitan uno para los ascensores.

Doy un brinco del susto que me provoca un estruendo inesperado que resuena en la caja del ascensor, seguido de un golpe y la consiguiente sacudida que hace temblar la cabina.

Un terremoto, ahora, no. Quienes viven en California saben que lo hacen en una zona sísmica, están acostumbrados, y todos sabemos que, durante esta década, o en la próxima, habrá «uno muy bestia», pero esperárselo no significa que este sea el mejor momento para verificarlo.

Existen tres lugares en los que nadie querría encontrarse durante un terremoto: en la última planta de un rascacielos, sentado en el váter o atrapado en un ascensor. ¿Y dónde estoy yo? Exacto.

En cuanto cesa el temblor, la cabina empieza a ascender, pero, una vez que llega a la planta, las puertas no se abren. Fantástico.

Pulso el botón de emergencia para que alguien me saque de aquí. Ya tengo un mensaje de Corey en el móvil.

«¿Dónde narices estás? Elsie empieza a impacientarse».

«El terremoto ha bloqueado el ascensor», respondo.

«¿Un terremoto? No me vengas con gilipolleces».

Corey está al límite de sus fuerzas.

Me dispongo a responderle cuando uno de los cuatro paneles del techo del ascensor se mueve, cae a mis pies y lo esquivo de milagro. Por un centímetro, no me da en la cabeza.

Pero mi sorpresa aún es mayor cuando una persona aparece en el hueco del techo.

Bueno, sería más correcto decir media persona, puesto que está colgando cabeza abajo, debatiéndose como si hubiera quedado encallada: es un tío con sombrero, bigote y un peto azul de Super Mario, que farfulla para sí frases tipo «Mierda», «Joder», «Ya casi lo tenía».

—¿Necesita que le eche una mano? —le pregunto.

—Todo bien, gracias —responde con una voz que suena muy poco masculina.

—Si usted lo dice…

Que conste que yo me he ofrecido.

Super Mario se sacude de nuevo para tratar de liberarse, pero lo único que consigue es que se le salga el pelo de la gorra, dejando al descubierto cuando lo hace una larga cabellera castaña. ¿Quién soy yo para juzgarlo?

Se le acaba de caer el móvil del bolsillo frontal del peto.

A modo de salvapantallas lleva una foto de Katherine Graham, la histórica directora del *Washington Post*.

Solo conozco a una persona tan obsesionada con Katharine Graham como para llevarla de fondo de pantalla en el móvil. Una persona con una larga melena castaña. Y es la segunda catástrofe más destructora de Los Ángeles después de un terremoto.

—¡Cortez! —exclamo—. Veo que después de todos estos años por fin has decidido dejarte crecer el bigote. Te queda bien. Puede que un poco demasiado a lo Groucho Marx, pero al menos te hace

parecer mayor de edad.

Capítulo 2



Sofía

¡Ay, Dios…!

Ojos azules, cabello oscuro, camisa azul celeste, mueca de complacencia. Lo reconozco incluso cabeza abajo.

Hayden West, no. Hoy, no.

Capítulo 3



Hayden

Ella, que aún sigue cabeza abajo, me mira fijamente, boquiabierta, y murmura:

—¡Ay, Dios…!

—Tampoco hay que exagerar; con Hayden es suficiente.

—Que te jodan, West —me suelta, con ese aire aguerrido que es su marca registrada.

—Ahora sí te he reconocido

A causa del calor y del sudor, el bigote postizo se le despega del labio y revolotea hasta el suelo como una mariposa negra.

Nuestro amistoso reencuentro se ve interrumpido por el equipo de seguridad, que fuerza la puerta del ascensor.

—¡Aquí está el intruso! —exclama el primero que entra, señalando a Sofía—. La intrusa.

Sumo dos más dos y ya lo veo claro.

—¿Técnico de aire acondicionado? —le pregunto—. Has tardado lo tuyo, pero por fin has decidido renunciar al periodismo y emprender una carrera sólida y seria.

—¿Tú, precisamente, me hablas de seriedad? ¿Con tu página web de clasificación de residuos?

—Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

—Le pido disculpas, señor West —me interrumpe el segundo miembro de la seguridad, aún más confuso que el primero—. Pero… ¿Se conocen?

—¡NO! —exclama ella.

—De la universidad —respondo—, pero creo que miss Cortez preferiría quedarse en ropa interior antes que reconocer que me conoce.

—Puedes apostar lo que quieras, West.

—Entonces ¿no es su cómplice? —trata de aclarar Seguridad 1.

Doy un paso atrás y alzo las manos.

—Jamás.

—Sigo aquí arriba, por si no lo habéis notado —protesta ella.

—¿Te has metido ahí tú sola, o me equivoco? Entonces no sé de qué te quejas. Bajas, y punto, ¿no?

—¡Estoy atascada! La cinturilla del peto se me ha enganchado en las molduras de metal del techo del ascensor.

—Adelante, bajémosla —se dicen entre sí los otros dos miembros de seguridad. La sujetan por la cintura y tiran de ella, sin resultados —. Está muy atascada.

—Ya os lo dije —comenta ella con un suspiro.

—Démosle un tirón fuerte y seco, a la de tres —ordena el jefe del grupo.

—Uno, dos… ¡¡¡Tres!!!

¡Raaasss!

Sofía aterriza en el suelo, tras oírse un ruido de tela rasgada, solo con la mitad superior del peto puesta, totalmente deshilachada. La parte inferior, que sigue en el techo, ahora cuelga del agujero.

Sofía trata de estirar todo lo que puede los jirones que aún conserva de la prenda, pero resultan insuficientes para cubrirle las bragas.

«All you can eat» —Come cuanto quieras—, reza una inscripción bordada en la zona del pubis, sobre una fresa situada estratégicamente.

Miro a Sofía, Sofía me mira a mí, y se sonroja hasta las orejas. Sabe que lo he leído.

—Vamos, señorita Cortez, el director quiere verla —le ordena Seguridad 2—. Por favor, entréguenos su móvil para que podamos revisar el contenido.

—No lo tengo, lo he perdido —miente ella—. Registradme, si no me creéis.

Esa es la Sofía Cortez que conozco: altiva y desafiante, incluso con el culo al aire.

Me agacho, recojo el teléfono del suelo y se lo paso a los agentes.

—¿No será este, por casualidad?

Seguridad 1 lo coge y lo examina.

—Conque lo había perdido, ¿eh? Vamos, tenemos algunas preguntas que hacerle, y será mejor que las responda —le advierte mientras tira de ella para sacarla del ascensor.

Sofía se vuelve hacia mí.

—Capullo —masculla entre dientes.

—De nada —le respondo guiñándole un ojo antes de que abandone la cabina, en la planta veinticinco.

Detrás de aquel caótico grupo distingo a Corey, que me mira

perplejo.

—¿Qué estabas haciendo en el ascensor con una tía en bragas? Espero que tengas una buena explicación.

Capítulo 4



Sofía

—Recuérdamelo, Sofía, ¿de cuántos edificios te han echado en Los Ángeles? —me pregunta Oliver, el director del periódico para el que trabajo.

Estamos en su despacho, después de que haya acudido a «rescatarme» de los guardias de seguridad del cuartel general de Bracknell & Bradbury.

—De cuarenta y uno —respondo mirando al suelo.

—De cuarenta y dos, si contamos aquel café de Venice Beach.

—Que conste que estaba fuera del Brunchies —puntualizo, ofendida—. ¡Y, además, no podían echarme de la playa, que es suelo público!

—Te hiciste pasar por malabarista.

—Sé voltear naranjas en el aire. —Hasta cuatro, para ser precisos.

—¡Y esta vez te colaste en los conductos de ventilación! Te lo advierto, Sofía, otro de tus numeritos circenses y te meto en la sección de Meteorología —me dice a modo de amenaza—. Cúbrete con esto —añade, pasándome su impermeable negro—. En un cuarto de hora tenemos consejo de redacción.

No es la primera vez que hago frente a un contratiempo, pero soy una periodista de investigación, ¡mis métodos no son convencionales! Puede que haya cometido algún error de cálculo, pero estaba a un paso de salir indemne y con una exclusiva de primera página.

Desde luego, si hubiera sabido que iba a destrozarme el peto y a quedarme atrapada en el hueco de un ascensor, habría escogido mejor mi lencería esta mañana, pero resulta imposible calcular todas las variables.

Y, por supuesto, no podía imaginarme que Hayden West estaría en aquel ascensor.

El condado de Los Ángeles tiene una extensión de doce mil puñeteros kilómetros cuadrados, en los que viven casi trece millones de personas, pero hoy él tenía que estar justamente allí, en mi ascensor. Esta vez Michelle me la paga. Michelle, mi compañera de piso —no somos amigas, solo nos une la necesidad de tener un techo bajo nuestras cabezas y de pagar a medias un alquiler que no nos obligue a vender nuestros órganos en el mercado negro—, tiene la mala costumbre de usar todas mis cosas como si fueran suyas. Incluidas las bragas. En el cuarto de baño tenemos una cómoda con la ropa interior, con un cajón para ella y otro para mí. En teoría.

—¿Has cogido tú las últimas bragas limpias? —le he preguntado cuando he salido de la ducha y he visto que mi cajón estaba vacío.

—Es que todas las mías estaban sucias.

—¿Y no se te ha ocurrido lavarlas?

Claro que no, y por eso he tenido que ponerme un tanga de lo más vulgar, que me regalaron en la inauguración de un sex shop. ¿Y por qué estaba yo en la inauguración de un sex shop? Pues… porque había bufet libre, no creo que sea necesario dar más explicaciones.

Yo soy de llevar ropa interior sobria, pero conservaba esta prenda debido a una fatal combinación de premisas que mi madre y mi abuela me inculcaron desde niña: «es gratis» + «nunca se sabe». Y, por desgracia, lo del «nunca se sabe» ha tenido que cumplirse precisamente hoy. Y él lo ha visto. Me ha visto en bragas, y con un bigote postizo, por si fuera poco.

En la sala de reuniones ya están todos los colaboradores alrededor de la mesa. Oliver es el único que permanece de pie. Me fijo en que los colegas me miran y a su vez intercambian miradas fugaces entre ellos, de modo que ya se ha corrido la voz.

—Te he guardado una silla —me susurra Cindy, la única a quien había informado de mi misión. No solo me ha guardado la silla, sino que también me tenía preparado un bloc de notas, un bolígrafo, un paquete de pañuelos de papel, gel desinfectante y un zumo. Al parecer, como tiene cinco hijos, sabe anticiparse perfectamente a las necesidades de los demás. Se ocupa de la sección de Economía, pero empezamos a trabajar en *Hollywood y Alrededores* al mismo tiempo, hace cuatro años, y es la primera vez desde entonces que no la veo embarazada.

—¿Estás bien, Sofía?

—Más o menos —farfullo semioculta tras el vaso de zumo.

—Bien, ahora que ya estamos todos, podemos empezar —dice Oliver—. El punto fundamental de esta reunión es el siguiente: la Octagon Media nos ha dejado, y era nuestro principal anunciante. Aunque la verdad es que todos los demás también se están marchando. ¿Y quién paga nuestros gastos? Los anunciantes que

compran los espacios publicitarios en la web. ¿Y qué exigen los anunciantes para comprar espacios publicitarios en nuestra web?

—¡Yo lo sé! —exclama Kim levantando la mano—. Clics. Quieren clics.

—Era una pregunta retórica, Kim —le explico—. Todos sabemos qué quieren los anunciantes.

—Clics —corrobora Oliver—. Y están en continuo descenso.

El jefe está haciendo hincapié en una obviedad. Hace meses que lo sabemos, pero hacemos como las azafatas durante una turbulencia: sonreímos y nos mostramos tranquilos. Mientras ninguno de nosotros entre en pánico, la impresión general es que no hay de qué preocuparse.

Pero ahora ya no sonríe nadie.

—El consejo de administración del grupo editorial se reunió el miércoles: nos dan seis meses para recuperar el cincuenta por ciento de los contratos que teníamos el año pasado, o cierran el periódico —nos informa Oliver—. Se admiten ideas.

—Yo podría encargarme a tiempo completo de los temas de sociedad —se ofrece Kim.

Abro la boca para decir algo al respecto, pero Cindy apoya la mano en mi brazo y me lanza una mirada elocuente. Sabe lo que pensaba comentar: que Kim ya pasa todo su tiempo con temas de sociedad, por lo que no sería un gran cambio. Y siempre acaba endilgándole trabajo a alguien para poder terminar sus artículos de salud, bienestar y belleza. Y ese alguien soy yo, y podrían darme un título por todo lo que he aprendido sobre inyecciones de colágeno, ácido hialurónico de alto y bajo peso molecular, todas las clases de péptidos existentes y vitaminas, hasta para realzar los senos.

—Tendríamos que ser los primeros en obtener las exclusivas —sigue diciendo Oliver, dirigiéndose a quienes nos encargamos de la

sección de Actualidad: Norton, Drew, Trish y yo. Norton cubre Sucesos, Drew, Política, y Trish, Extranjero.

—¡Ya lo tengo! —exclamo.

Oliver alza los ojos al techo.

—Como ya sabes, estoy siguiendo la alarmante falta de viviendas que está asolando Los Ángeles desde hace diez años. La soga se estrecha cada vez más y los precios de las viviendas están por las nubes. Tenemos viviendo en nuestras calles a un cuarto de los sintecho de todo Estados Unidos; familias enteras pernoctan en sus coches, en los aparcamientos de los supermercados…

—Gracias, Sofía, pero ya lo sabemos. Todos vivimos en Los Ángeles, por si no lo recuerdas.

—Pues entonces sabrás que la Administración se comprometió a construir viviendas subvencionadas, pero ya ha pasado el doble del tiempo que dijeron que tardarían en edificarlas, y no están acabadas ni la mitad; además, los costes se han disparado. Bien, pues sospecho que Bracknell & Bradbury, el despacho de abogados, está actuando de intermediario para adquirir un terreno que debería destinarse a viviendas subvencionadas, y en el que su cliente, por el contrario, pretende edificar el enésimo complejo residencial de superlujo. Esta mañana he estado allí, me he identificado como «técnico de aire acondicionado», y cuando he llegado a sus oficinas me he metido en los conductos de ventilación del falso techo para poder grabar sus conversaciones —les explico entusiasmada—. Nadie lo sabe, seremos los primeros…

—La crisis de la vivienda no es ninguna novedad. Cualquiera te respondería que el complejo de superlujo activa la economía, y las viviendas de protección oficial, no —concluye Norton en tono fúnebre.

—Es un artículo que ya está muerto antes de que empieces a

escribirlo —remata el jefe—. Si tanto te importa, úsalo para tu blog, como has hecho con otros artículos.

—Nunca me tomas en serio —mascullo cruzándome de brazos.

—Me las tomo demasiado en serio tus batallas, pero, por muy nobles que sean, no tienen ningún interés para los lectores: la crisis del fentanilo, la degradación de Skid Row…

—¡He hablado con una sintecho que toma anfetaminas todas las noches para mantenerse despierta, para que nadie entre en su tienda y la viole mientras duerme! —le replico, apuntándole con el dedo.

—La suciedad en los bosques… —sigue enumerando.

—La maleza y los árboles muertos los convierten en barbacoas a punto de arder… —argumento en mi defensa. Disfruté mucho con aquella investigación: me hice pasar por agente forestal durante una semana—. ¿Me estás diciendo que los incendios forestales no le interesan a nadie?

—Lo dicen los números, Sofía, no lo digo yo, y, aunque aprecio tu perseverancia, aquí debemos mantener en pie un periódico, y nosotros no decidimos lo que quieren los lectores. Los delitos y los crímenes sostienen las columnas; siempre hay algún escándalo político al que Drew puede recurrir, y a Trish no le faltan las tensiones internacionales —responde con cara seria—. Entre los NFT, los bitcoin y Dios sabe qué más, Cindy sigue prometiendo nuevos modos de hacerse rico, y Kim, con la salud y la belleza, ya va servida. Estamos en *Hollywood y Alrededores*, ¡todo el mundo anda tras la receta de la belleza y la juventud eternas! El círculo se estrecha, Sofía.

—¿Esta reunión no será para decirme que ya no sirvo para nada? Porque no me parece muy elegante echarme a la calle delante de todos.

—No, pero debes pensar en lo que puedes ofrecer realmente al periódico para que salga a flote —me replica Oliver, apoyando las palmas de las manos sobre la mesa.

—Te he recitado todo mi historial, ¿qué más quieres?

—Chismorreos —responde sin pestañear.

—¿Qué chismorreos?

—Desde que Devin fue trasladado a Florida, no contamos con nadie que se dedique a los escándalos, a los cotilleos y los dramas de las estrellas, dentro de lo que llamamos *Hollywood y Alrededores*. ¡Y ya no digamos en el mismo Hollywood!

—¿No te parece que ya hay bastantes sitios que se dedican a eso? —objeto.

—No, puesto que los que ya existen obtienen unas cifras astronómicas y crecen de día en día. ¡Mira *Wild Wild West*!

¡No, por favor! Otra vez, West, no.

—Estoy abonada a su canal exclusivo con los espóileres incluidos —exclama Kim—. Se entera de todo antes que nadie.

—Necesitamos hacer lo mismo que hace West —sostiene Oliver con mucho convencimiento.

—Muy bien, pues que lo haga Kim —propongo.

—Yo ya me encargo de Sociedad —me replica ella—. No puedo hacerlo todo.

—Sofía. —Oliver parece estar al límite de sus fuerzas.

—Todos debemos pagar impuestos, hacer la compra, enviar a los hijos al colegio…

—No pretendas hacerme pasar por una heroína solo para incitarme a escribir de traseros reconstruidos y de traiciones. Mi ego no lo precisa.

—Tu ego no, pero el periódico sí. O lo haces tú, o encontraré a otro que lo haga, y entonces sí que ya no servirías para nada.

—Sofía —me susurra Cindy. No dice nada más, pero tampoco hace falta. El tono de su voz es una mezcla de «tranquilízate» y «sé razonable».

—Vale. La investigación de Mar Vista me la reservo para mi Telegram en *streaming*. Después no me vayáis detrás pidiéndomela cuando se convierta en un contenido de interés. ¿Quieres chismorreos? Pues te daré chismorreos —claudico, con la boca del estómago luchando desde ya contra la acidez—. Pero con una condición: si dentro de seis meses la cantidad de clics vuelve a ser aceptable para permitir que el sitio siga abierto, volveré a mis investigaciones.

—Entretanto, concéntrate en los cotilleos y ya hablaremos dentro de seis meses —responde Oliver, inamovible.

Volvemos a nuestros escritorios con las instrucciones claras, todos a una en busca de titulares sensacionalistas.

En caso de duda, hay que preguntarle a Kim, la reina del *clickbait*: con las palabras «sexo», «sangre» o «tragedia» siempre encuentra el modo de convertir un artículo flojito en el Armagedón.

Todos hemos leído el código ético sobre la transparencia en los titulares, pero en realidad nadie lo respeta.

—¿Cómo lleváis lo de los bailecitos? —nos pregunta Kim, irrumpiendo en el despacho que compartimos Cindy y yo.

El suyo está enfrente del nuestro, pero casi siempre está aquí con nosotras.

—¿Por qué? —me intereso, temiéndome lo peor

—Como nueva *social media manager* de HeD, quiero asegurarme de que todos estamos a la última para poder ser virales. Sería conveniente que nos aprendiéramos algunas coreografías para publicarlas, sobreimpresionando nuestras noticias.

—No —le respondo.

—¿No sabes bailar? —me pregunta, parpadeando de asombro—. Los puertorriqueños deberíais llevar la música en la sangre.

—Costarricense —la rectifico—. Mi madre es de Costa Rica, no de Puerto Rico.

Kim me mira frunciendo el ceño.

—Bueno, en cualquier caso, eres latina.

—Costa Rica se encuentra entre Panamá y Nicaragua. Puerto Rico es una isla del Caribe; ni siquiera están cerca.

—¡Ahora no me sermonees en plan racista! ¡Que yo soy medio china!

—Pues por eso, es como si yo dijera que China y Japón son lo mismo…

Mi explicación cae en el vacío, a juzgar por su mirada carente de interés.

—Kim, ¿no crees que podríamos emplear las redes sociales de un modo más orgánico, en lugar de bailando? —interviene Cindy para apaciguar el enfrentamiento que está a punto de producirse.

—Si «Nuestra Señora de las Investigaciones» aquí presente no despreciara tanto los cotilleos y se dedicara a encontrar noticias jugosas, incluso podríamos llegar a tener una columna fija.

—No los desprecio. —Mentira—. Lo que pasa es que no me interesan.

—Para empezar, podrías echarle un vistazo a *Wild Wild West* —me sugiere Cindy. Antes o después, su espíritu constructivo acabará matándome.

—O también podríamos echarle un vistazo directamente a Hayden West. —Kim se apropia del teclado de mi ordenador y teclea el nombre. Estupendo, ahora Hayden West aparecerá en mi cronología—. ¡¿Eh?! ¿Qué me decís? —West me guiña un ojo,

apoyado en el lateral de su Porsche Carrera azul, a toda página.

—Ya sé qué pinta tiene West. Una pinta de mierda —respondo ignorando la pantalla.

—Gira un poco el monitor —le pide Cindy, y de pronto me siento molesta porque esta vez no está de mi parte. Kim la complace, y mi amiga resplandece de admiración.

—Felicidades a su madre.

Le lanzo una mirada cargada de despecho que ella no capta.

Dejo que Cindy y Kim se deshagan en halagos, que me hacen sangrar los oídos, sobre lo elegante que es West —ya puede serlo: con una familia tan rica como la suya, yo también parecería el heredero al trono británico—, sobre lo anchos que tiene los hombros, sobre el marcado perfil de su mandíbula y la boca tan bien delineada…

—La belleza no es un mérito en sí mismo —sentencio, esperando que mis palabras sean tomadas en serio.

—¿Sabes cómo lo llaman? —le pregunta Kim, ignorándome—. Míster 911.

—¿Como su coche? Qué patético —refunfuño.

—911 no es un modelo de coche. —Kim deja escapar una sonrisita maliciosa, con los labios tensos y un mohín pícaro—. 911 es una medida, Sofía.

—¿Una medida? —pregunta Cindy.

—Añade una coma detrás del 9 y la palabra «pulgadas» detrás del 11.

—¿Qué es lo que mide 9,11 pulgadas? —inquiere mi amiga.

—Has tenido cinco hijos, usa un poco la imaginación.

Cindy me mira primero a mí, después a Kim, y por fin coge una regla de plástico y señala con los índices cuánto son 9,11 pulgadas.

—911 no es una medida. Es el número de teléfono que deberás

marcar a la mañana siguiente, porque seguro que no podrás sostenerte sobre tus piernas.

¿De verdad estamos hablando de las proporciones del pene de Hayden West? La jornada no podría estar yendo peor.

—Me lo han confirmado distintas fuentes —insiste Kim—. Claro que lo bueno sería poderlo comprobar en persona. Sé que suele ir a El Cielo Club, donde se reúnen las celebridades, pero solo he logrado entrar una vez, y esa noche no estaba. ¡Qué lástima!

—Perfecto, ¡ahí va una idea, Sofía! —exclama Cindy—. ¡Esta noche te presentas en El Cielo!

—¿Para hacer qué? ¡Además, esta noche tengo mi Telegram en *streaming*!

—No creo que nadie lo eche de menos —me replica Kim, muy tajante.

—Ve a recoger el material para escribir tus artículos de chismorreos —me apremia Cindy—. ¿Recuerdas? El periódico, pendiendo de un clic, despidos…

Una vez finalizados tan convincentes argumentos, Kim se baja de mi escritorio y sale del despacho.

—Felicidades, en caso de que logres salir en la lista.

—¿Y qué debo hacer para que me pongan en ella?

—Te pasaré mi contacto, pero tú reza todas las oraciones que sepas.

—Gracias, Kim.

—Oh, no. Esto no es un favor. Es un intercambio: tú harás los bailecitos para mí.

Capítulo 5



Hayden

Elsie me muerde el labio inferior con ferocidad. Me ha arrastrado hasta su camerino y, tras cerrar la puerta con llave, se ha abalanzado sobre mí.

Estoy bastante seguro de que podría hablarse de falta de consentimiento por mi parte, pero también es cierto que, durante las pausas, entre una toma y otra, hemos flirteado sin pudor.

Sobre todo ella, y yo le he seguido la corriente.

—Tengo tu libro en mi camerino. ¿Te importaría firmarme un autógrafo? —me ha preguntado mientras nos quitaban los micrófonos. He aceptado su invitación, pero reconozco que no soy tan ingenuo como para haberme creído que realmente quería que le firmase *El Un-Holywood*.

Elsie es una exniña prodigio de programas infantiles y una exreina de series para adolescentes, en las que trabajó hasta que

fue imposible hacerla pasar por una jovencita de diecisiete años. Finalmente, se casó con el productor de la serie, pasando de novia de América a esposa ideal de América, y acabó volviendo al candelero como presentadora de *talk shows*, en los que sigue contando con el cariño del público, que nunca ha dejado de quererla.

Ella y su marido se ponen los cuernos mutuamente desde hace años, pero son una pareja demasiado poderosa para divorciarse; son ricos, pero no tontos.

Elsie era el sueño de todo chico de mi generación en plena tempestad hormonal —incluido yo—, y, aunque solo era cinco años mayor que yo, parecía que fueran veinte.

Hoy en día, la diferencia de edad no se nota, y gracias a las evidentes ayudas de la cirugía estética conserva su imagen de entonces; por mi parte, aunque ya no estoy enamorado de Elsie, esta cita improvisada satisface las ansias de mi yo adolescente. Puede que resulte patético, pero desafío a cualquiera que esté en mi lugar a decir «No, gracias, no me interesa».

Sus manos me hurgan por todas partes, famélicas, mientras la sujeto por la cintura y la apoyo en la puerta, invirtiendo nuestras posiciones, con sus piernas rodeándome las caderas.

—¿También pondrás esto en tu dedicatoria? —me pregunta entre jadeos.

—Nunca escribo sobre mí.

—¿Con cuántas mujeres has estado?

Esta pregunta también me la ha hecho durante la entrevista, pero no he respondido.

—Tienes ganas de saberlo, ¿eh? —le digo en broma, mientras la ayudo a desabrocharme el pantalón, pues le está costando con esas uñas tan largas que lleva—. ¿Por qué te interesa tanto?

—Porque quiero saber si soy la cazadora o la presa.

—¿Tú qué quieres ser?

—Creía que era la cazadora, pero ahora ya no estoy tan segu… Ah…

Se le rompe la voz cuando la acaricio a través de las bragas.

Y, de pronto, mi cerebro me retrotrae a la imagen de Sofía con el peto de electricista y su tanga con la inscripción «All you can eat».

Vuelvo a verla colgada cabeza abajo, con el bigote, y a Katharine Graham, impetuosa y altanera a pesar de estar con el culo al aire, rodeada de cuatro hombres…, y estallo en una carcajada.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Elsie.

—De nada… Yo…

—¿Te ríes de mí? He hecho algo que…

—¡No! Es que me he acordado de algo que ha pasado esta mañana en el ascensor —la tranquilizo—. Había una tía que…

Elsie me planta las manos en el pecho y me atrae hacia sí.

—Estás pensando en una tía que te has encontrado en el ascensor cuando estás a punto de follarme —me suelta, indignada.

—No era en ese sentido; ha sido una situación extraña. Ella iba en bragas… —sigo explicándole, pero Elsie libera las piernas de mis caderas y se baja la falda.

—¡Y encima iba en bragas!

—No me hacía nada.

—Muy considerado por su parte.

Desbloquea la cerradura y abre la puerta, tras la cual aparece Corey con el puño en alto, como si estuviera a punto de llamar.

—Eres un imbécil, Hayden. Vete con la tía de las bragas.

Y se marcha, desapareciendo por el pasillo sin volverse.

Corey se la queda mirando, después me mira a mí y a continuación la bragueta de mis pantalones.

—No sé si quiero saberlo.

Me subo la cremallera de un tirón y me abrocho los pantalones.

—¿Vamos a almorzar?



—Has estado muy bien con las respuestas en la entrevista. Esta noche prevén que se disparará la audiencia —me informa Corey mientras nos sentamos frente a dos platos de ensalada de aguacate —. Lástima que ahora también te hayas granjeado la enemistad de Elsie.

—De enemistad, nada. Ha sido un malentendido. Mándale unas flores, junto con mis excusas.

—Su cara no me ha parecido de esas que se suavizan con un ramo de flores. ¿Qué lío has montado esta vez con la tía del ascensor? ¿Quién era esa chiflada?

—Una a la que hacía años que no veía —respondo mientras tomo un bocado, a la espera de que Corey diga algo, pero él está esperando a que contextualice—. Ambos íbamos a la Escuela Annenberg de la USC.

—¿Una periodista? —pregunta, sorprendido—. ¿Y os habéis acostado?

—Pero ¡qué dices! ¡¿Yo, acostarme con Cortez?!

—¿Y yo qué sé? Solo pregunto…

—Sofía Cortez es una plasta de campeonato. Dirigía el periódico universitario, el *Daily Trojan*, y publicaba artículos en mi contra, un día sí y otro también.

—¿Qué me dices? ¿De entre todas las chicas del campus había una que no idolatraba al presidente de los Eta-Delta-Theta?

—Si había alguien que odiaba las fraternidades, era precisamente ella. ¿Sabes? Era una de esas activistas obsesionadas con la abolición de los privilegios y otras gilipolleces por el estilo. Ya

te digo. Imagínate, al día siguiente de que me nombraran presidente de Eta-Delta-Theta, le puso el siguiente título al artículo: «"Waste" es el nuevo presidente». «Waste», es decir, «desecho» —le aclaro, para que capte mejor el concepto.

—¿El nuevo presidente es «basura»? Me parece un juego de palabras genial.

—¿Puedes hacerme el favor de no ponerte de su parte? Eres mi representante; yo soy quien te paga.

—Tienes razón, perdona… Pero ¿qué hacía la tal Cortez dentro del ascensor, y en bragas?

—No lo sé, pero, fuera lo que fuese, era ella. —Me doy golpecitos en la sien con el dedo—. Nunca ha estado muy bien de la azotea.

—¿Dónde trabaja ahora?

—Con seguridad, en una de esas redacciones de poca monta —respondo encogiéndome de hombros—. ¿Dónde están mis nachos con queso?

—Le he dicho a la camarera que no los trajera mientras estabas en el cuarto de baño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Me preocupa tu colesterol: solo comes porquerías y apenas te mueves. No necesitas perder peso, pero debes mejorar tu estilo de vida: desde mañana vendrás a entrenar conmigo.

—Yo ya practico deporte: con la ansiedad que me provocas, es como si hiciera cardio. ¿Lo oyes? —Me acerca la muñeca—. Seguro que estoy a ciento veinte.

—No te lo crees ni loco.

—Pues no pienso hacerlo. Los calisténicos me dais miedo. ¿Cómo lográis levantar todo el peso de vuestros cuerpos con los dedos?

—Pasaré por tu casa a las nueve. Hoy irás a comprarte un

chándal —me ordena, y le respondo con un gesto amenazante.

De pronto, me suena el teléfono, interrumpiendo la conversación.

—Mi madre.

—¿Por qué le contestas siempre, si no la soportas?

—Porque es más fácil responder y darle la razón que desviar doscientas veces sus llamadas. Contigo también lo hago. ¡Hola, mamá!

—Hayden, ¿cómo estás? ¡Te he visto en el periódico de esta semana!

—Deja que lo adivine, has enviado a tu asistente a secuestrar todos los ejemplares de *Los Angeles Times* para que no lo vea ninguno de tus amigos.

—No seas tonto, sabes que estoy contenta de tu éxito; siempre has sido un chico inteligente y determinado. También es cierto que hubieras podido emplear mejor tu inteligencia y tu determinación, como hizo tu primo Nathan.

—¿Para qué me has llamado, mamá? —le pregunto sin rodeos. No me apetece escuchar un panegírico de Nate. Lo quiero como si fuera mi hermano mayor, y le daría un riñón si lo necesitase, pero, de los dos, él es el que siempre lo hace todo bien, y el modelo a seguir.

—Necesitaría que comprobases algo por mí —responde, yendo directa al grano.

«Comprueba», en su idioma, significa «pásame chismorreos bajo mano acerca de ciertas personas sobre las cuales necesito obtener información reservada». No soy el hijo del que presume en las cenas con sus amigas, pero, cuando lo necesita, sabe a quién recurrir.

—¿Sobre quién?

—La sobrina de Abrahams.

—¿Vuestro competidor en las primarias del partido a las presidenciales?

Sé de quién está hablando, pero quiero que me lo confirme.

—Sí. Al parecer, la dulce Celine, que es la novia de uno de los delfines del ala católica, tiene una aventura con un personaje poco recomendable. Un rapero.

Eso también lo sé. A Celine le queda pequeña la vida de buena chica, siempre de casa a la iglesia, y viceversa, y la he visto moverse en el círculo de Kit Supreme, un rapero con unas letras y un pasado muy controvertidos.

—¿Buscas una confirmación o un desmentido?

—Abrahams no es el candidato adecuado, tiene ideas anticuadas y no confía en las bases. Sería imposible gestionar su campaña. No tiene madera para llegar a Washington. Los West nunca apostamos por el caballo perdedor.

—Ya lo he pillado, necesitas que pierda votos en las primarias —concluyo sin que ella lo diga—. ¿Y crees que bastará con Celine?

—Cuenta con muchos apoyos, así que toda ayuda es poca para despejarle el camino a Johanna Mosly. ¿Podrías hacérmelo saber cuanto antes?

—A ver qué encuentro. —¿Para qué decirle que ya tengo un abultado archivo con material sobre Celine? Mejor hacerla esperar; si no, pensará que mi trabajo es demasiado fácil.

—Gracias, tesoro.

—Esta noche soy el invitado de *Show Don't Tell* —le informo—. Échale un vistazo, si te apetece.

—Oh, Hayden, esta noche ceno con los patrocinadores de la campaña de Johanna, así que no podré. Puede que recupere el programa en *streaming*.

—Sí, puede —respondo cuando ella ya ha colgado.

Corey me mira con aire culpable: mientras yo hablaba con mi madre, ha hecho que le traigan unos nachos, y le cae un hilillo de chédar por los labios. No lo reprendo por ello; es más, yo también cojo uno.

—¿Lady West Wing está tramando la caída de un rival político? —me pregunta.

—Como siempre.

—¿Entonces ¿para afianzar la campaña de la mujer candidata, necesita destruir la reputación de otra mujer? —farfulla mientras mastica—. ¿Eso no es un contrasentido?

—La política se rige por una lógica, que no puede explicarse de forma lógica.

—¿Qué tal es haber nacido en el seno de una de las familias que mueven las piezas del tablero político del país? Los West Wing.

—Una mierda —le respondo con total sinceridad.

—Es un ambiente que a mí siempre me ha fascinado. ¿Sabías que durante mi etapa universitaria fui voluntario de la campaña presidencial de los demócratas? Pero después cambié de entorno.

—Tú mismo te has respondido.

«West Wing» es un apodo que mi familia se ha ganado por su capacidad de identificar y fabricar al perfecto candidato ganador. Cualquier político que haya estado bajo la tutela de los West ha llegado a la Casa Blanca —presidentes, portavoces de la Cámara, secretarios de Estado—, de ahí lo de «West Wing», como el ala oeste de la Casa Blanca, donde se encuentra el Despacho Oval. Mis padres son estrategas políticos, gestionan las comunicaciones, la imagen, la financiación de los candidatos. Mi primo es congresista.

Pero yo estoy mejor aquí.

Sin embargo, lo que hago a menudo también resulta útil en su campo.

—¿Esta noche veremos tu entrevista? —me pregunta.

—Esta noche iré a El Cielo. Tengo trabajo que hacer.

—Tú siempre tienes trabajo que hacer, Hayden.



El Cielo Club es uno de los locales más exclusivos de West Hollywood, adonde la élite acude para mirar y ser mirada.

Un poco como sucede en todos los locales *A-list* de esta parte de la ciudad, salvo que este es famoso por lo que no puede hacerse dentro: ni fotos ni vídeos. Si te pillan in fraganti, te echan y entras en la lista negra.

Cuando abrieron el club basándose en esta premisa, todo el mundo pensó que cerraría sus puertas tras la segunda velada: en la era de las redes sociales, del «si no lo posteas, es que no ha sucedido», ¿a quién se le ocurriría frecuentar un club donde uno no pudiera compartir el mero privilegio de encontrarse allí con quien está en su casa muriéndose de envidia? El mundo gira en torno al «yo lo tengo, y tú no; yo estuve allí, y tú no».

Sin embargo, es como si las estrellas hubieran suscrito un acuerdo tácito: lo que pasa en El Cielo, se queda en El Cielo, y el único modo de saber quién asistirá a las veladas es apiñarse a lo largo de Santa Monica Boulevard y esperar a ver cómo desfilan los coches que acompañan a las celebridades hasta la entrada. Cuatro noches de cada siete, una hilera de *paparazzi* apunta sus objetivos hacia las puertas negras, con la esperanza de ver si quien entró acompañado saldrá solo, o si, por el contrario, quien llegó solo saldrá con alguien, convirtiendo la acera en una alfombra roja permanente.

Entonces ¿por qué dejan entrar a un vampiro de los chismorreos en una reserva protegida? Pues porque yo he intercedido en la cesión del local a los nuevos administradores. En la práctica, soy un

socio *in pectore*.

Cuando aparco mi coche y dejo atrás toda la fila de aquellos que esperan ver cómo desenganchan el fatídico cordón de terciopelo y son admitidos en el Empíreo, una figura femenina parada ante el atril, de espaldas, capta mi atención. La brisa nocturna hace ondear su largo vestido verde semitransparente, revelando la silueta de unas piernas que prometen ser la puerta de entrada al paraíso. Ya lo sé, no hay que mirar a las mujeres como si fueran objetos, bla, bla, bla; si se volviera hacia mí, podría admirar su rostro, pero ahora solo distingo su cara B, que es una obra de arte. Lleva el pelo recogido en una cola altísima, que en mi imaginación perversa ya se ha convertido en la protagonista de una escena prohibida a los menores, y, si me apuran, también a muchos mayores.

La chica está discutiendo con la relaciones públicas, de forma bastante acalorada.

—Estoy segura de que Xavier me ha incluido —insiste la chica.

—Aquí no hay nadie apuntado por Xavier —le replica Brenda—. Lo siento, pero tendrá que hacerse a un lado, ahora.

Okey, aquí se precisa mi intervención. Soy una persona altruista, y también soy consciente de que un gran poder conlleva una gran responsabilidad.

—Xavier ha sido despedido esta tarde —digo, decidido a interceder—. ¿Puedo serle de alguna ayuda?

Al oír mi voz, la chica de la cola de caballo se gira, y me encuentro, por segunda vez en lo que va de día, cara a cara con Sofía Cortez.

Ella me mira con la boca entreabierta y su característica expresión enfurruñada.

—Tú otra vez.

—Yo otra vez. Aunque veo que al menos ahora vas vestida de

pies a cabeza.

Capítulo 6



Sofía

—Hola, mamá, abuela, club del cupón —me anuncio al entrar en la que hasta hacía un año y medio era mi casa—, he venido para vestirme. Esta noche debo salir.

—¿Una cita romántica, querida? —me pregunta la abuela.

—¿Ha regresado Rafael de Paraguay? —pregunta Juana, su mejor amiga y líder del club del cupón.

—No —respondo distraída mientras busco mis zapatos de salir de noche en el armario.

—¡¿Rafael y tú lo habéis dejado?! —exclama Paloma, la secretaria del club.

—¿Quién ha dejado a quién? —grita mi madre precipitándose por las escaleras al instante de haber olfateado un chismorreo, con un cuenco de decolorante y un pincel en la otra.

—¿Quieres que te lea las conchas? —me propone la abuela. Está

obsesionada con la adivinación de santería.

—No, gracias.

—Tú eres una rosa —me dice—. Debes encontrar tu espina.

—Las espinas pinchan, abuela.

—¡Las espinas protegen a las rosas de los parásitos! —me replica —. Voy a por las conchas.

—¡No! —exclamo, poniendo fin a toda esa lluvia de preguntas—. Rafael no ha vuelto, y no hemos roto. Tengo que ir a un local muy chic por un tema de trabajo, y necesito uno de mis vestidos de noche. Puede que también un peinado, mamá, si tienes dos minutos.

—Vuelvo arriba, le acabo de hacer la decoloración a Carla, y me pongo contigo.

Abro la caja de mis preciosos Jimmy Choo y veo que está vacía.

—¡Mamá! —grito, congelando sus pasos en los escalones.

—¿Qué pasa, tesoro? —Su voz suena más falsa que nunca.

—¿Te has puesto mis Jimmy Choo recientemente?

—¿Cuáles?

—La respuesta es fácil, los únicos que tengo.

—¿Qué entiendes por «recientemente»?

—¡Mamá! —estallo.

—Tenía una cena, he conocido a un hombre —gimotea—. Tengo que ir a Palisades.

—¿Otro? —salta Juana—. ¿Y qué ha sido de aquel de Venice Beach?

—Juana, no creo que quieras que te explique el concepto de «lluvia dorada», pero, créeme, mejor que hayamos cortado —le responde mamá.

Paloma le susurra algo a Juana al oído, y ella pone cara de asco.

—¡Qué horror!

—Uf —exclamamos las demás haciéndole eco.

—Mamá, no digo que no puedas ponerte mis zapatos, pero al menos pídemelos y vuelve a guardarlos en su sitio después de usarlos; porque, si no, ¿qué sentido tiene que deje aquí las cosas por las que siento aprecio para que no me las robe Michelle, si después me las robas tú?

—No veo a Michelle poniéndose unos Jimmy Choo —comenta.

—Michelle es de las que se agencian lo primero que encuentran a mano —le aclaro mientras me dirijo al trastero donde he recolocado mi armario ropero, puesto que ahora mi antiguo dormitorio es el «salón» de mamá.

Les tengo un gran aprecio a mis vestidos de noche; forman la colección más bonita que nadie pueda poseer en Los Ángeles. Todos a medida, confeccionados hasta el último centímetro por mi abuela. Era modista en los estudios cinematográficos, trabajó en todos los vestidos de las películas más famosas que han aparecido en pantalla, y, cuando me pongo alguno de ellos, me convierto en una diva del copón. Michelle, en cambio, sería capaz de usarlos como pijama.

—Tienes que darle un ultimátum a esa chica, o echarla a la calle —me ordena Paloma.

—Hasta que no vuelva Rafael, me vale cualquiera que pague la mitad del alquiler y tenga un trabajo estable. Los programadores son los mejores compañeros de piso: cobran un buen sueldo, son silenciosos y saben resolver cualquier problema técnico que surja en casa.

—¡Pues a ver si Rafael se espabila! —salta mi abuela.

—Eh, Blanca, enciende la tele —le pide Juana—. Dentro de poco empezará el programa de Elsie.

La abuela, Paloma y Juana se sientan bien alineadas en el sofá,

como cada jueves, para recortar y clasificar los cupones de todos los periódicos que hayan pasado por sus manos. Los cupones han alimentado a las familias y les han permitido hacer compras mastodónticas por unos pocos dólares durante los difíciles tiempos de su llegada a Estados Unidos, y además han contribuido a instaurar el hábito del ahorro. Es más, a mí me siguen resultando de utilidad, y la abuela siempre me da una bolsa llena.

Juana es mexicana, fue la primera en llegar a Los Ángeles, después vino la abuela con mi madre, con apenas dos años, y finalmente Paloma, de Argentina. Aprendieron inglés viendo la tele juntas —la única que tenía una era Juana—, y ahora sirve de excusa para hacerse compañía, puesto que todas son viudas y los hijos hacen su vida.

—Ya estoy lista para peinarte. Carla ha de esperar cuarenta minutos a que actúe el producto —me anuncia mi madre, blandiendo una plancha y un rizador de pelo—. ¡Si te has puesto el vestido verde, es que la cosa es seria, Sofía! ¿Suelto o recogido?

—Yo pensaba en un semirrecogido y un ondulado suave.

—Ven. —Escupe el chicle y le da unas palmadas a una de las sillas de la mesa del comedor—. Ponte cómoda. ¿Adónde piensas ir?

—A El Cielo Club.

—¡¿A El Cielo?! —vocifera mi madre—. ¿Puedo ir contigo?

—Voy por trabajo, no de juerga.

—Eso no es justo, yo por ti he renunciado a divertirme, cuando habría podido hacerlo —me reprocha, peinándome de mala gana—. Podrías devolverme el favor.

—¡Ay!

—¡No digas tonterías, Roxana! —la regaña mi abuela—. ¡Era yo quien me quedaba en casa con Sofía cuando tú salías con tus amigas! Además, ya estás vieja para bailar.

—Ojo, mamá, que a mí nadie me echa cuarenta años —le replica mi madre.

—No, porque te echan los cuarenta y siete que tienes —se burla la abuela.

—Ni la edad ni el hecho de que seas mi madre son un problema, pero te juro que es por un tema de trabajo. En el periódico quieren que me encargue de los cotilleos, y por eso he de ir a tantear el terreno.

—Vamos a tener que cortar este pelo. —Mamá me recoge toda la cabellera entre sus manos para extenderla sobre los hombros, como si fuera un manto—. ¡Te llega casi hasta el trasero! Pesa demasiado.

—Ni se te ocurra —le digo, girándome para comprobar que no tenga las tijeras en la mano.

—Cuando vuelva Rafael —recitan las tres ancianitas a la vez, sin tan siquiera mirarme.

—¡Qué romántico! —les replico, mosqueada—. No me cortaré el pelo mientras siga lejos, y él no se cortará la barba.

—¿Ni siquiera las puntas? ¿Un poquito de nada?

Gracias por la iniciativa, pero un semirrecogido y un ondulado suave serán suficientes.

—Sube el volumen, Blanca, que no se oye nada —le exige Juana a la abuela—. Ya ha empezado.

La sintonía de *Show Don't Tell* invade el salón y una deslumbrante Elsie Kepler aparece en la pantalla con todo su esplendor quirúrgico.

El club del cupón se deshace en elogios hacia ella, como siempre:

—¡Qué mujer tan elegante!

—¡Ella sí que tiene clase!

—¡Y qué figura!

Para ellas, Elsie es la encarnación del *American Dream*, una especie de segunda hija a la que han visto crecer bajo los focos.

—Esta noche recibimos en nuestro sofá a un personaje al que hasta la CIA querría copiarle algún truco del oficio. No hay secreto que esté a salvo en su presencia. Todos lo odian, pero nadie puede vivir sin él —anuncia Elsie con entusiasmo, calentando al público del show—. ¡Con ustedes, en absoluta primicia, Hayden «Wild Wild» West, señoras y señores!

—Oh…, Dios mío, ¡basta ya! —exclamo furiosa—. ¡Es una maldición!

Nadie, ni la abuela ni Juana ni Paloma, me presta atención, pues tienen la vista puesta en la entrada de Hayden, que es recibido entre desbordantes aplausos.

Ahora ya sé por qué nos hemos cruzado hoy: se dirigía a grabar el programa.

Con su habitual camisa color celeste sin corbata y las mangas remangadas por los antebrazos, lleva una mano metida en el bolsillo y con la otra saluda a la cámara, sonriéndole como si quisiera invitarla a cenar.

—Ay, Dios mío, ¡qué guapo! —exclama Paloma.

—¡Qué calor! —dice Juana a continuación, dándose aire con un cupón a modo de abanico—. ¡Abre la ventana!

—¡Menudo hombre! —añade mi abuela.

No me merezco que el club de fans de Hayden West se haya instalado en mi casa.

—Por favor, vosotras también, no —les imploro.

—¿Por qué? ¿Qué hemos dicho? —inquiere Paloma con cierta hostilidad.

—Ese de ahí que tanto os gusta es un capullo, un fatuo y un arrogante pagado de sí mismo. Creedme, no es una buena persona.

Juana me lanza una mirada de soslayo por encima del hombro.

—Perdona, ¿y tú cómo lo sabes?

—Déjalo correr —dice Paloma—. Está celosa porque es un periodista de éxito, y ella no.

—West no es un periodista, es un basurero que recoge todos los desperdicios de Hollywood. Si rascar el fondo del contenedor fuera un deporte olímpico, él sería medalla de oro.

Ninguna de ellas da crédito a mis palabras. En el salón todas tienen las orejas puestas en West, que está flirteando alternativamente con la presentadora y con las mujeres del público, sin el mínimo pudor. Responde a las preguntas sin responder y las reenvía a quien se las formula con la agilidad de un ninja.

—¿Cuántos enemigos te has granjeado?

—Demasiados para poder contarlos, pero siempre acaban volviendo, porque todos necesitan un foco. Incluso los enemigos.

—Miles de rumores publicados, y ni una sola querella: ¿cuál es el truco?

—Ninguno, porque no hay nada por lo que querellarse. Si las estrellas no quieren que diga la verdad, ellas deberían ser las primeras en no mentir.

—Se calcula que tu página recibe más visitas que la de la Casa Blanca. ¿Cómo te las apañas para suscitar el interés de tantos visitantes?

—Quizá sea porque resulto más creíble que la Casa Blanca. Mis fuentes son veraces, yo las protejo y ellas siguen proporcionándome información, mientras que el Gobierno, en ocasiones, mete la pata.

—¿Cuántas mujeres ha habido en tu vida?

—Yo difundo habladurías, no soy su protagonista.

—El libro que acabas de autopublicar sigue manteniéndose en una sólida primera posición entre los más vendidos. ¿Crees que el

próximo paso en tu carrera será un programa de televisión?

—Tener un programa de televisión implica transmitir a través de una red, trabajar con una red implica tener un editor, y yo no permito que nadie dicte mi agenda; por consiguiente, creo que no encajaría en mis planes…

Siempre he envidiado esa dialéctica suya de contorsionista. Sabe captar la atención de la gente, aunque no dice nada, y, en efecto, la abuela, Paloma y Ana están como abducidas. Ni siquiera recortan sus cupones. Mantienen las tijeras suspendidas en el aire mientras miran embelesadas a West, que blande su *Un-Holywood* como si fuese la Biblia.

—Espera —ahora es mi madre quien mete baza—, ¿ese es su libro? Carla me estaba leyendo un fragmento en voz alta, mientras le extendía la decoloración. Creo que voy a comprarlo.

—¡Ni se te ocurra darle un solo céntimo a ese vendedor de humo! —le suelto—. West no necesita el dinero para nada, y menos el nuestro.

—¡Pero es divertido! —protesta.

—Y escuchad qué bien habla —lo alaba mi abuela, embelesada.

—Me estáis matando y ni siquiera os dais cuenta. ¡Hayden West fue la plaga que arruinó mis años de universitaria!

—«¡Pof!». Mi madre hace estallar un globo de chicle en mi cara.

—¿Tú lo conoces?

—¿Cómo es posible que no te acuerdes? Venga, si te lo debo de haber mencionado miles de veces, Hayden West.

—Hayden West, Hayden West… ¡Oh, Dios mío! ¿Él es ese Hayden West? —balbucea, incrédula.

—Llevo esa espina clavada desde entonces, nunca mejor dicho lo de espina.

—¡¿Tú ibas a la universidad con Wild Wild West?! —exclama

Paloma de pronto.

Durante los años de la universidad puse en marcha una discreta campaña difamatoria contra él, pero es que él no paraba de darme motivos para hacerlo.

—Sí, el privilegiadísimo, riquísimo, popularísimo hijo de la élite política de San Francisco, Hayden West. Él dictaba las leyes en el campus de la USC, trazaba la línea divisoria entre estudiantes de serie A y de serie B, no dudaba en emplear su dinero para encubrir sus propias fechorías, y gracias a las influencias de su familia me birló el periodo de prácticas en *Los Angeles Record*. Mi currículum era mejor que el suyo, ¡yo era quien se lo merecía! Quién sabe dónde estaría ahora, si me hubieran asignado aquel puesto a mí… —Escupo una palabra tras otra como un lanzamisiles cargado—. Y encontrármelo aquí, ocho años después, y tener que asistir a esta alucinación colectiva sobre lo irresistible que es, me provoca náuseas.

—Cálmate, cariño, ahora toca comportarse como una adulta —dice mi madre para tratar de serenarme—. A estas alturas, ya deberías haber superado estas rencillas de postadolescentes. Puede que él también haya cambiado.

—No, mamá, te aseguro que sigue siendo el mismo —sostengo, cruzándome de brazos.

—Pero yo me lo comería como si fuera un pastelillo crujiente.

—Te he oído, Paloma —le hago saber.

De pronto, un extraño olor me cosquillea la nariz.

—¿Se está quemando algo?

—¡Ay, Dios! —grita mamá—. ¡Ay, Dios!

—¿Qué ha pasado?

El rizador de pelo del que cuelga mi cola humeante responde por sí mismo.

—Perdona, perdona, cariño. Lo siento muchísimo. —Me pide mil excusas, mientras yo me toco la cabeza y estrecho entre los dedos un mechón con las puntas chamuscadas.

—¡Lo has hecho a propósito porque quieres cortármelo, di la verdad! —la acuso.

—No, te lo juro. Es que… me he quedado encantada mirando la televisión. —Estupendo, ahora, por culpa de West, también tengo el pelo quemado—. Pero yo te lo arreglo con una bonita cola alta, y ya verás como no se nota nada.

No puedo creerlo, el contacto de Kim me ha dejado tirada. Le escribí para que me incluyera en la lista. Xavier me lo confirmó, pero ahora resulta que no estoy en esa puñetera lista, y la relaciones públicas no quiere dejarme entrar.

—Mira —le insisto mostrándole el móvil abierto en el chat de Xavier—. Aquí aparezco «añadida». Míralo bien. —Ella revisa la lista en su tableta y sacude la cabeza de nuevo—. Te aseguro que Xavier me ha añadido —le repito convencida.

—Xavier no ha apuntado a nadie —me replica—. Lo siento, pero tiene que dejar el paso libre, ahora.

—Xavier ha sido despedido esta tarde —responde una voz a mi espalda—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Me giro hacia el buen samaritano, con el corazón y los ojos llenos de esperanza, y me encuentro frente a frente con Hayden West.

—¿Tú otra vez?

—Yo otra vez. Pero veo que al menos ahora llevas puesto un vestido de una pieza.

Fantástico, esta vez ha tardado menos de diez segundos en reírse de mí.

—Me las estoy apañando la mar de bien, gracias.

—Claro, ya lo veo.

—Estoy en la lista —afirmo, segura de mí misma—. Solo ha habido un pequeño error de comunicación, pero lo resolveré enseguida. —Marco el número de Xavier.

—No aguantes la respiración mientras esperas a que te responda —me responde con una sonrisa cortante—. El número que tienes es el que le asignó El Cielo Club, y hoy, en cuanto lo despidieron, ha sido desactivado.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Qué pregunta tan inútil, Cortez.

—No seas petulante. Hoy me has arruinado una investigación.

—Yo diría que lo de arruinar investigaciones ya lo haces tú sola estupendamente.

—¡Les has entregado mi teléfono a las autoridades! ¡Me han borrado las pruebas! —le reprocho.

Pero él no se inmuta y se vuelve hacia la relaciones públicas.

—Ya entra conmigo. Mejor aún, hazle la tarjeta de miembro.

La chica se lo queda mirando y parpadea.

—¿La tarjeta de miembro?

—Sí —confirma, y desaparece sin añadir nada más.

Puedo imaginarme sin esfuerzo su sonrisita complacida después de esta formidable exhibición de poder. Ahora estoy dentro gracias a él: ha vencido.

—Bien: tarjeta de miembro —dice la relaciones públicas mientras saca una cartulina de su funda—. Esta es provisional; pronto te llegará la oficial con el código QR que podrás guardar en el móvil. ¿Nombre?

—Sofía Rosa Cortez de Mendoza —deletreo mientras escribe con bolígrafo en el espacio en blanco—. Sofía, con «f».

—Men-do-za —repite ella separando las sílabas—. Aquí tienes. Pero hay algo que no entiendo: ¿por qué pedírselo a Xavier si conocías a Hayden West? Con él no se necesita ni estar en la lista —me pregunta.

—No me gusta aprovecharme de los conocidos.

—¿Bromeas? ¿Ves a toda esa gente? —Señala la larga cola de personas esperando su turno—. Darían un brazo por estar en tu lugar, y la mitad de ellos ni siquiera logrará entrar. —Me mira como si tuviera delante a una extraterrestre, y a continuación me pasa la tarjeta con una cara que parece decir: «Menudo desperdicio»—. Toma, que te diviertas.

El gorila de la entrada me abre la puerta, como para subrayar que todo aquello es de verdad, y entro.

Estoy en el interior del famoso El Cielo Club. Es más, soy miembro de El Cielo Club. ¡Uy, cuando lo sepa Kim! Giro la valiosa tarjeta entre los dedos y releo mi nombre.

—¡Nooo! —exclamo—. ¿Pero cómo es posible? ¡Ha puesto «Fophia»!

El club está a medio camino entre un local clandestino de los años de la Ley Seca y un invernadero tropical: semivacío, saturado por el perfume de carísimos inciensos exóticos vaporizados mediante nebulizadores ocultos, con faroles, velas, alfombras, rincones escondidos, pequeños salones privados donde se sientan grupos de personas muy muy cerca unas de otras y hablan entre sí, como si se estuvieran confesando en la iglesia. La música es discreta, de modo que permite hablar, pero sin que te escuche quien tú no deseas que lo haga.

Yo ya he identificado al menos tres rostros famosos, pero, si Kim estuviera aquí, creo que habría reconocido a muchos más.

Decido acomodarme en la barra del bar, un hemiciclo resplandeciente de mármol verde, al otro lado del cual unos bármanes con guantes negros preparan unos cócteles que no había visto nunca.

En el extremo opuesto de la barra reconozco a Hayden; está medio de perfil, hablando con una chica que no parece nada contenta.

Un poco más allá, ni «adentro» ni «afuera», identifico a Quentin Dale —un actor famoso por interpretar siempre el papel de un héroe que lucha contra el tiempo para salvar el mundo en películas apocalípticas, y que está casado con su coprotagonista, Lynn Leeland, la supermujer de Hollywood—; está cuchicheando con Josina, una cantante pop de apenas veinte años que ha irrumpido este último año cosechando un éxito viral tras otro.

No tendría nada de extraño, si no fuera porque la mano izquierda de Quentin ha captado mi atención: yo diría que no lleva el anillo de casado.

El matrimonio de Quentin y Lynn se convirtió en una especie de marca famosa, hasta el punto de que, desde que se prometieron, los empezaron a llamar QuenLynn. En las entrevistas siempre aparecen juntos, y celebran su amor a la menor ocasión: en los premios, en la alfombra roja, cuando son invitados a participar en programas de televisión, hasta el punto de que el hecho de estar casados se ha convertido en el noventa por ciento de su personalidad.

Tener una madre peluquera proporciona una sólida base en cuanto a chismorreos, lo quieras o no.

Desde aquí no tengo una buena visión, y además no puedo ponerme a fisgar con descaro, pero he tenido una idea: sacaré una foto y después haré zum sobre la mano.

Para eso estoy aquí, ¿no? ¿Acaso no sería toda una bomba que

mañana publicásemos en total exclusiva que una de las parejas de oro del cine actual va a separarse? Oliver tendría que pedirme disculpas.

Saco la foto y amplío el dedo anular. ¡Tal y como pensaba, no hay ni rastro del anillo!

—Acompáñenos —oigo que me ordena una voz a mi espalda. Dos gorilas me están mirando, implacables.

—¿Adónde?

—Afuera —me responde con sequedad el más corpulento.

—¿Por qué? Si apenas acabo de entrar.

—Violación de las normas de comportamiento de este local —me explica su compañero—. Por favor, síganos sin armar alboroto.

—¿Qué violación? —protesto—. Solo estoy sentada en la barra. No hago nada.

—Aquí ya no es bienvenida.

El primero me sujeta del brazo y me obliga a bajar del taburete.

—¡Eh, quítame las manos de encima! —le espeto.

Por el rabillo del ojo veo a West que viene hacia aquí. Por supuesto, ahora ya lo entiendo todo. No me ha permitido acceder al local porque de repente le haya entrado el síndrome del buen samaritano; solo lo ha hecho para darse el gusto de humillarme echándome a la calle.

—Ey, chicos —los saluda con discreción.

—¿Has venido a disfrutar del espectáculo, West? —le suelto en plan desafiante, antes de que Hayden ataque el primero.

Capítulo 7



Hayden

Jamás había visto a Cortez en El Cielo —ni en ninguno de los locales que frecuento— y no me explico qué debe de estar haciendo aquí. La he dejado entrar porque a mí no me costaba nada hacerlo. Además, el primer mandamiento de mi mentor, y que sigo al pie de la letra desde mis tiempos de becario, es el siguiente: «Si quieres que estén en deuda contigo, satisface necesidades que la gente no sabe que tiene, resuelve problemas, haz favores que no te hayan solicitado y entonces todos acabarán volviendo a ti».

Con Cortez ya lo puse en práctica antes, y estoy a punto de volver a hacerlo ahora.

—Hola, Celine —digo, apoyándome en la barra, al lado de la sobrina de Abrahams—. ¿Esperas a alguien?

—¿Nos conocemos? —replica con toda la altanería que la caracteriza.

—Personalmente, no.

—Pues resulta que sí, estoy esperando a alguien.

—La mía era una pregunta retórica, sé que estás esperando a alguien, y además sé a quién.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Yo que tú, emplearía otro tono con la persona que ha venido a salvar tu culo ultraconservador. —Cojo la bebida que tiene delante y tomo un sorbo.

—Perdona, ¿acaso te he dado permiso?

—No, pero resulta que tú tampoco lo tienes. Aún te faltan dos meses para cumplir veintiún años —le replico—. Y, ahora, cambia de actitud y yo no les diré nada de tu documento falso a los de seguridad.

Celine resopla y deja caer su bolso de mano sobre la superficie de la barra, donde aún se aprecia el cerco que ha dejado la condensación de su vaso.

—¿Quién eres?

—Hayden West, encantado —me presento sin tenderle la mano.

—¡Oh, mierda! Por eso sabes tantas cosas.

—Veo que por fin has unido los puntos. Has tardado más de lo que esperaba, pero eres joven, no pasa nada.

—¿Piensas escribir sobre mí? —pregunta con un tono de voz que trasluce mucha ansiedad.

—Cuánta prisa, parece que la cosa te importa —me burlo—. La respuesta es no, no eres lo bastante interesante.

—¿Pues entonces quién te envía? ¿Mi padre? ¿Mi tío?

—En realidad, ninguno de ellos. Solo estoy aquí para advertirte de que eres una pieza que forma parte de un juego político más grande que tú y, por consiguiente, debes tener cuidado con lo que haces y cómo lo haces. Aquí estás segura; fuera, no.

—Suena a amenaza.

—En vista de que tienes la perspicacia de un palo de escoba, procuraré ser claro de la forma más didáctica posible: por ahí corre la voz de que te estás tirando a Kit Supreme (no pierdas el tiempo negándolo, lo sé con absoluta certeza); los adversarios de tu tío están dispuestos a usar la información de que su dulce niña, educada, temerosa de Dios, que jamás levanta la vista de los libros ni de la Biblia, no solo se arrodilla para rezar. Y lo hace con un rapero quince años mayor que ella, dos exmujeres y al menos cinco causas penales. Si llega a saberse, su carrera hacia las primarias está acabada.

Ella se muerde el labio.

—Andrew es un aburrimiento. Salgo con él desde los dieciséis años, y está obsesionado con mantener los votos de pureza hasta el matrimonio.

—¿Sabías que Kit tiene la manía de grabarse con las tías que se cepilla? —Me esperaba una expresión de sorpresa, pero ella se limita a asentir con tristeza—. ¿Te prestaste a hacerlo? —Esta vez el sorprendido soy yo.

—Me dijo que los grababa para él.

Por su mirada deduzco que está enamorada. Kit Supreme podría pedirle cualquier cosa, y ella le diría que sí con los ojos cerrados. Si esos vídeos empiezan a circular, Abrahams y todo su entorno caerán como fichas de dominó. Justo lo que necesita su rival, a la que apoya mi familia.

El precio a pagar es muy alto, pero tendrá que ser Celine. No me gusta. Es una niña malcriada, engreída y probablemente hasta estúpida, pero no merece ver su vida arruinada por un juego político. El poder debe gestionarse con responsabilidad, y, aunque un vídeo de sexo para adultos protagonizado por un rapero y una

mosquita muerta podría proporcionarme un montón de clics, esa no es la clase de clics que yo quiero en mi página, de pajilleros pervertidos.

—¿Qué hago?

—Por ahora, nada, en todos los sentidos. Hablaré con Kit para que haga desaparecer todos los vídeos que haya grabado contigo. Ya le eché una mano en el pasado, y ha llegado la hora de que me devuelva el favor. Tú, deja de tirártelo. No es el hombre de tu vida, y has de saber que se ve con otras mujeres, así que asúmelo de una vez: te lo has pasado bien, pero se acabó. Deja a Andrew si tanto te agobia y pide que te transfieran a una universidad que esté lejos de aquí.

A Celine le brillan los ojos y se sorbe la nariz.

—Gracias.

Estoy a punto de decirle que se vaya a su casa, pero al otro extremo de la barra detecto cierto alboroto, lo cual no es nada frecuente en un lugar tan discreto como El Cielo. Mitch y Pavel, de la seguridad del club, están reprendiendo a Cortez y la están invitando a salir.

Dejo a Celine y me acerco a ellos, al mismo tiempo que observo que Cortez sujeta un móvil. Si ha hecho lo que me imagino, está jodida.

—Ey, chicos —los saludo con toda naturalidad.

Cortez me fulmina con la mirada.

—¿Has venido a disfrutar del espectáculo, West?

—Tú siempre a la defensiva, ¿eh? ¿Qué ha pasado, Mitch?

—Estaba sacando una foto, Hayden —me explica el jefe de la seguridad—. Vamos a echarla.

Es lo que me imaginaba.

Le quito el teléfono de las manos, pulso sobre la pantalla y veo

la foto de Quentin Dale. Esta noche quiero ganarme el cielo.

—¡Cuántas veces tengo que decirte, Cortez, que mi perfil bueno es el izquierdo, no el derecho! —la regaño, molesto.

—¿Qué? —Ella se ha quedado boquiabierta—. ¿Se te ha ido la olla?

Me encojo de hombros.

—Déjalo correr, he hecho mal en pedírtelo a ti. La próxima vez recurriré a un fotógrafo profesional.

—¿Le dijiste tú que te hiciera una foto?

Pavel, que sigue teniéndola sujeta del brazo, me mira con suspicacia.

—Sí, es mi nueva asistente.

—Sí, asistente social —añade ella riéndose.

—Se me había ocurrido hacerme una foto estilo *paparazzi* para usarla como imagen oficial, en lugar de las típicas fotos retocadas de estudio, pero ya veo que no es lo suyo. No tiene buen ojo para esto. Soltadla, solo estaba haciendo lo que le pedí. No fisgoneaba.

Pavel la libera y ella nos mira alternativamente a ambos, perpleja.

—Mira, Hayden, las reglas también valen para ti —me advierte Mitch—. Nada de fotos en El Cielo, ni siquiera a petición tuya.

Cortez y yo nos quedamos solos.

—De nada —le digo, rompiendo el silencio, mientras le devuelvo el teléfono. He borrado la foto de Dale—. Y a ver si le pones una clave al móvil.

—No lo entiendo… ¿Has salido en mi defensa? —me pregunta, con una inseguridad que muy pocas veces en su vida debe de haber exhibido.

—Yo, en cambio, creo que lo has entendido perfectamente.

—Qué raro, por lo general sueles hacer lo contrario; echas a la

gente de las fiestas, humillándola. Como hiciste conmigo, ¿recuerdas?

—¿Aún estás con esa historia? —exclamo—. ¿Cuántos años han pasado? ¿Diez?

—Doce —me corrige—. Y sí, sigo con esa historia. Me invitaste a la fiesta de tu fraternidad, y después hiciste que me prohibieran la entrada, diciendo que no era verdad que me hubieras invitado.

—Qué exagerada eres. Debíamos de estar al completo —indico, a modo de excusa.

—También recuerdo las palabras exactas que les dijiste a tus esbirros que se encargaban del guardarropa: «¿Yo, invitar a esta? Qué más quisiera ella. Debe de haber tenido una alucinación» —repite palabra por palabra.

—¿Dije eso?

Cortez me lanza una mirada asesina.

—Cito textualmente.

—¡Anda ya! ¿No seguirás guardándome rencor por aquello? —exclamo—. Es más, si aún la tienes tomada conmigo porque te quedaste fuera de una fiesta, yo de ti me plantearía hablar con un especialista. ¿Has probado con la hipnosis? A muchos les ha funcionado.

—¿Y tú has probado con el *electroshock*, West?

Ignoro su comentario y alzo la mano para llamar la atención del barman.

—Ace, ¿nos preparas dos Espresso Martini, por favor?

—¿El otro para quién es?

—Para ti.

—No, gracias. Por lo general, no acepto bebidas que vengan de ti —me replica.

—Yo no soy ningún desconocido.

—Precisamente por eso.

—Si lo prefieres, no tardaré ni un segundo en volver a llamar a Mitch y a Pavel, para decirles que te echen a patadas.

Ace nos sirve los cócteles, y yo le paso el suyo a Cortez.

—Con Baileys de almendra, ¿verdad?

—Sí, pero ¿tú desde cuándo sabes cómo tomo el Espresso Martini?

—Te sorprendería saber cuántas cosas recuerdo.

—No, solo recuerdas las que te convienen, West, porque eres un oportunista. —Toma un primer sorbo, indecisa, y al instante abre los ojos de par en par y pone cara de sorpresa—. Está delicioso.

—No hay de qué.

—Gracias por impedir que me echaran. Este habría sido el cuadragésimo segundo local de Los Ángeles donde tendría prohibida la entrada.

—No lo he hecho por ti, sino por mí: yo te he dejado entrar, ¿y cómo habría quedado si al cabo de poco te expulso? Tengo que preservar mi reputación, no la tuya.

—Ahí tienes la prueba de que eres un oportunista —concluye, y se toma el resto del cóctel.

—Ten en cuenta que es fuerte, aunque no lo parece.

—Soy costarricense: somos capaces de beber cualquier cosa que tenga un grado de alcohol menos que el desinfectante quirúrgico sin inmutarnos. ¿Puedo tomarme otro?

—No te preocupes. Aquí tengo cuenta.

—De eso, nada. Serías capaz de presentarte en mi casa a la semana siguiente reclamándome los intereses. Es más, para que las cosas queden claras, el tuyo lo pago yo, y así estaremos a la par.

—Deberías ponerle una contraseña a tu móvil —le repito.

—No me resulta práctico. Tú, que te pasas el día en el sofá

jugueteando con los rifirrafes de las estrellas, ¿tienes la menor idea de las situaciones a las que debo hacer frente todos los días?

—¿Como la de esta mañana?

Llega el segundo cóctel y ella se lo agencia como si fuera una muerta de sed en el desierto.

—Tengo que apañármelas para escribir, grabar y fotografiar sin introducir contraseñas ni usar el reconocimiento facial.

—Que, por otra parte, tampoco funcionaría con el mostacho de Super Mario.

—En efecto

—De todos modos, aquí no puedes hacer nada de todo eso —le recuerdo—. Lo que tenías que grabar debía de ser lo bastante valioso como para disfrazarte de fontanero…

—De técnico de aire acondicionado —precisa.

—… de lo que fuera, y colarte en un despacho de abogados, ¿no?

—Trabajo de campo. No sé si aún te acuerdas de cómo se lleva a cabo una investigación… ¿Te suena de algo?

—No estás en situación de vacilarme.

—Sé que Arthur Bracknell, del despacho Bracknell & Bradbury, está haciendo de intermediario para un cliente suyo. Una sociedad llamada LK-living, que pretende construir un megacomplejo residencial de lujo en Mar Vista, donde en realidad estaba previsto edificar un grupo de viviendas convencionales, y ya sabes cuán necesitado está Los Ángeles de pisos a un precio asequible.

—Interesante.

—Tranquilo, no es necesario que finjas admiración, sé perfectamente que te importa un pimiento —me suelta antes de volver a posar los labios en su vaso—. En cualquier caso, como todo lo que grabé ha sido borrado por los miembros de seguridad

después de que tú les entregaras mi teléfono, ahora estoy como al principio.

—Y estás aquí.

—Y estoy aquí, Ace. —Vuelve a agitar el vaso en dirección al barman, como si fuera su amigo—. Otro Espresso Martini.

Yo muevo mi copa, que sigue llena, entre los dedos.

—¿Cómo demonios se te ocurre venir a El Cielo Club y no saber que no se pueden tomar fotos ni vídeos de ningún tipo?

—No lo sabía. Una compañera me recomendó que viniera aquí.

—Al lugar ideal para investigar sobre Bracknell & Bradbury —comento en tono sarcástico.

—El periódico me ha trasladado a la sección de cotilleos —pronuncia la palabra como si tuviera insecticida en la boca—. He venido a echar un vistazo. Así que ahora comprenderás por qué necesitaba una dosis masiva de alcohol para sobrevivir en este infierno de testosterona y bótox. Y, por si fuera poco, en tu presencia. Esta noche debo transmitir vía Telegram en *streaming*.

—¿TG en *streaming*?

—Sí, tengo un blog (se llama *Insider*) que trata de la actualidad y de los problemas de Los Ángeles, esos que no se visualizan: los invisibles, los olvidados, la periferia. Me dedico a cosas serias, West, en lugar de estar aquí contemplando bellas estatuillas.

Me encojo de hombros, impasible frente a su estocada.

—Con todos mis respetos hacia tu preciadísimo TG en *streaming*, estas bellas estatuillas, como tú las llamas, mueven la economía de la ciudad.

—Sobre todo la tuya, ¿a que sí? No me extraña que defiendas a los vips: tú, sin cotilleos, no existirías.

—Puede que tengas razón, pero estás aquí, después de todo, ¿no? Primera regla del juego: en El Cielo Club no se caza —decreto

—. Es como una reserva natural protegida: aquí, las estrellas saben que están a salvo, pueden bajar las defensas y disfrutar de la velada sin tener que mirar a su espalda. Mientras se encuentran dentro de estas paredes, nadie los olisqueará en busca de sangre ni los despedazará. Y esta regla vale para todos.

Cortez me mira escéptica, enarcando una ceja.

—¿También para ti?

—También para mí.

—¡Dios mío! ¡Traedme una silla! ¿Hayden West tiene ética?

—En efecto —respondo muy serio—, y córtate ya con el Espresso Martini —le digo quitándole de la mano la tarjeta de crédito que está tendiéndole al camarero para que sirva otra ronda.

—Ahórrame el numerito paternalista y deja de fingir que te preocupas por mí.

—En realidad, no estoy preocupado por ti, sino por cómo puedes hacerme quedar delante de la gente.

—Escucha, dejémonos de historias. Hemos vivido ocho años sin tan siquiera cruzarnos por la calle y ha sido maravilloso, de modo que procuremos seguir así. Gracias por haberme permitido entrar aquí y que te vaya bien. Ahora, vuelve con tu chica: al menos ella sí estará contenta de oírte.

—¿A qué chica te refieres?

—A esa con la que estabas hablando antes, mechas pelirrojas, boca en forma de corazón, y mucho más joven que tú.

Celine.

—Ya se ha marchado.

Podría desmentir sus insinuaciones, pero ¿para qué privarla de su diversión?

—¿Seguro que no acabas de darle pasaporte?

—La cosa no estaba destinada a durar.

Ella sacude la cabeza y esboza una sonrisita sarcástica.

—Había olvidado lo original e impredecible que eras.

—Y yo que tú fueras una compañía tan agradable.

—El local es grande y está lleno de gente. Seguro que puedes encontrar alguna compañía mejor que la mía.

—Sin duda, pero, si dejara de vigilarte, seguro que montarías algún estropicio.

—No necesito ningún perro guard…

Intenta apoyar el codo en la barra, pero calcula mal las distancias y se tambalea hacia atrás.

—¿Decías…?

—Guardián —repite, echándose la coleta a la espalda, como para recalcar el concepto.

—Pues a mí me parece que todos esos Espresso Martini se te están empezando a subir a la cabeza.

—Y te parece mal.

—La verdad es que sí —convengo con ella mientras me meto las manos en los bolsillos.

—Ahora ya puedes irte. *Sayonara*, *ciao*, *dasvidaniya*.

Da un golpe en la barra con la copa vacía, y a continuación hace algo que por un instante me deja totalmente alucinado: «pesca» el grano de café glaseado que flota en la copa, y con la lengua lame la espuma de Baileys de tal modo que por un momento me olvido de que quien tengo delante es Sofía Cortez. E incluso me olvido de mi propio nombre.

—Si no te vas, podría empezar a pensar que te gusta estar conmigo, West.

—¿Estás segura de que no es al contrario? Porque eres tú quien sigue dirigiéndome la palabra. Yo soy una persona educada y, a diferencia de ti, también soy capaz de mantener una conversación

con quien no me gusta.

—Perfecto, entonces hagamos lo siguiente: cuando cuente tres, nos despediremos con un apretón de manos y un «Que te vaya bien», y así podremos pasarnos otros ocho años sin dirigirnos la palabra. —Con el semblante serio, Cortez me tiende la mano derecha—. Uno…

—¿Hablas en serio?

—Dos…

—Menuda burrada —murmuro para mis adentros mientras saco la mano derecha del bolsillo—. Muy típico de ti: cuando te quedas sin argumentos, te bates en retirada, fingiendo que eres demasiado superior para regalar tu tiempo.

—Tres.

—De acuerdo.

Palma contra palma, mis dedos se cierran alrededor de su mano y experimento una sensación extraña. No de naturaleza táctil, sino mental, que me obliga a mirarla a los ojos.

Ella está haciendo lo mismo.

Nuestro primer contacto físico desde que nos conocemos. Resulta paradójico. Más paradójico si cabe, porque para ella no ha pasado el tiempo.

Aunque en la universidad ya lucía la misma melena larguísima de color caramelo, sus ojos castaños siguen teniendo ese matiz rojizo que siempre hace que en sus iris brille una llama encendida bajo las brasas. El único detalle delicado de su rostro es la nube de pecas que se extiende por la zona de los pómulos. Y el hecho de que pueda verla en la penumbra de El Cielo, me indica que llevo un rato observándola fijamente.

Y Sofía deja que la mire.

Y permite que le estreche su mano. La presa firme y decidida

que ejercía al principio se ha suavizado, y ahora descansa dócilmente en la mía.

Avanzo un paso hacia ella, acortando el metro y medio de campo de batalla que hay entre nosotros.

Ahora puedo confirmarlo: las pecas siguen todas ahí.

—Que te vaya bien, Cortez —le susurro. Sea lo que sea que quiera decir esa frase.

Ella me sigue mirando, parpadea, tiene la boca entreabierta y, cuando suspira, percibo el aroma del café y del Martini.

De pronto vuelve en sí y retira la mano de golpe. Retrocede un paso, restableciendo la distancia de seguridad.

—Que te vaya bien, West.

Me despido con un gesto de cabeza y me alejo en dirección a un grupo de personas conocidas, pero, un segundo antes de llegar al corro, el *disc jockey* pincha una canción con un texto muy elocuente, que parece hecho para la ocasión.

Mientras Charli XCX canta desde la cabina: «¿Quieres saber de qué color son mis bragas?», mi cerebro solo piensa en una cosa: «Y una mierda tendrá ella la última palabra».

Vuelvo sobre mis pasos; Cortez aún está en la barra, mirando el vacío que se abre ante sí, y me acerco a ella. Le aparto la cola de caballo y le digo al oído:

—Si aún llevas las de esta mañana, son azules. Una última pregunta: ¿«All you can eat» era un desafío o una invitación?

Sofía me mira azorada por encima del hombro y… se desmaya.

Si no me apresuro a alargar el brazo para sujetarla, habría acabado tendida en el suelo.

Si llego a saber que bastaba tan poco para vencer, lo hubiera hecho antes.

Capítulo 8



Sofía

El ruido de alguien llamando a la puerta me despierta.

—¿Qué pasa, Michelle? —farfullo boca abajo sobre la almohada.

El sonido persiste.

—Si se te ha acabado el café, ve a comprar, no uses el mío —refunfuño.

Toc, toc, toc…

—¿Y ahora qué quieres? —exclamo sentándome en la cama de golpe.

Toc, toc, toc…

No es la puerta. Es mi cabeza la que late con mucha fuerza.

Vuelvo a zambullirme en la cama, esperando que su blandura atenúe esta migraña punzante que me trepana el cerebro.

La blandura del lecho no es la de costumbre. Ni tampoco la anchura: extiendo brazos y piernas al máximo, y todas mis

extremidades reposan cómodamente sobre la superficie horizontal.

Mi cama no es tan grande ni tan mullida... ¿Dónde estoy?

Abrir los párpados sellados por el rímel es toda una empresa, y, cuando el primer rayo de sol penetra en mi córnea, es como si me clavaran un clavo.

—Quiero morir —gimoteo. Estoy ciega, el aliento me huele fatal, tengo la boca pastosa y un pitido agudo me está dejando sorda.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, trato de recomponer los recuerdos de ayer por la noche. El Cielo Club, West salvándome de la segunda patada en el culo del día, unas copas, West y yo estrechándonos la mano, mirándonos el uno al otro un montón de rato…

¡Oh, Dios mío!

Me levanto, esta vez ahogándome de la ansiedad, con los ojos como platos y las pulsaciones a mil por hora. Estoy sola —y eso ya es una noticia medio buena—, en una habitación elegante, lujosa y ordenada.

En la mesita de noche, apoyado en un vaso de agua, hay un sobre con la palabra «Sofía» escrita delante.

Lo cojo y lo abro.

Despiértate tranquilamente y toma un buen desayuno. Hoy eres mi invitada.

WWW

El tarjetón lleva el membrete del Chateau Marmont.

Estoy en bragas y sujetador, en la cama de uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad, en una habitación pagada por Hayden «Wild Wild» West

Recojo mi vestido, que está tirado sobre la alfombra, y veo que

la cremallera del costado está encallada, como si me lo hubiera quitado sin bajarla. Como si tuviera prisa en quitármelo…

¡¿HABRÉ TENIDO SEXO DE BORRACHERA CON HAYDEN WEST?!

Me toco, me huelo, busco cualquier rastro de lo que hemos podido estar haciendo él y yo, pero mi cerebro se ha detenido en nosotros dos cogidos de la mano, frente a frente, mirándonos a los ojos, y de ahí no se mueve.

Fue un momento de total desorientación. Me pasé todos los años de la universidad teniéndolo al lado, un día tras otro, y jamás llegamos a rozarnos, ni tan siquiera sin querer. Tampoco nos habíamos pasado un boli, y anoche nos dimos la mano.

Abro y cierro la mano instintivamente, como si sintiera un vacío que debía llenar.

Me tumbo de nuevo en la cama, con el móvil en la mano, reviso los emails, le envío un mensaje a Cindy informándole de que llegaré tarde, y al cabo de un instante ya estoy buscando a Hayden West en Google.

Los resultados me saturan la pantalla de imágenes suyas —en ninguna de ellas sale mal, el puñetero—, montones de artículos destacando la cantidad de libros que lleva vendidos y, encabezando la búsqueda, su sitio web.

Me muero de ganas de hacer clic, pero detesto acceder a la página. Si no lo he hecho durante todos estos años, no voy a empezar ahora. Pero sí accedo desde el televisor de la habitación, que está conectado a la wifi del hotel, y así, técnicamente, no habré accedido yo. Tengo poca batería y no pienso desperdiciarla por él.

Cojo el mando, enciendo la pantalla y, a través del navegador, entro en el reino de la decadencia de West.

La última noticia publicada es de esta mañana… ¿A LAS CINCO? ¿Pero es que este tío no duerme nunca? ¿Cómo lo hace? Toma

drogas, si no, no se explica.

«Nikki Kent y Chris Partridge en la cuerda floja: divorcio inminente».

Cliqueo para leer el chismorreo del día.

> La emprendedora del sector *beauty* y *lifestyle* Nikky Kent, que se ha hecho millonaria gracias a sus líneas de *make-up*, *skincare*, *haircare* y lencería moldeadora, cuya empresa cotiza en bolsa desde el año pasado, al parecer ha decidido poner fin a su breve y accidentado matrimonio con Chris Partridge. Resulta más fácil enumerar a aquellos que nunca han tenido problemas con Partridge, puesto que, a lo largo de su carrera como estrella de la comedia *stand-up*, ha convertido la sátira feroz en su marca distintiva; sin embargo, los problemas entre su mujer y él siempre han estado al orden del día: ella suele estar ausente cuando él recibe algún premio, mientras que él se muestra malhumorado cuando acude a los eventos que ella protagoniza. Tampoco han faltado actitudes intolerantes en la alfombra roja, ni infidelidades más o menos proclamadas, seguidas de reconciliaciones igualmente explosivas.
>
> Según parece, Kent se está apresurando a poner a buen recaudo su patrimonio personal, para que, en caso de un más que probable divorcio sangriento, Partridge pueda reclamar lo menos posible.
>
> Informaciones provenientes de una fuente autorizada: Nikki acaba de constituir una nueva sociedad llamada NK-living, que operará en el sector inmobiliario, y con la mediación de la firma Bracknell & Bradbury, especializada asimismo en divorcios mediáticos, al parecer está a punto de adquirir un terreno en Mar Vista, originalmente destinado a vivienda social, para edificar un complejo de viviendas de alto

standing. Desde esta página le deseamos a Partridge que haya firmado un buen contrato prematrimonial.

—¡Maldito cabrón! —le grito a la pantalla, hecha una furia—. ¡Me ha robado la noticia!

Ayer por la noche le revelé lo que investigaba, disfrazada de técnico de aire acondicionado, y ese vampiro malnacido me ha chupado toda la información y la ha publicado en su web.

Salto de la cama, dispuesta a hacérselo pagar.

Llego a The Palm totalmente sobria y sin el menor indicio de resaca: la descarga de adrenalina que me ha provocado la rabia que siento ha surtido más efecto que cualquier bomba de cafeína. Y la envidia. No solo porque ese capullo está en Santa Mónica, en una zona residencial a dos pasos del mar, sino porque es el paraíso en la tierra: el complejo cuenta con un gimnasio, una biblioteca, un espacio polivalente, una cafetería, un restaurante, un local para guardar las tablas de surf, un supermercado a disposición de los residentes e incluso una piscina en la terraza con un jardín colgante.

—Buenos días —saludo pizpireta a uno de los conserjes de la entrada.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Sí, verá, se trata de algo más bien embarazoso. Estuve aquí ayer por la noche, como invitada, en uno de estos apartamentos. Me fui al amanecer, y más tarde me he dado cuenta de que me olvidé algo. Y debería recuperarlo…

—¿En qué unidad se encontraba? Puedo enviar a un mensajero para que recupere su efecto personal.

—No recuerdo exactamente la unidad; habíamos bebido un poco más de la cuenta.

—Lamentablemente, yo empecé en el turno de mañana; no creo que pueda ayudarla.

—El propietario es… —Chasqueo los dedos en el aire como si eso me ayudara a recordar el nombre—. ¡West, Hayden West!

—¡Claro, el señor West! —Acompaña su afirmación con una media sonrisa, y eso me hace pensar que no es la primera vez que sucede algo por el estilo—. Le avisaré de su llegada. ¿A quién debo anunciar?

—Es que no quisiera molestarlo, seguro que está durmiendo, después de la noche que pasamos. Si pudiera recordarme el número del apartamento y prestarme una llave maestra, lo resolvería en un instante.

—No es el procedimiento habitual. Sin embargo, nosotros podríamos encargarnos de recuperar por usted lo que necesita.

Llegados a este punto, solo me queda jugar la carta de la vergüenza.

—Se trata de un efecto muy personal. —Me inclino hacia él en el mostrador y bajo la voz hasta reducirla a un susurro—. Es una fusta que nos encanta a los dos. Me la olvidé encima de la cómoda, y no quisiera que ninguna otra persona la encontrara, no sé si me entiende.

El conserje se pone colorado como un pimiento y se limita a asentir.

—Déjeme pensar… Lo único que puedo hacer es permitirle acceder al apartamento, pero, una vez allí, tendrá que ser el propietario quien le abra, porque no estoy autorizado a entregarle una llave maestra a nadie.

—Mejor eso que nada, solo tardaré un momento.

—Unidad 74, séptima planta, bloque 1, apartamento 4.

—Mil gracias.

Ya en el ascensor, me echo un vistazo en el espejo: maldita sea, esta mañana el mechón quemado apunta al cielo como la antena de un radar. Se oye un ding, y una pareja superchic, que está esperando en el rellano, me mira con aprensión: resulta evidente que soy una intrusa.

Apartamento 4. Es aquí. Hagamos un buen trabajo con esa cara que está pidiendo a gritos que alguien se la rompa.

Pego el dedo al timbre hasta que la puerta se abre.

Ante mí aparece West con un pantalón de chándal holgado, el torso desnudo y sudado, una toalla colgada del hombro, secándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—¿Tanto me echabas de menos?

Capítulo 9



Hayden

—¡Pedazo de cabrón, bastardo, cara de culo, falso, embustero, hipócrita, traidor, aprovechado, cabrón! —me grita Cortez en cuanto abro la puerta de mi apartamento.

—Has dicho «cabrón» dos veces.

—Quería remarcar el concepto.

Sin pedir permiso, planta una mano en la puerta e irrumpe en el apartamento, pasando por debajo del brazo con el que mantengo la puerta abierta.

—Ponte cómoda, haz como si estuvieras en mi casa —le indico con sarcasmo.

—No sé cómo puedes mirarte en el espejo.

—Con los ojos.

—Eres un miserable.

—Recuérdame qué parte de haberte pagado una habitación en

un hotel de cinco estrellas mientras estabas borracha y empapada me convierte en un miserable —le pregunto, molesto.

Ella abre el bolso, mete la mano dentro y saca la tarjeta de crédito.

—Te lo pagaré todo, hasta el último céntimo. No quiero deberte ningún favor. ¡Eres un ladrón, y yo no trato con ladrones!

—Disculpa, pero tú no tienes nada que me interese robarte —le replico. Me acerco al frigorífico y cojo un botellín de agua. Es una estratagema para impedir que vea mi cara de satisfacción.

—¡Ah, sí, por supuesto! La exclusiva sobre Mar Vista y la sociedad que Bracknell está impulsando para construir el complejo residencial de lujo. Era mía.

Cortez golpea la superficie de la isla con las palmas de las manos y el eco se propaga por toda la sala. Cuánta fuerza para unas manos tan pequeñas…

—Tendrías parte de razón si solo lo tuyo fuera noticia. —Desenrosco el tapón de la botella y el sonido del gas al liberarse resuena por toda la estancia—. Pero, por desgracia para ti, no lo era.

Me mira con los ojos como brasas.

—¿Estás de broma? ¡Llevaba semanas investigando el asunto de Mar Vista!

—¿Acaso dormías en las clases de Clarkson, o es que te has dado un golpe en la cabeza y tienes amnesia? La noticia es el divorcio de Nikki Kent y Chris Partridge. A ti te faltaba la «Sustancia».

Una lección sobre la «Sustancia»: no existe una noticia hasta que no aparece la «Sustancia», el vértice de la atención, aquello que hace sentir al lector que es un ser privilegiado al que se le brinda la posibilidad de mirar por el agujero de la cerradura. La «Sustancia» es aquello que los demás no quieren que sepas. La «Sustancia» es

lo que podría haberte sucedido a ti, pero por suerte le ha pasado a otro. La «Sustancia» es lo que quisieras que te sucediera a ti, pero por desgracia le está pasando a otro.

—Yo tenía la «Sustancia» —me replica indignada—. El *housing* social…

—¿El cambio del uso que se destina a un terreno es tu «Sustancia»? —le pregunto entre risas—. Patético.

—¡Ah, claro que sí! A ti debe de parecerte patético, viviendo en un puto apartamento con vistas al mar, una cocina de diseño, donde, por cierto, no cocinas, porque ni siquiera tienes un horno o un lavavajillas…

—Son abatibles.

—Bla, bla, bla… Abatibles. ¡Solo tu sofá ya es más grande que un apartamento de una habitación, y este parquet cuesta el sueldo anual de un obrero!

—Madera de roble italiano.

Llegados a este punto, me resulta divertido sacarla de quicio.

—Y… y… y… —Mira a su alrededor, examinando cada metro cuadrado de piso—. ¿Eso que hay en el balcón es un jacuzzi?

—¿Quieres probarlo?

—¿Ves? Es por esto por lo que no entiendes mi «Sustancia». A ti no te falta de nada, no te afecta, no tienes empatía.

—Si cuentas con la empatía de los lectores para que te cuadren los números, bonita mía, me estás demostrando que vives en el mundo de los sueños.

—Uno: yo no solo aspiro a que me cuadren los números. Aún hay gente que hace periodismo por amor a la noticia, aunque tú, a estas alturas, ya te hayas transformado en un vendido. Dos: no soy «tu bonita».

—Estoy en mi casa y estaba entrenando. Además, ¡¿por qué

tengo que justificarme?!

Introduzco una cápsula en la cafetera y pulso los botones de inicio con fuerza, irritado por el hecho de que, hoy igual que antes, Sofía Cortez sea capaz de hacerme sentir culpable por ser lo que soy.

El líquido oscuro desciende por la taza gota a gota, un poco como mi amor propio, que se deteriora minuto tras minuto. Siempre logra hacer que me sienta indigno.

Cortez y yo fuimos grandes rivales en los debates, cuando estábamos en la universidad, y nunca olvidaré lo que me dijo Clarkson, al final de uno de nuestros feroces cara a cara: «Vosotros dos estáis a la par, pero tú ganas, porque sabes hablar. Sabes administrar los tiempos. Sabes dar con el ritmo adecuado, sabes construir una historia, pero ella tiene los argumentos. Si también poseyera tu elocuencia, te haría morder el polvo».

Así que es verdad, soy un gran vendedor de humo. El mejor que existe.

Ella, en cambio, siempre ha sido mejor en cuanto a contenidos, y lo sigue siendo.

—¿No les ofreces una taza de café a los invitados? —me suelta de pronto.

—Si fueras mi invitada, sí, pero resulta que nadie te ha invitado —le replico, y tomo un sorbo de café—. ¿No has desayunado en el hotel?

—Me habría gustado hacerlo, pero he visto la noticia del divorcio de Nikki Kent en tu sitio web y estaba demasiado enfadada para permanecer allí un segundo más. ¿Por qué sonríes?

—¿Lo ves? Tú también la has llamado «la noticia del divorcio de Nikki Kent», y no «la noticia del cambio de *housing* social a complejo residencial de superlujo bla, bla, bla». Yo llevaba razón: la mía era

una noticia con «Sustancia», la tuya no. Y para leerla… —me inclino sobre la isla de la cocina y me acerco más a ella— has tenido que entrar en mi página. ¿Cómo es posible que hayas hecho tal cosa?

Ella alza los ojos al techo y resopla. Sin el maquillaje, sus pecas aún se distinguen mejor.

—Te he buscado en internet: quería averiguar qué pasó ayer, y necesitaba estimular mi memoria visual para recomponer los recuerdos.

—¿Y tenías que estimularla conmigo?

Inspira profundamente y aprieta los labios.

—Me he despertado en la cama tan solo con la ropa interior puesta, y me he temido que… Dios, ni siquiera me atrevo a decirlo…

—Si lo dices en voz alta, te pago lo que pidas.

Ella se sonroja.

—No tendrías suficiente dinero.

—¿Y si te diera algo que no tiene precio?

—No quiero tu toalla de entrenamiento con tu autógrafo, gracias —me replica, pero al instante se queda inmóvil y pensativa—. Hay algo que sí podrías darme.

—Cuenta con ello. —Lo que sea con tal de poder tener esta satisfacción.

—Por un momento he pensado que tú y yo habíamos tenido sexo —susurra.

—¿Podrías decirlo un poco más alto, por favor?

Sofía se aclara la garganta para ganar tiempo.

—Por un momento he pensado que tú y yo habíamos tenido sexo —repite, muy azorada—. ¿Ya estás contento?

—¿Y a qué viene tanto miedo?

—En fin, simplemente era eso —vacila, mientras busca una justificación plausible—. Estábamos en un hotel, tú me dejaste

aquella nota de Casanova de pacotilla en plan «Está todo pagado», y yo estaba en la cama, en bragas y sujetador…

—Te lo explicaré para dejar las cosas claras: en El Cielo, después de cuatro Espresso Martini, te desmayaste y yo te socorrí. Quise llevarte a tu casa, pero no recordabas la dirección, así que pensé que lo mejor sería dejarte a salvo en un hotel.

—¿Y cómo explicas que estuviera desnuda? ¿Me desnudaste tú? ¿Cómo narices tuviste el valor de hacerlo?

—Ah, no. Te desnudaste tú, yo ni siquiera te puse un dedo encima. Llegamos a la habitación y, una vez allí, decidiste hacerme una demostración irrefutable del color de tus bragas, ya que poco antes, bromeando sobre el tema, sugerí que eran azules. Por cierto, ¿qué has hecho con las de la inscripción «All you can eat»?

—Las tiré.

—Lástima.

—Y, en cualquier caso, estás mintiendo. Yo no me desnudé.

—Lo juro. —Alzo la mano derecha en actitud solemne—. Tengo un vídeo que lo demuestra.

Casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¡¿Cómo que tienes un vídeo?! ¡Eres un pervertido!

Cojo el móvil y abro la última grabación que tengo en la galería. En la pantalla aparece Sofía, en el centro de la habitación, tropezando con sus propios tacones mientras intenta bajarse la cremallera lateral del vestido para quitárselo, sin lograrlo.

—Joder con la mierda de cremallera —farfulla, y a continuación se coge el dobladillo del vestido y tira de él hacia arriba.

—¿Qué pasa, West, sientes curiosidad por saber de qué color llevo las bragas? Al parecer, las de esta mañana te han quedado grabadas en la memoria —me dice, haciéndole un guiño a la cámara del teléfono.

—Eran muy monas —responde mi voz fuera de plano.

—Bueno, pues siento decepcionarte, porque me las he cambiado. Yo soy una persona limpia, ¿sabes?

—Me alegra saberlo, la higiene personal es muy sexy —comento divertido.

Sofía levanta la vista de la pantalla y me fulmina con la mirada.

—¿En serio dijiste eso?

—No te distraigas, que ahora viene lo bueno.

A continuación, el vídeo muestra a Sofía levantándose el vestido con torpeza y dejando los muslos al descubierto.

—Pues bien, no son azules. Pero puedes probar a adivinarlo, si quieres.

—Si lo adivino, ¿qué gano?

—¿A ti qué te gustaría ganar?

—Te lo diré si gano. ¿Cuántas oportunidades tengo?

—Tres. Adelante, West, ¿de qué color son? —me apremia, levantándose el vestido un milímetro.

—¿Negras?

—No. Vuelve a probar.

—Hum… ¿Rojas? —intento de nuevo.

—¿Tú crees que con este vestido podría llevar ropa interior roja? Adelante, echa mano de tu experiencia. —El vestido vuelve a subir inexorablemente—. Última oportunidad, juega bien tus cartas.

—¿Rosas?

—Premio, West.

Sofía tira con fuerza del vestido hasta que logra sacárselo por la cabeza, y exhibe unas bragas de un imperceptible rosa pastel efecto desnudo ante mis ojos.

—Dios mío, qué humillante —gimotea ella, golpeándose la cabeza contra la isla.

Apago el vídeo, me apoyo en el borde de la repisa y me la quedo mirando con los brazos cruzados.

—¿No quieres ver la parte más divertida, cuando te tropiezas con tus propios pies y te desvaneces encima de la cama?

—Que sepas que, si se te ocurre divulgarlo, incurrirás en un delito penal. Yo no te he dado mi consentimiento.

—No tengo la menor intención de subirlo a las redes, si eso era lo que te temías. Lo he grabado para mí, por si se te ocurría acusarme de acoso, para demostrar que no te toqué. El vídeo acaba cuando salgo, cerrando la puerta tras de mí.

—¿Y protegerte de este modo es tu práctica habitual?

—Dada mi posición, necesito hacerlo.

—No tengo intención de denunciarte por acoso, así que ya puedes borrarlo. Y ahora, puesto que te he regalado diez minutos de risas y, tal como me pediste, he manifestado con palabras que albergaba mis dudas sobre si había tenido sexo contigo, vayamos a lo que yo quiero pedirte a cambio.

—Dispara, Cortez.

Me dedica una sonrisa diabólica y dice:

—Enséñame todos tus trucos.

—¿Mis qué?

—Tus tácticas, tus estrategias, o como demonios las llames. Tengo que encargarme de la sección de chismorreos, y quiero aprender cómo se hace.

Esta vez soy yo quien se queda atónito.

—¡¿Pretendes que te enseñe los secretos de mi oficio?! Estás chiflada.

—Me lo debes. Me robaste la noticia, y lo sabes: si no te hubiera hablado de mi investigación sobre Bracknell y de la NK-living, nunca habrías obtenido tu exclusiva.

—Lo habría descubierto igualmente.

—Es posible, pero gracias a mí has llegado antes. Tengo derecho a una compensación.

—Llevo muchos años dedicándome a las habladurías, Cortez.

—Entonces tendrás un montón de cosas que enseñarme —replica ella, inamovible.

—Okey.

Aunque ella tuviera un talento innato —del cual carece por completo— para dedicarse a esto, nada de lo que le diga le resultará de la menor utilidad.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Estupendo, porque tengo un montón de preguntas. Por ejemplo, ¿cómo logras que…?

—No he dicho ahora —la interrumpo enseguida, cuando ella ya iba en cuarta—. Tengo compromisos que atender en breve. —Y, para hacerle comprender que mi tiempo es limitado, me dirijo hacia la puerta y la abro—. ¿Lo pillas?

—¿Me estás echando?

—Tendría que haberlo hecho hace rato… Un momento, yo no te dije dónde vivía, ¿cómo leches diste con mi dirección?

—Tú no eres el único que sabe recabar información, Sherlock —me suelta. Se baja del taburete y se me acerca—. Has dejado rastros, y yo los he seguido.

—Yo nunca dejo rastros, Cortez.

—Oh, sí, ya lo creo. ¿Con qué pagaste la habitación? ¿Con dinero del *Monopoly*?

—¡¿Has accedido a mis datos a través de la tarjeta de crédito?! ¡Eso es ilegal!

—Lo sé, pero, como en ese momento no había nadie en la

recepción del hotel, me tomé la libertad de hacer una pequeña comprobación… Y antes de que me pillaran logré dar con tu dirección.

—¿También te han echado del Chateau Marmont?

—Me han amonestado —rectifica, moviendo el índice.

—¿Queda algún lugar de Los Ángeles en el que aún puedas entrar, Cortez?

—En tu casa.

—Olvídate. Esta es la primera y la última vez que metes el pie aquí. Nos vemos mañana a la hora del almuerzo en el Sal Negra, en Venice Beach, y te daré un curso acelerado de fisgoneo.

—Seré una buena alumna, ya lo verás. —Sale del apartamento y se detiene ante los ascensores, esperando a que uno llegue a la planta—. Hasta mañana.

—Un momento; no me has dicho cómo te las has apañado para convencer al conserje de que te dejara subir a mi casa.

—Ah, ha sido fácil: le he dicho que hemos pasado aquí la noche juntos y que me había dejado la fusta en tu casa. Nunca hay que infravalorar el poder de la vergüenza, West.

—¿La fusta?

—Si tienes otras preferencias, házmelo saber para la próxima vez.

Capítulo 10



Sofía

—¿Has oído hablar de esos que blanquean dinero a cambio de un porcentaje de la suma que lavan? —me pregunta Cindy mientras nos dirigimos a la sala de descanso para la pausa del café.

Nos la merecemos después de pasarnos dos horas en un seminario deontológico sobre la actualización de las normas periodísticas, que me ha trepanado el cerebro, ya de por sí debilitado tras los martinis de ayer.

—¿Te refieres al reciclaje?

—No. A la gente que lava los billetes con agua y jabón, los seca y los tiende para dejarlos como nuevos.

—¿Y por qué lo hacen?

—Germofobia, supongo… No sabría decirte. ¿Y has oído hablar alguna vez del *dumpster diving*?

—¿Zambullirse en los contenedores? ¿Es una nueva perversión

que no conozco?

—No, es una especie de caza de gangas. Hay personas que esperan a que cierren los grandes almacenes y las tiendas de marcas de prestigio para buscar en sus contenedores de basura productos que el establecimiento ha desechado. ¿Te acuerdas del secador de pelo Dryson?

—¿Aquel de mil y pico de dólares, que te seca el pelo y te lo moldea en un instante?

—Ese mismo, pues hay una tía que recuperó de la basura los que el establecimiento había desechado tras cortarles los cables del alimentador. Ella los sustituyó y revendió los secadores. ¡Hay quien se saca hasta cuatro mil dólares al mes con el *dumpster diving*!

—Eso mi madre lleva haciéndolo toda la vida, pero no sabía que tuviera un nombre.

—¿De verdad?

—Yo he crecido con el *dumpster diving*: vestidos de firma defectuosos que mi abuela reparaba a la perfección, tecnología reacondicionada, productos de muestra…

—¿Y eso es legal?

—Digamos que no es ilegal.

—Entonces es legal.

—No.

—O sea, que es ilegal.

—No es ilegal.

—Perdona, pero ¿cómo puede ser legal e ilegal al mismo tiempo? ¿Puedo escribir sobre ello o no?

—Mi madre es una autoridad en la materia, si necesitas consejo. Yo hice de vigía durante años. Los niños siempre inspiran ternura.

—La llamaré sin falta. Dios mío. —Cindy se aprieta las sienes con los dedos y gimotea de dolor—. Necesito otro café; me duele tanto

la cabeza que veo doble.

—Y eso que la que pilló una buena ayer fui yo.

—Estoy probando nuevos métodos no convencionales de ganar dinero, así que me he pasado toda la noche *escroleando* en Reddit, y ahora me explotan los ojos. ¿Largo y sin azúcar, como siempre? —me pregunta.

—Cindy, has pulsado el botón del té —le digo—. El del café está debajo.

—Tengo que volver al oculista; está claro que mi visión ha empeorado.

—Tú no necesitas un oculista, necesitas unas vacaciones: has tenido cinco hijos, uno detrás de otro —le recuerdo.

—Ya lo sé, Trey y yo sentimos debilidad por los niños; en cuanto vemos a un recién nacido, nos entran ganas de engendrar otro.

—¿No me estarás diciendo que el sexto ya está en camino?

—Oh, no —niega sacudiendo la cabeza con firmeza—. Hemos decidido parar y dedicarnos a criar a los que ya tenemos. También, porque, si no dejo de dar de mamar, acabaré con las tetas por las rodillas.

—Sabia decisión. Al menos, este junio, por tu cumpleaños, podré regalarte preservativos, en lugar de los discos absorbentes de siempre —le tomo el pelo.

—Guárdatelos para ti. Yo, para ahuyentar cualquier tentación, en diciembre fui al ginecólogo y me hice poner un Nomyra.

—¿Un diafragma?

—No, es un dispositivo de esterilización que se inserta al momento durante la misma visita.

—Lo recordaré en caso de necesitarlo.

—Y estando Rafael en Uruguay, ¿cómo piensas tener un hijo? ¿Con la fuerza del pensamiento?

—Paraguay —rectifico el país, y la máquina emite un bip anunciando que mi té ya me espera en la trampilla dispensadora—. En cualquier caso, volverá tarde o temprano.

—Hum… ¿No tenía que haber regresado ya en septiembre?

—Sí, pero…

Cindy alza una mano y me interrumpe.

—Después lo aplazó a finales de octubre. A continuación, lo prolongó hasta mediados de noviembre, y más tarde dijo que volvería por Navidad, pero le expiró el pasaje. Por San Valentín te obsequió con una cena romántica por videoconferencia… Sofía, ya estamos en abril.

—Ya sé en qué mes estamos, gracias. ¡Al menos él trabaja en lo que le gusta! Está documentando la actividad de una organización no gubernamental dedicada al desarrollo de las zonas pobres de los países de Sudamérica —replico—. Ya, primero tenía que ser solo Surinam, pero después añadieron Bolivia, Venezuela, Paraguay, y qué quieres que le diga: «Tu novia necesita que estén por ella, así que déjalo todo y vuelve a casa». Si yo estuviera metida en una investigación importante, por ejemplo, qué sé yo, en Corea del Norte, y él me pidiera que regresara para hacerle un masaje en los pies, me explotaría la cabeza. Yo entiendo el valor de la pasión, de hacer aquello que uno desea, y tiene todo mi apoyo en esto.

—Pero tú estás aquí.

—Sí, yo soy quien lo estaré esperando cuando vuelva.

En el fondo, mis palabras traslucen mucha más seguridad de la que siente mi corazón. No negaré que me he sentido mal cada vez que Rafael ha pospuesto su regreso, pero soy una persona madura, capaz de superar estas triviales decepciones. Aunque no sé cuánto tiempo estará fuera, o si añadirá otra etapa; sea cual sea su decisión, la respeto, porque eso es lo que mismo que él querría para

mí.

—Ni siquiera sigue tu TG en *streaming*.

—Es por culpa del huso horario —respondo a modo de justificación.

—Paraguay tiene nuestro mismo huso.

—No siempre tiene acceso a la red, depende de dónde se encuentre.

Cindy levanta las manos en señal de rendición.

—Okey, vale. Rafael siempre gana.

—A ti no te gusta.

—Aparte de la cena que organizamos en mi casa hace dos años, no lo he visto lo suficiente como para decir que no me gusta. Es más, sobre el papel parece perfecto: culto, está al día de la actualidad, es independiente, tiene paciencia con los niños, siempre está volcado en las causas justas, es de mente abierta… —enumera de carrerilla—, pero me pregunto si, dentro de su escala de prioridades, ocupas algún puesto en el podio. El que sea.

—No necesito estar en un podio para confirmar mi valía —afirmo, lanzando el vaso vacío a la papelera.

—Vale, pues, si tú estás contenta, yo también.

—Esa es la actitud.

Volvemos a nuestro cubículo, cada una a su escritorio. Ella coge un tubo de analgésicos del cajón y se echa una pastilla a la boca.

—Dame una, por favor. Los cócteles de ayer por la noche me están martilleando el cráneo.

—Ayer te lo pasaste en grande, ¿eh?

—Más bien me hundí en la desesperación, diría yo —respondo—. ¿Tú sabías que en El Cielo no pueden hacerse ni fotos ni vídeos?

—Mírame, Sofía. —Se señala las ojeras—. ¿Crees que tengo pinta de saber qué sucede en El Cielo?

—Me encanta que me sermonees sobre mi relación a distancia y, sin embargo, nunca menciones a qué dedicas todo tu tiempo y tu espacio —le reprocho.

—Tienes razón, pero yo al menos lo reconozco: la maternidad ha absorbido mi vida.

—¡¿Lo habéis oído?! —exclama Kim asomando la cabeza por nuestra puerta—. Nikki Kent y Chris Partridge se divorcian.

—¿En serio? —Cindy deja los dedos suspendidos sobre el teclado de la sorpresa—. A Trey y a mí nos chiflan, no nos perdemos ni un detalle de su show. Gracias a él me recuperé de la depresión posparto.

—Yo me alegro, Nikki se merece a alguien mejor. Solo uso sus productos, y mi piel nunca ha tenido ningún problema. ¿Y su lencería modeladora? Es todo un descubrimiento. Siempre he pensado que Chris solo estaba con ella por su fama; si no llega a tener la suerte de hacerse viral hace cuatro años con sus vídeos, no sería nadie —dice Kim en plan adulador, y a continuación me apunta con el dedo—. Una exclusiva de West, anunciada esta misma noche, crujiente como el pan recién horneado. Eso es lo que tienes que hacer, Sofía: llegar a las noticias antes que los demás. —Dicho lo cual, se marcha con aire desdeñoso.

—¡Que le den por saco a West! ¡La exclusiva sobre Nikki se la di yo!

Cindy me mira incrédula.

—¡¿Qué?! ¡¿Cuándo?!

—A ver, no es que le diera la exclusiva literalmente. Ayer por la noche me dejó entrar en El Cielo, porque el contacto de Kim resultó un fracaso. Mientras hablaba con él, comenté que estaba investigando el asunto inmobiliario de Mar Vista, y él aprovechó mi información para lanzar su exclusiva. El muy cabrón. —Omito toda la

parte relativa a mi desmayo, lo de él reservándome una habitación de hotel y el penoso espectáculo a propósito del color de mis bragas, y prosigo con mi historia—: Pero le dije que debía compensarme, ¿sabes?

—Sácale algo de pasta, que aquí buena falta nos hace. Y él está sobrado.

—Mejor que eso: me dará clases de chismorreos. Le he pedido que me enseñe todo lo que sabe.

—¿Y ya te fías de él? —No parece convencida—. Podría inducirte a seguir pistas falsas a propósito.

—No, pero ahora mismo no tengo nada. Así que ¿qué puedo perder por probarlo?



West y yo nos encontramos en Venice Beach. Llegamos juntos y aparcamos el uno delante del otro.

Ninguno de los dos quiere bajarse el primero, para no parecer demasiado ansioso de querer comenzar nuestro encuentro.

La situación es como si estuviese sacada de una escena a lo Sergio Leone: él y yo, cara a cara. Pero el desenlace lo deciden dos chicos que al parecer lo reconocen, y pican en su ventanilla para pedirle una foto, tras lo cual Hayden se baja de su famoso Porsche 911 azul.

Entretanto, yo me estoy peleando con mi portezuela, que no está dispuesta a dejarme salir.

—Por favor, ahora no —le imploro como si pudiera oírme, pero sigue bloqueada—. Vale, pues al final tendré que hacerlo.

Me tocará deslizarme hasta el asiento del pasajero y bajar por la otra puerta.

Lamentablemente, los dos fans ya han dejado libre a Hayden, que está pasándoselo en grande con mi espectáculo circense.

—Cortez, ¿le has robado el coche a Barbie? —me pregunta al tiempo que señala mi Cadillac Fleetwood de 1989 color rosa con un gesto de cabeza—. ¿Con qué funciona? ¿Con esperanzas y oraciones?

—Al menos el mío no es el típico automóvil que cualquier macho blanco heterobásico millonario puede escoger en un catálogo.

—Puede que ese sea precisamente el problema.

—Mi Cadillac Fleetwood tiene carácter. Ya no se fabrican coches así.

—Gracias a Dios, añadiría yo. —Extiende el brazo hacia la entrada del Sal Negra—. ¿Qué te parece si ponemos fin ahora a esta escenita?

—Has empezado tú, como siempre.

Y, para que quede claro que no es un caballero, lo adelanto. Entro en el restaurante e intercepto a uno de los empleados de la sala.

—Buenos días, una mesa para dos, que sea dentro si es posible, gracias.

El hombre me sonríe y coge la tableta.

—Déjeme comprobar qué tenemos disponible.

—Hace un día espléndido —me dice West—. No sería mala idea comer fuera.

—Sí, pero prefiero que no nos vean juntos. Además, fuera está lleno de fans tuyos que se plantarán en la mesa todo el rato para sacarse una foto contigo.

—¿No tendrás envidia?

—¿Sabes?, no todo el mundo quiere ser tú.

—Sobre todo porque nadie sería capaz de ser yo.

—Discúlpeme, me he equivocado —digo, volviéndome de nuevo al jefe de sala—. Necesitaremos una mesa para tres: acaba de llegar

su ego gigantesco.

—Lo siento, pero en el interior está todo reservado. Puedo acomodarlos fuera; si no, tendrán que esperar a que quede una mesa libre.

—Tranquila —me susurra West al oído—. Después también me haré una foto contigo.

Detesto admitirlo, pero, con el día tan bonito que hace, ahora que aún no aprieta el calor estival, habría sido una lástima comer en el interior. Bajo las palmeras, que hacen las veces de filtro entre el paseo marítimo y la playa, con un cóctel fresco y el rumor del mar, lo único que desentona es la compañía.

Cojo el menú, pero, en vez de leerlo, estudio a West, protegida por las gafas de sol. El pelo oscuro peinado al viento —he dicho expresamente «peinado» en lugar de despeinado—, el moreno de su piel, dorado pero discreto, no como esos falsos obtenidos a base de espray naranja, la camisa azul, solo con unos pocos botones desabrochados, no lo bastante ceñida como para resultar vulgar, pero lo suficiente para dar a entender a todo el mundo que entrena con regularidad, las mangas siempre remangadas hasta el antebrazo. Ya las llevaba así en la universidad. ¿Cómo es posible que, después de ocho años viviendo en planetas distintos, hoy sea el tercer día consecutivo que nos vemos?

—¿Hay algo que quieras decirme, Cortez?

—¿Eh…? —digo, saliendo de mis pensamientos—. No, ¿por qué?

—Hace diez minutos que me miras.

—Estoy decidiendo qué pedir —le replico, molesta.

—Veo mi reflejo en los cristales de tus gafas; si de verdad estuvieras leyendo el menú, debería ver el reflejo de los platos del día.

¡Malditas lentes de espejo!

—¿Y entonces por qué estabas mirándome tú a mí?

La pelota vuelve a estar en el campo de West.

—Porque estaba pensando en lo increíble que es que durante ocho años ni siquiera nos hayamos cruzado por casualidad, y de pronto nos veamos tres veces en tres días.

—Yo tomaré un burrito con gambas —digo, cerrando el menú con un chasquido.

¿Realmente los dos estábamos pensando lo mismo?

Cuando llega el camarero, él pide una parrillada de mar, mi burrito y unos nachos para compartir, aunque yo no le he dicho que me gusten. Junto con nuestros *iced coffee*, también traen la preceptiva sangría de bienvenida.

—Zinfandel de Napa —comenta West con voz de entendido después de olfatear la copa.

Yo, en cambio, como aún no me he recuperado de la resaca, me abalanzo sobre el café.

—Antes que nada, hagamos cuentas —digo, al tiempo que saco un sobre del bolso y se lo tiendo.

West lo abre, mira el contenido y se queda perplejo.

—¿Dinero?

—Por los gastos de la habitación del Chateau Marmont. Ahórrame aquello de «quédatelo» y «no tienes por qué». No quiero deberte nada, así que haz lo que quieras con él; dónalo a la beneficencia, quémalo, arrójalo al mar, pero es tuyo.

—Como tú desees, no pienso discutir contigo por la cuenta del hotel, pero has de saber que no te la hubiera reclamado. Solo para que quede claro.

—No quiero desequilibrios de poder entre nosotros.

—¿De poder?

—El dinero es poder; tú deberías saberlo mejor que nadie.

Durante los años de universidad, el dinero de tu familia tapó todos tus desmanes. Un estudiante normal, o uno pobre, habría sido expulsado de forma inapelable, y lo sabes.

—¿De verdad piensas remover el pasado otra vez?

—No, pero quienes como yo han sido víctimas de los privilegios de otros (el peso de un apellido ilustre, contar con la protección de una red social o la banal superioridad que confiere contar con medios económicos), no olvidan.

—Escucha, acepto tu dinero. Estamos en paz. —Llega el camarero con los platos y West le devuelve unos cubiertos—. Llévate los cuchillos. Mejor que no haya nada afilado en esta mesa.

—Okey —responde el chico, que me mira extrañado, pero no hace ningún comentario.

—Bien, y ahora, Wild Wild West, saca todos tus ases de la manga y transfórmame en un sabueso de los chismorreos —le digo mientras extraigo del bolso mi bloc de notas.

—¿Por qué no un pergamino y un tintero, llegados a este punto? —se burla—. Usa la grabadora, ¿no?

—Esto es una clase, y para aprender no hay mejor método que escribir a mano lo que se escucha.

—Como quieras, pero estate atenta, porque no pienso repetir —me advierte—. Uno: redes sociales. Crea dos perfiles ficticios. En uno de ellos sigue a todas las estrellas, sea cual sea su condición, no solo a las que te gusten, no seas esnob. Sigue a sus parientes, a sus amigos, sus redes sociales… Estudia detalladamente sus contenidos, sus casas, sus costumbres, porque la exclusiva siempre se encuentra en el cambio infinitesimal. ¿Desaparece del estante uno de los marcos con la foto del matrimonio? Hay un divorcio en el aire. ¿Una estrella lleva consigo la misma maleta dos días seguidos? Ha dormido fuera. ¿Ha desaparecido un frasco de suplementos de ácido

fólico de la encimera de la cocina? Hay un bebé en camino.

—¿Y para todo lo demás?

—Sigue a sus peluqueros, esteticistas, manicuras, dietólogos, asistentes personales, chóferes, niñeras, masajistas, entrenadores… Todas esas sombras que gravitan alrededor de las estrellas y custodian sus secretos. Descubre qué vida llevan, adónde van, frecuenta su entorno, hazte amigo de ellos. Hasta los más fieles escuderos tienen alguna piedra en el zapato.

—Esas son tus fuentes fidedignas, supongo. —Le doy un mordisco a mi burrito y se me escapa un gemido desconsolado.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que… Es vegetariano. No lleva gambas —constato con desilusión—. No tengo nada en contra de los vegetarianos, ¿eh?, pero me gusta más con gambas.

—¿Y qué problema hay? Que se lo lleven —me comenta con la mano ya alzada.

—¡No! Déjalo, por favor, no quiero hacer el papel de la clienta pretenciosa.

—Perdona, pretenciosa ¿de qué? Has pedido una cosa, y te han traído otra.

—Déjalo correr, por un capricho mío no quiero crearle un problema a un chico que a lo mejor se está pagando los estudios con este trabajo.

—¡Por supuesto, prefieres mortificarte antes que ponerte en contra de la clase trabajadora! —me espeta.

—¡No me hago la mártir, lo que pasa es que sé de lo que hablo! Para escribir un artículo sobre las condiciones laborales de los trabajadores de hostelería mal remunerados, me infiltré en la plantilla de un restaurante de comida rápida. Vi y escuché cosas escalofriantes. Jóvenes con préstamos universitarios astronómicos

que debían soportar toda clase de atropellos por parte de clientes arrogantes para poder redondear el sueldo con algunos dólares de propina. Resistir más de dos días ya es todo un récord en sí mismo, porque los restaurantes tienen a un sinfín de aspirantes haciendo cola en la puerta; basta la mínima tontería para echar a un trabajador… Pero ¿qué voy a explicarte a ti? Sin ir más lejos, yo también trabajé de camarera en la cafetería del campus, aunque con el uniforme probablemente era invisible para ti.

—Abre el burrito —me ordena West.

—¿Qué?

—Abre el puto burrito, Cortez.

Hago lo que me dice y él introduce unas cuantas gambas de su parrillada en mi burrito.

—¡No! ¿Qué estás haciendo?

—Come, o te juro que te meteré el burrito entero en la boca.

—No era necesario.

—Sí, hazme caso. Si es el único modo de hacerte callar y de que comas, pediré que nos traigan toda la carta.

—Exagerado.

—Ahora viene la parte más importante, así que abre bien las orejas. Los representantes son tu principal fuente, la linfa vital de las noticias, por una sencilla razón: se arrojarían a las llamas por sus clientes, sobre todo porque viven de los ingresos de sus protegidos. Cuanto más famosa se vuelve una celebridad, más trabaja, más dinero gana y, en consecuencia, su representante también. Y los representantes compiten entre sí, de modo que son los primeros en proteger los intereses de sus propios clientes y, al mismo tiempo, procuran que les vaya muy mal a los demás.

—Me parece despiadado.

—Si un actor está compitiendo con otro por un papel importante,

ten por seguro que el representante de ese actor hará todo lo posible por sacar de en medio al rival. Y el chismorreo sirve para eso: ninguna productora quiere trabajar con un talento que esté sufriendo una crisis de imagen…

—Y tú creas la crisis de imagen —concluyo.

—En ningún momento soy yo quien mete los esqueletos en su armario, ya están allí. Mi trabajo consiste en sugerir que en ese armario hay algo… Y casi siempre tengo razón.

—Pegarse a los talones de los representantes, recibido —apunto en el bloc de notas.

—Obviamente, necesitarás ropa para poder frecuentar a los personajes del *star system*.

—De eso tengo, no te preocupes.

—¿Como esta camiseta? —me pregunta señalando la que llevo puesta, con el lema «F*ck the patriarchy».

—No acepto consejos de alguien que siempre viste una camisa azul y unos vaqueros blancos de la década pasada. ¿Cuántas tienes en el armario?

—No las he contado, pero tu argumento no me vale, porque lo mío es una imagen de marca personalizada.

—Por favor, sigamos avanzando, que ya me empiezan a sangrar las orejas.

—Excava en el pasado; a menudo los famosos olvidan que tienen uno. Y también olvidan los cadáveres que han pisado para llegar a donde están. Revisa sus comienzos, localiza a las personas con las que han trabajado: actores secundarios, coprotagonistas, guardaespaldas. Los que han sido sobrepasados por la fama de otros no tienen nada que perder, y arden en deseos de volver a estar bajo los focos.

—Localizar a los envidiosos. —Anoto.

—No siempre se trata de envidiosos. Muchas veces son personas muy capaces, pero que han sido eclipsadas por los privilegios de otros: apellidos importantes, protección por parte de las redes sociales, mayor poder económico.

Me quedo con el bolígrafo suspendido en el aire en cuanto percibo que West está parafraseando lo que he dicho antes, cuando se refería a nuestros años en la universidad. ¿Acaba de admitir que yo soy buena y él un privilegiado, o necesito un buen otorrino?

—Y patéate los estudios como si fueran tu segunda casa: el ejército de gente que trabaja en el mundo del cine es indispensable; examina todo aquello que ha sido ocultado al mundo, las grabaciones desechadas, los ensayos, las escenas comprometedoras.

—Supone un trabajo enorme.

—Debes cambiar tu estilo de vida. Olvida *Insider*, tu TG en *streaming*, sal de caza por las noches y vuelve a tu apartamento con una exclusiva, o de lo contrario tu página estará vacía.

—¿Como hiciste tú conmigo en El Cielo?

—Yo no te pedí nada, fuiste tú quien me habló de Bracknell y de sus maquinaciones para favorecer a la sociedad NK-living. Yo solo me limité a vincular las informaciones.

Estoy a punto de preguntarle cómo lo hizo, pero en ese momento suena mi móvil. Lo saco del bolso: es Rafael.

—¡Ey, hola, cariño! —Le indico a West con una seña que me dé un minuto—. Esta mañana he tratado de hacerte una videollamada.

—Lo sé, pero estaba ocupado fuera de la base y tenía poca batería —se excusa—. ¿Cómo va? ¿Qué novedades tienes? ¿Qué hay de la investigación sobre Mar Vista?

—Hum… De momento está parada. Ahora ando en otro proyecto.

—¡Fantástico! ¿De medio ambiente? ¿Política? No, espera… ¡Derechos civiles! —aventura.

—En realidad es algo un poco diferente —divago, tratando de ocultar la punzada de vergüenza que me tortura desde que Oliver me cambió de sección—. Está más relacionado con el mundo del espectáculo.

—¡Ah, vas a volcarte en el mundo de la crítica! Fantástico, tendrás acceso a un montón de preestrenos, entradas gratis… ¿Ya sabes si también puedes obtener acreditaciones para las grandes entregas de premios? Pues entonces reservaré el vuelo.

—No disfrutamos de esa clase de ventajas, los pasajes para la vuelta son muy caros y… Un momento, ya tendrías que haber reservado el vuelo. ¿No regresabas para votar en las primarias?

—Ah, sí, yo… Verás… Estoy valorando qué tarifa me conviene más.

—Pero la organización te reembolsa los gastos —le recuerdo.

—Cierto, pero sería muy egoísta por mi parte no conseguir los más económicos. Quiero decir que debemos disponer de los fondos con prudencia. ¡Estamos hablando de niños que viven en favelas!

—Es verdad, haces muy bien. —El recurso de los niños pobres siempre desactiva mis argumentos instantáneamente—. Verás, el nuevo proyecto consiste en… —Estoy a punto de soltar el sapo de los chismorreos, cuando él me interrumpe.

—Ah, escucha, Sofi, he de pedirte un favor enorme. Tengo un montón de material que no puedo montar para los vídeos, o de lo contrario se convertirían en largometrajes, pero, si te los enviase, ¿tú podrías hacer una recensión del contenido en forma de artículo?

—¿Quieres que lo visione y lo resuma?

—Tú eres mucho mejor que yo para tratar el tema de la escasez de alimentos y de las injusticias. Yo tengo una visión demasiado técnica.

—Por supuesto que te ayudaré. ¿De cuánto metraje extra

estamos hablando?

Al oír mi respuesta, West alza los ojos al cielo.

—Más o menos…, unas diecinueve horas.

—¿Diecinueve horas? —exclamo consternada.

El muy payaso de West me señala, y a continuación hace el gesto de atarse una cuerda al cuello y ahorcarse. Qué divertido.

—Ni te imaginas cuánto queda por contar. ¡El mundo debe saberlo! Tenemos la obligación moral de divulgar estas desigualdades, pero yo solo no puedo hacerlo todo, cariño.

—¿Para cuándo lo necesitas?

—No hay prisa, puedes trabajar a tu ritmo. Para la semana que viene sería perfecto.

—¿U-u-una semana? —balbuceo sin saber qué responderle.

El mundo debe saberlo, pero yo también tengo que vivir.

—Sí, lo sé, incluso para ti es demasiado, pero, si lo acabas antes, mejor que mejor.

—En cuanto al tema del plazo de entrega, precisamente he de hablarte de mi nuevo trabajo.

—Perdona, pero debo irme… ¡Voy, Lynette, enseguida subo a la camioneta contigo! —grita a cierta distancia del micrófono—. Ya me contarás cuando hablemos de nuevo, ¿okey, amor?

—Vale. Adiós, tesoro… Y saluda a Lynette de mi parte… —Ya ha colgado.

West se balancea en su silla y esboza una sonrisita petulante.

—Déjame adivinarlo: ha colgado antes de que te despidieses.

—No es asunto tuyo —le replico mientras cojo unos nachos del plato que compartimos.

—Conque «tesoro», ¿eh? Resulta que la inflexible Cortez se convierte en un angelito cuando habla con su novio.

—Ser amable con la persona a la que quieres es algo de lo más

normal. Aunque, por lo visto, a ti esta práctica te resulta extraña.

—No acostumbro a rebajarme como tú.

—Tranquilo, para eso hace falta un corazón, y tú careces de él, te lo aseguro.

—¿Dónde está tu «tesoro»?

—Se llama Rafael, y en este momento está en Paraguay, al servicio de una ONG que opera en Sudamérica, para documentar el trabajo que realizan.

—Muy noble por su parte.

—Sí, es noble, más que perseguir a las estrellas que se han hecho un trasero nuevo.

—¿Y también es noble hacerte escribir a ti los reportajes?

—Son artículos de *awareness*, de sensibilización —puntualizo—. Y resulta que se me dan muy bien. Yo, en las clases de Psicología de la Comunicación que impartía la señora Cole, no dormía como otros.

—Yo descansaba los ojos. Dime una cosa, ¿finalmente enmarcaste el diploma de campeona de empatía que ganaste a fin de curso?

—Se perdió hace dos años, durante la mudanza.

—Qué lástima —se lamenta burlón—. En cualquier caso, olvida todo lo que te he dicho, porque tampoco te servirá de nada si vas a pasarte el día rebobinando el trabajo de tu chico mientras él se va de paseo con Livette.

—Lynette. Es una de las responsables de la organización —le explico—. Ha consagrado su vida a esta causa.

—Supongo que debe de ser una dulce señora de aspecto tranquilizador que ha sacrificado los mejores años de su vida para salvar a los hijos de los demás. Una segunda madre a la que Rafael-Tesoro venera con desmesurada admiración.

—Tiene veintidós años. ¿Tú, a su edad, qué hacías, aparte de

holgazanear de fiesta en fiesta?

—Lo que yo hacía a los veintidós años no es de tu incumbencia, pero ¿sabes lo que sí debería interesarte? Lo que Rafael y Lynette hacen en la jungla de Uruguay, o donde sea que estén.

—¡Paraguay! ¡Cómo es posible que siempre os equivoquéis todos!

El camarero retira los platos y yo le pido la cuenta.

West apoya los codos en la mesa, se inclina hacia mí y me dice:

—Escucha, Cortez, a mí me da lo mismo cómo gestiones tu tiempo, aunque puedo asegurarte que dedicarse al mundo del cotilleo es un trabajo muy serio, te obliga a invertir muchas energías, pero, si quieres emplearlas en hacer de secretaria de tu novio, al que no ves desde… ¿Cuánto tiempo hace que está fuera?

—Desde el pasado julio.

—Desde el pasado julio, es cosa tuya. Yo ya he cumplido con mi parte. A partir de ahora, el resultado dependerá de ti, y, si quieres lograrlo, tendrás que poner los cinco sentidos en ello.

—Aquí está la cuenta —dice el camarero, y se la entrega a West sin dudarlo un instante.

—Pagamos a medias —le advierto.

—¿A medias? Si solo te has comido un burrito, y encima estaba medio vacío —me responde.

—Pero me has dado tus gambas, y hemos compartido el bol de nachos.

—Yo solo no me los habría podido acabar.

—No insistas, dividamos la puñetera cuenta —le repito.

—Perfecto, son quince dólares por cabeza —dice sin inmutarse.

—Déjame ver esa hoja —le ordeno, tendiéndole la mano.

—¿Por qué?

—Porque sí, déjamela ver… ¡Oh, no! —exclamo en tono

dramático.

—¿Qué pasa?

—Tienes una mancha de guacamole en la camisa.

—¿Dónde?

West baja la cabeza en busca de la mancha, y yo aprovecho para arrancarle la cuenta de la mano.

—¿Qué haces?

—Tarde o temprano, tu vanidad acabará contigo —me burlo—. Eh, la cuenta asciende a cincuenta dólares; tocamos a veinticinco dólares por cabeza. ¿Te parece que necesito un descuento de diez dólares?

—¡Solo pretendía ser ecuánime, pero tú haces que sea imposible cada vez que lo intento!

Deposito un billete tras otro sobre la mesa.

—Escucha, West, toda esta pantomima de la falsa cortesía no conduce a ninguna parte. Puedes jugar esta carta con quien no te conozca, pero desde luego no conmigo. Tú y yo sabemos perfectamente que las rencillas del pasado y el desprecio que nos profesamos mutuamente hacen imposible que podamos disfrutar, ni aunque sea mínimamente, del placer de mantener una conversación civilizada. Me robaste una noticia (aunque no lo admitas, sabes con total certeza que es así) y me has compensado por ello. Ahora estamos a la par. —Dicho lo cual, cojo una barra de carmín del bolso y me lo paso por los labios, dándome aires de superioridad.

Él asiente.

—A la par.

Me cuelgo el bolso del hombro y me levanto.

—Que tengas un buen día.

—¿No te lo has pasado bien? —me pregunta él, que sigue sentado con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Ni siquiera un

poco durante la última hora?

—Tú, ¿sí?

—Estás en lo cierto, únicamente acabamos de concluir una transacción. Pero, de hecho, hay un dato que resulta incontestable: ha sido nuestro primer almuerzo desde que nos conocemos. Y hemos sobrevivido.

Esta frase me fulmina el cerebro, como si me hubieran sometido a un *electroshock*. Nunca en la vida nos habíamos encontrado cara a cara, en una mesa, compartiendo una comida, y no se me ha hecho extraño ni por un segundo. Hasta el punto de que no le he dado importancia. Si West no llega a hacérmelo notar, ni me habría percatado.

—Solo han hecho falta doce años —comento, esperando que el matiz sarcástico de mis palabras baste para enmascarar mi sorpresa.

—Deberíamos brindar —comenta, señalando los dos vasos de sangría, que siguen llenos.

—Brindemos —concuerdo con él de forma espontánea.

Cojo el vaso, y él me imita y lo entrechoca con el mío.

—Por nuestro primer almuerzo.

—Por nuestro primer y último almuerzo —puntualizo—. Ha salido bien, así que no nos la juguemos repitiéndolo.

—Puede que de aquí a otros doce años.

—Doce años me parece un periodo aceptable.

Él toma un sorbo de su copa, yo bebo de la mía, y por un instante nos miramos en silencio. El almuerzo ha terminado, ya no hay ningún motivo para permanecer aquí.

—Yo… Me voy

Empiezo a alejarme de nuestra mesa, dejando atrás a West de una vez por todas.

—Saluda a Rafael de mi parte, si vuelve —grita a mi espalda.

—Vete a la mierda, West.
—Doce años, recuérdalo, Cortez.
—Ya me lo he apuntado en la agenda.

Capítulo 11



Hayden

Sigo holgazaneando unos minutos más en el restaurante. El sol está alto, en la playa hay un equipo de *cheerleaders* profesionales entrenándose; una incluso me ha guiñado un ojo, pero no acabo de decidirme a levantarme e ir a saludarla.

Sigo con la mirada fija en el borde del vaso en el que ha bebido Cortez, donde ha quedado impreso su carmín. Para ser más precisos, estoy mirando su labio inferior. La verdad es que no para de decir burradas con esa boca suya. Y lo bueno es que encima se cree lo que dice.

Nunca he acabado de saber si es demasiado inteligente o demasiado ingenua.

Demasiado inteligente, hasta el punto de ser capaz de mirarnos a todos desde su altura como si fuéramos hormigas que caminan en fila, llevando miguitas a su escondite, de pensar en el año tres mil,

mientras que nosotros a lo sumo somos capaces de pensar en lo que haremos pasado mañana, de sacrificar su propio bienestar en aras de aquello que aún está por nacer.

O demasiado ingenua, hasta el punto de tragarse cualquier paparrucha buenista y progresista que la haga sentirse mejor persona y le permita dormir con la conciencia tranquila.

Y de nuevo ha vuelto aquella sensación que experimentaba en la universidad: quisiera preguntarle cómo se las apaña para poder mantener a distancia sus propias necesidades materiales, y a la vez sujetarla por los hombros y decirle que espabile de una vez.

—Ya estoy aquí, Hayden —me saluda Corey, dándome una palmada en el hombro—. ¡Guau, nachos!

Se sienta en la silla de Cortez y se lleva a la boca un puñado de triángulos de maíz.

—No has ido al entreno. Y esta mañana tampoco —le digo.

—Estaba trabajando para ti. Escucha: gira promocional por Europa.

—¿Europa? —inquiero sorprendido.

—Lo sé, lo sé, pero los resultados de las ventas también han sido excepcionales fuera de aquí, y no podemos pasar por alto otros países importantes. Recuerda que *Wild Wild West* es una marca. No se vive solo de los ingresos, sino también del boca a boca —empieza a decir con su «voz persuasiva»; esa con la que me arranca un «sí» cuando quería decir «no»—. Estas oportunidades pasan por delante a toda velocidad. Si no nos subimos ahora a este tren, corremos el riesgo de perderlo.

—En eso no te equivocas.

El tren del que habla son los espónsores.

—Tómatelo como unas vacaciones. Un Grand Tour al viejo estilo: diez días, cinco etapas. Londres, París, Berlín, Roma y Madrid, vuelos

en primera, hoteles de cinco estrellas, todo incluido.

—No suena mal. ¿Cuándo partiríamos?

—En el *Graham Norton Show* te esperan dentro de un mes —por el tono de su voz deduzco que ya está confirmado.

—¿El *Graham Norton*? Joder…

—Yo, a ti, solo te busco lo mejorcito.

—¿Puedo recoger? —pregunta el camarero, que acaba de volver a la mesa—. ¿O el señor quiere pedir?

—Ya estamos bien —digo.

Corey se aprieta contra el regazo el bol con los nachos.

—Estos me los quedo yo.

El camarero mira los billetes que Cortez ha dejado encima de la libreta en la mesa.

—Ah, sí, falta mi parte. Aquí tienes la otra mitad —indico, añadiendo la cantidad restante.

Me observa con curiosidad.

—La cosa no ha ido muy bien, ¿eh?

—¿Qué?

—La cita —responde mientras apila el montón de dólares—. Ha pagado su parte y se ha marchado.

¡Él ha pensado que Cortez y yo estábamos disfrutando de un almuerzo romántico!

—¿De qué cita hablas? ¿Qué narices te ha hecho pensar eso? Era una reunión de trabajo.

—La conversación parecía muy intensa. Esa ha sido mi impresión.

El joven se encoge de hombros, se guarda el dinero en el bolsillo y retira los platos vacíos.

—Perdona, ¿una reunión de trabajo con quién?

A Corey ya se le han encendido las alarmas. Él sabe todo lo que

hago, de modo que para él este «agujero» supone un incumplimiento, en caso de que me haya olvidado de informarle, o traición, si he llegado a algún acuerdo con alguien sin su conocimiento.

Lo tranquilizo de inmediato, antes de que se le dispare la tensión:

—¿Te acuerdas de la loca del ascensor, la mañana del show de Elsie Kepler?

—¿Aquella que había ido contigo a la universidad?

—Esa. Teníamos que hacer cuentas.

—¡Pero si no os veíais desde que os licenciasteis!

—Podríamos decir que obtuve la exclusiva del divorcio de Nikki Kent gracias a una pista que compartió conmigo en un momento de escasa lucidez por su parte, dos noches atrás, en El Cielo Club.

—Le robaste la noticia —resume Corey.

—¡No se la robé! ¡Ni tan solo era una noticia! —puntualizo, a la defensiva—. En cualquier caso, ella no se lo tomó bien, y, como ahora ha de ocuparse de la sección de cotilleos de su periódico, le he dado un par de indicaciones, a modo de compensación simbólica.

—Discúlpenme de nuevo. —El camarero acaba de volver a nuestra mesa—. Verá, yo antes no quise decírselo porque me daba apuro, y me parecía que no era el momento, pero querría pedirle un favor… Siempre que no le suponga una molestia. —Me mira con incertidumbre y con esperanza al mismo tiempo. Me inspira ternura; no tendrá más de veinte años. Lleva un bolígrafo y una hojita de papel que sin duda no son para tomar nota, porque aquí los pedidos los apuntan electrónicamente.

—¡Ya ves, menudo problema! —Aunque preferiría decirle: «¡A buenas horas!». Si lo que quería era mi autógrafo, podría habérmelo pedido antes, y eso habría puesto aún más de los nervios a Cortez

—. Dame el bolígrafo.

—No hace falta.

—Okey, ¿prefieres que nos hagamos un selfi? —le propongo mientras me pongo de pie a su lado.

—No, yo quería pedirle, en vista de que la chica que lo acompañaba no es su novia, si pudiera darme su nombre para seguirla en sus redes sociales. —Baja la vista al suelo y se ruboriza —. Era muy mona, y me gustaría salir con ella, si a usted no le interesa.

No es fan mío; se ha prendado de Cortez.

Corey trata de reprimir una risa histérica embutiéndose nachos desmenuzados en la boca.

—Es al menos diez años mayor que tú —señalo, como si ese fuera un argumento válido. Yo mismo a su edad salía con chicas mucho más de diez años mayores que yo.

—Es que me gustan las maduras.

—Escucha… ¿Cómo te llamas?

—Eddie.

—Escucha, Eddie, hagamos una cosa: dame tu contacto, y yo se lo pasaré cuando vuelva a verla. Si ella está interesada, te lo hará saber. ¿Qué me dices? Mejor que *stalkearla* en las redes, ¿no?

—¿De verdad? ¡Gracias!

Solo le falta menear el rabo. Seguro que no es de por aquí.

—No hay de qué. ¿De dónde eres, Eddie? —le pregunto.

—De Grangeville, Idaho.

—¿Y qué estás haciendo en Los Ángeles?

—Estudio Diseño Gráfico Computarizado; me gustaría trabajar en el sector de los efectos especiales.

—Pues a por ello, Eddie.

—A muerte. Ah, este es mi contacto. —Escribe su nombre y sus

distintas cuentas en la hojita y me la pasa—. Cuento con ello.

—Por supuesto —respondo, guardándome el papel en el bolsillo —. ¿En serio no me has reconocido?

El chico sacude la cabeza.

—Hum… ¿Debería?

—Suelo venir por aquí —le comento.

—Es mi primera semana. Entonces ¡hasta la vista! —se despide antes de marcharse.

Eddie vuelve al trabajo y yo me quedo con Corey, que aún se está tronchando de risa.

—Menuda plancha, West. ¿Quieres que te traiga hielo?

—Muy divertido.

—Tú nunca vienes a este restaurante.

—¿Y dónde podía quedar con Cortea, si no?

—Déjame que lo adivine: no piensas pasarle su contacto, ¿verdad?

—Ni que yo fuera su secretario.

—Dale una oportunidad. ¡Que al menos se cumpla uno de sus sueños! Seguro que, estando aquí, no accederá ni de coña a los estudios para trabajar en los efectos especiales. Los Ángeles es la ciudad de los sueños, pero no todos se cumplen.

Observo a Eddie tomando nota a una mesa, llevándole la bebida a otro cliente, y cómo este lo regaña porque el combinado tiene una piel de naranja en lugar de una monda de limón. Él se disculpa con aire compungido, y entonces regresan a mi mente las palabras de Cortez sobre el mundo de la restauración.

—Eddie —lo llamo levantando el brazo.

—Dígame.

—Olvidé la propina.

—Estaba incluida en la cuenta —me aclara, en un arranque de

ingenuidad que solo podría ser propio de alguien de Grangeville, Idaho.

Introduzco la mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros y recupero el sobre que me ha dado Cortez.

—Toma, esto es para ti.

Mira el contenido del sobre y al verlo casi le entra un ataque de pánico.

—Cien, doscientos, trescientos… ¿Ochocientos dólares? Es muchísimo dinero, no puedo aceptarlo.

—Considéralo una inversión en tu curso de Infografía.

Eddie se deshace en agradecimientos y se retira casi haciendo reverencias.

—¿Te estás ablandando, Hayden? —me pregunta Corey.

—Si espera que le pase su contacto a Cortez, está apañado, porque no creo que vuelva a verla hasta el próximo almuerzo, dentro de doce años.

Capítulo 12



Sofía

—¿Te has acabado tú mis espaguetis con albóndigas? —le pregunto a Michelle mientras observo el hueco en la nevera donde estoy segura de que había un táper con mi cena. Eran las sobras de ayer de Cindy, que me había traído hoy, porque sabe que me encantan. Cuando he llegado a casa, los he dejado en el frigorífico, y en el tiempo que he tardado en ducharme, han desaparecido.

Michelle, vestida con ropa y bisutería góticas, sentada en su silla de *gamer* a la mesa de la cocina, está observando atentamente unas secuencias de códigos en la pantalla de su ordenador y no me responde.

—¿Michelle? —insisto.

Nada. Le aparto un auricular de la oreja y vuelvo a ponerla en contacto con el mundo real.

—¿Te has comido los espaguetis?

—Sí.

—¿Por qué?

—Mi sistema operativo ha sufrido una bajada de potencia a causa de un déficit de recursos energéticos, dando como resultado un estado de inactividad que impide procesar y recibir los comandos de *inputs* necesarios —responde sin apartar la vista del monitor.

—¿Qué sistema? ¿De qué…? ¿Cómo?

—Tenía hambre.

—Michelle, tú tienes tu comida. Entonces ¿por qué te comes la mía?

—El paquete de datos estaba procesado y optimizado para su implementación inmediata, disponible para su instalación, sin necesidad de ulteriores elaboraciones.

—¿Qué pinta el paquete de datos en todo esto? ¡Te estoy hablando de los espaguetis!

—Ya estaban listos para comer.

—Muy bien, pues entonces yo me comeré tu sopa de *soba* —le replico en tono vengativo, sin que Michelle se inmute.

Mientras espero junto al fogón a que se caliente el agua para añadir los *noodles* deshidratados, le envío un mensaje a Rafael.

«Michelle es insoportable, se come mi comida, se pone mi ropa. No veo la hora de que regreses».

Pero, en cuanto lo he enviado, temo que al leerlo pueda pensar que solo estoy esperando a que vuelva para deshacerme de mi incómoda compañera de piso, de modo que añado: «Te echo de menos».

Y también le envío un corazoncito, para que no parezca un «Te echo de menos» fruto de la desesperación.

Y, como si tuviera un sexto sentido para detectar cuando tengo el humor por los suelos, me llama mi madre.

—Tengo una propuesta que hacerte —me anuncia en cuanto respondo.

—Disculpa, mamá, pero ahora no estoy de humor.

—Como todas las noches, desde hace un montón de tiempo —me replica—. Desahógate, sácalo fuera; puede que así no demos con la solución, pero al menos liberarás energía negativa. ¿O quieres que se lo diga a la abuela, y te haga una limpieza espiritual?

La abuela es una ferviente seguidora de la santería, pero yo no soy precisamente una fan de sus rituales. No creo que agitar hierbas quemadas alrededor de la cabeza pueda cambiarme la vida por arte de magia.

—En el periódico no estoy obteniendo resultados que puedan considerarse útiles —me lamento. No es que los consejos que me dio West no sean acertados, pero ahora me doy cuenta de por qué los ha compartido conmigo sin poner la menor objeción: se requiere mucho tiempo para que resulten eficaces. Y, por «tiempo», no me refiero a días, sino a años—. En dos semanas solo he logrado acercarme a algunas estrellas de segunda fila, ofreciéndoles visibilidad mediante entrevistas, o de los llamados «retratos», pero sin conseguir ningún cotilleo relevante. ¡Y mucho menos una exclusiva digna de clics, como espera Oliver!

—Debes tener paciencia, Roma no se construyó en un día.

—Tengo la sensación de estar desperdiciando un tiempo muy valioso, a juzgar por todo el que me paso en las redes —sigo lamentándome—. Me sé de memoria la *beauty routine* de Cheyenne Evans, que he seguido todos los días en busca de los famosos «detalles reveladores», ¿y para qué? Para escribir una columna de relleno que Kim ha bautizado con el siguiente título «cazaclics»: «El secreto para tener la piel de una estrella GRATIS».

—¿Y cuál es el secreto?

Fantástico, mi madre también ha caído en la trampa.

—Ninguno. Simplemente guarda sus productos para el cuidado de la piel en la nevera, y así se beneficia del efecto drenante-hidratante-tonificante y otras chorradas por el estilo acabadas en «ante».

—¡Genial! Yo también lo probaré.

—¡Mamá, por favor! No empieces tú también. En definitiva, West siempre va un paso por delante y quema toda la tierra por donde pasa. ¿Que yo detecto un nuevo romance en potencia? Pues él publica una foto de los dos tortolitos juntos. ¿Que yo sospecho que una actriz envuelta en una serie de relaciones peligrosas está embarazada? Pues él confirma que en el set tiene a su disposición un asistente que solo se dedica a sostenerle el cubo cuando ella vomita entre toma y toma. ¿Que yo olfateo qué pareja de celebridades está atravesando una crisis? Pues West ya ha husmeado cuál de los dos ha sido infiel, y con quién. Estoy agotada.

Esto es así porque él cuenta desde hace años con unas fuentes muy consolidadas, mientras que yo solo dispongo de una red deshilachada. Mi madre ha comprado su libro, *El Un-Holywood*, y yo se lo he birlado para leerlo. Lo cual no puedo por menos que confesar para mi gran vergüenza.

—Lo siento, cariño.

—Salgo casi todas las noches a la caza de una exclusiva, y regreso cansada y con las manos vacías; además, ya no transmito mi TG en *streaming* desde antes de la velada en El Cielo, *Insider* ha cerrado… El último artículo que publiqué trataba de la recalificación de los terrenos de Mar Vista, y el recuento de visitas fue de veintidós lectores.

—No me has dicho si has hecho las paces con Rafael.

—Más o menos.

Ya, Rafael. Cuando le he dicho que Oliver me había trasladado a la sección de cotilleos, no se lo ha tomado bien.

—Deberías haber renunciado —me ha dicho en la última videollamada.

—Si pudiera permitirme el lujo de dar un portazo y largarme, lo haría.

—No es una cuestión de lujo, sino de integridad, Sofía —me ha reprochado.

—El alquiler no se paga con integridad —le he replicado yo. Pude hacer frente a los ochocientos dólares que le devolví a West por la habitación en el Chateau Marmont, pero semejante retirada de fondos le ha hecho mucho daño a mi cuenta bancaria.

—Ya veo —me ha respondido él en tono sarcástico—: Si puedes tirar por la borda todos tus principios, excusándote en el alquiler, entonces todo vale. No sé, llegados a este punto, podrías dedicarte a trapichear con droga.

—Ahora te estás poniendo dramático. ¡Los chismorreos y la droga no son lo mismo, caray!

—Oh, sí, ya lo creo. Ambos contribuyen a degradar la sociedad. Forman parte de una cultura que tiende a nivelarlo todo hacia abajo. Y, al participar en ella, tú también te conviertes en cómplice de este morboso voyerismo de masas que induce a adoptar los hábitos más insanos. ¿Sabes cuántas jovencitas arruinan su salud por querer tener los mismos cuerpos que exhiben las vips, sin darse cuenta de que estos son el resultado de tratamientos farmacéuticos o quirúrgicos? ¿Sabes cuántas de ellas acaban en el hospital?

—Yo nunca he exaltado esos modelos de belleza irreales y, desde luego, no pienso empezar a hacerlo ahora —indico en mi defensa.

—¿Y qué me dices del culto a la envidia social? Esta se basa en

imitar a los ricos porque, «si eres rico, eres mejor». Hay gente que, en lugar de cuidarse y prevenir las enfermedades, se hipoteca para poder comprarse unos cochazos de lo más contaminantes, validando de este modo un sistema de valores totalmente errado. ¿Sabes que aquí, en Asunción, en los suburbios que se extienden a lo largo del río, malviven diez mil personas, y que con lo que cuesta una mansión en Beverly Hills podrían vivir dignamente toda una vida?

Me ha fulminado. ¿Cómo puede competir alguien como yo —una periodista de cotilleos de Los Ángeles— con un documentalista al servicio de una ONG, que se dedica a plasmar el estado de pobreza que impera en las favelas de Sudamérica?

—Escucha, yo tampoco estoy satisfecha con lo que hago, pero es temporal —le respondo, casi como si tuviera que excusarme.

Rafael tenía que volver al trabajo, y hemos concluido la llamada así, sin haber arreglado las cosas.

Seguimos llamándonos como si nada hubiera pasado, pero yo tengo la sensación de que ha quedado algo sin resolver, porque ahora mismo siento que no cuento con su consideración ni con su apoyo, y al no poder contar tampoco con su presencia, la consideración y el apoyo eran los dos elementos de nuestra relación que más me ayudaban a seguir adelante.

—Cariño, te noto triste… —suspira mi madre.

—¡Eh! —exclama Michelle, sin despegar los ojos de la pantalla en ningún momento—. El proceso de volatilización de los datos húmedos en proceso ha provocado una reducción del volumen de recursos líquidos en el sistema, la unidad de elaboración ha superado el umbral térmico de seguridad y se ha producido un error crítico de sobrecarga energética.

—¿Qué?

—El agua se ha evaporado y el cazo se está quemando.

—¡Oh, cielo santo! —exclamo mientras apago el fogón y tiro el cazo con la lava humeante en el fregadero.

—Hoy no es mi noche, mamá. Me he quedado sin cena y he quemado un cazo. Saldré a buscar una pizza. Adiós.

Me pongo los zapatos, cojo las llaves y, cuando salgo, en la puerta me encuentro nada menos que a mi madre.

—¡Justo a tiempo, Sofía! —exclama, y me estampa un beso pegajoso de brillo de labios en la mejilla.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí? —No es una pregunta muy aguda, teniendo en cuenta que vivimos a dos calles de distancia.

—La abuela ha hecho chicharrón —deja caer mi madre con voz tentadora. Sostiene un plato cubierto con papel de aluminio—. Y picadillo.

Aún no ha acabado de decirlo, cuando mi madre y yo ya estamos sentadas en los escalones de casa, pellizcando chicharrones del plato. Comérselos dentro resulta imposible, a menos que no importe que la casa apeste a corteza de cerdo frita durante los próximos tres años.

—Creo que, si un médico nos viese ahora, nos cancelaría la póliza del seguro sanitario delante de nuestras narices —comento, mientras tomo un crujiente bocado.

—Estos no son para el estómago, sino para la cabeza —dice, pinchándome la frente con el índice.

—¿Qué idea querías proponerme?

—¿Puedo ayudarte con tu trabajo?

—¿Perdona…?

—He notado que no estás tranquila, siempre pones cara de pocos amigos, ¡y no quiero que te salgan arrugas! Yo era hermosa a tu edad, pero tú… —Me aprieta las mejillas con las palmas de las

manos—. ¿Cómo pude hacerte tan perfecta?

—¡Mamá, por favor! Que tengo treinta y un años, no trece.

—Perdona, es orgullo materno. Yo también tengo derecho a presumir de mis méritos.

—Mi autoestima te lo agradece, aunque muy imparcial no es que seas.

—Escucha —farfulla con la boca llena—, tú has de escribir de chismorreos, y los chismorreos son mi profesión.

—Eres peluquera.

—¿Y de qué te crees que hablamos las clientas y yo todo el tiempo? Hagamos un trato: tú me llevas contigo de expedición por los locales y yo indago sobre las celebridades por cuenta tuya.

—Por fin se ha desvelado el misterio: tu presencia no obedece a un impulso espontáneo de ayudarme, solo es una excusa para ir a los clubes.

—Los conozco a todos: de las estrellas de primera fila, me sé hasta cómo son las luces traseras y las ruedas de recambio de sus coches. Hace años que sigo hasta el último detalle de sus vidas. Adelante, pregúntame los nombres de todos los maridos de Lorna Pryn.

Me la quedo mirando, resignada.

—Ya sé cuántos maridos tiene Lorna Pryn.

—Muy bien, pues entonces dime sus nombres —me desafía sin titubear.

—Callum Douglas, Will Glasgow, Mich Sulley y Peter Glasgow, el hermano de Will —enumero sin mucho entusiasmo para complacer a mi madre.

—Me falta uno.

—Son cuatro, los he dicho todos.

Ella sacude la cabeza con aires de superioridad.

—Steve Baker, compañero de instituto, se casaron después de graduarse y el matrimonio duró seis meses. ¿Lo ves? Sé mucho más que tú —señala la mar de orgullosa—. ¡Puedo serte muy útil!

—Tienes razón —reconozco. En el fondo no me vendría mal una guardaespaldas, y sin duda ella está mucho más al corriente que yo en cuanto a la pirámide social del *star system*—. Pero ya sabes que para frecuentar locales como El Cielo hay que tener un guardarropa de alfombra roja.

—¿Y dónde está el problema? Iremos de compras. —Al pronunciar la palabra «compras» sube y baja las cejas—. ¿Vamos?

—No —respondo sacudiendo la cabeza con determinación.

—Me enteré de que había un nuevo centro comercial en El Monte, eché un vistazo, y resulta que hay muchas tiendas de marca… Y un montón de contenedores que piden ser revisados.

—Ni hablar.

Capítulo 13



Hayden

Estoy tendido en el sofá clasificando las informaciones que me llegan de mis fuentes: quién está dónde, quién está con quién y quién hace qué.

Delante de mí, en la mesita de café, tengo dos portátiles, una tableta y dos teléfonos, como si fuera el centro operativo de un servicio de inteligencia.

La cosa no está en recibir informaciones —cada vez hay más mitómanos, y después están los *haters*, que cobran por divulgar informaciones falsas—, sino en verificar los contenidos.

Más de la mitad son desechables; la mitad restante se subdivide en burradas sin importancia —no extraigo noticias de las sobras—, autoproclamaciones que no suelen ser más que peticiones de atención, y por fin están los contenidos sustanciosos.

Corey siempre me recomienda que delegue en otra persona,

porque mi tiempo es muy valioso y este trabajo absorbe mucho, pero no me fío de nadie.

Y además debo acumular material para todo el tiempo que esté en Europa.

Me asusta un poco la idea de dejar el sitio web en pausa durante mi gira europea —*Wild Wild West* jamás deja de publicar, ni siquiera en Navidad—, pero esta vez he decidido que ya es hora de desconectar.

Dentro de poco estaré en Londres, y me gustaría subirme al avión lanzando una bomba de esas que bloquean los servidores.

Por desgracia, no hay gran cosa en este momento

La única pista interesante es la de Casey Jameson, una actriz ganadora de dos Oscar, casada con el director de cine Mark Wilbur, que lleva semanas llamándome la atención. Ha abandonado el último proyecto cinematográfico de su marido y la han sustituido deprisa y corriendo antes de que empezara el rodaje; sé que ha contratado un abogado, y Mark Wilbur apareció solo en la última alfombra roja.

El aire trae efluvios de divorcio, y una de mis fuentes me indica que la actriz se está hospedando en un hotel de categoría media-baja, en El Monte.

¿Qué puede estar haciendo una estrella de su talla en un hotel turístico de la periferia?

Sospecho que debe de ir allí para un encuentro clandestino, y el único modo de descubrirlo es presentándome en el lugar: sea quien sea el visitante, tendrá que salir igual que ha entrado, y yo estaré allí para documentarlo.

Cojo el teléfono y llamo a la recepción de mi edificio.

—Buenas noches, señor West, ¿en qué podemos ayudarlo?

—He de salir de forma imprevista. Me voy ahora, pero no sé

cuándo regresaré.

—¿Necesita un guardia de seguridad, como de costumbre?

—No sé qué haría sin ti. Gracias, Ari.

Una vez asegurado mi cuartel general, bajo a por mi coche en la planta subterránea y conduzco hasta El Monte, en dirección al Livingston Inn. Me detengo en el semáforo de uno de los cruces de Ramona Boulevard y empiezo a cambiar de emisora, porque todo lo que suena es música de mierda, publicidad y locutores que explican chistes de antes de la guerra, hasta que las notas de una canción impiden que mi dedo prosiga con su *zapping* neurótico. Es aquella que hablaba del color de las bragas, la que puso Charli XCX, y de pronto empiezo a pensar en Cortez.

Han transcurrido dos semanas desde nuestro almuerzo en el Sal Negra, y ya no nos hemos vuelto a ver, ni nos hemos cruzado, aunque sea de forma casual. El caso es que no he sabido nada más de ella, y eso es indicativo de un hecho inapelable: sea lo que sea, lo que esté escribiendo en materia de cotilleos, no ha trascendido. De lo contrario, yo lo sabría.

Por una parte, me alegro: yo estaba en lo cierto. No bastan un par de consejos míos para empezar a sacar a la luz una exclusiva, como haría un perro buscador de trufas.

Por la otra, tengo unas ganas, hasta cierto punto insanas, de preguntarle cómo le va. ¿Y a santo de qué? Quizá solo quiero regodearme con sus fracasos, pero ¿por qué, después de todo? Ella no está a mi nivel, no supone una amenaza.

Aún sigo perdido en mis pensamientos, canturreando la canción, aunque ya haya dejado de sonar y estén emitiendo el noticiario de la noche, y casi no me percato de que el disco ya está en verde. Arranco, y, en cuanto llego a la mitad del cruce, un coche me corta el paso a toda velocidad. Clavo el freno justo a tiempo y evito que

acabe aplastándose contra mi flanco.

—¡Imbécil, lo tenías en rojo! —le grito a la trasera del coche pirata: un Cadillac Fleetwood de color rosa.

El mismo que conduce Cortez. ¿Cuántos puede haber como ese en Los Ángeles?

De pronto, por delante de mí pasan tres coches de bomberos, tres ambulancias y dos vehículos de la policía.

«Última hora: les informamos de que esta noche se ha declarado un incendio en la zona comercial de El Monte. Por el momento, ninguna residencia se ha visto afectada. Si bien se aconseja a las personas que viven en las proximidades del hotel Livingston Inn que evacúen sus viviendas hasta que los bomberos hayan sofocado el fuego por completo y el edificio sea declarado seguro. Los servicios de emergencias están acudiendo al lugar del siniestro. Por el momento se desconoce si ha habido víctimas…».

—¡¿Un incendio en el Livingston Inn?! —repito sorprendido.

Meto la marcha y piso a fondo el acelerador tras la estela del Cadillac de Cortez, que a este paso llegará antes que yo.

Capítulo 14



Sofía

—Si nos pillan, ¿cómo quedaremos? —me lamento mientras sostengo una linterna por encima de la cabeza de mi madre para iluminar el contenedor en el que acaba de zambullirse.

—No pasará nada, porque emplearemos el truco de las borrachas —responde ella desde el interior, y su voz hace eco con las paredes de metal.

—¿Borrachas, con una bolsa de basura llena de prendas?

—No está llena —disiente, asomando la cabeza por el borde—. Apenas está por la mitad.

—Pues yo creo que a los guardias de seguridad les parecerá que está llena.

—¿Y qué? Lo nuestro es activismo, Sofía —afirma muy convencida—. Estamos combatiendo el hiperconsumo. ¿Sabes cuánta energía y cuántos recursos han tenido que emplear para

producir estas prendas? ¡Y todo para acabar mandándolas directamente a la basura con la etiqueta aún puesta, solo porque alguna clienta las ha manchado de carmín al probárselas, o porque la cremallera no cierra bien! Este consumismo incontrolado está destruyendo el planeta: ¡han convertido el desierto de Acatama, en Chile, en un vertedero a cielo abierto con cuarenta mil toneladas de ropa desechada!

—Atacama, mamá —la rectifico, suponiendo que me haya oído, porque ya ha vuelto a sumergirse y a escarbar—. Se dice «Atacama». Aunque estoy contenta de poder comprobar que por fin sigues mi TG.

—¿No es una vergüenza contribuir a este desastre medioambiental? Aquí y ahora, tú y yo estamos luchando por la supervivencia de la humanidad. ¡Oh! Este vestidito de Ralph Lauren es de tu color favorito —exclama lanzándome una prenda azul.

—Es de la línea «para niñas», mamá —le comento.

—Tu abuela ya se encargará de alargarlo. ¿Y qué me dices de este *décolleté* Miu Miu? Se le ha caído alguna perlita, pero seguro que encontraré el recambio.

—Lástima que sea dos tallas mayor que la mía.

—Podemos añadirle una buena porción de esponja para platos en la punta, a modo de relleno, y ya está. Usa la cabeza, Sofía —me exhorta, dándome unos golpecitos en la sien con el dedo índice.

Al grito de «Total, iban a acabar igualmente en el vertedero», mamá sigue pasándome una prenda tras otra: faldas Michael Kors con la orilla descosida, camisas Calvin Klein con algún botón de menos, tops manchados de maquillaje, vaqueros con la cremallera encallada y media docena de zapatos, ninguno de ellos de nuestro número. Mi madre y yo tenemos el mismo.

—Ya no me queda más espacio, mamá. Vámonos.

—He encontrado unos *blazers* Sandro con el forro rasgado. Podemos sustituirlo —dice, y sigue con la excavación, ignorando mis protestas.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —exclama una voz gutural.

De pronto, el haz de luz de una linterna me apunta a los ojos. Nos han pillado.

Golpeo tres veces en la pared metálica, que es la señal acordada entre mi madre y yo para alertar del peligro.

Ella asoma la cabeza por el contenedor, con los ojos dándole vueltas en las órbitas.

—Eschta es la última veschz que me tomo un Shescsh on the Beach —farfulla—. Dischculpe —prosigue, señalando al vigilante—, ¿sabe dónde eschtá la piscina?

—¿De qué piscina habla, señora? Salga inmediatamente del contenedor.

—Scheñorita, si no le importa.

—¿Es mi cabeza la que da vueltas, o está girando todo lo demás? —pregunto, sumándome yo también al espectáculo y caminando con torpeza, como si me fallara el equilibrio.

—El centro comercial ya ha cerrado, y esta zona está prohibida al personal no autorizado.

—Ah, ¿de verdad? —pregunto, haciéndome la distraída.

—Hay un cartel justo en la entrada del aparcamiento.

—¿Aparcamiento? Opps… —Mi madre suelta una carcajada—. Pues al final va a ser verdad que no estamos en la piscina.

—Solo se lo repetiré una vez más, señora…, hum…, señorita. Salga del contenedor o la denunciaré por intrusión.

—¡Enseguida salgo! ¿Sería tan amable de ayudarme?

Mi madre trepa hasta lo alto del contenedor y, una vez que se sienta a caballo sobre el borde, le tiende las manos al vigilante, y

este se las sujeta.

—¡Guau, vaya músculos, agente! ¿Va al gimnasio?

¡No me lo puedo creer, ha pasado de fingir que estaba borracha a fingir que flirtea con el vigilante!

—Vaya con cuidado, la plancha corta —la previene—. Apóyese en mí.

Mi madre le toma la palabra y se le pega como una lapa.

—La verdad es que me hace sentir como si fuera una pluma.

—Sí, bueno…, es usted bastante ligera —le comenta él, cuando la deja de nuevo en el suelo—. Y ahora quisiera ver sus documentos de identidad.

La magia del flirteo ha llegado a su fin.

—En realidad, nosotras preferiríamos dejar de causarle molestias cuanto antes. No creo que haya necesidad de cursar la denuncia por intrusión.

—Es verdad, pero igualmente tengo que anotar sus nombres, porque si reincidieran ya constarían en la lista de amonestaciones. ¿Llevan consigo el carnet de conducir? ¿El documento de identidad?

—¿Qué tal si le doy mi número de teléfono? —le dice mi madre, probando suerte.

—Necesito los documentos —insiste él.

Alzo los ojos al cielo.

—Ya sabía yo que la cosa acabaría así… ¡¡¡Qué diantres!!! —exclamo, sorprendida al divisar un resplandor anaranjado rasgando el cielo nocturno—. ¡Joder, eso de ahí es un incendio!

El vigilante resopla con fuerza, al límite de su paciencia.

—Ya basta de evasivas, estoy siendo demasiado condescendiente con vosotras.

—¡Estoy hablando en serio! A su espalda. —Señalo un punto, extendiendo el brazo—. ¡Gírese!

—Claro, y ustedes se escapan con la mercancía. No he nacido ayer.

—Algo muy grande está ardiendo. No es una maniobra de distracción —insisto.

El vigilante echa un vistazo rápido a su espalda y se sobresalta.

—¡Hostia, pero si es un incendio de verdad!

—¿Qué le estaba diciendo? —replico ofendida.

—Creo que es en el Livingston Inn —comenta.

—Hola, ¿hablo con el 911? Quisiera informar de un incendio en el… —digo a través del móvil—. ¿Estamos seguros al cien por cien de que es el Livingston Inn?

—Sí —confirma el vigilante—. Livingston Inn, al cien por cien.

—Incendio en el Livingston Inn, El Monte. Envíen bomberos y ambulancias, las llamas son muy altas —informo antes de colgar.

—¿Qué hacemos? —pregunta mi madre.

—¿Cómo que «Qué hacemos»? Vamos al hotel, ¿no?

Pero ella no parece convencida.

—¡¿Y para qué?!

—¿Para qué? Soy periodista, ¿ya no te acuerdas? Para dar la noticia, ¿para qué, si no?

—¿Y yo qué haré allí?

—Hemos venido juntas en el coche, mamá.

—Yo puedo acompañarla a casa, si le parece —propone el agente—. Termino el turno dentro de diez minutos; estaba haciendo la última ronda antes de finalizar.

—Okey, pues entonces me voy —digo, y me precipito hacia el coche.

—¿No será peligroso?

—No tengo la menor intención de arrojarme a las llamas, mama. —Enciendo el motor de mi Cady, sin tan siquiera cerrar la portezuela

—. Te llamo en cuanto llegue a casa.

Aunque el hotel queda detrás del centro comercial, he de dar toda la vuelta a la manzana para llegar hasta allí, pero tengo el depósito lleno y no me importa usarlo a tope. Piso a fondo, cruzo todos los semáforos cuando están a punto de cambiar de ámbar a rojo y, al llegar ante el edificio en llamas, me parece estar en la antesala del infierno.

Bajo del coche y me envuelve una oleada de calor. Aquí, la noche es roja, la humedad se evapora en el aire, y empiezo a oír cada vez más cerca un frenesí de sirenas.

Cojo el móvil, entro en mi cuenta de la web de *Hollywood y Alrededores*, y empiezo a grabar un vídeo en *streaming* para documentar la intervención en tiempo real.

Los equipos de socorro se ponen manos a la obra de inmediato con escalas, mangueras y redes, tratando de hallar una abertura por donde acceder al hotel envuelto en llamas.

Me acerco lentamente con la intención de localizar a algún posible superviviente.

—Sofía Cortez, en directo para *Hollywood y Alrededores*. Me encuentro frente al hotel Livingston Inn, en El Monte, donde acaba de declararse un incendio. Los sanitarios y los bomberos están trabajando duro para apagar las llamas y socorrer a los huéspedes del hotel… —indico, dirigiéndome a la cámara del móvil, para transmitir la crónica en vivo del suceso—. Ya están sacando en camillas a los primeros huéspedes, todos ellos con mascarillas de oxígeno, lo cual nos induce a pensar que su estado de salud no es grave —sigo narrando.

—Señora, échese atrás —me ordena un policía.

—Soy periodista, yo he sido quien ha alertado a los servicios de emergencias —respondo.

—Muy bien. Mil gracias por cumplir con su deber cívico, pero retroceda, estar aquí es peligroso. El incendio aún es muy agresivo.

Cuento las camillas que desfilan por la entrada; todas las personas que van encima se mueven, y cada vez me siento más aliviada. He llamado a tiempo.

—Por el momento, no se sabe cuántas personas se encontraban en el hotel, entre huéspedes y empleados…

—Así que tú eres quien me ha cortado el paso antes —me sorprende una voz a mi espalda.

Quisiera poder decir que no la reconozco, pero sé perfectamente a quién pertenece. Me giro, y allí detrás está él: Hayden West.

Camisa azul, con los dos primeros botones desabrochados y las mangas remangadas, como no podía ser de otro modo: parece que West vaya a desfilar por una pasarela, aunque se encuentre en el escenario de un incendio.

—Increíble, por lo visto es cierto que, si una llama al 911, respondes tú —comento con sarcasmo.

—Casi me partes en dos, en mitad de un cruce. Deberían retirarte el carnet, Cortez.

—Oh, al parecer, por una vez en la vida no has llegado el primero —le replico.

—Te estás acercando demasiado al edificio, deberías apartarte.

—La noticia —respondo extendiendo los brazos— es el pan de cada día para mí. No tienes que enseñarme a hacer mi trabajo. Es más, esta vez podría ser yo quien te diera algunos consejos.

—Lo dudo.

—Claro, porque tú crees que no tienes nada que aprender de nadie. Siempre tan arrogante.

—Si quieres asarte como un bistec a la plancha, adelante, no seré yo quien te detenga.

—Una respuesta de lo más predecible: tú no te ensucias las manos, eres un periodista de sofá. Me asombra que estés aquí. ¿Qué te trae por los bajos fondos del área suburbana?

—Yo podría hacerte la misma pregunta.

—Escribo para *Hollywood y Alrededores*, y ahora nos encontramos precisamente en los alrededores, por si no lo habías notado. Tú, en cambio, debes de haberte perdido.

—No, he venido por una razón en concreto, pero no existe ningún motivo para que la comparta contigo.

—Bien, pues entonces déjame hacer mi trabajo, y tú dedícate a hacer el tuyo, West —le digo, dándole la espalda de nuevo, para seguir participando en las tareas de socorro.

—¿Te gusta jugar con fuego? Pues ya puedes servirte.

—Alguien tiene que hacerlo. —Me giro y le lanzo una mirada cargada de desprecio—. También son necesarios aquellos que se ocupan de la gente normal. Además, ya estás tú para hablar de las estrellas, mientras que yo doy voz a aquellos que no son notic…

—¡Atención ahí abajo! —grita un bombero desde lo alto de una escala.

Aún no me ha dado tiempo de mirar hacia arriba, cuando siento que me agarran de la cintura y tiran con fuerza de mí.

Al cabo de un segundo, se oye un estruendo, pero algo me presiona contra el suelo y no puedo ver nada. El peso que me aplasta se eleva apenas lo suficiente para permitirme comprobar que me encuentro a un palmo del cuello desabrochado de una camisa azul.

Aunque la tela está impregnada de un penetrante olor a quemado, mi nariz también percibe el cosquilleo de un vago aroma a musgo y a ámbar. Tengo el pecho de Hayden West encima, y yo estoy tendida sobre el pavimento, húmedo por el agua de las

mangueras. Sus manos sujetan mi cintura con firmeza. No sé si el calor que siento es a causa del incendio o por su cuerpo, cada centímetro del cual sigue pegado al mío.

Él me mira, yo lo miro, sin saber qué decirle.

—¿Estás bien, Cortez? —me susurra.

Asiento con un gesto, pues sigo sin poder hablar.

—Se… Se ha derrumbado uno de los balcones de madera —me explica, señalando con la cabeza un armazón en llamas que arde en el punto exacto donde me encontraba hace apenas unos segundos.

—Podrías haber estado allí abajo.

—¿Tú me…, me has salvado? —Esta vez es West quien asiente, sin que sus labios emitan un solo sonido—. ¿Por qué?

Durante algunos segundos reina un enigmático silencio, tras el cual planta las manos en el suelo, se separa de mí y se pone en pie.

—Para evitarles a los sanitarios el trago de tener que curar a una petulante cabeza de chorlito que carece por completo del sentido del peligro, cuando ahí adentro hay gente que necesita mucho más su ayuda. Eres un estorbo, Cortez. Los que son como tú resultan peligrosos porque dan más problemas que soluciones.

—¡Menudo capullo estás hecho! Mejor lo mío que quedarse mirando desde la distancia, comiendo palomitas, como sueles hacer tú —le espeto.

Cerca de nosotros se oye un gran alboroto. Una mujer baja de un Mercedes negro y corre hacia los equipos de rescate, gritando que la dejen pasar.

—¿Dónde está Casey? —pregunta con la voz temblorosa por la agitación—. ¿Está bien? ¿La habéis encontrado?

—Señora, aléjese y déjenos trabajar —la reprende un hombre del equipo sanitario.

—Yo estoy haciendo el mío —le replica con firmeza—. ¡Necesito

saber si está a salvo! Se encontraba ahí dentro.

—Estamos sacando a los supervivientes.

—¿Hay alguna víctima mortal? —insiste ella, atenazada por la ansiedad.

Escucho lo que dicen con el teléfono en modo «grabación», sujeto en la mano.

—Aún no estamos autorizados a proporcionar información al respecto. ¿Es usted pariente?

—No, pero…

—¡Solo podemos informar a los parientes! —zanja el sanitario, y se aleja

—Me cago en la puta, entonces todo es verdad —exclama West.

—¿Todo qué? ¿Quién es esa mujer? —le pregunto.

—Soy Eve Prescott, la representante de Casey Jameson —se identifica la mujer, dirigiéndose al sanitario, y de paso respondiéndome a mí, en lugar de hacerlo West.

—¿Casey Jameson? —inquiero desconcertada, y él asiente.

Ahora ya está claro por qué Wild Wild West se encontraba en El Monte.

—Casey Jameson está en el hotel.

Capítulo 15



Hayden

Desde que conocí a Sofía Cortez, me he pasado todos los días de mi vida esperando que fuera engullida por las llamas del infierno.

Y, sin embargo, cuando estaba a punto de suceder de verdad, no me lo he pensado ni dos segundos y le he hecho de escudo con mi cuerpo.

Capítulo 16



Sofía

Cuando llego a la redacción, a la mañana siguiente, me reciben con una gran ovación.

—¡Una avalancha de clics! —exclama Oliver, al tiempo que me ofrece una taza de café—. Felicidades, Sofía: la mujer adecuada, en el lugar adecuado, en el momento adecuado.

—Di la verdad, estás arrepentido de haberme infravalorado destinándome a la sección de chismorreos.

—¿Qué? No, al contrario.

—Las noticias de actualidad son lo que mejor se me da. Tú mismo lo has visto, ¿no? He sido la primera periodista en llegar y en documentar en directo el salvamento.

Él sacude la cabeza.

—¡No me estoy refiriendo al incendio! Hablo de la representante de Casey Jameson, que aparece en el vídeo preguntando dónde está

la actriz.

—El *link* de nuestro vídeo ha sido compartido por más de doscientas setenta cabeceras, y se ha visualizado dos millones y medio de veces desde esta noche hasta ahora —contabiliza Kim.

—¿Por qué Casey estaba allí? ¿Con quién estaba? Descubre todo lo que la gente quiere saber —me ordena el jefe.

—Yo creo que primero deberíamos partir de las hipótesis sobre las causas del incendio, hablar con los bomberos, los testigos y los supervivientes que están en buenas condiciones de salud… —enumero, pasando lista mentalmente.

—La buena noticia es que no hay víctimas; la mala noticia es que una buena noticia no es una noticia —me replica él—. Indagar sobre las dinámicas del incendio no le interesa a nadie, como tiene que ser: es cosa de los bomberos y de las aseguradoras.

—Hay personas en el hospital, Oliver. Intoxicadas, con quemaduras. ¿No crees que las familias querrán respuestas? —insisto.

—Puede que las haya, pero no aquí. Estamos en California, no pasa un día sin que se declare un incendio, y los motivos son siempre los mismos: la red eléctrica obsoleta, cables de corriente que cuelgan de los postes y chocan con ramas, matas o árboles, aire seco, viento…, *et voilà*, la hoguera está servida. —Oliver ventila el tema con rapidez—. El año pasado, en mi barrio, una casa se incendió porque un coche rozó el bordillo de la acera con la llanta; el propietario lo aparcó en su garaje sin percatarse de que la rueda estaba ardiendo.

—¿Y a ti te parece normal? —le pregunto perpleja.

—¿Sabes lo que no me parece normal? Que la actriz más joven ganadora de un Oscar en los veinte últimos años estuviera en un hotel de segunda en el extrarradio, cuando posee una mansión con

treinta y seis habitaciones en Beverly Hills. Descubre qué hay detrás de todo ello. Esta noche has obtenido un gran resultado, no lo desperdicies.

—De acuerdo —le digo apretando los dientes. Tiro el café a la papelera sin probarlo, pues se me han pasado las ganas.

En cuanto el cubículo se vacía, me percato de que Cindy no está. No estaba en el baño, y en su escritorio tampoco veo su bolso.

Ojalá estuviera aquí para escuchar mis quejas y mimarme.

Le envío un mensaje preguntándole si estará aquí a la hora del almuerzo para comer con ella, pero me responde que se ha tomado un día de baja menstrual retribuida.

—«Te envidio», le escribo, y ella me responde al instante: «No te lo deseo, estoy hecha polvo. Tendría otro hijo solo para no tener que soportar estos dolores otros dos años».

«No se te ocurra dejarme sola otra vez», la amenazo con una vocal.

Escribo cinco vocales más, pero las borro antes de enviar el mensaje.

En cada uno de los mensajes trato de contarle lo de mi casimuerte bajo un balcón en llamas, y cómo Hayden me puso a salvo, pero, cada vez que llego al momento en que estoy tendida debajo de él, mi voz se vuelve extraña. Por esa razón, alterno cada palabra con un medio suspiro, y acabo balbuciendo pensamientos inconexos.

Puede que esté sufriendo un síndrome de estrés postraumático. Quiero decir que, en estos momentos, podría estar en la cámara frigorífica de un tanatorio, así que cualquiera en mi lugar tendría dificultades para formular frases coherentes.

Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que no está Kim, dispuesta a atacarme por la espalda, y en la barra del buscador

tecleo «Wild Wild West» con cautela, como si estuviera haciendo algo ilegal.

Hay una nueva noticia: él, antes que nadie, ha logrado descubrir cuál es el estado real de Casey Jameson. A primera hora de la mañana, su representante y el marido de Casey han hecho unas breves declaraciones: necesita terapia, cuidados especiales y descanso para recuperarse por completo. Sin dar más detalles.

En cambio, según West, Casey está ingresada en la Unidad de Quemados Graves, la mantienen sedada y en aislamiento, para evitar que pueda contraer infecciones. Mark, su marido, está con ella y se sabe que no ha abandonado el complejo hospitalario desde que ingresó su esposa.

No tengo ni idea de cómo demonios puede tener acceso a informaciones tan reservadas. ¡¿Se estará follando a las enfermeras del hospital?! Yo no lo descartaría…

La cuestión es que debo descubrir qué hacía Casey allí, o con quién, y el único modo posible no es investigarla a ella, sino a su «entorno». Y también, tanto si a Oliver le gusta como si no, investigaré el incendio.

Buscaré la lista de huéspedes que se encontraban en el edificio, me informaré de qué habitaciones estaban ocupadas y cuáles vacías, y hablaré con el resto de los supervivientes.

Oliver puede decirme qué resultados espera que le traiga, pero no cómo obtenerlos. También me resultarán de utilidad los informes de los bomberos y de la policía, para empezar.

Estoy confeccionando una lista de las personas con las que necesito contactar cuando West adelanta una nueva noticia. En mi fuero interno rezo para que no haya metido las narices en algo, tras lo que yo también ando.

—¡La… madre… que lo parió! —mascullo mientras observo

atónita la *news* titulada «La heredera y el reportero»—. ¡Será cabrón…!

Capítulo 17



Hayden

—Hoy estás nervioso —señala Corey. Reclinado en la hamaca del balcón, comparte conmigo el itinerario de mi gira europea, pero yo solo le respondo con gruñidos y balbuceos—. No creo que te siente bien estar cabeza abajo.

—Como bien has dicho, estoy nervioso, así que deja que me desfogue entrenando.

—¿Cómo te las apañas para mantenerte en vertical tanto rato sin caerte? —me pregunta.

— Empujas con los dedos cuando el peso te desequilibra hacia delante, y con las muñecas cuando te desequilibra hacia atrás.

—En realidad, no quería saberlo. Solo fingía que me interesaba, en vista de que tú no muestras el menor interés por mí.

—La he vuelto a tener con Cortez esta pasada noche. Me dirigía al Livingston Inn, porque me habían dado el soplo de que Casey

Jameson se hospedaba allí, y no solo llegó antes que yo, sino que ya sabía lo del incendio. Y no solo eso, ¡ella fue quien avisó a Emergencias! Cuando yo llegué, ella estaba transmitiendo en directo el suceso, y entonces apareció la representante de Jameson.

—Pero tú descubriste el estado en que se encuentra realmente Jameson.

Por suerte para mí, esta mañana, mi técnico de hidromasaje estaba instalando las nuevas piscinas para partos en el agua en la planta de Maternidad, y ha escuchado a dos comadronas cotilleando entre ellas.

—Sí, pero no es una exclusiva —le replico—. He ido a remolque. La «Sustancia» era Casey Jameson en un hotel en llamas. Y también haber podido decir que la salvé de una muerte segura.

—¿A Casey Jameson?

—No, a Cortez.

Me incorporo de la vertical, pero, al hacerlo, me entra un mareo tan intenso que acabo tendido en el suelo. Puede que Corey tuviera razón: no debería haber estado tanto tiempo cabeza abajo.

Pero sentía una necesidad imperiosa, que pasaba por encima de todo lo demás: forzar a mis manos a que olvidaran la forma del cuerpo de Cortez.

La sujeté por la cintura y la estreché contra mí apenas unos segundos, y ahora las palmas de mis manos saben dibujar con precisión el ancho de sus caderas, al centímetro.

Y también por eso tenía que invertir el flujo sanguíneo y enviarlo al cerebro, tanto para aclararme las ideas como para evitar que mi cuerpo asociara ciertas reacciones con Sofía Cortez.

Ella y cualquier estado de excitación por mi parte son dos rectas paralelas que no deben cruzarse nunca.

—Decía —toma la palabra Corey de nuevo, tratando de retomar

el hilo— que en Londres también te he concertado una serie de entrevistas (con *Hello!*, *The Sun*, *OK Magazine*), pero he pedido que dispongan una sala de prensa en el hotel para que podamos recibir a los periodistas, uno detrás del otro, y así no tener que ir dando tumbos por media ciudad. Además, esta gira europea llega en el momento justo, porque está a punto de salir la nueva novela de Blacke Avery, así que ya estaremos preparados para cederle el podio…

—Teniendo en cuenta que yo fui quien desveló la exclusiva de su infidelidad a Tayreen Hill, pienso cederle el puesto sin dudarlo un instante.

El sonido del timbre nos interrumpe.

—Creo que ha llegado el tentempié postentrenamiento.

Esta mañana me he levantado con un hambre de lobo, y ninguna de todas las cosas saludables que tengo en la nevera ha logrado saciarme.

—Mister West, su pedido —me dice Marvin, uno de los empleados de la recepción, pasándome unas bolsas del Burger King — y su ropa recién traída de la lavandería. Como siempre, los efectos personales hallados en los bolsillos están en el sobre que cuelga del gancho.

—Muchas gracias.

Lo meto todo y vacío el contenido de los sobres en la encimera de la cocina. El olor a grasas saturadas impregna el aire.

—¡¿Patatas fritas, queso y beicon?! —exclama Corey, observando consternado mi plato—. ¿Qué ha sido de tu batido proteínico con plátano y mantequilla de cacahuete?

—Hoy necesitaba esto —respondo mientras me meto en la boca una goteante porción de chédar amarillo.

Entre los «restos» de mis pertenencias que habían ido a parar a

la colada —monedas, chicles, un preservativo, tarjetas de visita— aparece el contacto de aquel camarero que estaba interesado en Cortez.

Caigo en la cuenta de que, pese a mi intensa vida social digital, nunca la he buscado en ninguna plataforma. El instinto puede más que el hambre, de modo que me olvido de las patatas fritas y me apresuro a activar la pantalla del móvil.

Uso mi cuenta «secreta» y, para mi alegría, descubro que, como casi todos los periodistas, tiene un perfil público.

No suele subir contenidos. La última foto se remonta a fin de año, y aparece ella, sola, en pijama, sentada en un sofá, enseñando un termómetro que indica 38,5 de fiebre.

En la primera foto sale con dos mujeres, una ya adulta y otra anciana, con una tarta delante. Las tres tienen los mismos ojos, y en la descripción pone: «Feliz cumpleaños, abuelita».

En la siguiente, sonríe a la cámara y tiene una mariposa de alas amarillas posada en la nariz. Quien le hizo la foto estaba muy cerca.

A continuación, vuelve a salir ella mostrando un pin con barras y estrellas, en el que pone «He votado», aludiendo a las elecciones a la alcaldía. También sale haciéndose un selfi en un desfile, durante una manifestación por los derechos de las mujeres. Se ha pintado dos rayas rojas en las mejillas, lleva una camiseta con la cara de Ruth Bader Ginsburg y agita un cartel. Decididamente, es Sofía Cortez.

En otra, una versión más joven de ella misma sonríe orgullosa al fotógrafo de la orla; esta imagen la subió el día del aniversario de nuestra graduación, y se me hace extraño pensar que aquel día yo también estaba. La segunda foto de la serie también es de ella, siempre con la toga, pero esta vez acompañada de su madre y su abuela —ambas llevan sendas camisetas con la frase «La primera

graduada de la familia»—, y la tercera es la foto de grupo con todos los alumnos y alumnas que íbamos a obtener la licenciatura.

Me sorprendo a mí mismo haciendo zum como un loco, y allí estamos, ella y yo, los mejores estudiantes del curso, los *valedictorian* y *salutatorian* de la ceremonia, respectivamente, a la derecha y a la izquierda del rector.

—No me lo puedo creer —murmuro. En internet existe una foto de los dos juntos.

—¿Qué estás mirando? —me pregunta Corey.

—El perfil de Cortez —respondo mientras sigo desplazándome por la página.

—¡Otra vez! Estás obsesionado.

Corey aprovecha mi distracción para agenciarse un puñado de patatas fritas, pero no digo nada.

—Estoy investigando; ya sabes que debo saberlo todo de todos.

Sigo curioseando en sus fotos, hasta que aparece un selfi en el que sale con un tío. La geolocalización indica Marina del Rey. Ambos llevan un impermeable K-Way y les está cayendo encima un diluvio. Se abrazan. «Bañarse dos es mejor que bañarse uno solo», se lee en la descripción.

La etiqueta que aparece en la foto de él es «Rafa-T8».

¿Qué os apostáis a que él es el amado Rafael?

Cliqueo sobre el nombre y voy a su perfil.

Rafael Tate, banderita mexicana y banderita estadunidense, emoji de la cámara fotográfica, acompañado de la palabra «reportero», un mapamundi con el lema «La Tierra es mi casa».

—Que te jodan —mascullo.

—¿A quién? —murmura Corey, que ya se ha acabado mis patatas.

—Al novio de Cortez.

Paso más fotos de él, siempre en situaciones heroicas: descalzo en una favela, distribuyendo comida ante una cola de niños, en compañía de un equipo médico que visita a unas personas enfermas en un hospital de campaña; con unos carpinteros que reparan los techos de unas barracas con chapas y paneles de aglomerado; con unos niños que tocan música, empleando tapas de ollas y cubos de basura a modo de batería. Todo ello, geolocalizado en lugares donde la expectativa de vida es, en todos los casos, superior a la renta per cápita.

—*Poverty washing* —sentencio en tono despectivo.

—¿Eh?

—El novio de Cortez, uno de esos que proclaman a los cuatro vientos lo mucho que aman a los menos afortunados, porque «yo no soy como vosotros, que miráis hacia otro lado». No tengo nada en contra de los misioneros, ni contra quien hace el bien de forma desinteresada, pero no soporto a quienes utilizan la beneficencia para satisfacer su narcisismo y para lucirse ante los demás.

—¿Lo conoces?

—No lo he visto en mi vida.

—Pues da la impresión de que lo odias.

—Detesto a los que son como él. —Y, cuando detesto a alguien, necesito encontrarle defectos. Al *escrolear* por su perfil, me he dado cuenta de una cosa: Cortez no aparece nunca. Sin embargo, en muchas de las imágenes, sale al fondo, o medio fuera del encuadre, una rubia. Después de abrir al menos una treintena de fotos en busca de su etiqueta, acabo rindiéndome y entro en el perfil de la ONG Better Tomorrow. Allí sí que está etiquetada en algunas fotos con su perfil: «EttyVDG».

Su *feed* resulta aún más críptico y, aparte de mencionar el nombre de la ONG, en su «bio» se define únicamente como «ser

humano».

¿Todos ellos no serán una panda de sanos portadores del virus de la idiotez?

Aparecen varias fotos de esta heroína de los desamparados en acción. Pero, en medio de semejante ostentación de miserias, hay una imagen que chirría: una mesa atestada de manjares, vajillas y cubiertos de lujo y personas vestidas como si asistieran a un desfile de la Fashion Week. Fecha: Fin de Año. Descripción: «Año Nuevo en familia». Geolocalización: Montauk.

Desde luego, esa no es una favela, sino una mansión en Long Island.

Hay una persona etiquetada: Emily van der Graaf, que comenta la foto con la palabra «hermana» y un corazoncito.

Tardo un segundo y medio en descubrir que EttyVDG es Lynette van der Graaf, y que ella y su hermana Emily son las herederas de la familia Van der Graaf; una antigua estirpe de millonarios de la costa oriental: bajo perfil, alta cuenta corriente.

Emily tiene un máster en Arte, está a cargo del fondo de colecciones de la familia y, además, es la «prometidísima» de un tal Bates, perteneciente a otra gran dinastía. Por su parte, Lynette se ha tomado un año sabático de Yale para vivir «experiencias» a lo largo y ancho del mundo.

Cliqueo en el perfil de su hermana Emily, que, a diferencia de la pequeña, exhibe sin pudor el estilo de vida que su familia le permite. Aunque lo hace de forma discreta y elegante, resulta evidente que estamos ante una persona que pertenece al famoso uno por ciento. También lo identifico porque, cuando vivía con mi familia, mi vida era así: asistir a galas exclusivas, relacionarse con los amigos «adecuados», frecuentar los lugares «adecuados» —no aquellos a los que van quienes piensan que son los que más les gustan a los

ricos—, hacer las vacaciones «adecuadas». Sin ir más lejos, el 2 de enero, Emily estaba a bordo de un catamarán en Saint Barth. En la galería hay fotos de chapuzones, hogueras en la playa, almuerzos a base de langosta…

—¡Espera! —exclamo, con un subidón de adrenalina recorriéndome la espina dorsal

—¿Qué pasa?

—Mira.

—No los conozco.

—Estas seis personas son Emily van der Graaf con su novio; el primo Van der Graaf con su marido, y esos dos que se abrazan son Lynette van der Graaf sentada en el regazo de Rafael Tate.

Corey sacude la cabeza.

—Sigo sin saber quiénes son.

—Este —hago zum sobre Rafael— es el novio de Cortez. El que ella cree que está haciendo de reportero en las favelas de Sudamérica —exclamo, más exultante que si los 49ers hubieran ganado la Super Bowl—. Pásame el portátil, que tengo una noticia que escribir.

—Pero esto no es noticia.

Abro el ordenador y empiezo a teclear como un poseso.

—Te aseguro que para alguien sí lo será.

Capítulo 18



Sofía

—¡El muy canalla, envidioso, pendejo! —exclamo mientras camino arriba y abajo por la cocina de la abuela, blandiendo un buñuelo de plátano. Es el quinto que me como, y no será el último.

—Desde luego. Rafael es un pendejo, sin la menor duda —convienen las tres del club del cupón desde su sofá. Están inclinadas sobre el móvil de mi madre, observando la foto incriminatoria.

—No estoy hablando de Rafael, hablo de Hayden West.

—Roxana, por favor, lee lo que hay escrito, que no lo veo —le pide Paloma.

—«La heredera y el reportero» —recita mi madre como si ardiera en deseos de hacerlo—. «La familia Van der Graaf siempre se ha distinguido por su capacidad de pasar inadvertida y de mantenerse lejos de los focos. Sin un solo escándalo conocido en toda su historia, sus miembros han sido trabajadores incansables,

entregados a sus empresas y al buen nombre de la dinastía que lleva siglos engrandeciéndose, a la par que su ancestral patrimonio. Sus matrimonios, siempre entre miembros del «círculo», son sólidos, sin que hasta el momento haya habido un solo divorcio —¿amor verdadero o férreos contratos prematrimoniales?—, y actualmente la nueva generación ya parece estar sentando la cabeza. Las herederas de la nueva hornada, Emily y Lynette, han crecido lejos de las alfombras rojas y de los teleobjetivos, así que las únicas cámaras ante las que se exhiben son las de sus propios móviles.

Lynette, de veintiún años, ha suspendido temporalmente sus estudios de Ciencias Políticas en Yale, el ateneo donde se han graduado todos los Van der Graaf, para formar parte de una misión de la ONG Better Tomorrow en las áreas más desfavorecidas de América Latina. Aunque apenas publica en sus redes sociales, en el perfil de su hermana, que suele interactuar con Lynette enviándole comentarios alentadores, aparecen unas fotografías de unas vacaciones en Saint Barth, donde podemos ver a una feliz Lynette acompañada de un joven al que prodiga su cariño. Se trata de Rafael Tate, de treinta y tres años, un reportero gráfico que pertenece a la misma ONG. La misión en la que ambos participan ha sido bautizada con el nombre de Galeota. No podemos asegurar que el de los niños de las favelas será «un mañana mejor», pero sin duda sí lo será para Lynette y Rafael».

La abuela se vuelve hacia mí y me mira decepcionada.

—Aquí no hablan de ti —objeta, como si fuera un fallo.

—El objetivo de este artículo no es hablar «de mí», sino hablarme «a mí». Es a mí a quien me lo ha escrito, el muy capullo —le replico.

—Bueno, yo creo que no importa demasiado que lo haya escrito para ti o para cualquier otro —apunta mi madre encogiéndose de

hombros—. Lo siento, querida.

—Solo son conjeturas. Meras conjeturas —afirmo con firmeza, tragándome el cabreo que me roe el pecho desde esta mañana.

Rafael tendría que haber regresado para las vacaciones de Navidad, pero «tenía demasiado trabajo», y verlo solazándose a bordo de un yate en el Caribe, ante una fuente de langostas, con una heredera de veintidós años sentada en su regazo, no es lo que yo entiendo por «demasiado trabajo».

—Estoy segura de que habrá una explicación lógica para ese…, ese viaje a Saint Barth.

Paloma se ajusta las gafas en la nariz.

—¿Tú crees?

—West ha encontrado un resquicio a través del cual poder joderme, y lo está explotando. Quiere distraerme, quiere darme mala vida para que no pueda concentrarme en el trabajo.

—¿Tan malo es?

—Hoy no he hecho nada. ¿Recordáis el incendio de El Monte?

—Ese en el que Casey Jameson sufrió un percance —confirma mi madre—. Pobrecita, con la cara tan linda que tiene, espero que no haya quedado desfigurada.

—Había otras muchas personas —señalo—. He telefoneado como una obsesa a la policía, a los bomberos, a la compañía de seguros, a la Livingston Inn Company, para obtener las actas de las intervenciones, la lista de empleados, la lista de huéspedes… En definitiva, algo de donde poder partir. Y no he conseguido nada. Solo he logrado hablar tres minutos por teléfono con el recepcionista, que terminó su turno de día, y fue reemplazado por un tal Jimmy, al que no tengo ni idea de cómo localizar, y que sin duda sabrá mucho más acerca del incendio. Y, como estoy intoxicada por el veneno de West, el cerebro no me funciona.

—Puedo hacerte una limpieza espiritual, si quieres —me propone la abuela—. ¿Te leo las conchas? Yo no creo que Rafael sea tu espina. En mi opinión, es tu parásito.

—Ya hemos cambiado de tema, abuela. Basta de conchas, basta de Rafael, basta de rosas y basta de espinas.

—Puedo pedirle ayuda a Patrick, si quieres —me propone mi madre.

—¿Quién es Patrick?

—¿Te acuerdas del vigilante que nos pilló ayer por la noche? —me pregunta con una vocecilla un poco demasiado meliflua.

—No me lo puedo creer. —El buñuelo de plátano se me atraganta—. ¡No me digas que ya te has acostado con el vigilante, mamá!

—Pues claro que no —me responde ella ofendida—. Solo nos besamos cuando me acompañó a casa. Dos horas.

Alzo los ojos al cielo.

—Me lo debería haber imaginado, tonta de mí.

—Es un buen hombre: cincuenta años muy bien llevados, divorciado, sin hijos, con un trabajo estable. Le gusta ir en bicicleta, cocinar y ver documentales —me recita sus virtudes.

—Gracias por la información, pero ¿cómo podría ayudarme «tu» Patrick?

—Verás, él era policía antes de abrir su agencia de seguridad privada, y aún tiene un montón de contactos entre sus excolegas. ¿Quieres que se lo pida? —me suelta ansiosa.

—No sé, tal vez pruebe de nuevo por los conductos oficiales.

—¡Por favor, Sofía, dame una excusa para escribirle! —me implora.

—¿Pero no os pasasteis toda la noche besándoos? —le pregunto, perpleja—. Seguro que no necesitas una excusa.

—Claro que sí. Si le escribo sin motivo, parecerá que estoy desesperada.

Después de todo, si me diera acceso a los partes de intervención, supondría una gran ayuda.

—De acuerdo.

—¡Síííí! —exclama ella—. Se lo comentaré enseguida.

—Es muy guapa la tal Lynette —comenta Juana, metiendo el dedo en la llaga—. Rubia, con los ojos azul celeste. Puede que West no haya escrito sobre ti, pero yo aquí leo que Rafael la prefiere a ella antes que a ti. Además, es más joven…

—Ahora lo apañaré yo a West —exclamo furiosa—. Mamá, prepárate.

—¿Para qué?

—Ponte el mejor vestido que tengas. Tú y yo nos vamos a El Cielo Club.

—Este es el famoso Cielo —le digo a mi madre en cuanto entramos—. Por lo que más quieras, no hagas vídeos ni fotos. Nada de nada. Es más, por si acaso, no saques el móvil en ninguna circunstancia, ¿entendido?

—Ya lo he pillado. No te pongas histérica. ¿Aquel de allí es Tom Cruise?

—No lo sé, es posible. Pero no es él quien me interesa. Estoy buscando al desgraciado de West.

—También está esa cantante rubia, ¿cómo se llama? ¡Tayreen Hill!

—Ya lo veo. ¡Localizado! West está al fondo de la sala.

—Madre mía, ¿es posible que sea tan alto en persona?

—Sí, un metro noventa de infamia. Voy para allá. No armes ningún estropicio —la advierto.

Venzo la tentación de tomarme un Espresso Martini en la barra y empiezo a seguir a West, que se aleja de mi trayectoria. Enfila un pasillo y cruza varias puertas, pero le piso los talones. Esta vez no se me escapa.

—No huyas, maldito cobarde, que eso es lo que eres —le espeto desde atrás.

Él se vuelve, me mira y alza los ojos al techo.

—¡Cortez! ¿Qué diablos haces aquí?

—Tengo una tarjeta de miembro, ¿recuerdas? —le digo plantándosela ante las narices—. Me la conseguiste tú.

—«Fophia» —lee con sorna lo que pone en la tarjeta—. No me refería al Cielo, sino al hecho de que estamos en el servicio de chicos. ¿Lo ves? —me dice, señalando el cartel con la palabra «Caballeros» que hay en la puerta.

—Si este es el servicio de caballeros, entonces tú no deberías estar aquí —le replico—. Los caballeros no apuñalan a las mujeres por la espalda.

—No entiendo a qué te refieres.

—Al artículo sobre Rafael: lo has escrito para herirme.

—Yo he escrito un artículo sobre el presunto nuevo amor de una heredera de Montauk. Las grandes familias estadounidenses siempre son objeto de mis crónicas. Vanderbilt, Getty, Forsyth, Sloan, Bates… y los Van der Graaf no son una excepción. —West se me acerca y me mira de arriba abajo—. Solo descubrí que Lynette tiene un romance con un reportero de la ONG en la que trabaja, ¿por qué habría de escribir esa columna para herirte a ti?

—Porque Rafael Tate es mi chico.

—Ah, ¿sí?

—Deja ya de hacerte el tonto.

Él estalla en una carcajada arrogante.

—Espera, ¿tu novio se lo monta con una heredera que apenas tiene veinte años, mientras finge estar grabando un reportaje en las favelas, se va de vacaciones con ella al Caribe, en lugar de regresar aquí contigo, y tú me echas a mí la bronca? ¿Estás segura de que el que se está haciendo el tonto soy yo?

—El fin de año estuve enferma. Fui yo quien le dijo que cambiase de planes y no pensara en mí.

—Según mi modo de ver, si la chica a la que quiero y a la que no veo desde hace seis meses está enferma, yo vuelvo a su casa, aunque sea escalando los putos Andes descalzo. Así que prueba con otra historia, Cortez, porque esta no me convence.

—Son colegas.

—Entonces ¿se puede saber por qué, en lugar de estar al teléfono pateándole el trasero a él, me estás sometiendo a mí a este interrogatorio?

—Porque tú eres quien ha escrito ese artículo venenoso solo para hacerme daño.

—No, yo te diré por qué estás aquí. —Da otro paso en mi dirección, y ahora lo tengo tan cerca que reconozco la fragancia a musgo y ámbar de ayer por la noche, cuando estaba encima de mí —. Porque, aunque tu novio sea Rafael, prefieres saber la verdad por mí. Quizá porque en el fondo te fías más de las palabras de un capullo que de las de un embustero, y eso dice mucho de vuestra relación. Pero yo no soy psicólogo; eres muy libre de volver a casa a rebobinar su trabajo y a escribirle artículos cuyo mérito se atribuirá él. Dime la verdad, ¿te ha dado las gracias por aquellas diecinueve horas de grabaciones que le has resumido?

Acaba de demolerme palabra por palabra, convirtiéndome en una pila de escombros.

—Vete a la mierda, West.

—Me parece que esta frase querías dirigírsela a él.

—No me he equivocado, va dirigida a ti.

—La acepto —me responde, encogiéndose de hombros; pulsa un interruptor que hay junto a uno de los espejos de la hilera de lavabos, y en menos de cinco segundos tengo un gorila a mi derecha y otro a mi izquierda.

—¿Algún problema? —me pregunta el de la derecha.

—No —respondo.

—Sí, al parecer la señorita se ha perdido. ¿Serían tan amables de indicarle dónde está la salida?

Me lo quedo mirando alucinada, con la boca abierta.

—¡¿Estás de broma?!

West ni siquiera pestañea.

—Además, en su tarjeta de miembro hay algo que no cuadra. No creo que se llame Fophia.

—Adelante, bonita, vamos —me dice uno de ellos, y ambos me sujetan de los brazos y me escoltan hasta la salida.

—¡Esto no acaba aquí, West! —lo amenazo antes de perderlo de vista.

En una especie de paseo de la vergüenza, atravieso El Cielo Club bajo las miradas perplejas de los presentes hasta la puerta, mientras mi madre me sigue, bebida en mano, y grita:

—¡Apartad esas manos de mi hija!

Ya en la acera, quisiera excavar una fosa.

—Menos mal que era yo la que no tenía que montar ningún escándalo —me suelta mi madre, pasándome el vaso que se ha llevado consigo—. ¿Margarita?

—Tengo que conducir. Aunque, bien pensado… —Cojo el cóctel y lo vacío de un trago—. Mejor que conduzcas tú. Ufff… ¿Existe un universo donde West no salga ganando siempre?

—Bueno, tú tienes los informes de los bomberos, con los detalles de la intervención, la estimación de daños y toda la pesca —me dice mi madre.

—¡¿Qué?!

—Patrick me los ha enviado hace poco —me aclara con una naturalidad pasmosa—, junto con la propuesta de desayunar juntos mañana como pago por el favor. Ya te dije que mi idea era buena, y ahora las dos tenemos lo que queríamos: tú, tu reportaje, y yo, mi cita. ¡Dale un beso a tu madre!

—¡Eres un genio! —exclamo abrazándola con todas mis fuerzas.

—Cuidado, cariño, que me arrancas las extensiones.

—Perdona.

Capítulo 19



Hayden

Puede que haya sido demasiado brutal con Cortez, pero necesitaba que alguien la despertase de una vez por todas.

Capítulo 20



Sofía

Gracias a Patrick, no solo tengo el informe de la intervención de los bomberos, sino también la lista de los clientes del hotel, proporcionada por la policía, con los correspondientes registros de entrada, y la de los empleados que estaban presentes en el edificio durante el incendio.

Llego a casa y me pongo manos a la obra sin tan siquiera cambiarme.

Me imprimo rápidamente los documentos para poder confrontarlos mejor y, en cuanto me zambullo en la lista de clientes registrados, enseguida observo que el nombre de Casey Jameson no aparece, pero en cambio sí consta el de Eve Prescott. Es decir, el de su representante.

Primer dato de interés: se ha registrado bajo una identidad falsa y le asignaron la habitación 224, doble para uso individual. Por

consiguiente, estaba sola.

El resto de los huéspedes no me suena de nada, así que no puedo relacionarlos con ningún miembro del *star system*, aunque es posible que, en caso de encuentros clandestinos, empleen nombres ficticios:

Manual del joven reportero 101: estudiar a los huéspedes uno por uno y evaluar quién podría tener algún vínculo con nuestra Casey.

¡Dios bendiga a internet!

En mi lista aparecen:

Arthur Mitchell, enfermero de Santa Bárbara, habitación 201.

Annette y Thomas Smithson, 39 y 45 años, pareja, propietarios de una pizzería en Lake Balboa, habitación 116.

Paula Baker, 28 años, abogada de Arleta, habitación 116.

Chloe y Rob Hutton, 48 y 53 años. Ella es contable y él dirige una empresa de alquiler de coches, junto con sus dos hijas, Ginny (8) y Fiona (12), de Encino, habitación 119.

Willow y Janine Granger, 42 y 44 años, hermanas, productoras de muesli, de Wilmington, habitación 203.

Seanna Pitt, 44 años, bióloga de Pasadena, habitación 218.

Briony y Tyron Kelly, 35 y 39 años. Ella es profesora de danza y él fisioterapeuta. Tienen un hijo, Peter (7), y son de Boyle Heights, habitación 302.

Irene y Petra Moskovitz, 43 y 68 años, arquitecta y maestra de jardín de infancia jubilada, de Reseda, habitación 205.

Benjamin Folger, 58 años, ginecólogo, Montecito, habitación 217.

Arno y Louisa Franklin, 41 y 40 años, pareja de excampeones de culturismo, de San Bernardino, habitación 107.

Cuanto más miro la lista, más me pregunto qué pintaba aquí una celebridad ganadora de un Oscar.

¿Tenía una aventura con Arthur, el enfermero de Santa Bárbara? ¿Con Benjamin, el ginecólogo?

No logro dar con un motivo plausible por el cual ella hubiera interactuado, ni aunque fuera mínimamente, en toda su vida con estos desconocidos; o quizá había decidido abandonar el domicilio conyugal y desaparecer del mapa —en realidad, de no ser por el incendio, nadie la habría buscado allí, y encima habiéndose registrado con un nombre falso—. Pero no dejan de ser ideas que flotan en el aire, con las que no pudo hacer gran cosa.

Paso al informe de los bomberos y hojeo las páginas que describen las operaciones llevadas a cabo: desde dónde encontraron a cada huésped y cómo intervinieron en cada salvamento, hasta la valoración de las posibles causas que desencadenaron el incendio. No se mencionan las famosas causas ambientales, pero sí se habla de un posible cortocircuito. El epicentro del incendio: segunda planta, compartimento 15.

¿Qué narices hay en la segunda planta, compartimento 15?

Hurgo en mis páginas impresas para recuperar uno de los planos del hotel y veo que se trata de la habitación 215. Pero en el registro del hotel consta como no ocupada… ¿Cómo demonios puede haberse desatado un incendio en una habitación vacía?

Habrá que volver sobre el tema.

El informe también habla del mal funcionamiento del sistema antiincendios, que provocó la consiguiente ausencia de alarmas.

Esta es una pésima noticia para la dirección del Livingston Inn, porque el seguro no pagará un céntimo, y la empresa tendrá que reembolsar de su propio bolsillo la indemnización que corresponda a las víctimas.

Llegados a este punto, solo me resta hablar con el personal del hotel que estaba de servicio durante el incendio, empezando por el

recepcionista del turno de noche, que por fuerza estará familiarizado con todos los huéspedes y sabrá si Casey interactuó con alguno de ellos.

En mis apuntes tengo anotado un nombre, «Jimmy», y empiezo a revisar la lista de empleados del Livingston Inn uno por uno.

No aparece ningún Jimmy. Tampoco un Jim, ni un James. ¿Quién narices es el tal Jimmy?

Me rasco la frente con la goma del lápiz. Son las cuatro de la noche —o de la mañana—, y estoy como al principio.

De pronto, escucho una voz maliciosa en mi cabeza que me atormenta con el siguiente pensamiento: «Me encantaría tener los conocimientos y los contactos de West».

No es que a él le interese lo que yo estoy indagando. A West solo le importan los escándalos turbios, no las actas burocráticas sobre incendios desatados en hoteles de segunda de la periferia.

Juego mi última carta, esto es, envío emails a todos los empleados del hotel donde les pido poder entrevistarme con cada uno de ellos lo antes posible, y acabo con la cara pegada a los papeles, vencida por el sueño.

Me despierta el sonido del móvil.

Estoy adosada a la mesa del comedor, y apenas puedo enderezarme después de haberme pasado tantas horas encorvada.

—Mamá, hola.

—Patrick y yo estamos desayunando en el Republic: ¿pasamos por tu casa y te llevamos unos gofres?

—Estamos, pasamos, llevamos… ¿A qué vienen todos esos plurales?

—Ah, hum, Patrick quería saludarte como es debido. ¿Sabes?, el otro día en el centro comercial, nuestro encuentro fue un poco

accidentado.

—Oh, Dios mío, ¿estás hablando en serio?

—Y así podrías darle las gracias en persona por los informes —comenta, dejándome helada con su tono de voz, cortés pero firme —. ¿Qué me dices? ¿Fresas y sirope de arce te va bien?

Por unos gofres de Republic con fresas le abriría la puerta al mismísimo Satanás.

—Y con granillo de almendras tostadas —añado—. Perdona, mamá, me están llamando, te espero.

El número es desconocido.

—Sofía Cortez al habla, dígame.

—Buenos días, esta noche he recibido un email suyo, creo —responde una voz masculina y joven—. Soy Emilio Suárez. Me ha escrito para que le hable del incendio del Livingston Inn.

Salgo de mi sopor y empiezo a remover los papeles que hay encima de la mesa en busca de la lista de empleados.

—Sí… Aquí está. «Emilio Suárez». —Lo marco con una «V»—. Ante todo, quisiera saber si está bien y en qué condiciones se encuentra.

—Estoy estupendamente —responde medio sorprendido.

—Me alegro de que así sea. Entonces, si le parece, podríamos pasar a la parte más peliaguda: el incendio. ¿Cómo es posible que nadie se percatase hasta que las llamas envolvieron el edificio?

—No lo sé, yo no estaba de servicio. La he llamado precisamente para aclarar este punto. Me llamaron poco antes de que me dirigiera al hotel y me dijeron que me cambiaban el turno, y que esa noche me reemplazaría mi compañero Jimmy.

—El compañero del turno anterior también me dijo que un tal Jimmy estaría en la recepción durante el turno de noche, pero no aparece en los registros —le hago notar, mientras vuelvo a repasar

la lista para asegurarme. Pero sí aparece su nombre: Emilio Suárez.

—Para registrarse hay que pasar la tarjeta por el escáner de la recepción. No solo es que no estuviera allí, es que, además, hace dos días me robaron la cartera y firmo el registro a mano.

Esto me parece extraño.

—¿Sabe usted el apellido del tal Jimmy? ¿Es un apodo o un diminutivo?

—No sabría decirle. La empresa tiene cientos de empleados en todos sus hoteles, y dispone de ellos en función de sus necesidades. A menudo trabajo con compañeros a los que veo una sola vez y son transferidos a otro destino.

—Ya veo, el error ha sido mío. Ahora ya está aclarado. Gracias, y disculpe las molestias —me despido antes de colgar—. Todo claro, ha sido una confusión —murmuro para mis adentros—. Ahora toca llamar a Recursos Humanos de la Livingston Inn Company.

Marco el número de sus oficinas y la mujer que me responde deja poco margen para las dudas

—El único Jimmy que tenemos contratado en nuestras instalaciones de Los Ángeles trabaja en el Livingston Inn de Harbor City, donde ayer por la noche cubrió el turno que le correspondía, y no se cambió por nadie del Inn de El Monte. Hay otros Jimmy, pero pertenecen a otras áreas, y, para que un empleado pueda cambiar de turno fuera de la propia área, primero ha de pasar por el seguro.

Conclusión: en el Livingston Inn, durante el turno de noche, un tal Jimmy —si es que ese era realmente su nombre— trabajó en la recepción sustituyendo a Emilio Suárez, pero al parecer este Jimmy no trabaja para la compañía, y en sus oficinas no consta que hubiera un cambio de turno.

Esta no es una buena noticia, aunque sin duda es una noticia. Sin embargo, hay piezas que no sé cómo encajar, y el instinto me

dice que haga la única cosa que no quiero hacer.

Me desmaquillo con una toallita, me quito el vestido de anoche antes, arrugadísimo después de tantas horas de trabajo, y, a modo de venganza, cojo una camiseta de la pila de ropa limpia de Michelle —que por fin se ha decidido a hacer la colada—. Me pongo unos shorts vaqueros, unos zapatos, cojo mis hojas impresas y voy hacia la puerta.

—Sofía, los gofres —protesta mi madre mientras se baja del coche de Patrick, al verme salir corriendo de casa.

—Ponlos en la nevera, me los comeré esta noche.

Capítulo 21



Hayden

Mi contacto me ha confirmado que a Casey le han retirado la sedación, y esta mañana se ha despertado. Aún no he subido ninguna noticia a mi sitio, porque tengo una idea, y quiero proponérsela a ella y a su entorno.

—Una exclusiva en directo —le digo a Eve Prescott, que controla el ala del hospital donde está ingresada Casey.

—¿Qué?

—La gente no se fía de vuestros comunicados de prensa, porque dijisteis que estaba en buenas condiciones cuando no era cierto. Cualquier anuncio que provenga de vuestros canales directos no hará sino alimentar las especulaciones que ya están circulando: ¿estaba huyendo de su marido? ¿Iba a encontrarse con un amante secreto? La credibilidad de la pareja de oro de Hollywood está colgando de un hilo, y tú lo sabes.

Ella sacude la cabeza y resopla.

—Ninguna de esas opciones se corresponde con la verdad, Hayden.

—Sabes mejor que yo que la verdad no existe. Las personas creen en aquello que quieren creer.

—¿Y tú qué quieres?

—A mí me importa una mierda el motivo real de que Casey estuviera sola en el Livingston Inn, pero puedo brindaros la oportunidad de construir vuestra verdad a través de mi canal, que en estos momentos cuenta con más credibilidad que los vuestros —le propongo—. Me parece un buen apoyo, ¿no?

Eve me mira como si quisiera leerme el pensamiento.

—Debo consultárselo a ella. Dame diez minutos. Espera aquí.

Me siento en una butaca de la sala de espera de la Unidad de Quemados del West Hill Hospital, moviendo entre mis manos el ramo de flores que he llevado por mera cortesía. Desde el fondo del corredor me llega un vocerío creciente, impropio de un recinto hospitalario.

Me levanto para averiguar la causa de semejante alboroto, y no doy crédito a lo que ven mis ojos.

En el mostrador de ingresos está Sofía Cortez.

Capítulo 22



Sofía

—Soy una periodista de *Hollywood y Alrededores* —explico—. Estoy investigando el incendio del Livingston Inn, y hay una serie de detalles que, en mi opinión, a la señora Jameson le interesaría conocer.

—Lo siento —se excusa la enfermera—, pero la señora Jameson y su marido no aceptan visitas, y menos aún de la prensa.

—Ya, pero, si pudiera explicarle a ella el motivo que me ha traído hasta aquí, estoy segura de que haría una excepción —insisto.

—Puede decírmelo a mí —me propuso—. Si tiene una tarjeta de visita, ellos se pondrán en contacto con usted, si lo consideran oportuno.

—Eso está fuera de discusión, mis informaciones son de carácter reservado y…

—Las condiciones de la señora Jameson también lo están, le

ruego que no insista.

La serenidad está abandonando mi cuerpo y le está cediendo el puesto al cabreo, que, unido al cansancio que arrastro por lo poco que he dormido, también me está haciendo perder la lucidez.

—Escuche, las dos estamos aquí para hacer nuestro trabajo, y lo que acabo de descubrir es muy importante. ¿Puedo hablar con algún superior?

—Yo soy la directora —me aclara, visiblemente molesta.

—¡Pues entonces con alguien que me tome en serio! —exclamo abriendo los brazos, cada vez más frustrada.

Miro a mi alrededor en busca de ayuda, y mis ojos se detienen en una silueta alta, ceñida por unos vaqueros blancos y una camisa azul con las mangas remangadas, al fondo del corredor.

—Entonces ¿qué está haciendo él aquí? —le pregunto a la directora de Admisiones mientras apunto a West con el dedo—. ¿No ha dicho que la prensa no estaba autorizada?

—Lo ha recibido la señora Prescott —responde impasible.

¡Cómo no! Él siempre gana, y, por si ya no me acordaba, el karma se encarga de refrescármelo al instante. Así que, a grandes males…

—Pues creo que me acercaré a saludarlo y dejaré de molestarla. Gracias por atenderme.

Y una mierda. Pienso vender caro mi pellejo mientras siga conservándolo.

—¡West! ¡Qué feliz coincidencia! —le digo en el tono más afable que soy capaz de articular, tratándose de él. Estoy forzando tanto la sonrisa que me duelen los pómulos.

—Llevo un disco duro en el bolsillo —afirma.

—¿Qué? ¿Te encuentras bien, West? ¿Has decidido aprovechar para que te visite la neuróloga, ya que estás aquí?

—Es lo que pone en tu camiseta. —Señala las letras blancas impresas en mi prenda—. Pone: «¿Llevas un disco duro en el bolsillo, o estás contento de verme?». Y, como quiero ser claro respecto al hecho de que no estoy contento de verte, respondo «disco duro».

¡Maldita sea Michelle y su puñetero sarcasmo informático! Doblada, parecía una camiseta negra de lo más vulgar.

—Yo tampoco estoy contenta de verte.

—Yo estoy aquí para una entrevista.

—Y yo tengo algo —le replico, agitando mis papeles con sus correspondientes subrayados delante de sus narices—. Que tú no tienes.

—¿Qué?

—Antes hagamos un pacto: tú me llevas contigo a tu entrevista con Casey Jameson, y yo te digo lo que he descubierto.

—Sea lo que sea, seguro que no vale tanto.

—¿Crees que estaría aquí, implorando que me dejen hablar con la superviviente de un incendio, si no tuviera nada sustancioso?

—Tú dime primero lo que tienes, y yo decidiré si vale la pena intercambiarlo por una entrevista.

—Tengo las actas de la intervención: los pormenores del rescate, los informes de los bomberos y la lista de empleados del Livingston Inn.

West me mira sorprendido.

—¿De dónde leches lo has sacado?

—No eres el único que cuenta con fuentes fiables —le respondo desafiante.

West se muerde el labio inferior, pensativo, y por fin acepta.

—Vale, entra conmigo. ¿Qué has descubierto?

Nos sentamos en las butacas de la sala de espera, uno al lado

del otro, y le muestro los puntos más destacados de cada página.

—Trabajas con papel, como en la vieja escuela.

—Es que todo se ve mejor sobre el papel. Aquí, por ejemplo, consta que el sistema de alarma contra incendios no funcionaba —le indico.

—«Hotel de categoría media-baja». A saber cuántas cosas más no cumplían la normativa. Ni siquiera tienen un sistema de videovigilancia.

—En cuanto al incendio, han excluido causas ambientales externas, pero el origen más probable es un cortocircuito.

—Exacto. Alguna instalación deteriorada —concluye él—. Hasta ahora no tienes nada.

—El fuego se inició en la habitación 215, pero según el registro de ese día… —consulto la página correspondiente— no estaba ocupada.

—Ah.

—Y hay una inconsistencia en cuanto al personal. Según los cuadrantes, en la recepción debía de estar un tal Emilio Suárez, pero tanto él como el conserje de aquel turno dicen que, en lugar de Suárez, entró un tal Jimmy, que había solicitado el cambio. Emilio me ha confirmado de viva voz que no solo no trabajó en el hotel ayer por la noche (de hecho, no aparece en las actas de los servicios de emergencias), sino que tampoco podía constar su incorporación al trabajo en los registros digitales porque le habían robado la cartera con su tarjeta de identificación dentro. —Hago una pausa para que digiera la información antes de soltar la bomba final—: He hablado con el Departamento de Recursos Humanos de la Livingston Inn Company, y resulta que no enviaron a ningún Jimmy para cambiar el turno con Emilio. El único Jimmy que tienen en nómina estaba trabajando en el hotel de Harbor City. ¿Qué me dices ahora,

West? ¿Esto es noticia?

—No, esto es un problema. —Baja la voz hasta que resulta casi inaudible—. Porque, visto así, todo me induce a sospechar que el incendio fue provocado.

Observo su rostro y percibo que ha adoptado una expresión muy seria: en él ya no se aprecia el menor rastro de desafío, malevolencia o burla.

—¿Premeditado? ¿Por qué?

—No lo sé, tú eres la detective. ¿Alguna idea?

—¿Hayden? —lo llama una voz de mujer. Es Eve Prescott, que asoma la cabeza por la puerta del pabellón.

—Casey está de acuerdo en que os veáis. Diez minutos, no más.

—Gracias. —Coge un jarrón con una orquídea amarilla y se lo pasa—. Esto es de mi parte.

—Es alérgica. Démosle un momento para ponerse presentable y te aviso —le indica antes de volver a cerrar la puerta.

—Me has mentido —lo reprendo en tono acusatorio, golpeándole el pecho con el pliego de documentos—. Aún no habías acordado ninguna entrevista con Casey

—La había acordado con Eve —alega en su defensa.

—No es lo mismo. Yo te he contado todo lo que he descubierto porque habíamos acordado que entraríamos a verla juntos, cuando en realidad no tenías nada asegurado. Si ella hubiera dicho que no, tú ya te habrías agenciado igualmente toda mi investigación.

—Vale, me he tirado un farol. Si quieres marcharte, ahí tienes la puerta… Ah, claro, olvidaba que tu especialidad es que te echen de todas partes. Te recuerdo que tu permanencia aquí depende de que lo permita, así que no me tientes.

Qué ganas tengo de arrearle una hostia.

—Eres despreciable, West.

—Y sin embargo sigues aquí.
—Adelante —dice Prescott.

Capítulo 23



Hayden

Eve Prescott no se ha inmutado al ver que Cortez se ha unido a nosotros. No lo admitirá, pero creo que lo está pasando fatal por la situación en que se encuentra Casey Jameson, sea cual sea el motivo, y no sabe cómo gestionar la comunicación.

—Casey está exhausta, tanto física como psicológicamente; os ruego que lo tengáis en cuenta y no hagáis que se sienta observada. Además, podría mostrarse ofuscada por el efecto de los calmantes. Así que, si sus respuestas os parecen vagas, no lo interpretéis como una actitud beligerante por su parte. Está en modo «protección», y no lo oculta. —Ya estamos frente a la habitación de Casey, y su representante entra y nos anuncia.

—Ya están aquí, ¿los hago entrar?

Dos voces murmuran entre sí, y me parece escuchar algo parecido a «Tú no digas nada». «¿Y si lo descubren?», en un

intercambio de frases que nos induce a West y a mí a mirarnos a los ojos. Los dos nos hemos puesto de acuerdo sin decirnos nada.

Tras un instante de silencio, un débil «sí» nos confirma la presencia de Casey.

Para alegría de sus muchos fans, el célebre rostro considerado «la reencarnación de Liz Taylor», y que la ha hecho famosa en todo el mundo, no presenta ningún desperfecto.

Podría parecer superficial por mi parte entretenerme en consideraciones estéticas, estando ante la superviviente de un incendio, pero teniendo en cuenta que esta superviviente ha sido merecedora de dos Oscar a la mejor actriz antes de los cuarenta, y que su imagen está valorada en cientos de millones de dólares entre sus películas y sus promociones, estamos hablando de su principal herramienta de trabajo, y, por consiguiente, mi observación no tiene nada de frívola.

Niña prodigio, adolescente de talento versátil, graduada en Princeton, codiciada actriz protagonista de las películas más taquilleras, aclamada por las firmas de moda, rostro de las principales marcas de cosmética, activista proderechos de los niños, embajadora de Unicef, Casey Jameson es la perfección encarnada en un ser humano.

La única cicatriz que puede ensombrecer su carrera es su rivalidad con la también actriz Lauren Lee: ambas pasaron de ser buenas amigas a convertirse en enemigas. Lauren le arrebató importantes papeles, aprovechando la fascinación que despertaba en los productores, y Casey, en respuesta, le arrebató el marido.

El mismo que en este momento se encuentra a su lado, sentado en el borde de la cama.

Mark Wilbur era un joven prometedor que empezó con muy buen pie en el cine independiente, pero su brillante carrera se vio

absorbida por dos *blockbusters* horrendos, tras los cuales ningún productor estuvo dispuesto a confiarle ni siquiera la filmación de la fiesta de cumpleaños de su hijo. De modo que tuvo que volver a empezar de nuevo, con poco dinero y mucha intuición; en la actualidad tiene su propia productora, con la que bate un récord de taquilla tras otro.

Ambos forman una de las parejas de la realeza de Hollywood; sin embargo, algo no cuadra.

—Con permiso —digo—. Soy Hayden We…

—Ya sabemos quién eres —se me anticipa Casey con la voz ronca.

—¿Y ella? —inquiere Mark, señalando a Cortez.

—Me llamo Sofía Cortez y soy periodista —se presenta a sí misma—. Colaboro con West.

—¿Colaboramos? —le pregunto en un susurro.

—Colaboramos.

—Has divulgado detalles sobre mi estado de salud, Hayden. ¿Sabías que no puedes hacerlo sin mi consentimiento? —me espeta Casey con un deje de resentimiento en la voz.

—Pero ahora estoy aquí, así que tengo su permiso.

—Has escrito mucho, pero no lo has escrito todo. He aceptado que nos viéramos para decirte que esto… —señala la mitad inferior de su cuerpo— aún no debe salir.

—¿A qué se refiere? —pregunta Cortez.

Mark se levanta de la cama despejándonos el campo visual, y entonces podemos observar que en la zona donde debería dibujarse la silueta de las piernas de Casey, bajo las sábanas, hay un vacío. La pierna derecha, desde el muslo hacia abajo, no está.

¿Una carrera truncada? Tal vez no. ¿Una carrera considerablemente mermada? Es muy probable que así sea.

—Lo siento muchísimo.

—Al parecer, me cayó una viga encima, y no han podido salvar la extremidad —me explica—. Sentaos. Veros ahí, de pie, me provoca ansiedad.

—Aunque esto no salga a la luz de inmediato, será difícil que la gente deje de asociarla con el incendio y, por desgracia, a nadie se le ha escapado lo chocante que resulta su presencia en un hotel de la periferia —le explica Cortés.

—¿Acaso una mujer no puede tomarse una noche libre para comportarse como una persona normal? —pregunta la actriz, en un tono demasiado sarcástico para resultar creíble.

—Estamos aquí para ayudar —añade Cortez, mucho más diplomática que yo.

—Ahora me doy cuenta de que me he tomado demasiadas libertades en cuanto a su expediente. Hoy he venido a ofrecerle mi espacio para que haga la declaración que quiera. En este momento, mis canales gozan de mayor credibilidad que los suyos, sin embargo… —Casey me lanza una mirada gélida.

—Sin embargo, ¿qué?

—Lo que quiere decir West es que antes deberíamos ponerla al corriente de algunos aspectos que no nos cuadran. —Cortez se vuelve hacia mí y me pide vía libre con la mirada.

Yo asiento y accedo a que prosiga.

Ella dispone sobre la cama todas sus páginas, llenas de subrayados y notas, con el semblante serio.

—Sospechamos que el incendio no fue accidental, sino intencionado.

En lugar de mostrarse sorprendida, Casey se tensa y permanece muda.

Cortez parece desconcertada, porque sin duda esperaba alguna

réplica.

—Continúa —le digo, animándola a seguir.

Le explica lo del cortocircuito en una habitación vacía, lo del sistema antiincendios que no funcionaba, el cambio de empleado en la recepción, entre el que debía estar como portero de noche y el tal Jimmy, al que nadie conoce.

—¿Y por qué habéis venido a contármelo precisamente a mí? —pregunta Casey, a la defensiva.

—Ante todo, porque la habitación donde se declaró el incendio estaba al lado de la suya —le explico.

—Y, en segundo lugar, porque tengo la lista de los otros huéspedes del hotel, los he investigado y no me parece que den el perfil de posibles criminales.

Casey arquea una ceja.

—Y yo, ¿sí?

—Con todos mis respetos, Casey, ha crecido bajo los focos, tiene una larga lista de acosadores que la han perseguido, por no mencionar el hecho de que Mark y usted son una pareja que ostenta mucho poder, y cualquier competidor aspira a destronarlos. —También me dirijo a Mark, quien, a diferencia de su esposa, parece un grifo que gotea. Se sorbe la nariz, camina por la habitación, jadea.

Su actitud me resulta sospechosa. Sé que será el primero de los dos en ceder; solo hay que presionarlo un poco más.

—Me cuesta creer que alguien quiera hacerles daño a unas productoras de muesli, a una pensionista, a unos pizzeros —enumera Cortés, con la lista de clientes registrados en la mano—, o a un tío que regenta una empresa de alquiler de coches.

Casey se sobresalta de pronto.

—¿Cómo están los niños? —pregunta.

—Cortez no ha mencionado a ningún niño —señalo.

—Sí, yo, esto… —balbucea, como si quisiera enmendar sus palabras—. Los vi jugando en el vestíbulo cuando llegué. Me refería a, hum…, a todos los niños (si es que había alguno en aquel momento), ¿están bien?

—Sí —le confirma Cortez—. Los tres, es decir, las dos hermanitas y el niño. Estaban en la primera y en la tercera planta. Las personas que siguen ingresadas eran las que se alojaban en la segunda, donde se declaró el incendio. Discúlpeme, Casey, pero debo preguntárselo. Si no quiere responder en presencia de Mark, lo entenderé, pero ¿conocía a alguno de los huéspedes? ¿Que estuviera allí expresamente para verse con usted?

—Os habéis dado mucha prisa en pensar que tenía una cita con un hombre —comenta Casey, molesta.

—O con una mujer —apunto yo—. No tenemos prejuicios al respecto.

—El motivo no tiene que ser forzosamente mantener una relación —observa Casey, que acerca las manos a Cortez y le coge la lista de huéspedes.

—Pero es posible que conozca a una de estas personas.

Casey observa la lista de nombres, suspira y niega con la cabeza.

—Adelante, díselo —salta de pronto Mark.

—Habíamos acordado que no —masculla ella.

—Lo acabarán descubriendo igualmente. —Él parece enfadado, pero no con su mujer—. A lo mejor pueden ayudarte.

—Yo ya tengo quien me ayude —insiste Casey, impertérrita.

—¿Sí?, pues mírate. —Extiende el brazo y señala sus piernas—. ¡Díselo, por Dios!

Yo ya sabía que sería el primero en ceder.

Esta vez soy yo quien se gira hacia Cortez y ambos nos miramos.

Tenemos algo con mucha «Sustancia».

Tengo una especie de flash y me viene a la memoria lo que dijo una vez la profesora Fuller, de la asignatura de Legislación y Ética de los Medios de Comunicación: «Vosotros dos sois vuestro mayor recurso y vuestro mayor límite. Cortez tiene la munición, pero va desarmada; tú, West, tienes las armas. Puedes emplearlas para asustar, pero reza a Dios para que nadie descubra jamás que están descargadas. Juntos podríais ganar una guerra, pero sois tan estúpidos que lucháis el uno contra el otro».

Ahora comprendo el sentido de su frase.

Cortez ha investigado, ha ordenado los hechos y los ha relacionado entre sí, pero, si yo no le hubiera franqueado la entrada, solo habría utilizado sus hojas impresas para construir aviones de papel y lanzarlos por la ventana. Yo hubiese podido acceder a Casey Jameson sin Cortez, pero solo habría vendido humo. Un humo carísimo, pero humo a fin de cuentas. En cambio, aquí estamos los dos: yo con mis armas y ella con sus municiones.

—Mark tiene razón. —Esta vez es Eve quien anima a hablar a Casey—. Ya es hora de que le pases el balón a otro.

—Tal como hemos dicho al principio, estamos aquí para echarles una mano —le recuerdo.

Casey asiente, y le devuelve la hoja a Cortez.

—No conozco a una persona en concreto de esta lista. Las conozco a todas. Yo fui quien las convocó al Livingston Inn.

Entonces suceden dos cosas extrañas: Cortez apoya su mano izquierda en mi rodilla derecha, en una especie de impulso repentino, y yo, instintivamente, pongo mi mano encima de la de ella.

Capítulo 24



Sofía

Algo sujeta con fuerza mi mano izquierda. No es una fuerza agresiva, sino protectora, reconfortante. Hayden la cubre por completo con su palma, y nuestros dedos se entrelazan.

Apenas soy consciente del contacto, la retiro con rapidez, pero no tengo excusa: soy yo quien la ha puesto sobre su rodilla.

No tengo ni idea de qué pretendía con aquel gesto, pero mi brazo se ha movido por voluntad propia en cuanto Casey nos ha dicho que conocía a todas las personas de la lista. Sea cual sea la razón, no puede ser relevante, y, por lo demás, el shock que me ha provocado su confesión ha hecho el resto. Desde luego, no existe una sola razón en el mundo que pudiera inducirme a tocar a Hayden West, ni siquiera con el mango de una escoba.

—No podéis repetir ante nadie lo que vais a escuchar ahora —nos advierte Eve Prescott.

—No se trata de ningún juego —nos previene Casey.

—La escuchamos. Nada de notas —digo, al tiempo que hago clic en mi bolígrafo, para ocultar la punta, y lo dejo sobre la cama.

—No hace falta que me trates de usted, después de lo que estoy a punto de contaros. Hace cuatro años, Mark y yo tuvimos gemelos; fue un embarazo difícil, lleno de complicaciones, que sometió mi cuerpo a una dura prueba. Tanto que contemplé la posibilidad de retirarme. Habíamos decidido no tener más hijos, y yo me hice implantar un dispositivo de esterilización definitiva. Se trataba de un procedimiento ambulatorio que duraría apenas unos minutos, y con el cual me ahorraría una intervención y el postoperatorio propios de los métodos tradicionales. Elegí una clínica de San Bernardino por dos motivos: en primer lugar, porque quería privacidad, y, como ya os debéis imaginar, aquí en Los Ángeles todo el mundo lo sabe todo de todos. Cuando me quedé embarazada, la noticia llegó antes a los tabloides que a mi madre. —Por el tono agudo de su voz, está claro que no bromea—. En segundo lugar, la Avila's Clinic había sido una de las primeras en utilizar esta técnica, de modo que mi elección no podía ser más obvia.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces —señala West.

—Con el paso del tiempo, las molestias fueron en aumento. Lo más fácil era culpar de ello a lo agotador que resultaba criar a dos niños y trabajar ininterrumpidamente al mismo tiempo; las migrañas eran debidas a la falta de sueño; los trastornos gástricos los provocaba una alimentación desequilibrada y las dietas a las que debía someterme para interpretar a personajes de lo más dispares; los dolores musculares y articulares me los causaban los entrenamientos diarios. En definitiva, nada de particular. Después llegó el insomnio, las amnesias, la caída del pelo, y me diagnosticaron una depresión, lo que explicaría todos mis trastornos.

—¿Por eso te reemplazaron en varias películas en las que se había anunciado previamente tu participación?

—Sí, no contaba con los recursos energéticos ni mentales suficientes para resistir en el set. Y el hecho de que una de estas películas la dirigiera Mark fomentó los rumores.

—De una crisis matrimonial —concluye West.

—Divorcio a la vista, compartiendo la misma casa, pero separados. Yo, convertida en una mujer con mal carácter, amantes jóvenes y ambiciosos al acecho —enumera ella—. Han escrito de todo.

—No somos una pareja perfecta, pero, con sus altibajos, nuestro matrimonio sigue siendo uno de los más estables —señala Mark.

—He empezado a tener ciclos cada vez más extraños, con pérdidas que parecían no acabar nunca —sigue explicándonos Casey —. De modo que, llegados a este punto, volví a la Avila's Clinic para que el doctor Herbst, el médico que me había colocado el implante, me hiciera un control y me dijera si todo estaba en orden. Me sometí a una visita tras otra, y en una de ellas escuché al doctor hablando por teléfono con una paciente que se lamentaba de tener los mismos problemas que yo. Durante los controles de los meses siguientes, en la sala de espera coincidí con otras pacientes: todas llevaban el mismo implante que yo, y todas se quejaban de padecer trastornos para los cuales no tenían explicación.

—Esas mujeres —la interrumpo— eran Anete Smithson, Chloe Hutton, Paula Baker, las hermanas Granger… —leo los nombres de la lista de huéspedes del hotel.

—Sí —me confirma Casey—. Briony Kelly, Irene Moskovitz y Louisa Franklin.

—¿Por qué?

—La Avila's Clinic no ofrecía respuestas útiles, y ni el doctor

Herbst ni los otros médicos parecían ver un origen obstétrico en nuestros trastornos. Así que le consulté a otro médico para una segunda opinión. No sin escrúpulos, porque no suelo cuestionar a ningún profesional cuando estoy ante otro.

—Benjamin Folger —indico. Es el único ginecólogo de la lista.

—La comadrona que me hizo el seguimiento durante todo el embarazo me recomendó a Folger, pues tenía plena confianza en él. Folger me visitó y, en su opinión, mis trastornos se debían a una mala colocación del dispositivo esterilizador. Pero el único modo de estar seguros era extrayéndolo mediante una intervención.

—¿Y no te lo pudo extraer? —pregunta West.

Casey se lo queda mirando como si estuviera viendo a un marciano.

—Es permanente. No está concebido para que pueda extraerse. Al menos en teoría.

—¿Qué significa «en teoría»? —pregunto.

—Volví a la Avila's Clinic y le pedí al doctor Herbst que me extrajera el Nomyra, pero como no era un dispositivo removible…

—No quiso practicar la intervención, ni firmar un documento que exonerara a Folger —sugiero.

—En efecto —asiente Casey con un suspiro, como si estuviera exhausta—. Volví a la clínica de Folger y, asumiendo todos los riesgos, firmé un talón de siete cifras e hice que me extirparan el Nomyra. Me ofrecí como conejillo de Indias.

—¿Cómo fue? —le pregunto.

—Todas mis molestias desaparecieron. Tengo la sensación de ser una persona nueva, distinta de la que era estos últimos años. Sin embargo, yo gozo del privilegio de ser rica, pero el resto de las mujeres que estaban en el Livingston son rehenes de una firma, porque para la Avila's Clinic firmar una exoneración sería como

firmar una admisión de culpa.

—Entonces ¿el motivo de vuestro encuentro en el Livingston Inn era…? —inquiere West sin andarse por las ramas.

En mi fuero interno espero que su memoria dactilográfica esté registrando hasta el último suspiro que se produzca en esta habitación.

—Explicarles a las otras pacientes que era posible salir de aquel infierno y unirnos para hacer causa común contra la Avila's Clinic. Paula, la joven abogada, que también llevaba el implante, sería nuestra representante legal.

—¿Por qué no contratar a un despacho de prestigio que amedrente a la Avila's Clinic? —pregunta West.

—Porque cualquiera nos diría que es más fácil acordar una indemnización y dejar de practicar las intervenciones, que arrastrar a la clínica a una demanda. Y así ya no tendrían que comprometerse jamás a extraer los dispositivos. No solo es una cuestión de dinero, sino sobre todo de que estas mujeres recuperen sus vidas —exclama Casey con gran determinación—. No os podéis ni imaginar lo que he llegado a sufrir.

—Entonces, organizasteis el encuentro para instruir la causa —concluyo—. ¿Y existe alguna posibilidad de que alguien de la Avila's Clinic estuviera al corriente de vuestros planes?

—No lo excluyo. Nuestra relación no acabó bien. La última reunión que celebramos con sus directivos, en la que también intervino Folger, acabó con un portazo.

—Sin embargo, me parece raro —indico, pensando en voz alta—. Vosotros sois muy poderosos.

—Está visto que no lo somos lo suficiente —masculla Mark.

—¿En qué podemos ayudaros? —pregunto.

—He tratado de obtener la lista completa de las pacientes que se

hicieron implantar el dispositivo en la Avila's Clinic, pero, como era de esperar, se han negado a proporcionármela. Quizá vosotros podríais conseguirla —sugiere ella.

—Dalo por hecho —respondo, como si le estuviera haciendo una promesa.

—Yo te reitero que tienes totalmente a tu disposición mi sitio web, para que hagas todas las declaraciones que creas oportunas —le dice West—. Creo que todos estaremos de acuerdo en que por ahora es mejor no mover el tema legal. Y también se me ocurre un modo de disipar todos los rumores que se han propagado estos últimos días.

—Gracias a los dos —indica Eve—. Seguiremos en contacto.

—Si me concedéis unos minutos para que me laven el pelo, pues aún lo tengo ahumado, grabaremos una entrevista en exclusiva para *Wild Wild West*. Por mucho que haya sufrido una amputación, con este vídeo pienso dar la campanada —propone Casey—. Ve a tomarte un café, Hayden, porque te quiero bien despierto.

Tras el encuentro, West y yo bajamos a la cafetería y pedimos dos *iced coffee* —el mío con leche de almendras—, pero esta vez me ofrezco a pagarlos yo.

—Estoy en deuda contigo —le digo, poniendo las manos por delante—. Si no me hubieras dejado entrar, jamás habría escuchado la historia de Casey.

—Suscribimos un acuerdo, ¿no?

—Sí, pero yo aún no había dado con la «Sustancia».

—Esto no es algo «Sustancioso», es algo «Gigantesco».

Él me acerca mi vaso y, mira por dónde, nuestros dedos vuelven a rozarse.

Nos apoyamos en una mesita alta y redonda, el uno frente al

otro.

—Quería pedirte disculpas por lo de antes. He apoyado la mano en tu rodilla, así, de pronto, pero no pretendía molestarte. Estaba tan sorprendida que he perdido el control, y he tratado de reclamar tu atención instintivamente mediante un contacto físico —me apresuro a explicarle.

—Teniendo en cuenta que, por lo general, para reclamar mi atención me cubres de insultos, supongo que una mano en la rodilla puede considerarse un progreso considerable.

—No tiene gracia.

—Te recuerdo que, mientras tú te estás excusando por ponerme la mano en la rodilla durante tres segundos…

—No han sido tres segundos —le replico.

—¿Dos y medio?

—Dos —pujo de nuevo como si estuviéramos regateando en un mercado.

—… por ponerme la mano en la rodilla durante dos segundos, «tu» Rafael se lo pasa en grande a bordo de un catamarán, en compañía de dos bellas herederas. Por cierto, ¿ya habéis hablado de ello?

—Sí —miento. Aún no le he dicho nada. En más de una ocasión he estado a punto de pedirle explicaciones sobre aquellas vacaciones y sobre Lynette sentada sobre sus piernas, pero al final lo he pospuesto. La verdad es que no sé si quiero saber la respuesta—. Solo fue un malentendido.

West asiente, aunque no parece convencido.

—En cualquier caso, es cosa vuestra.

—Sí, de hecho, ya lo era antes de que tú metieras las narices.

—Tienes bigote, Cortez

—¡¿Cómo te atreves a burlarte de mi físico?! —exclamo

ultrajada.

Él coge una servilleta y me la pasa por el labio superior.

—Café —señala, mostrándome el cuadradito de papel blanco con una mancha marrón en el centro.

—Ah.

—Veo que tienes una pésima opinión de mí.

—No me has dado muchos motivos para mejorarla, West.

—¿Hoy tampoco?

—Puede que algo sí. Tú tienes tu exclusiva para tu página web, y yo una investigación en la que profundizar; diría que estamos empatados.

Él se encoge de hombros.

—Sin embargo, cada vez que creíamos que estábamos a la par, acabamos volviendo a las andadas.

—Quizá porque en realidad ninguno de los dos quiere que haya un empate.

—Pues ahora mismo te daré una ventaja hipotética. Sé que harás un excelente trabajo con la investigación de la Avila's Clinic.

—No me gusta que me den nada hipotéticamente. Estoy acostumbrada a ganármelo todo por mí misma.

Él tira su vaso en el cubo de la basura.

—De hecho, no lo hago por ti. Lo hago para estimularme a mí mismo, sabiendo que ya me llevas ventaja.

—En cualquier caso, ir a la zaga tiene su ventaja —digo mientras le doy la espalda y me marcho—. Perseguir siempre es mejor que ser perseguido.

—Ir detrás de ti tiene otra ventaja —me replica.

Me giro y lo sorprendo lanzándome una mirada maliciosa, que remata con un guiño.

—Idiota —exclamo mientras me vuelvo de nuevo y me dirijo a la

salida.

—Te estás riendo.

—No es verdad.

—Lo veo en el reflejo de la cristalera.

Capítulo 25



Hayden

—¡Has logrado una cantidad bestial de clics! —exclama Corey por teléfono.

—Como siempre —le respondo, fingiendo que no estoy sorprendido. En realidad, sí lo estoy.

—¿Cómo narices consigues hacerte con unas declaraciones como estas en exclusiva? ¿Y en directo desde la cama del hospital?

—Puedo ser muy persuasivo.

Y esta vez no ha sido la excepción.

—¡Vamos allá!

En la pantalla aparece el vídeo de la entrevista que le he hecho a Casey. En veinticuatro horas mi contenido se ha propagado por todas las redes del planeta.

Mi vanidad me obliga a visionar la entrevista una vez más, como si yo no fuera el artífice.

Casey Jameson aparece en el centro de la pantalla, sentada en la cama, pero encuadrada de cintura para arriba; Mark, sentado a su izquierda, le toma la mano, y yo, a la derecha, le paso un pequeño micrófono. Su representante se encarga de grabarnos con mi móvil.

—Nadie se esperaba encontrar, entre los supervivientes de un hotel de la periferia incendiado, a una celebridad de tu magnitud. Todos y todas se preguntan cómo es posible.

—Me tomo muy en serio la construcción de los personajes que me asignan, y para La superviviente*, película basada en las novelas de Riley Moore, y de la cual seré la protagonista, necesitaba meterme en la piel de una mujer que fue madre siendo aún joven, y que acaba de salir de la cárcel tras veinte años de reclusión, dispuesta a empezar de cero. Llevo al menos veinte años frecuentando exclusivamente hoteles de cinco estrellas, donde dispongo de un servicio doméstico que satisface todas mis necesidades día y noche. —Hace una pausa y sacude la cabeza, como si se estuviera reprochando a sí misma un mal hábito adquirido—. Quería tomarme un par de días para estar sola en un clásico hotel para turistas, donde habría pernoctado mi protagonista, con la máquina del hielo en el pasillo, las máquinas expendedoras de tentempiés en el vestíbulo, su ducha con la cortina de plástico, sin ningún botones que me llevase las maletas a la habitación. Necesitaba hacerme de nuevo con aquella gestualidad que, por desgracia, había perdido.*

—¿Y cómo se te ocurrió elegir el Livingston Inn? —le pregunto.

—Me basé en los comentarios que encontré en Google. Como haría cualquiera, supongo. Quería un hotel que estuviera fuera de Los Ángeles, que no acostumbrara a albergar a celebridades, sino a familias trabajadoras, turistas, personas con un presupuesto ajustado, pero que, aun así, buscasen un alojamiento digno… Visto

en retrospectiva, tal vez tendría que haber sido más cuidadosa a la hora de elegir, aunque nadie podía predecir la tragedia que se produjo.

—Así pues, ¿todos los rumores sobre una posible crisis entre Mark y tú son infundados? ¿No hubo ninguna «fuga» de incógnito? —le pregunto, planteándole directamente la principal incógnita.

—Nada más alejado de la realidad. Sin duda, en este momento él cuestiona seriamente la «técnica» que elegí para entrar en el personaje… —Mira a su marido, y este carraspea.

—Yo estaba en contra, pero no creo que la frase «Te lo advertí» sea la más apropiada en este momento. No pretendo tener la razón, y a menudo Casey y yo discutimos por nimiedades propias de la vida cotidiana. Puede que a partir de hoy sea menos testarudo.

—¿Tienes algo que añadir, Casey?

—Creo que ahora ya podemos mostrarlo, puesto que se trata de algo irreversible. ¿Qué sentido tendría posponerlo?

Tras el gesto de asentimiento de Casey, el plano se abre y la mitad inferior de su cuerpo entra en el vídeo.

—He perdido una pierna. La viga que me cayó encima me la aplastó, y además sufrí graves quemaduras. Los médicos consideraron que la mejor opción era amputarla.

La captura de pantalla de esta imagen ha sido portada en todos los periódicos.

—¿Cómo te encuentras, Casey?

—Aún estoy en estado de shock. Creo que voy a necesitar muchas más horas de terapia de las que he recibido en toda mi vida, y estoy asustada, porque no tengo ni idea de hasta qué punto cambiará mi vida a partir de ahora. Desconozco cuál será la nueva normalidad a la que tendré que acostumbrarme.

—¿Qué sensaciones tienes con respecto a tu carrera?

—Por ahora hay un gran interrogante, y, si dijera que no tengo miedo, estaría mintiendo. Soy buena actriz, pero no tanto. La verdad es que estoy cagada.

Aquí interviene Mark.

—Casey siempre ha estado muy comprometida con la lucha por la inclusión, y con que todos los grupos sociales estén representados en el mundo del cine. En cuanto recupere las fuerzas, su determinación la llevará a romper otros techos de cristal.

Ella asiente.

—Me gustaría convertirme en portavoz de todas las personas con discapacidad que luchan por conquistar su lugar frente a una cámara, y demostrar que la falta de una extremidad no limita mis habilidades interpretativas. Al contrario, espero que me aporte una nueva conciencia…



Apago la televisión, sin acabar de ver el resto de la entrevista, que prosigue con más preguntas relacionadas con el tema.

Es justamente la clase de exclusiva que necesitaba antes de poner en pausa mi página web y emprender la gira europea.

Me han llamado carroñero, pero lo cierto es que Casey Jameson tenía derecho a contar su accidente con su propia voz, antes que otro lo hiciera en su lugar. Estoy contento de haberle sido de utilidad. De hecho, hoy he suprimido todos los *banners* publicitarios de los patrocinadores, con el fin de que nadie ganara visibilidad y encima monetizara la entrevista.

Es una cláusula que va incluida en los contratos que suscribo con las distintas empresas, y hoy la he ejercido.

—¿Tienes preparado el pasaporte? —me pregunta Corey, que aún sigue al teléfono—. ¿El equipaje? Recuerda que en Europa los enchufes son distintos.

—Aún falta más de una semana —le recuerdo.

—Pues yo pienso recordártelo cada puñetero día. ¿Le has comentado a Madison lo de la gira?

—Sí.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Con indiferencia, pero ya la conoces.

—¿Y a Ashley, también se lo has dicho? Dime… ¿Cómo se lo ha tomado?

Qué pesado…

—También se lo he dicho a ella. No se lo ha tomado bien, ya la conoces.

Ding-dong.

—Es el interfono. Adiós, Corey.

—¡Hayden! Empieza a hacer las male…

Abro la puerta de casa y me quedo pasmado.

—¡¿Tú otra vez?!

Capítulo 26



Sofía

—Eres un rayo de sol —me dice Cindy, a modo de saludo, cuando llego al despacho. Abre un táper que contiene una porción de tarta de queso y me lo pasa—. Kim me ha dicho lo de Rafael, y he pensado que te vendría bien un trozo de tarta.

—No ha pasado nada entre Rafael y yo, pero estaré encantada de comerme la tarta. Necesito reponer energías. —Le doy un mordisco y noto el sabor del coco y la lima—. Cindy, ¿qué receta has usado para esta tarta de queso?

Me contengo para no escupir el bocado, pero sabe fatal.

—La de siempre, ¿por qué?

—Hum, la encuentro salada.

—¡¿Salada?!

Le devuelvo la fiambrera de plástico con el pedazo de tarta.

—Pruébala.

Le da un bocado y al instante lo escupe en la papelera.

—Qué asco, no te la comas. Dios mío, también he puesto un trozo en las tarteras de la merienda de los niños y en la del almuerzo de mi marido…

—Ya se darán cuenta por sí mismos. Pero te agradezco igualmente el detalle.

—He confundido los tarros. No me lo tengas en cuenta, aunque empiezo a creer que eso de la neblina de embarazada es verdad.

—Una buena dosis de azúcar no me habría venido mal, porque debo proponerle a Oliver un proyecto que entraña ciertos riesgos.

—¿Qué proyecto?

—Aún no puedo decirte nada, pero se trata de una investigación —le avanzo pletórica, con la cabeza hirviéndome de ideas.

—¡¿Una investigación?!

La voz de Oliver, a mi espalda, me pilla por sorpresa, y doy un brinco en la silla.

Con la cabeza asomando por la puerta, me lanza una mirada entre suspicaz y preocupada.

—¿Puedes dedicarme un par de minutos en tu despacho? —le pregunto—. Así podré explicártelo bien.

—A decir verdad, yo había venido aquí por el mismo motivo. Vamos.

Lo considero un buen auspicio —resulta extraño que Oliver esté libre cuando lo necesitas—. Así que cojo todas las páginas de mi investigación entre mis brazos y lo sigo.

Entro en el despacho, que tiene hasta la última superficie cubierta de documentos, periódicos y carpetas, como si allí dentro nunca hubiera entrado un ordenador.

Oliver cierra la puerta y me gruñe:

—Ponte cómoda.

—Creo que tengo entre manos algo gordo. Muy gordo —empiezo a decir, descargando toda la artillería, antes siquiera de que se haya sentado.

—¿Has descubierto el verdadero motivo de que Casey Jameson estuviera en el Livingston Inn? —me pregunta cruzando los brazos

—Sí.

—Estupendo. ¿Y entonces por qué no lo has publicado?

—¿Qué?

—Te has dejado quemar por West. No te culpo por ello, ¿eh?, Sofía. Él es un fuera de serie, y tú habías empezado bien, pero te perdiste por el camino.

—No me he perdido por el camino —disiento—. Si hay algo que me irrita a más no poder es escuchar el nombre de West pronunciado en mi propio territorio. Al menos aquí debería poder «jugar en casa».

—¿Y entonces por qué no has publicado nada en tu sitio?

—Porque no es posible. Antes de ponerse a escribir algo, es necesario investigar. Hacer averiguaciones.

Oliver frunce el entrecejo hasta convertir las cejas casi en una sola línea.

—¿Qué tenías que averiguar de una actriz que se ha lesionado?

—Una pierna amputada no es una simple lesión —le replico—. ¡Y ella solo es la punta del iceberg, aún hay mucho más!

A continuación, le explico de corrido lo que he hallado en los registros y lo que Casey nos contó ayer en el hospital, sin apenas detenerme a respirar.

—No —me interrumpe él.

—No, ¿qué?

—No a todo lo que acabas de decir —zanja—. Te destiné a la sección de cotilleos por un motivo muy concreto, y nada de todo

esto nos proporcionará lo que necesitamos. Además, la Avila's Clinic está en San Bernardino, fuera de la jurisdicción de Los Ángeles.

—Entonces ¿abrazar una causa justa carece de todo valor? —le espeto.

—Sofía, el mundo está lleno de causas justas que abrazar, pero no podemos abrazarlas todas nosotros. Además, no tenemos un departamento legal para poder llevar a cabo una investigación de carácter sanitario, así que, con mayor razón, vuelvo a decirte que no.

La mordaza de la injusticia me retuerce las entrañas.

—¿Y todo el trabajo que he hecho?

—Si no hay de por medio una traición o un divorcio, has trabajado en balde.

—Pero le prometí a Casey que la ayudaría.

—Apréndete esta lección y tenla bien presente: no prometas nada que no puedas cumplir. —Oliver se rasca la frente y masculla—. ¿Qué voy a hacer contigo, Sofía?

Abato los hombros, decepcionada, y solo tengo ganas de enroscarme sobre mí misma como un erizo.

—No me siento a gusto con la sección de cotilleos. No logro reunir las energías necesarias para tirar adelante con la sección.

—No quiero firmar tu despido. Me preocupo por ti, porque sé que tienes aptitudes.

—Pero me obligas a emplearlas de forma errónea. Si fueras capaz de ver lo que yo estoy viendo… —insisto agitando las páginas en su dirección.

—Veo algo que no es adecuado para nosotros, en este momento. Siento rechazar tu proyecto, pero vuelvo a decirte que no. Te pido que escribas sobre cotilleos porque es lo que necesitamos, y no le confiaría nada tan importante a alguien a quien no tengo en gran

estima.

—Ahora no me dores la píldora.

La derrota duele el doble porque ha sido infligida por fuego amigo.

—Sé que ahora me odias. Deja que se te pase la rabia y tómate el doble de tiempo para el almuerzo.

Pero soy incapaz de que se me pase.

Vuelvo a mi despacho con la moral por los suelos, hasta el punto de que me como la tarta de queso salada de Cindy, con quien tampoco puedo desahogarme porque está hablando por teléfono con un experto en criptomonedas.

Cargo de nuevo la página con el vídeo que grabé la noche del incendio, y veo que hoy hay el doble de visualizaciones. Es bien cierto que la gente quiere sangre, dramas, como cuando se para a curiosear los accidentes de los demás, formando inútiles colas. Vuelvo a visionar el vídeo en busca de algún detalle que me sirva para cotillear, pero no encuentro ninguno.

De pronto, me fijo en algo que se me había escapado. Antes de que yo acabe en el suelo, placada por West para evitar que el balcón en llamas me aplaste, una voz grita «¡Sofía!» con toda claridad.

Es la voz de West.

Nunca le había oído pronunciar mi nombre. Para él, siempre había sido «Cortez», sin más.

Vuelvo a escuchar ese «Sofía» hasta que se me gastan los tímpanos, con tanta insistencia que después de cerrar el vídeo sigo oyéndolo en mi cabeza.

Necesito a West.



«¡¿Tú otra vez?!» es la reacción de West en cuanto me abre la puerta de su apartamento. Lleva el torso desnudo, va descalzo y con

los vaqueros desabrochados, dejando a la vista la goma de los bóxers.

—¿Llego en un mal momento?

—No existe un buen momento para que te presentes en mi casa, y siempre eres una molestia, por si también te lo estabas preguntando.

—¿Estás bien acompañado?

—¿Qué quieres?

—Proponerte un asunto.

—No compro nada.

Hace el gesto de cerrarme la puerta, pero se lo impido interponiendo la mano.

—¿Ni siquiera quieres oír mi propuesta?

—¿Tengo pinta de querer oír propuestas?

—Sabes perfectamente que no me iré hasta que me hayas escuchado, así que ¿qué te parece si nos ahorramos la escenita y me dejas entrar? —Levanto el brazo y le muestro un *pack* de cuatro cervezas colgando de mi dedo—. Vengo en son de paz.

—Mueve ese culo tuyo de aduladora y entra, Cortez.

Se hace a un lado y me invita a pasar.

—Qué puesta de sol tan espectacular —exclamo sin poder evitarlo en cuanto miro en dirección a su terraza con vistas al mar y veo el cielo rosáceo reflejándose en el océano.

No puedo por menos que mandar a la porra a quienes dicen que la Costa Este es mejor que la Costa Oeste. De eso nada, chicos, vosotros, una puesta de sol en el mar como esta, no la habéis soñado en vuestra vida.

Nunca he sentido envidia de West, aunque la vida le haya dado todo en abundancia, pero estas vistas me dejan sin aliento. Y él incluso puede disfrutarlas desde el burbujeante jacuzzi que tiene

instalado en la terraza.

—Te permito que abuses de mi paciencia, pero dispones de poco tiempo —me advierte.

En cuanto me giro de nuevo, ya se ha abrochado los vaqueros y se ha puesto la camisa, pero sin abotonársela del todo.

—Ante todo, mi enhorabuena por tu entrevista a Casey. Ha causado un impacto enorme. Podrías haber jugado la carta del sensacionalismo, pero has sido muy discreto —lo felicito.

—No creas que tus zalamerías me harán más proclive a tu propuesta.

—Pásame un abridor y hablemos.

Abre uno de los cajones invisibles de su cocina futurista y me pasa algo que yo jamás habría identificado como un abridor, junto con dos vasos.

—¿Sabías que ofrecer cerveza a los dioses formaba parte de un ritual propiciatorio? —le comento mientras vierto el líquido oscuro en los vasos—. Esta la elabora una destilería artesanal costarricense. Es del tipo oscuro, con sabor afrutado y un retrogusto a melaza.

—¿Y si me gusta la cerveza clara?

—No, a ti te gusta la oscura.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Trabajaba en la cafetería del campus, y allí todo el mundo sabía que West prefería la cerveza oscura. Entrabas y pedías una cerveza, sin especificar de qué clase, dando por sentado que tus preferencias eran una verdad reconocida universalmente. —Le paso el vaso deslizándolo por la reluciente superficie de mármol de la isla de la cocina—. Te gusta oscura.

—Vaya memoria. —West toma un sorbo de su vaso—. Muy buena, debo reconocerlo.

—No tengo la menor duda de que lo es. ¿Y ahora estás

dispuesto a escucharme?

Cojo su vaso y el mío; me indica con un gesto que lo siga a la terraza y nos sentamos en un sofá de dos plazas.

—Te concedo el tiempo que tarde en acabarme la cerveza. Mejor que vayas al grano, porque me la beberé enseguida.

—En el hospital, tú y yo nos repartimos las tareas: tú, las declaraciones de Casey sobre su presencia en el Livingston Inn y la amputación; yo, la investigación sobre la Avila's Clinic.

—Un reparto limpio y cristalino.

—Hoy le he expuesto mis intenciones al director de mi periódico, y me ha respondido sin ambages que mi reportaje no tiene cabida en su *Hollywood y Alrededores*.

—¿Cómo es posible que te haya dicho eso?

—Según él, no atraerá clics, como ya sucedió con mis otros reportajes anteriores —reconozco—. Quiere que siga ocupándome de los cotilleos, y ya me veo venir que tendré que acabar tirando a la papelera todo el trabajo que he realizado.

—Lo siento. Hasta donde yo sé, ibas por el buen camino, pero no acabo de entender en qué puedo serte útil.

Mis labios se tensan componiendo una sonrisa mefistofélica.

—Prueba a esforzarte un poco.

Nos miramos directamente a los ojos, y de pronto él sacude la cabeza.

—No.

—¡Vaaa…! —exclamo.

West se pone en pie de golpe.

—¡Ni hablar!

—Piénsalo bien: yo tengo un reportaje, y tú tienes un espacio donde publicarlo. Es perfecto.

—Es una locura.

—Yo cargo con todo el trabajo, pongo la mano de obra, consigo documentación, hago todas las llamadas y tú solo tienes que hacer el mínimo esfuerzo de cederme el espacio.

—Claro, y yo he de creerme que tú me proporcionarás los contenidos de forma gratuita, desinteresadamente.

—Bueno, no exactamente. El reportaje lo firmaré yo.

West me mira de reojo.

—Okey, lo firmaremos los dos.

—¿Por qué en *Wild Wild West*? Usa tu blog, habla desde tu TG en *streaming*.

—*Insider* está cerrado, y nadie mira mi canal —admito, aunque apenas me salen las palabras. La verdad es dura de digerir.

—Yo me dedico a los cotilleos —puntualiza, como si fuera necesario mencionarlo.

—Hoy me ha venido a la mente una frase que nos dijo la señora Fuller en su clase de Legislación y Ética en los Medios de Comunicación: yo tengo la munición, pero nada con qué dispararla; tú tienes las armas, pero están descargadas.

West me mira desconcertado, como si de pronto toda su vida le hubiera pasado por delante.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Ya veo, lo has borrado de tu memoria. —A una parte de mí le disgusta que no recuerde aquel episodio—. Estaba empleando una metáfora para decir que, por una vez, en lugar de enfrentarnos, podríamos ser aliados. Yo te doy mis municiones si tú me das tus armas.

Él vacía el vaso de cerveza de un trago.

—No sé.

—¿Qué quiere decir «no sé»? ¡Más sencillo no puede ser! Yo ya tengo un plan estratégico detallado.

—No tengo tiempo para investigaciones, estoy a punto de salir de gira por Europa.

—Es una causa justa —insisto—. ¿No oíste a Casey? ¿No te das cuenta del coraje que está demostrando, y de cuánto están sufriendo todas esas mujeres?

—Sí que me doy cuenta, es terrible.

—Entonces no es posible que una gira por Europa te impida hacer lo correcto. —Yo también me pongo en pie y lo miro directamente a los ojos—. Porque aún sabes reconocer lo que es correcto, ¿verdad?

—Por supuesto, pero debes entender que este no es mi campo. ¿Cómo piensas colar un reportaje de mala praxis médica entre «La cirugía plástica secreta de Cheyenne Evans» y «El amor oculto de Royce DeShawn»?

—¿No estás cansado de todo ese ruido de fondo? ¿De rostros de silicona e intrigas amorosas? Es como si hubieras tirado la toalla. ¿Cuándo fue la última vez que trabajaste en una noticia? ¿Una noticia de verdad? ¿De esas que hay que sudarlas, de esas que pueden marcar la diferencia? Porque te miro, y sí, veo éxito, fama, dinero, si es que alguna vez te ha faltado, veo comodidades, pero no veo a Hayden West.

—¿Te has vuelto loca?

—Nunca he estado más lúcida —le replico. Tengo los puños cerrados, el cuello tenso y la barbilla alzada para no dejar de mirarlo a los ojos, y las mejillas ardiendo—. Te he dicho muchas cosas, algunas malas, pero nunca te había dicho la pura verdad, y es que tú ya no eres aquel al que consideraba mi más temible rival en la USC. Ya no queda ni la sombra de aquel chico combativo, audaz, convencido de que el periodismo era su camino, y que haría cualquier cosa por demostrar que era el mejor. Yo apreciaba a aquel

chico. Ciertamente, era un concentrado de esa arrogancia natural que destilan aquellos que siempre lo han tenido todo, pero, qué caray, tenía ambiciones. Ahora, ya no sé a quién tengo delante, pero seguro que no es él. Puede que sea alguien que se le parece, una copia descolorida, pero no es alguien a quien aprecio.

—Te estás poniendo dramática.

—No, soy sincera. Pero así son las cosas; en la vida se cambia, y no siempre para bien. Solo lamento que malgastaras tu periodo de prácticas en *Los Angeles Record*, mientras que yo habría dado mi brazo derecho por tener aquella oportunidad. Creo que nunca te he odiado tanto como aquel día, pero en mi fuero interno sabía que, aunque lo hubieras logrado gracias a tu apellido, tenías lo que había que tener para marcar la diferencia. Sin embargo, lo has utilizado para convertirte en el rey del cotilleo. Y eso es lo que más me duele.

West agacha la cabeza y aparta la mirada.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Ya me da igual. He sido una ilusa al pensar que… —le clavo el índice en el centro del pecho— aún quedaría algo del West que conocía.

—Lamento haberte decepcionado.

—Yo también lo lamento. —Entro de nuevo en el salón y recojo mi bolso del suelo. Encima de la cómoda está su pasaporte, listo para emprender el viaje—. Me voy. Disfruta de tu gira europea. —Con una gran amargura en el corazón, abro la puerta y salgo, procurando dejarlo todo atrás.

Una vez en el vestíbulo, el portero me dice que espere.

—Disculpe, señorita. Usted no me suena entre los vecinos. ¿Quién la ha dejado entrar?

—Hum, su compañero de antes —indico para salir del paso.

—Antes también estaba yo.

—Puede que estuviera ocupado con el correo y no me haya visto. Pero ya sabía a dónde iba…

—Los visitantes siempre han de ser anunciados antes a los residentes del complejo, aunque sepan a qué piso van. La próxima vez espero que…

—No se preocupe —lo interrumpo—, no habrá una próxima vez. Mis asuntos con West han terminado, desde hoy y para siempre.

Ya estoy fuera de The Palm, cuando de pronto alguien me sujeta la muñeca derecha.

—¡Espera! ¡No te vayas!

Capítulo 27



Hayden

No habría bajado las escaleras más deprisa ni aunque me persiguiera un criminal psicópata con una motosierra. Aún voy descalzo, y ni siquiera he cerrado la puerta de casa.

Cuando llego al vestíbulo, Cortez ya está saliendo del complejo, y la retengo como si me fuera la vida en ello.

¿Qué le ha pasado a mi cabeza? No tengo ni idea.

—¡Espera! No te vayas —le digo con el último aliento que me queda. Tardo un par de segundos en darme cuenta de que eso ha sonado a súplica desesperada.

Ella se vuelve y me mira con desprecio. No, no es desprecio. Esta vez es distinto. Su mirada de desprecio la he visto miles de veces, pero nunca antes me había mirado como ahora.

Es como si le diera lástima. Y yo no quiero inspirarle lástima a nadie.

—¿Qué quieres, West?

—Me apunto —le indico—. Hagámoslo.

Me observa en silencio, escéptica, como si no me creyera.

—No estoy para bromas.

—Te juro que hablo en serio. Tienes razón, aquí hay un reportaje importante, con cotilleo o sin él; si tu periódico no te concede el espacio que necesitas, yo pondré el mío a tu disposición. Y te ayudaré.

Ella da un paso hacia mí y suelta la puerta, que se cierra a su espalda.

Una vez dentro de nuevo, me invade una extraña sensación de seguridad, y, en cuanto vuelvo a inhalar oxígeno, me percato de que aguantaba la respiración. Le suelto la muñeca, con la certeza de que piensa quedarse.

Cortez asiente.

—Vale, gracias.

—¿Qué te parece si volvemos arriba, nos tomamos otra de esas estupendas cervezas que has traído y hablamos de la estrategia que adoptaremos?

—¿Te refieres a ahora mismo?

—Ya te he dicho que hablaba en serio.

—Pues vamos. No perdamos ni un minuto; como no sé cuánto tiempo seguirás estando en estado de gracia, tengo que aprovecharlo mientras dure.

De camino a los ascensores, pasamos por delante del mostrador de recepción.

—Ari, ella es Sofía Cortez, mi invitada —le informo al conserje de guardia—. Sofía, con «f».

—Por supuesto, la inscribo en el registro: Cort… Disculpe, señor West, pero resulta que usted le prohibió la entrada en su

apartamento a la señorita Sofía Cortez.

Ella me mira con fuego en los ojos.

—¡¿Que hiciste qué?!

—¿Qué pasa? A estas alturas ya deberías de estar acostumbrada —le respondo en tono jocoso y vuelvo a dirigirme a Ari—: Le levanto la prohibición. Desde hoy mismo, Sofía Cortez puede visitarme cuando quiera.

—Qué generoso.

—No hagas que me arrepienta —le advierto, apuntándole con el dedo.

Tomamos uno de los ascensores y, una vez dentro, pulso el botón de la séptima planta.

Permanecemos unos segundos en silencio, pero ella lo rompe al fin.

—West.

—Dime.

—Sabes que vas descalzo, ¿no?



—¿Esta vez también dispondré únicamente del tiempo que tardes en tomarte tu cerveza? —me pregunta mientras se sienta en uno de los taburetes de la isla.

—Sí —respondo, cogiendo una de la nevera—. Pero te prometo que me la beberé a sorbitos.

—Okey, West. Partamos de la premisa de que esto es un reportaje, no una exclusiva; no es un polvo rápido, es una relación a largo plazo; no es una prueba de fuerza, sino de resistencia; no es un fuego de artificio, es una brasa; no es un…

—Ya me habías convencido cuando dijiste lo del «polvo rápido». —Le vuelvo a llenar el vaso y se lo acerco—. Y también me acuerdo perfectamente de lo que es un reportaje. Tiempos largos, progresos

lentos, resultados milimétricos.

—Todo lo que no os gusta a los hombres —comenta en plan listilla, y bebe un sorbo.

—Debe de ser a los hombres que tú conoces, Cortez.

—Y, por desgracia, a ti te conozco bien, West.

—Podría sorprenderte.

—¿Para mejor o para peor?

—Recuérdamelo, ¿qué estás haciendo aquí? —la desafío.

—Vale, mi idea es reconstruir el historial clínico de Casey y de todas las mujeres con las que ha contactado.

—Casey no quiere aparecer en la investigación —le advierto.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho ella. Apoyará económicamente a las otras mujeres implicadas en la batalla legal, pero no desea aparecer como rostro público. Se hablará de dispositivos de esterilización, de temas íntimos, femeninos… Hollywood se cubre con una pátina progresista bajo la cual oculta su ADN conservador. No quiere mostrarse. Se presta a todo lo que haga falta, menos a exhibir su rostro.

—El reportaje perderá mucha resonancia —comenta con amargura.

Nos miramos en silencio, diciéndonos lo que ambos sabemos. A todo el mundo le importa mucho más lo que se dice cuando hay una estrella de por medio. La salud de las personas normales y corrientes es un argumento de serie B.

—Tendremos que hacerlo sin ella.

—Lo haremos. Hablaremos con el resto de las mujeres y registraremos sus experiencias clínicas. Para empezar, iré a la Avila's Clinic, donde ya he concertado hora con el doctor Herbst para una consulta sobre un preimplante. Será una buena ocasión para entrevistarlo sin que él lo sepa y, sobre todo, para confrontar lo que

diga con lo que les ha sucedido a sus otras pacientes.

—Perfecto, ¿cuándo piensas ir?

—Hay una lista de espera de un mes, pero he tenido suerte y me han adelantado la visita a mañana por la tarde, gracias a que ha habido una baja de última hora.

Tomo el móvil y abro la agenda.

—¿A qué hora?

—¿Por qué quieres saber la hora?

—Para anotar a qué hora debemos salir hacia allí —respondo, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿Vendrás tú aquí o paso a buscarte?

—¡Eh, para el carro! —exclama, poniendo las palmas de las manos por delante, en actitud defensiva—. Queda fuera de discusión que tú no vendrás conmigo.

—¿Me he dado un golpe en la cabeza, o habíamos dicho que llevaríamos esta investigación juntos?

—Es una visita «ginecológica», West

—Vamos a dejar las cosas claras: no hay nada que me interese menos en esta vida que ir a una consulta ginecológica, y mucho menos contigo, Cortez, pero igual se te ha olvidado que toda la investigación gira alrededor de un implante esterilizador uterino.

—No me convencerás de que te permita acompañarme al ginecólogo —se empeña.

—Piénsalo bien: una mujer se presenta sola en la Avila's Clinic para informarse sobre un implante esterilizador que el doctor Herbst ya ha insertado a otras pacientes. Sería extraño que una mujer soltera optara por este implante, ¿no te parece? Por eso tendría más sentido presentarse con un «marido». El esposo con el que has decidido no tener hijos, pero sin renunciar al sexo.

Cortez me lanza una mirada asesina.

—Jodido patriarcado de mierda… Tienes razón, maldita sea: las mujeres sometidas y acompañadas por su «guardián» no levantan sospechas.

—Hemos de decidir las preguntas, y las haré yo —propongo.

—¡Ni hablar! —salta ella—. Tú no dirás ni una palabra sobre mi salud.

—Finge, Cortez, por favor. Métete de una vez en el papel. Ahora bien, si has de sentirte más cómoda, podemos pedírselo al tal Rafael, tu caballero valeroso y sin mancha…

—No empieces con el tema de Rafael.

—Un tema este que, por lo que veo, aún no has resuelto.

—No es de tu incumbencia.

—Cierto, pero tienes que hacerme partícipe de la investigación; yo no soy solo un espacio en la web con muchos seguidores, incondicionalmente a tu servicio.

—Prométeme que no mirarás —me exige amenazante.

—Si hay alguien por quien podrías poner la mano en el fuego a este respecto, ese soy yo.

—Cuento con ello. Ten en cuenta que contigo estoy haciendo un gigantesco acto de fe.

—Y eso es algo que yo valoro muchísimo.

—¿Serías tan amable de decirme dónde está el baño? Empiezo a notar el efecto de las dos cervezas.

—Sigue el pasillo, tercera puerta a la izquierda. Aprovecharé para hacer una llamada rápida. Haz como si estuvieras…

—… en tu casa, ya lo sé.

Capítulo 28



Sofía

Sentada en el inodoro de diseño del cuarto de baño de diseño del apartamento de diseño de West, observo las vetas del parquet, y sigo flipando.

¡Es verdad que ha aceptado mi propuesta!

Cuando me puso en la puerta de su casa, me sentí fatal, por aquello de que la esperanza es lo último que se pierde, aunque, después de todo, aquel era el desenlace natural de nuestra conversación. Estaba decepcionada, pero me había preparado para ello.

Después apareció a mi espalda, jadeando, descalzo, como si no hubiera salido corriendo tras de mí, sin detenerse ni medio segundo a pensar… Y ahora estoy en estado de shock.

Alzo la vista, horrorizada, y veo mi reflejo en el cristal de la gigantesca ducha a ras de suelo: ¿West me ha visto en este estado?

Parezco la superviviente de un huracán. Tengo el pelo alborotado, la cola torcida hacia un lado y dos medias lunas oscuras bajo los ojos, y además la cerveza se me ha llevado el pintalabios. ¿Por qué, siempre que estoy con West, que parece recién salido de una foto de portada, acabo pareciendo una fugitiva?

Busco papel higiénico para limpiarme, pero no lo encuentro.

En este cuarto de baño de revista de decoración no hay portarrollos. ¿Es que los ricos no usan papel higiénico? ¡Esto, más que un váter, parece un jarrón para poner flores!

Ni papel, ni toallitas… Nada de nada.

A mi derecha veo el mueble del lavabo, presiono uno de los cajones invisibles con la esperanza de encontrar pañuelos de papel y, gracias al cielo, en el interior hay una caja.

Una vez limpia y de nuevo con la ropa en su sitio, me miro en el espejo para ver qué más puedo adecentar.

Cojo otro pañuelo para quitarme los restos de carmín, pero en el cajón detecto un contenido que no me esperaba.

Hay una goma para el pelo de color rosa. West lleva el pelo más bien largo, pero no tanto como para poder hacerse una coleta, y esta goma es muy… rosa.

Además de la goma, también hay esmalte de uñas color melocotón, un bálsamo labial con sabor a cereza, pinzas para las cejas, una mascarilla facial de tela, un rizador cónico y un cepillo para desenredar el cabello con una decoración de margaritas, idéntico al que uso yo.

No soy Sherlock Holmes, pero diría que estas cosas no son de West. Entre las cerdas hay un pelo rubio, que sin duda no pertenece a West.

Sean de quien sean estos objetos, si West les ha asignado un cajón en el cuarto de baño, significa que la persona que los usa va a

su casa a menudo. Y no es un «a menudo» de unas horas y adiós, sino un «a menudo» del tipo «hoy me arreglaré el pelo a fondo»; una práctica que yo llevo al menos dos días sin hacer en mi casa. ¿Así que el inefable Hayden West tiene una compañía femenina estable?

Cierro el cajón, tentada de buscar otros indicios —cepillo de dientes, cremas faciales, compresas—, pero, justo cuando estoy a punto de abrir una puerta del mueble, me detengo de golpe.

¿Acaso curiosear en los efectos personales de West y de su novia no me hace una persona horrible, en una escala entre cero y Charles Manson? Si yo fuera ella, odiaría que una extraña husmeara en mis cosas y, por lo demás, si yo misma no dejo de repetirle a West que se meta en sus asuntos y deje en paz a Rafael, ¿no debería aplicarme el mismo cuento?

Me arreglo la cola de caballo —mi madre tiene razón, debería cortarme el pelo— y salgo.

Cuando aún estoy en el pasillo, oigo la voz de West, que sigue hablando por teléfono. Emplea un tono de voz suave, acariciadora, reconfortante, carente por completo de malicia o sarcasmo. En definitiva, es otro hombre.

Ralentizo el paso y logro captar alguna frase.

—Mañana por la noche te prometo que seré puntual. Hoy me ha surgido un imprevisto, pero al fin te he podido llamar —dice. Me huelo que el imprevisto soy yo.

—Sí, mañana pasaré a buscarte a la una —confirma—. Pero no podremos pasar toda la tarde juntos. Acaban de concertarme una cita, así que almorzaremos juntos y luego te dejaré en la hípica. Decide tú dónde comeremos.

Mañana por la tarde vamos a la Avila’s Clinic.

—¿A Da Alfonso? Pero si ayer ya comimos italiano. Siempre

haces lo mismo: cuando te da por un restaurante, nos pasamos un mes yendo al mismo, hasta que te aburres, y ya no quieres volver a pisarlo en tu vida.

Vale, entonces es verdad, se trata de su chica. ¿Será la del rizador de pelo?

—Mañana por la tarde, no, pero la noche antes de mi partida la pasaremos juntos. Adiós, un beso.

Sí, es la del rizador de pelo.

Aunque está claro que yo me encuentro en casa de West, por motivos profesionales, siento que estoy de más.

Recorro los últimos pasos del corredor pisando de modo que me oiga llegar. Observo que, entretanto, se ha cambiado, y ahora lleva puestos unos pantalones de chándal y una camiseta blanca.

—¿Todo en orden? —me pregunta.

—Sí, claro. Solo estaba pensando que debería irme a casa. Me he presentado aquí sin avisar, y cualquiera tendría motivos de sobra para echarme. Creo que para el resto de la investigación bastará con que nos coordinemos a través de mensajes.

—Me parece lo más práctico —conviene conmigo—. Salvo por el hecho de que no tengo tu número.

—Ya.

He pasado por alto ese pequeño detalle.

—Yo diría que este es el mejor momento para intercambiárnoslos. —West me pasa su móvil—. Escríbelo, y así lo memorizo.

Abro la agenda, guardo mi número y le devuelvo el móvil, no sin antes percatarme de que en el registro de llamadas aparece el último número marcado, perteneciente a una tal «Ashley».

La chica ya tiene un nombre. Sé que Ashley tiene el pelo rubio, liso y largo, que a veces se lo ondula, se inclina por un look fresco y

natural —estilo «agua y jabón»—, le gusta la comida italiana y es atlética. Quisiera estrangular a la voz de mi subconsciente, que me susurra: «Es justo tu opuesto».

—¿Paso a buscarte yo? —me pregunta West.

—No, pasaré yo. Ya que te presentarás como mi marido controlador que se entromete en mis métodos anticonceptivos, al menos yo seré la mujer que conduce.

—Pero no esta noche —me advierte—. Te has bebido dos cervezas, así que te pediré un taxi.

—Gracias por preocuparte. —Me cuelgo el bolso del hombro y me dirijo a la puerta. Pero esta vez la abro con delicadeza y no salgo hecha una furia, a diferencia de la anterior.

—En realidad, soy yo quien debo darte las gracias a ti.

Su frase me desconcierta.

—¿Por qué?

West apoya el hombro en el marco y hunde las manos en los bolsillos del pantalón. Debo admitirlo, ese look casual le queda muy bien, y el blanco de la camiseta resalta su bronceado.

—Por haber pensado en mí. Como tu…

Estamos allí plantados como dos bobos, mirándonos con la boca entreabierta. Él busca una palabra que no encuentra, y yo espero una palabra que no sé cuál será.

—… pareja.

—¿Pareja?

¿Estoy tonta o qué me pasa? ¿Por qué lo repito todo como si se me hubiera apagado el cerebro?

—No «pareja» en ese sentido —se apresura a aclararme—. Esto… Hum… Quiero decir… ¡Colaborador!

—Sí, ya he entendido que querías decir colaborador. Bueno, ha sido una elección natural; después de todo, los dos estábamos en el

lugar del incendio, y después fui contigo a ver a Casey. —Me muerdo el labio inferior, sin saber qué añadir más—. Pero, ahora que has aceptado, espero que no te eches atrás.

West me tiende la mano derecha.

—Te lo prometo.

Tras dudar un instante, se la estrecho.

—No sé lo que vale una promesa tuya, pero me gustaría poder fiarme de ti.

¿Cuánto tiempo dura un apretón de manos? ¿Dos segundos? ¿Tres? ¿Cinco? Seguro que hemos superado los cinco.

Yo sigo sujetando su mano, y él la mía. Me hace cosquillas en los nudillos con el pulgar.

—Tienes las manos frías —me dice en un susurro.

—Siempre las tengo frías.

—Te espero mañana por la tarde, Sofía —añade tras una prolongada pausa—. Creo que deberíamos empezar a llamarnos por el nombre.

—Hasta mañana, Hayden.

Sonríe y me guiña un ojo.

—Guau, es la primera vez que nos llamamos por el nombre. Yo diría que estamos progresando.

—Es increíble —murmuro a mi vez, como si estuviera flotando, sumida en una especie de trance.

Su pulgar sigue subiendo y bajando por mis nudillos, y se detiene en un anillito de oro que llevo en el anular. Lo observa, lo hace girar alrededor de mi dedo y me mira a los ojos, como si me estuviera preguntando algo.

—Es la alianza de mi abuela. Se la regaló a mi madre en su fiesta de quinceañera, y después mi madre me la pasó a mí en la mía —le explico.

Hayden entrelaza sus dedos entre los míos, y yo lo secundo, reacia a interrumpir el contacto. Él, por el contrario, tiene las manos calientes.

Imito su gesto de antes y paso mi índice por encima del grueso sello de platino que luce en el anular, con las siglas de los Eta-Delta-Theta, la hermandad de la cual fue presidente.

—Fue un regalo de la hermandad por mi graduación —responde —. Sin duda, es menos antiguo que el tuyo.

—Pero ello no significa menos para ti.

Él asiente, y esta vez su índice se detiene en una pequeña protuberancia de mi dedo medio, a la altura de la última falange.

—El callo del escritor.

—Me gusta el papel y la pluma.

—Lo sé. —Su voz es apenas un susurro.

Seguimos cogidos de la mano, pero esta vez tengo la sensación de que nos estamos tocando por todas partes.

Lo dejo hacer. Nuestros dedos se buscan como si no estuvieran gobernados por nuestra voluntad, mientras nos miramos a los ojos. Me percato por primera vez de que sus iris no son azules, sino turquesas, de un color entre el cielo y el mar.

Hayden entreabre los labios, como si fuera a decir algo.

De pronto, suena un ding-dong en el rellano, y un grupo de chicos cargados con cajas de pizza sale riendo del ascensor.

Hayden y yo nos sobresaltamos, como si alguien nos hubiera pillado in fraganti, interrumpiendo un contacto que se estaba prolongando más allá de cualquier límite aceptable.

—Me voy —indico con voz firme, más como si me lo dijera a mí misma que a él.

—Buenas noches, Sofía.

—Buenas noches, Hayden —me despido mientras pulso el botón

del ascensor.

—«Hayden» suena bien, tal como tú lo dices.

—¿Sabes una cosa? Esta no es la primera vez que me llamas «Sofía» —le digo.

Me mira perplejo.

—¡¿Y cuándo lo hice, si puede saberse?!

—La noche del incendio, cuando me salvaste del balcón en llamas. Si miras el vídeo, se escucha.

Capítulo 29



Hayden

En cuanto su cola de caballo desaparece tras la puerta del ascensor, cojo el móvil y busco el vídeo del incendio en *Hollywood y Alrededores*.

Lo avanzo hasta el momento del accidente, convencido de que lo suyo es una alucinación.

Estoy gritando «¡Sofía!» con toda claridad. No se equivocaba. No lo había soñado.

El vídeo sigue unos minutos más, pero lo rebobino para volver a escuchar el momento en cuestión.

No cabe la menor duda: grito «¡Sofía!» y a continuación la imagen se oscurece, cuando la arrojo al suelo y después la aplasto bajo mi cuerpo.

El móvil, atrapado entre mi pecho y el suyo, captura su respiración pesada y jadeante. Yo sentía su aliento en mi cuello.

Cojo las botellas de cerveza vacías y las tiro al cubo de la basura, procurando hacer el menor ruido posible para que el ruido del cristal no tape el jadeo de Sofía, que ya se está colando maliciosamente en mi imaginación.

Pongo los vasos en el fregadero, y al instante reconozco el suyo. Como en el del Sal Negra, el día que almorzamos, en este también hay una nítida huella de carmín rojo impresa por sus labios.

Tomo el vaso y me lo acerco para observarlo mejor. Su boca es pequeña y carnosa, y el calco de su labio inferior está veteado de finas líneas, con una más marcada en el centro. La insana idea de llevármelo a la boca me martillea, diabólica.

Antes se produjo un momento extraño, cuando nos despedíamos. Era como si ella no quisiera irse realmente.

El vídeo del incendio ha vuelto a reproducirse desde el principio, y escucho de nuevo mi «¡Sofía!», seguido de un silencio y de su respiración agitada.

«Llévatelo a la boca».

Me obligo a no ceder, apretando el vaso entre mis dedos con tanta fuerza que podría hacerlo trizas.

Un pinchazo en la boca del estómago y un principio de erección presionando la ingle están a punto de tomar el control.

Solo una vez. Lo juro. Solo una.

Inclino el vaso hasta que el frío del cristal, en el punto exacto donde Sofía ha bebido, me roza los labios y…

El vídeo se interrumpe y el suave murmullo de su respiración es sustituido por el sonido punzante del timbre del móvil.

Ashley. Otra vez.

Vuelvo a dejar el vaso en el fregadero y respondo:

—Cariño, ¿aún estás despierta?

Capítulo 30



Sofía

Encerrada en el ascensor, me apoyo con fuerza en las gélidas paredes de acero del cubículo y me percato de dos cosas: de lo caliente que estoy y de que las rodillas me fallan.

No. De tres cosas: el corazón me late desbocado.

Siento los latidos por todas partes: no solo en el pecho, también en las orejas, en los ojos, en la garganta, en el vientre y…

Dios mío.

Entre las piernas.

La mano derecha me arde, por todo el calor que le ha sustraído a la de Hayden.

—Hayden… —susurro entre dientes. Cierro los ojos para no ver mi rostro en el espejo.

¿Qué ha pasado?

¿Por qué hasta hace solo cinco minutos éramos «West» y

«Cortez», y ahora somos «Hayden» y «Sofía»? ¿Por qué no ha cambiado nada y, sin embargo, me parece que ha cambiado todo?

Ni siquiera he pulsado el botón de la planta baja.

Cruzo las piernas y aprieto instintivamente los muslos, pero la fricción resultante, en lugar de aliviarme, me provoca más tensión en la base del vientre.

Todo está mal.

Todo.

Recupero la compostura.

En cuanto el ascensor llega a la planta baja y se abren las puertas, salgo disparada, dispuesta a alejarme de semejante infierno, sin tan siquiera responder al conserje, que me saluda con un «Hasta luego, señorita Cortez».

No sé si estoy huyendo de Hayden o de mí misma.

El taxi que me ha pedido ya me esperaba. Me subo y le doy la dirección, pero, en mi estado, podría haberle dado la de mi dentista.

Cuando llego a casa, como siempre, Michelle está sentada delante de su ordenador, con toda la ropa que uso para hacer pilates puesta, y está comiendo la que sospecho que es la ensalada de arroz que me preparé ayer.

—Voy a darme una ducha —le anuncio directamente sin saludarla.

—Comando no ejecutable por paquete de datos no suministrable. Descarga no autorizada en unidad de descarga fuera de la red. La CPU no autoriza el comando hasta la recuperación.

—Vale.

Me encierro en el cuarto de baño y me desnudo, abro el grifo de la ducha, pero no cae una sola gota de la alcachofa.

—Michelle —la llamo asomando la cabeza por la puerta—. ¿Sabes por qué no hay agua?

—Sí, acabo de decírtelo hace un momento

—¿Y qué tiene que ver la CPU con nuestra ducha?

—Ha habido un gran escape en la calle. El Ayuntamiento ha cerrado el agua hasta mañana para reparar la avería.

—Fantástico —mascullo para mis adentros.

Me arrojo sobre la cama, aún desnuda, con la esperanza de que se evapore el calor, pero la estrategia no funciona: en la mesita de noche aún tengo el ejemplar de *El Un-Holywood* que le robé a mi madre, con la foto de Hayden mirándome desde la cubierta. Aún siento sus dedos en mis nudillos.

Cojo el libro y le doy la vuelta.

El móvil me vibra anunciándome que tengo un mensaje. Usuario no registrado en la agenda.

«Soy Hayden, así ya podrás guardar mi número».

Dios mío, es verdad que nos intercambiamos los números. Quisiera abofetearme por ese saltito que acaba de darme el corazón cuando he leído «Soy Hayden».

No existe una respuesta válida y sensata que explique mi estúpida reacción: me siento frustrada, ignorada, y no recibo las atenciones de un hombre desde hace demasiado tiempo, hasta el punto de que mi cuerpo reacciona incluso ante el menor estímulo.

Ciertamente, desde que Rafael se fue, nuestra relación se ha ido enfriando cada vez más con el tiempo, y verlo con Lynette ha minado en gran medida mis certezas, pero eso no significa que yo no pueda reavivar la chispa.

Podría enviarle un mensaje más bien provocativo. Quizá eso lo anime a hacerme una llamada «íntima». O, mejor aún, ¡una foto!

Así no podrá decir que no ha sabido interpretar mis intenciones.

Empiezo a posar y disparo: de pie, de rodillas, a cuatro patas, tendida boca arriba, boca abajo, de lado. Las guardo todas, y a

continuación selecciono la que más me gusta, ajusto un poco la luz, se la envío y me pongo a esperar la respuesta.

Al principio de todo, cuando nos apañábamos con el sexo telefónico, se lo curraba mucho, y respondía en tiempo real, pero últimamente los intercambios no solo son cada vez más laxos, sino también más fríos.

Esta noche necesito que me responda enseguida.

Capítulo 31



Hayden

Estoy a punto de entrar en la ducha cuando el móvil me notifica un nuevo mensaje.

«Sofía Cortez te ha enviado una nueva foto».

Convencido de que, fruto de su incontenible adicción al trabajo, me ha enviado más notas suyas, descargo la imagen y, cuando la abro, por poco no me caigo en redondo.

Aparece ella, tendida boca arriba en la cama, con el brazo derecho levantado enmarcando su rostro, junto con una panorámica completa del resto: su espalda sinuosa, las suaves caderas, sus piernas bien tonificadas, recogidas hacia atrás, con los pies cruzados, y un trasero firme y redondo, que debería estar prohibido. Solo el velo de su cabello le oculta los pechos. Está desnuda.

En el pie de fondo ha escrito: «Apuesto a que ahora te gustaría coger un avión y VENIRTE para acá». La palabra «venirte» está en

mayúsculas, jugando con un doble sentido nada sutil.

Me obligo a cerrar el mensaje. La foto no es para mí, se ha debido de equivocar.

Creo que cualquier ser humano, independientemente de cuál sea su orientación, no dudaría un segundo en comprar el pasaje. Yo, que estoy en Santa Mónica, lo haría.

Giro el grifo de la ducha y me sumerjo bajo el chorro.

No conozco a Rafael, pero en este momento me gustaría cogerle la cabeza y estampársela contra el Machu Picchu, o donde cojones esté, porque es posible que no sea consciente de lo que se está perdiendo.

Sí, Sofía es petulante, criticona, presuntuosa, obstinada. En la definición de «incordio» que ofrece el diccionario, aparece su cara, pero sería un hipócrita si dijera que es mala, porque justo en este momento mi cuerpo está mostrando cuánto la aprecio. ¡Sobre todo, la mitad inferior!

Lucho contra la tortura satánica que me sugiere mirar la foto de nuevo.

«Solo un par de segundos».

—¡No! —exclamo, asestándole un puñetazo a la pared. No pienso permitir que mi subconsciente fantasee con Sofía. Ya antes, con su vaso, he estado a punto de perder la razón.

«Una miradita de nada, con un solo ojo».

—¡No! —repito.

«Solo le miraremos la cara».

—No, no y no.

Cierro el grifo, me envuelvo con el alborno. La borro.

«¿Y los ojos? ¿Tiene unos ojos bonitos?».

Abro nuestra conversación, decidido a borrar la prueba incriminatoria, pero me llevo una sorpresa al ver que ya no está.

«Sofía Cortez ha borrado la foto».

Y, aunque yo también estaba dispuesto a hacerlo, me siento mal. Al menos he borrado las marcas de visualización, y no sabrá que la he visto.

Me dejo caer en la cama, enciendo la tele y voy pasando los comentarios deportivos de los partidos, pero no me interesa nada.

Aunque solo he mirado la foto de Sofía durante un segundo y medio, tengo la sensación de llevarla tatuada en el cerebro. Los labios entreabiertos, los párpados bajados ofreciendo una mirada pícara, el canalillo de sus senos…

Cojo el teléfono de nuevo y pongo una vez más el vídeo del incendio en modo «repetición», y me duermo con el sonido de su respiración anhelante.

Capítulo 32



Sofía

—¿A ti te ha pasado alguna vez lo de enviar una foto a un contacto equivocado?

—Una mía, no, pero una vez envié una foto de una caca de Sadie a mi padre, en lugar de al pediatra. No le hizo mucha gracia porque estaba desayunando en ese momento, pero lo entendió. ¿Por qué?

—Por curiosidad.

Rafael no contestaba, así que revisé el chat, y entonces caí en la cuenta de que, en lugar de enviársela a él, se la había mandado a Hayden. Quería morirme. La borré en cuanto me percaté, pero no sé si la habrá visto. Tiene las marcas de visualización desactivadas, de modo que mi foto es como el gato de Schrödinger: puede haberla visto y también puede que no.

Creo que, si la hubiera visto, no se habría podido resistir y me

habría enviado una de sus corrosivas ocurrencias. Lo cual no ha sucedido. Así que mi corazón está casi tranquilo. Y, en cualquier caso, estoy a punto de descubrir la verdad.

—Tu vídeo del incendio sigue acumulando visualizaciones, después de todo este tiempo. Esta noche ha habido otras mil.

—Qué bien —comento, haciendo ver que el dato no me impresiona.

¿Cómo le digo que al menos la mitad de las visualizaciones son mías? Después del desastre de la foto, con la dignidad por los suelos, me regodeé en la humillación y seguí escuchando una y otra vez la parte en que Hayden me grita «¡Sofía!» y me salva del incendio.

Y es que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que un hombre invocó mi nombre con tanto arrebato, y mi imaginación se aferra literalmente a la nada.

—Hoy salgo antes: toca visita al ginecólogo —anuncio sosteniendo mi vaso de café aún por la mitad.

—Yo también debería pedir cita, llevo unos días con molestias en la barriga, pero siempre lo aplazo porque no tengo ganas de escuchar: «Señora, después de cinco hijos, tiene que recuperar el suelo pélvico. Debe hacer ejercicio». ¡Ojalá! ¿Y de dónde saco el tiempo, con cinco hijos?

—¡Aquí, en la redacción! Puedes practicar pilates como hago yo, durante la pausa del almuerzo: una colchoneta, media hora de videoclase y lista.

—Sofía, la pausa para el almuerzo es literalmente mi tiempo de vacaciones —protesta ella mirándome con sus ojos verdes y ojerosos —. Vas apañada si crees que pienso sacrificar media hora al dios del fitness. ¿Cómo es posible que en un país donde todo lo levantamos a base de cirugía plástica, aún no hayan inventado el lifting de suelo

pélvico?

—No descarto que lo hagan, pero tampoco subestimes el pilates: cansa más, pero es más barato.

—¡Tráete unas muestras! —me grita mientras salgo.

Cuando llego a The Palm, Hayden ya me espera en la acera.

Toco el claxon y me asomo por la ventanilla.

—¡Eh, estoy aquí! —lo llamo agitando la mano.

Viene hacia mí, bañado por la cálida luz del atardecer, con sus vaqueros blancos que parecen hechos a medida, su camisa blanca que envuelve unos hombros bien torneados, gafas de sol y el paso firme, propio de quien ha nacido seguro de sí mismo.

Y, al verlo, trago saliva. La palabra «Hayden» susurrada a media voz brota de mis labios. Es como si realmente lo viera por primera vez.

Se para delante de mi puerta y examina el coche.

—Vale. ¿Qué demonios es esto?

—Un Bingo —respondo dándole un golpecito al volante—. Sube.

—¿En «esto»? ¿Seguro que está matriculado?

—¡Por supuesto! Además, es muy ecológico. Lo he alquilado: el mío se lo he prestado a la abuela y a las chicas del club del cupón para una compra en grupo, y no podemos usar el tuyo porque es demasiado reconocible —le explico.

—No se sabe cuál es la parte de delante y cuál la de atrás —comenta, dándole la vuelta al vehículo.

—Sube, o te dejo aquí —lo amenazo.

—Entonces ¿piensas conducir tú?

—Ese era el trato, ¿no?

Él transige, da la vuelta al coche y se sube en el asiento del pasajero. El habitáculo es tan compacto que el asiento no puede

echarse hacia atrás, obligando a Hayden a mantener las rodillas pegadas al salpicadero.

—Empezamos bien.

—¡Tenemos que ir a San Bernardino, no emprender una travesía de costa a costa!

—¿A San Bernardino? Si ni siquiera sabemos si llegaremos al final de la calle.

Pongo el vehículo en marcha y, al pisar el acelerador, damos tres saltos hacia delante, como si fuéramos canguros.

—Aún tengo que cogerle el tranquillo.

—La oferta de ir con el mío sigue en pie.

—Claro, pero eso sería como llevar una flecha de neón apuntándonos a la cabeza —disiento—. Mejor que configures el navegador con la dirección de la Avila's Clinic.

—Ya me gustaría —responde él, mientras pulsa la pantalla—. Pero aquí todo está en… No sé. Parece chino, aunque no estoy seguro.

—Pues entonces usa el móvil.

—¿Cómo se enciende el aire acondicionado? —pregunta, poniendo la mano delante de una de las rejillas.

—Ya está puesto —le indico, señalando la lucecita en forma de copo de nieve que está iluminada.

—¿Y está al máximo? —Gira la ruedecilla y suspira—. Está al máximo.

—Ya te dije que es ecológico.

—Porque nos matará, y entonces seremos dos seres humanos menos contaminando el planeta —comenta sarcástico—. Tiene sentido.

—Ya sé que te estoy pidiendo mucho, pero intenta desarrollar un poco tu capacidad de adaptación —le propongo.

Vale, tiene motivos para quejarse; este Bingo es incómodo, pero era el más económico.

—¿Al menos podemos escuchar algo decente?

—Esto es más que decente.

—Es un debate sobre la violación.

—Es *Salem Survivors*, un pódcast que sigue y analiza las causas judiciales relacionadas con los derechos de las mujeres —le explico —. Hannah Lawson, la mujer de la que están hablando, fue violada y se quedó encinta. Por desgracia, en su estado el aborto es ilegal, y ahora no solo ha dado a luz a un hijo nacido de una violación, sino que el juez también ha reconocido el derecho de paternidad al violador. El sábado habrá una manifestación en todas las ciudades del estado.

—Déjame adivinarlo: tú asistirás.

—¡Por supuesto! —le replico—. ¿Te parece gracioso?

—No, pero… ¿Estas manifestaciones no os parecen todas iguales? Quiero decir que, al final, siempre pedís las mismas cosas.

—¡«Pedimos»! Al parecer, los derechos de las mujeres no son asunto de los hombres.

—Si estamos hablando de los derechos de las mujeres, me parece evidente que es a ellas a quienes les conciernen.

—Claro. En cambio, a vosotros no. ¡Al parecer, los hombres se reproducen mediante esporas, como los hongos! Ninguno tenéis una madre, una abuela, una hermana, una prima, una esposa, una hija a quienes desearles que vivan en condiciones de igualdad, con los mismos derechos y oportunidades. Porque esto es lo que piden las mujeres: no más derechos que los hombres, sino los mismos derechos —proclamo convencida.

—Disculpa —dice alzando las manos—. Tienes razón, tú conduces, tú decides qué escuchar. Pues que sean pódcast

feministas.

Dejamos que la emisión llene el silencio del habitáculo, desgranando la historia de Hannah Lawson, los comentarios de los periódicos, las opiniones, e invitando a todos los oyentes a sumarse a la manifestación del sábado por la tarde.

—¿Y este programa cuenta con mucha audiencia?

—*Salem Survivors* es uno de los más seguidos. Tendrías que conocer a Leandra y a Ossy O'Connor, las dos hermanas que lo han creado. Son muy famosas.

—Me informaré.

—No te vendría mal. Si quieres, puedo enviarte algunos enlaces.

—Por cierto, ¿a quién le enviaste algo ayer por la noche? Hay una foto borrada en tus mensajes.

No, Dios mío, ¡te lo ruego! ¡Que no fuera mi foto desnuda!

—Hum… ¿Una foto? No lo recuerdo.

«Hazte la loca, Sofía, veamos lo que sabe».

—Ayer por la noche, después de que yo te escribiera, me respondiste con una foto, pero la borraste. ¿Era algo importante?

—Ah, ¿esa? Te envié por error la foto de…, de… —¡¿De qué?!—. ¡De unos análisis de sangre! De mi gato.

—¿Tienes un gato?

No.

—Sí. Bueno, en realidad, no. Es de Michelle, mi compañera de piso, pero mi madre le ha cogido cariño y quería echar un vistazo a los análisis.

—¿Cómo se llama?

—Roxana. Mi madre lleva el nombre de la bisabuela paterna, y yo el de la materna.

—Me refería al gato, no a tu madre.

—Ah. Se llama… Linux. Michelle es programadora informática —

improviso.

—Qué mono. ¿Y de qué raza es?

—No es de raza, lo recogió de la calle.

—¿Es un cachorro?

—No, es adulto.

—¿De qué color?

—Me estás empezando a tocar las narices con el dichoso gato, Hayden.

Tensa y llena de ansiedad al recordar mi estúpido error de ayer por la noche, aferro el volante con tanta fuerza que se me están poniendo los dedos blancos. Además, hace un calor insoportable, y en este coche tan microscópico las notas de ámbar y almizcle de su loción para después del afeitado saturan el aire. Mis sentidos envían señales contradictorias a mi cerebro: mis oídos le dicen «Menudo imbécil está hecho Hayden», y mi nariz le dice «Huele a Hayden».

—Pelirrojo —farfullo—. Es pelirrojo.

—Solo trataba de mantener una conversación cordial. Si hablo de las feministas, te cabreas, el gato te saca de quicio… No sé, hablemos del tiempo. Hace mucho calor para ser mayo.

—No seas capullo. Además, no estamos obligados a conversar. Nuestro viaje no es de placer, sino para cumplir una misión. Es más, hablemos de la visita.

—Dime.

—Tenemos que mantener la misma versión de por qué quiero esterilizarme. Y, antes que nada, ¿cuánto tiempo llevamos casados?

—No sé… ¿Tres años?

—Dos —discrepo.

—Si ya lo tienes decidido, ¿por qué me lo preguntas?

—Para hacerte sentir que participas. ¿De qué trabajamos?

—¿Nuestros trabajos no valen?

—¿De periodistas? ¿Estás loco? Ya puestos, entremos directamente empuñando una metralleta. Podemos decir que tú eres un compositor de bandas sonoras para el cine.

—¡Qué imaginación!

—Y te llamas Richard.

—Richard no me gusta.

—Qué más da, total, soy yo quien debe llamarte por ese nombre.

—Entonces tú serás Olivia.

—¡¿Olivia?!

—Qué más da, total, soy yo quien debe llamarte por ese nombre —me imita.

—Perfecto. Richard y Olivia Carson, casados hace dos años, compositor e instructora de pilates.

—¿Haces pilates de verdad o es una trola?

—La paso canutas durante toda la clase, y solo pienso: «Esta vez, me muero», pero es verdad hasta cierto punto.

—Ya casi hemos llegado —me avisa, mientras consulta el mapa en su móvil—. El próximo cruce a la derecha.

—¿Lo ves? —exclamo tras aparcar—. Hemos llegado sanos y salvos, y eso que tú no te fiabas del Bingo.

—Tenía buenas razones para ello. ¿Qué, entramos en escena?

—Entremos.

Bajamos del coche, nos dirigimos a la entrada de la clínica y Hayden me coge del brazo.

—¿Qué haces?

—No sé… ¿Un marido no le ofrece el brazo a su mujer? —pregunta—. ¿La mano?

—Somos una pareja discreta.

—Vale, ¿pero te puedo abrir la puerta?

—Me parece bien.

—Espera —me dice antes de entrar. Me coge la mano derecha y me saca el anillo de la abuela—. Dame la izquierda. —Lo obedezco y él me pone el aro en el anular con delicadeza—. Así está mejor.

Claro, estamos casados, el anillo es necesario. Y el hecho de que mi dedo haya identificado el tacto de Hayden, enviándome una descarga eléctrica a través de la columna vertebral, para mí no tiene la menor relevancia.

Hayden sujeta el tirador y me invita a pasar.

—Después de ti, mi amor.

Casi me da algo al oírlo.

—¿Has dicho «mi amor»?

—¿Qué haces ahí plantada?

—No me llames «mi amor». —Me gustaría sonar autoritaria y decidida, pero creo que parezco más bien desesperada. Al menos, antes solo era el cerebro el que me engañaba, pero ahora también lo hacen mis oídos.

—¿«Cariño»? ¿«Querida»? ¿«Cielito»? ¿«Corazón»? ¿«Princesa»?

—Nada de nombres cariñosos.

Aunque me gusta cómo dice «princesa».

—A ver, o me dejas hacer de marido a mi manera, o me largo.

—Vale —transijo—, pero no me hagas pasar vergüenza.

Entramos en el vestíbulo, y en la recepción hay dos enfermeras.

Hayden va medio paso por detrás y apoya con suavidad su mano izquierda en mi hombro, pero yo la percibo como si me la estuviera marcando a fuego. No somos la única pareja. Hay otras dos, y cuatro mujeres más, ocupadas en sus gestiones.

—Hola —saludo—, tengo cita con el doctor Herbst a las cinco y media. Carson.

—Sí —confirma la secretaria—. Es la cita de última hora. El

doctor Herbst la recibirá en un momento. Pueden esperar en las butacas.

—¿Yo también puedo estar presente en la visita? —pregunta Hayden—. Soy el marido de Olivia. Richard Carson.

—Claro, no hay problema. Enseguida los aviso.

Pero, cuando estamos a punto de sentarnos en las butacas, la enfermera nos llama.

—Guarda usted cierto parecido con Hayden West —le dice, con un brillo pícaro en la mirada—. Hayden West, de *Wild Wild West*.

Él alza los ojos al cielo y suspira.

—Ojalá me dieran un dólar por cada persona que me lo dice. Es la cruz de mi vida. Figúrese, hasta me paran por la calle para pedirme autógrafos. Deberían pagarme por hacer de su doble.

—Se le parece muchísimo —sigue comentando ella—, pero se lo digo como un cumplido, ¿eh?

West sacude la cabeza, como si estuviera cansado.

—Menos mal que el parecido es solo físico. Yo creo arte; él, basura.

—¿Lo ves? —le susurro—. Hicimos bien en coger el Bingo.

Mientras esperamos, no se me escapa que las mujeres allí presentes le lanzan miradas furtivas a Hayden. Algunas incluso le echan un vistazo rápido —las que van acompañadas—, mientras que otras lo repasan de arriba abajo.

A una de ellas la sorprendo in fraganti, y enseguida mira hacia otro lado, ruborizada.

«Te pillé».

Hayden extiende la mano hacia mi cuello, me recoge el pelo entre sus dedos y lo aparta a un lado sobre mi hombro. Ahí va otro escalofrío.

Resulta extraño. Odio que me toquen el pelo —las únicas

personas autorizadas son mi madre y Rafael—. Sin embargo, cuando Hayden lo ha hecho, no me ha incomodado en absoluto. Al contrario.

—¿Tienes calor? ¿Quieres un vaso de agua? —me pregunta.

«Lo que quiero es un extintor».

—Estoy bien. En el coche hacía mucho calor, pero ahora estoy mejor, gracias.

—Carson —dice un hombre de unos cincuenta años con bata blanca. El doctor Herbst—. Pasen, por favor.

Lo seguimos a su consulta y nos presentamos.

—Olivia y Richard, una hermosa pareja joven. Veamos, ustedes están aquí para… —comprueba la agenda de citas— una consulta preimplante del dispositivo Nomyra.

—Sí —le confirmo.

—Antes de proceder, debo preguntarles si han contemplado otros procedimientos anticonceptivos, porque estamos hablando de un dispositivo esterilizante permanente con el que, desde el momento en que se inserte, ya no podrá quedarse embarazada, señora Carson —nos advierte.

—Sí, no quiero tomar anticonceptivos hormonales —le explico—. Y ya llevamos tres años casados. La industria de los preservativos la estamos financiando nosotros —interviene Hayden.

—Dos años casados —le susurro entre dientes.

—Pero es que para mí estamos casados desde el día que nos prometimos.

—Al juez le encantará escuchar eso cuando nos divorciemos.

—Según mi experiencia, esta es una muy buena señal: las parejas que bromean sobre el divorcio suelen contarse entre las más sanas —comenta Herbst sonriendo—. En cualquier caso, veo que ya lo han decidido, y estoy de acuerdo con su elección: la vasectomía y

la ligadura de trompas implican intervenciones quirúrgicas. Mientras que el Nomyra se aplica en unos minutos aquí mismo, en la consulta, mediante histeroscopia y sin anestesia. ¿Tienen hijos?

—No —respondo.

—Sí —dice Hayden, al mismo tiempo que yo, con lo cual se gana otra de mis miradas asesinas. Está bien que quiera ser marido a su manera, pero un ginecólogo, durante una visita, puede saber si una mujer ha tenido algún embarazo.

—¿Sí o no? —pregunta el doctor, confundido.

—Lo que mi marido quiere decir es que los tendremos algún día. He congelado los óvulos y, cuando estemos preparados, recurriremos a una gestación subrogada.

—Pero no en un futuro próximo —añade Hayden—. Olivia acaba de abrir con éxito su academia de pilates, y cada día tiene más clientes. Este no sería un buen momento, y yo no quiero obstaculizar su crecimiento profesional.

¡Ah, por lo que veo, los pódcast feministas se le han metido en la cabeza!

El doctor asiente.

—Bien, yo ahora procedería con una visita interna para comprobar que la imagen está limpia y no hay embarazos en curso. Tras lo cual, dejaría pasar un ciclo antes de la implantación del Nomyra. Al tratarse de una esterilización irreversible, quiero darle a la paciente todo el tiempo necesario para que lo considere. Ustedes quizá estén seguros de seguir adelante con esta opción, pero hay personas que cambian de parecer.

—¿Existen efectos secundarios? ¿Qué molestias pueden manifestarse?

—En una paciente sana, que no presente patologías como endometriosis, ovario poliquístico o fibromas, no tiene por qué haber

ninguno. Quizá sienta un dolor leve los primeros días, cuando empiece a formarse el tejido cicatricial alrededor del Nomyra.

—Y las pacientes a las que se les ha implantado, ¿qué dicen al respecto? —pregunto, pensando en Casey y en las otras mujeres que estaban en el Livingston Inn.

—En general, los resultados del Nomyra han sido muy buenos —me asegura.

—¿De cuántas implantaciones estaría hablando? —«insisto».

—Desde que comencé a implantar el Nomyra hasta hoy, unas doscientas, aproximadamente.

No pienso darle tregua.

—¿Y ninguna paciente ha tenido problemas?

Herbst suspira y niega con la cabeza.

—Alguna ha sentido molestias, pero no son atribuibles al Nomyra, y, en cualquier caso, eran mujeres que ya arrastraban pequeños problemas anteriores. Percibo cierta desconfianza por su parte.

Estoy a punto de abrir la boca de nuevo, pero Hayden posa la palma de su mano en el dorso de la mía.

—Solo está un poco nerviosa. Trabaja con su cuerpo.

Vale, quizá he sido un poco demasiado insistente. Ha hecho bien en frenarme.

—En cuanto a las relaciones —prosigue—, ¿cuándo podremos empezar a tenerlas mi mujer y yo sin protección?

—A partir del ciclo siguiente, después del implante —responde el médico—. ¿Creen que podrán resistir un par de semanas?

Hayden entrelaza sus dedos con los míos.

—Contaré los días.

Tras lo cual, se lleva mi mano a la boca y la besa, mirándome a los ojos.

Una oleada de calor me recorre todo el brazo hasta el cerebro. No, ¿qué digo? Hacia abajo, hasta el bajo vientre, y me provoca la misma sensación que experimenté ayer en el ascensor.

Me libero de su presa y oculto la mano bajo el trasero.

—Ejem, nos portaremos bien.

—Hasta entonces, pueden dedicarse a agotar las reservas de preservativos que aún les quedan. Desaprovecharlos sería un terrible desperdicio.

—Entonces, tendremos que ponernos manos a la obra, porque detestamos desperdiciar, ¿verdad?

Hayden, que sigue girado hacia mí, no me quita la vista de encima, y al final me guiña un ojo.

¿Está tratando de avergonzarme? Será mejor que lo ignore.

—¿Entonces no tendré problemas de rechazo? Es un cuerpo extraño, después de todo —le comento, para cambiar de tema.

—No existe el menor riesgo, Nomyra es de titanio.

—¿Me dolerá cuando lo inserte?

—Después se lo mostraré, ya verá qué pequeño es. No se preocupe, señora Carson, todo el esfuerzo lo haré yo. Para las molestias que pueda sentir tras la implantación, bastará una pastilla de paracetamol. Y ahora, si quiere acomodarse en la camilla, realizaremos la revisión rutinaria.

Hayden extiende la mano hacia mi bandolera.

—Ya te sostengo yo el bolso, prince… —al ver mi mirada, se interrumpe—, consejera delegada.

El doctor Herbst vuelve a mirarnos con el ceño fruncido.

—¿Consejera delegada?

—Es una broma entre nosotros —le explica Hayden—. En casa, Olivia es quien tiene la última palabra en todo. Por eso no quiere que la llame «princesa», sino «consejera delegada».

—Qué monos. Desnúdese, señora Carson, y tiéndase en la camilla. Yo voy a buscar un frasco de gel nuevo para el ecógrafo —nos informa el doctor antes de salir y dejarnos solos.

—¿Consejera delegada? —le susurro a Hayden, arrojándole el bolso en el regazo—. ¡¿Cómo se te ocurre semejante cosa?!

Él se pone en pie, frente a mí.

—Tú fuiste quien me dijo que no te llamara «princesa», aunque, si lo piensas, es original.

—Es una estupidez. Gracias por hacer que parezcamos la pareja menos creíble del planeta. «¿Tenéis hijos? Sí».

—Me dejé llevar por la historia, estaba metido en el personaje. Además, no habíamos acordado ese detalle.

Me siento en la camilla y empiezo a desatarme los zapatos.

—Me has puesto en una situación embarazosa —le reprocho—. La insistencia en el sexo sin protección, lo de esforzarnos en gastar todos los condones… —le enumero, enojada.

—Se supone que quieres implantarte un dispositivo esterilizante, para practicar sexo a tope, sin tener que preocuparte de posibles embarazos. ¿O acaso no es así? —Se sitúa a mi lado y empieza a curiosear el ordenador del ecógrafo—. ¿Para qué sirve esta vara?

—Es la sonda para la ecografía interna.

—Interna, es decir, que te la… —comenta, mientras la agita arriba y abajo.

—Me la meterá dentro, sí —le confirmo—. Es lo que suele pasar en una visita al ginecólogo.

Se queda mirando la varilla, alucinado,

—¡¿Toda?!

—Toda —afirmo.

—Parece el cambio de marchas de un coche.

—¿Qué pasa? ¿Al señor 911 le entra ansiedad al pensar en su

propio rendimiento? —le pregunto a modo de provocación.

—No es que sea asunto tuyo, pero, si conocieras mis prestaciones, sabrías que no corro el menor peligro de padecer ansiedad.

Me gustaría responderle en los mismos términos, pero la zona de mi cerebro encargada del habla no produce frases con sentido. Mi cabeza se ha convertido en un cine porno, sin mi permiso.

—Maldita sea —rumio, presa de la frustración.

—¿Qué pasa?

—He apretado demasiado el nudo, y ahora no puedo desatar el lazo del zapato —mascullo.

—¿Puedo? —Hayden coge el abrecartas del escritorio del doctor, introduce la fina punta de metal en el nudo, lo afloja y lo deshace sin esfuerzo—. No hay de qué. Y, por cierto, yo creía que interpretar el papel de marido prendado de su esposa y deseoso de compartir con ella una pasión desenfrenada contribuiría a que nuestra tapadera resultara más verosímil. No habría estado de más que tú me hubieras seguido el juego.

—¿Y qué tenía que hacer? ¿Saltarte encima?

—Mis expectativas no son tan altas. —Se me acerca más, hasta el borde de la camilla, y se detiene en el espacio que hay entre mis muslos. Apoya las manos en mis caderas y me encierra en la jaula virtual que forman sus brazos, con nuestros rostros a un palmo el uno del otro, y con su perfume tan embriagador, que mi olfato capta al instante con una avidez vergonzosa.

—Podrías haberme dedicado una caricia. O una sonrisa.

Le dedico una sonrisa que parece más una mueca hostil.

—¿Algo así?

—Una sonrisa como aquella de la foto en la que una mariposa se posó en tu nariz.

Ay, Dios, ¿la ha visto?

—¿Así que ahora *stalkeas* mis redes sociales?

—Es mi trabajo. ¿Cómo crees que llegué hasta Rafael? ¿Le sonreías a él? ¿Fue él quien te hizo la foto?

—Fue mi madre. Sí —miento. No tengo por qué soltar una trola, pero sin embargo lo estoy haciendo. Necesito hacerlo—. ¿Te gusta? —le pregunto en tono provocador.

—La luz está bien —me comenta con frialdad.

—¿Eso es todo?

—Bonitos ojos —añade, pero esta vez su voz suena más suave, y la expresión de su cara también se suaviza.

—Gracias.

Debe de haberse acercado más, porque ahora percibo su calor en mi rostro.

—Bonita boca —susurra.

—¿De verdad? —Solo son dos palabras, pero me cuesta pronunciarlas.

Hayden asiente y acerca su índice a mi labio inferior.

—Tienes una arruguita profunda, justo aquí, en el mismo centro.

Me roza con la punta del dedo y vuelvo a sentir esa oleada de calor que desciende hasta la barriga. Debería apartarme. Debería.

—Ah, ¿sí?

—Mmm, mmm.

Su caricia se desplaza a lo largo del perímetro de mi boca, dibujándola con exasperante lentitud.

—Sí que te has fijado bien.

—La descubrí en el rastro de carmín que dejaste en el vaso de cerveza, ayer, en mi casa.

Mi reacción es tan instintiva como imprevista: aprieto los muslos alrededor de sus caderas y lo inmovilizo, atrayéndolo hacia mí.

—Perdona, la próxima vez me lo quitaré antes.

—No te he dicho que no me gustara. ¿Es el mismo que llevas ahora?

—Sí.

—Te queda muy bien. —Desliza el dedo por debajo de mi barbilla y alza mi rostro hacia el suyo—. Me pregunto cómo te quedaría, todo manchado después de un beso.

Capítulo 33



Hayden

Ese. Puto. Pintalabios.

Capítulo 34



Sofía

Solo nos separa un palmo de alta tensión.

En la consulta se oyen nuestras respiraciones y la vibración del aire acondicionado.

Puede que esté encendido, pero yo ya estoy sacando espuma por la boca.

Estoy a esto de tirar por la ventana mi dignidad y mi amor propio. Su rostro, sus manos, su aroma han derribado mis defensas una tras otra, y me siento cerca del punto de no retorno.

Acerco mi cara a la suya, con nuestros labios apenas separados por un diabólico milímetro.

—Para descubrirlo, tendremos que besarnos —le susurro.

—Creo que no hay otro modo.

—Lástima que debas quedarte sin satisfacer tu curiosidad.

—Ya estoy aquí. Es como si hubiera desaparecido todo el gel de

la clínica. Yo diría que alguien se dedica a robarlo… ¡Oh! —exclama al vernos abrazados en la camilla—. Lamentablemente, debo interrumpirlos.

—No está interrumpiendo nada —le aseguro mientras planto una mano en el pecho de Hayden y lo aparto de mí.

¡Lo he logrado, ha vencido la racionalidad!

Salto de la camilla y le ordeno que se aleje con un gesto.

—Quédate aquí, tengo que terminar de desvestirme.

Corro la cortina verde que separa el espacio del escritorio del de la consulta.

—A tus órdenes, consejera delegada.

El doctor Herbst es una persona discreta y eficiente, y durante la exploración solo hace los comentarios que cree necesarios: «Endometrio regular», «Trompas sin alteraciones», «No se observan anomalías, aparte de un quiste de un tamaño insignificante». Pero, cuando creo que ya lo tiene todo anotado, me suelta:

—Actividad folicular en su punto álgido: ovulación en curso. Si no queréis niños ahora, os aconsejo que esta noche veáis una buena película.

Quisiera que la tierra se me tragase mientras oigo a Hayden aguantándose la risa al otro lado de la cortina.

Bueno, al menos eso explicaría los sofocos: no es que me haya vuelto loca, simplemente sucede que la disponibilidad reproductiva de mi cuerpo me invita a aprovechar los estímulos. Mi ovulación no sabe distinguir entre Hayden y Rafael, teniendo en cuenta todo el tiempo que hace que no ve ni siente a este último.

—Bien, señora Carson, ya puede vestirse. —Herbst retira la sonda y me pasa unos cuantos pañuelos de papel para que me limpie el gel—. No veo ningún obstáculo para implantar el Nomyra. Como ya les he dicho, tienen tiempo hasta el próximo ciclo para

decidirse, ahora que disponen de la información necesaria, y, si optan por seguir adelante, llamen dentro de dos semanas para concertar la cita.

Mientras me acabo de vestir y de arreglarme, el doctor aparta la cortina, tras la cual espera Hayden, de pie y con una sonrisa burlona en los labios.

Ya sé que el viaje a Los Ángeles será larguísimo, y me pasaré todo el tiempo esquivando sus bromitas y sus frases con doble —y hasta triple— sentido.

Abono la visita, regresamos al aparcamiento y vamos a buscar nuestro Bingo, que, tras una hora bajo el sol, aún está más caldeado que antes.

—¿Estás enfadada conmigo? —me pregunta Hayden

—No —mascullo—. No más de lo habitual, al menos.

—Es que pones una cara…

—No hemos obtenido ninguna respuesta interesante de Herbst, salvo la confirmación de que ha omitido los trastornos que sufren Casey y las otras pacientes. Esperaba salir de aquí con alguna pista, pero no tenemos nada.

—Siento que hayas tenido que soportar en vano la exploración con la sonda.

—De todos modos, tenía que hacerme la revisión anual.

—¿Conduzco yo? —me propone, tendiéndome la mano para que le pase las llaves.

—No soy una inválida, ¿sabes?

—No, es que así podré decidir qué escucharemos en la radio, consejera delegada.

—Vas a seguir llamándome así, ¿verdad?

—Hay una alta probabilidad de que sea así, si no me das esas llaves.

—Toma.

Conducir el Bingo ha sido una pesadilla y, a pesar de mi deseo de erradicar a toda costa el estereotipo de la mujer «paquete», le cedo encantada el volante.

Sin embargo, él se pasa al asiento del pasajero y luego me abre la puerta.

—¿De verdad?

—Hasta que salgamos de este aparcamiento, sigues siendo mi mujer.

—La próxima vez seré yo quien elija el coche de alquiler —exclama Hayden con un resoplido—. El volante vibra, no gira, y, si piso el freno con un poco más de fuerza, nos veremos catapultados a Guadalajara.

—Claro, y elegirás uno bien discreto, como el tuyo.

—Elegiré uno con el que no me sienta amenazado hasta cuando se me cruce una bicicleta.

Y, por si hiciera falta confirmarlo, una furgoneta nos corta el paso, y al frenar acabamos con la cara pegada al parabrisas.

—Vale, quizá pequé de optimista cuando lo elegí. Pero era el más económico.

—Por eso no debes preocuparte: pásame todos los gastos y te los reembolsaré.

—¿Por qué? —inquiero, herida en mi orgullo al instante—. No quiero tu caridad, Hayden.

—¿Quién está hablando de caridad? El reportaje se publicará en mi sitio web, ¿no? La regla prescribe que la cabecera sufrague los gastos de los colaboradores. ¿Es que *Hollywood y Alrededores* no te los abona?

—Sí, pero yo soy oficialmente tu colaboradora. Que incluyas en

los gastos lo que pagas de tu bolsillo es una cosa, pero ¿cómo ibas a justificar ante tu contable los honorarios de un ginecólogo?

—Está claro que a mí no me habrían podido revisar. Pero, tratándose de un reportaje sobre la contracepción femenina, creo que la implicación de una mujer resulta fundamental, así que tú eres una… consultora.

—¿Una consultora?

—Consultora o coautora, pero hoy en concreto eras una consultora. Cualquier cosa que debas pagar en el transcurso de la investigación, me pasas la factura. Tanto si es un coche de alquiler como un taxi, gasolina, comida, ropa… —enumera.

—¿Ropa?

—Si necesitas comprarte un vestido, porque así lo requiere la investigación, lo pones en la cuenta de gastos.

—¿Y zapatos? —me aventuro a preguntar.

—Zapatos también, y maquillaje, y peluquería.

—Esto último no es necesario, mi madre es peluquera. El pelo solo me lo toca ella.

—Pues debe de ser un trabajo a tiempo completo, teniendo en cuenta que te llega hasta la cintura.

—Ella quiere cortármelo.

—En mi opinión, así está perfecto.

Hayden alarga una mano y, tal como hizo en la sala de espera, me aparta el pelo del cuello y lo recoge sobre mi hombro. Pero esta vez, aísla un mechón y lo desliza entre el pulgar y el índice.

Una vez más, no me molesta en absoluto.

—En la Avila's Clinic, todas las mujeres te miraban —me sorprendo a mí misma haciéndole ese comentario.

—Ah, ¿sí?

—No me digas que no lo notaste.

—Solo tenía ojos para mi mujercita adorada.

—Vamos, por favor.

—¡Te lo juro! Verás, a diferencia de ti, yo me esforcé en interpretar mi papel.

—Puede que demasiado.

—Y, según tú, ¿por qué me miraban las mujeres en la Avila's?

—No lo sé. Quizá porque necesitan un oculista —le miento. Sé perfectamente por qué lo miraban: porque, cuando Hayden West pasa, hasta las piedras se giran para mirarlo.

—Es posible, pero yo, en cambio, noté que todos los hombres presentes en la sala te miraban a ti.

—En este caso, es fácil decir «todos», porque solo había dos —señalo.

—Pues esos dos, en cuanto entramos, te hicieron una radiografía de cuerpo entero. Por eso te puse la mano en la espalda, para marcar los límites.

—¿Así que Olivia Carson tiene un marido territorial?

—Lo que pasa es que a Robert Carson le encanta presumir de tener una esposa que despierta el deseo de todos los demás.

—Pero Olivia no tiene el menor interés en que otros hombres le pongan los ojos encima, solo anhela los de Richard.

—Si no llega a volver el doctor Herbst, Richard le habría puesto encima mucho más que los ojos. —El tono con que lo dice, grave y ronco, me resuena por dentro.

¿Aún seguimos hablando de Olivia y Richard o…? ¡Dios mío, ¿pero qué estoy diciendo?!

—¡Qué canción más bonita! —exclamo al tiempo que subo el volumen de la radio, en un desesperado intento de llenar el silencio —. Es mi preferida.

Pero no he elegido el mejor momento: la voz de Meredith Brooks

se expande por todo el habitáculo, cantando «What Would Happen».

¿Qué pasaría si nos besáramos?¿Si tu lengua se abriera paso entre mis labios? ¿Huirías o te quedarías?.

Quisiera abrir la portezuela y arrojarme del coche en marcha, pero aspiro a un final mejor que acabar aplastada en la Interestatal 1. Así que aguanto el tipo, aunque me embarga un sentimiento de vergüenza monumental.

Y eso que yo tengo un umbral de vergüenza bastante alto.

Mantengo la vista fija en la carretera, a bordo del Bingo, que avanza hacia la puesta de sol.

Ni Hayden ni yo decimos una sola palabra.

No me atrevo a girarme para mirarlo.

Siguen sonando otras canciones, algunas de ellas antiguas, otras recientes, publicidad, un noticiario que ambos fingimos escuchar.

En un momento dado, Hayden pulsa el botón de apagar y en el habitáculo se hace el silencio.

—¿Sabes por qué he aceptado participar en tu investigación? —me pregunta de pronto—. Me refiero al verdadero motivo.

—¿Acaso hay más de un motivo?

—Cuando ayer por la noche viniste a mi casa, mencionaste aquella vieja metáfora de la señora Fuller, según la cual tú tienes las municiones y yo las armas.

—¡Así que te acordabas! —exclamo sorprendida.

—No solo la recordaba, sino que me vino a la mente estando en el hospital con Casey. Cuando la mencionaste, me quedé consternado: ¿Cuántas probabilidades había de que tú y yo la recordáramos al mismo tiempo?

—No fue al mismo tiempo, Hayden.

—Ya has entendido lo que quiero decir. No marees la perdiz

como haces siempre, Sofía.

—Entonces usaré las citas de la Fuller más a menudo, si sirven para hacerte razonar.

—Me gustaban las investigaciones, me gustaban mucho, y en la universidad pensaba que ese sería el camino que tomaría, pero después empecé a hacer otras cosas y me fui alejando de aquella modalidad de periodismo.

—«Alejarse», en tu caso, es un eufemismo.

—A los veinte años no sabes lo que te deparará la vida, pero ahora siento que tengo la oportunidad de volver a hacer algo que me apasionaba.

—¿Entonces no te sientes como si tuvieras una pistola en la sien?

—Para mi sorpresa, no.

En medio del muro del silencio que reina, de pronto suena una especie de gruñido sordo.

—¿Qué ha sido eso? ¿Lo has oído?

—Hum, sí —balbuceo.

—Me parece que el Bingo está a punto de dejarnos tirados.

—No es el Bingo, son mis tripas —admito bastante avergonzada —. Tengo un poco de hambre.

—¿Quieres que paremos a comer algo?

—No, ya casi hemos llegado.

Pero mi estómago disiente, lanzando otro rugido de protesta.

—Vamos a parar.

Hayden pone el intermitente.

—No hace falta, de verdad.

—Richard nunca permitiría que Olivia desfalleciera de hambre.

Capítulo 35



Hayden

—Pide lo que quieras —le digo—. Invita *Wild Wild West*.

Saliendo de la Interestatal, a la altura de Covina, encontramos una cafetería-restaurante estilo años cincuenta, de esas que tienen el suelo de baldosas blancas y negras, sofás de vinilo rojo, mesas cromadas y pósteres de Harley Davidson y de *pin-ups* colgados en las paredes. Por los anticuados altavoces de un *jukebox* grazna un vinilo con lo mejor de Paul Anka, y Sofía se balancea al ritmo de «Diana», mientras con la nariz levantada lee el menú que está pegado en la pared, con su pelo larguísimo ondeando sobre la espalda.

—¿Puedo exagerar?

—Debes.

—Creo que tomaré un Sinatra *milk-shake*: helado de vainilla, café, almendras tostadas al cacao, granillo de galleta y nata. Mejor

que sea doble de nata.

—Pues yo te secundaré con el batido; ese Bingo es una sauna. Yo quiero el Marilyn: helado de chocolate, crema de leche, fresas, merengue y chocolate blanco —le pido al camarero—. Doble de nata también para mí.

Nos sentamos a la barra, sobre dos taburetes redondos, frente al cartel que anuncia «Joe DiMaggio comió aquí», mientras esperamos nuestra cena.

—Tiene encanto —observa ella mirando a su alrededor, y tamborilea con los dedos sobre el mostrador—. Podría ser un lugar perfecto para una cita de Richard y Olivia —bromea.

—La primera. A él le ha costado una eternidad pedirle salir —fantaseo.

—¿Richard y Olivia tienen una historia? —me pregunta.

—Claro. Olivia es… la profesora de pilates de la hermana de Richard. Él las acompaña a una clase, y, en cuanto ve a Olivia, se enamora a primera vista, pero Olivia ni siquiera repara en él —pienso en voz alta.

Sofía me mira atónita.

—¿Estás inventándote de verdad la historia de Richard y Olivia?

—Desde aquel día, Richard acompañará siempre a su hermana a pilates, con la esperanza de intercambiar unas palabras con Olivia.

—¿Y cuándo pasará?

—Después de una clase. Olivia necesita que alguien la lleve a su casa y Richard se ofrece. Empiezan a hablar y, desde entonces, Richard acompañará habitualmente tanto a su hermana como a Olivia.

—Pero dejando a Olivia la última —añade ella.

—Siempre. Y toma el camino más largo para estar más tiempo con ella.

—Y, en el fondo, a ella le gustaría que Richard la invitase a salir.

—Salen durante un año, y Richard compone una canción dedicada a ella para pedirle que se case con él. Y se le declara en el mismo restaurante donde tuvieron la primera cita.

—¿Richard es romántico?

—Mucho —le confirmo.

Nos miramos en silencio, y en los labios de Sofía se dibuja una enigmática sonrisa.

El intercambio de miradas se interrumpe con la llegada de dos grandes vasos de batido, coronados por unas monumentales cúpulas de nata, barquillos dorados cubiertos de chocolate fundido y virutas multicolores.

—Ya puedes ponértelo en el dedo correcto —le digo, señalando el anillo de su abuela que le pedí que se cambiara antes de la visita.

—Ah, ya. —Asiente—. Ahí tuviste una buena intuición.

—¿Ves? No soy tan chungo, después de todo.

—Yo nunca he dicho que seas chungo, Hayden.

—Pero lo has pensado.

—Es posible —admite mientras empieza con la nata. Hunde la cucharilla, se la lleva a la boca y la envuelve con sus labios, en un gesto que me obliga a apartar la mirada.

—¿Sabes? Si le dijera a la yo de hace ocho años que estamos tomándonos un batido en una cafetería, no se lo creería. De hecho, creo que se arrojaría por un puente en cuanto se enterara.

—Debías de detestarme mucho, por aquel entonces —le comento—. Pero ¿podrías decirme cuál era el motivo de ese odio visceral que me profesabas? ¿Qué te hice? Me refiero a un motivo de verdad, y no a una gilipollez como no haber podido entrar en una fiesta de mi fraternidad.

Ella toma un sorbo de su batido y satisface mi curiosidad al

instante.

—Las prácticas en *Los Angeles Record*.

—Qué rápido has respondido. Esperaba que te lo pensases más.

—Era mi Meca. Estudié día y noche, los fines de semana y los festivos, para sacar las mejores notas y ganarme el puesto, pero, a pesar de todo, no fue suficiente, y te seleccionaron a ti —me explica con un deje de amargura en la voz—. Entonces comprendí que ninguna noche en vela hincando los codos podría darme lo que da un apellido de prestigio. ¿Por qué contratar a una Cortez cualquiera, cuando puedes…?

—¿Tener a un West? —completo la frase.

—Eso mismo. —Asiente convencida—. El privilegio es como el poder: desgasta a quien no lo ostenta. Aquello que para ti siempre ha estado garantizado, para mí ha supuesto una dura conquista, cuando no una derrota en el *fotofinish*.

Tomo un sorbo de mi batido, pero no noto el sabor. Le doy vueltas a la pajita en el vaso, buscando las palabras adecuadas para expresar algo que nunca me he atrevido a admitir en voz alta.

—Siempre he sabido que el *Record* me eligió a mí por ser de la familia que soy. O, mejor dicho, el primer día de prácticas aún estaba convencido de que tal vez habían visto en mí vete a saber qué talento, pero, conforme pasaron los días, me fui dando cuenta de que su interés por mí era meramente instrumental.

—¿Qué quieres decir?

—Tras una semana dándome palmaditas en la espalda, evasivas e insinuaciones que no captaba (o, mejor dicho, que captaba, pero ignoraba expresamente), el director me llamó a su despacho y me explicó, educadamente, pero de forma inequívoca, que mi presencia en un periódico tan importante como aquel se debía a que esperaban que les proporcionase información de primera mano

sobre el mundo de la política.

—Sobre West Wing —señala ella.

—Todos los miembros de mi familia se dedican a la política, con distintos cargos y a distintos niveles. Durante mis años en la universidad, mi padre era uno de los asesores del Pentágono; estábamos a dos llamadas telefónicas del Despacho Oval, y el director esperaba que yo me convirtiera en un canal de informaciones reservadas.

—¿Y qué hiciste?

—Le dije que, además de no estar autorizado, no sabía nada de las actividades de mi familia. Lo cual no era cierto, pero en aquel momento era la única excusa a la que podía recurrir para salir del paso, y que yo estaba allí para aprender el oficio de periodista sobre el terreno. Ante mi velado rechazo a hacer de «garganta profunda», me sacaron de la sección de crónicas de actualidad y me asignaron la columna de cotilleos.

Sofía parpadea sorprendida.

—Ahora lo entiendo. No me explicaba por qué no utilizaste el *Record* como trampolín para emprender una brillante carrera periodística en el *USA Today* o el *Washington Post*. Siempre te había considerado un perezoso que contaba con gozar de los privilegios inherentes a su apellido.

—Todo tiene un precio, incluidos los privilegios. Aunque no te lo creas, no quería hacer carrera valiéndome de la red política de mi familia. Al principio odiaba los cotilleos, no me importaban lo más mínimo, y al cabo de un mes me presenté ante el decano de la facultad y le dije que renunciaba a seguir con mis prácticas en el *Record*, y que le cedía el puesto a la segunda persona de la lista de candidatos.

—Yo era la segunda.

—Lo sé. —Miro a Sofía, y sus ojos castaños nunca me habían parecido tan grandes y profundos como ahora. Podría ahogarme en ellos.

Pero ella aparta la mirada y se encoge de hombros.

—No recibí ninguna llamada.

—Porque nadie te llamó. El rector me dijo que el *Record* me había solicitado a mí, y a nadie más, al igual que otros tres periódicos, que tampoco contrataron a nadie en mi lugar. Insistió en que rechazar un puesto en un periódico tan importante constituiría una ofensa y perjudicaría la estrecha relación que este mantenía con la universidad desde hacía décadas. De modo que yo debía comportarme como un profesional y terminar las prácticas. Y así lo hice.

—En la sección de cotilleos.

—Trabajé con Vernon Abbot, un hombre que fue muy paciente conmigo y me proporcionó las herramientas propias del oficio. No me trataba como los demás; a él mi apellido no le importaba en absoluto. Puede que no fuera un gran escritor, pero comprendía la psicología de las personas. Sabía lo que querían y era capaz de leer su comportamiento, entrar en sus costumbres, descifrar sus vidas incluso basándose únicamente en cómo se tomaban un café. Él me proporcionaba las exclusivas y yo las «cocinaba». Estuve trabajando con él hasta que se jubiló, al cabo de tres años.

—Siempre pensé que querías ir a Washington.

—Cambié de planes. Como te decía antes, nunca puedes saber si lo que querías a los veinte años se corresponderá con lo que desearás hacer el resto de tu vida.

Ella deja escapar un pequeño bufido y niega con la cabeza.

—No sabes hasta qué punto te odié cuando te convocaron para ir al *Record*. No pude dormir en toda la noche.

—Pues no te perdiste nada: todos son una panda de capullos. Salvo Vernon, claro.

—Hay algo que quizá debería contarte, y sé que voy a quedar fatal, pero, en vista de que al parecer estamos siendo sinceros… —Sofía duda mientras remueve la crema con la cucharilla—. No, creo que será mejor no decírtelo.

—Demasiado tarde.

—Vale. ¿Recuerdas el mote que te sacaron en el periódico universitario?

—¿«Waste»? ¿Cómo olvidarlo? Un juego de palabras inteligente, debo admitirlo. «Hayden basura». Horrible pero inteligente.

Ella traga saliva y cierra los ojos.

—Fue un error tipográfico.

Dejo caer la cucharilla en el vaso.

—¡¿QUÉ?!

—Estaba cansada. Escribí el artículo sobre el nuevo presidente de los Eta-Delta-Theta a las dos de la madrugada, y puse «Waste» en lugar de «West». Cuando nos dimos cuenta, ya era demasiado tarde.

—Puedo entenderlo, ¡pero seguiste usando «Waste» cada vez que escribías sobre mí! —la regaño.

—Como bien has dicho, era un juego de palabras inteligente.

—Qué cabrona eres.

—Todos los méritos no van a ser para ti —me replica, metiéndose la pajita en la boca y sorbiendo el batido con ruido—. Además, hiciste méritos. Te paseabas por el campus como si acabaras de descender a la Tierra.

—Eso no es verdad.

—Yo trabajaba en la cafetería, y recuerdo como si fuera ayer cuando tú y tu equipo de remo veníais tras las competiciones a

celebrar el resultado. Parecía que todos tuviéramos que estar a vuestro servicio. Siempre exigíais la misma mesa, la de los sofás.

—Vale, puede que fuéramos un poco ruidosos, pero creo que era lo normal en unos veinteañeros exultantes por la victoria.

—Y tu novia, Madison, disfrutaba humillando a los camareros. Una tarde me devolvió cuatro veces su Coca-Cola porque no estaba como ella la quería. «No es *light*», «Lleva poco hielo», «Falta la rodaja de limón», «El vaso está demasiado mojado». Estaba sentada sobre tus piernas y tú no abriste la boca mientras ella se deleitaba tiranizándome.

—Ciertamente, recuerdas todos los detalles.

—Cuando sufres un abuso, no lo olvidas fácilmente.

—Entonces, cuando Madison se portaba mal contigo, ¿también tenía yo la culpa?

—No directamente, pero, si ves que alguien está tratando mal a otra persona y no intervienes, también estás siendo injusto. Y tú, como presidente de la fraternidad más codiciada del campus, capitán del equipo de remo, delegado estudiantil, tenías la suficiente autoridad para hacerlo.

—Supongo que ya es tarde para disculparme.

—Bastante, pero, si me das tu barquillo, podría reconsiderarlo.

—Todo tuyo —le indico, y la invito a cogerlo.

Ella se lo agencia y lo muerde con placer.

—¿Está rico?

—Mucho, aunque, cuando vi llegar tu batido, me arrepentí de mi elección.

—¿Quieres que nos lo cambiemos? —le propongo.

—Cada cual es responsable de su pedido.

—¿Qué te parece si tú pruebas un poco del mío y yo del tuyo?

Mira mi vaso con una mezcla de indecisión y avidez, suspira y,

por fin, cede.

—Vale.

Hundo la cucharilla en el vaso y le ofrezco una buena ración de fresa y nata. Sofía se inclina sobre la mesa para recibir la cucharilla en su boca, y en ese momento empieza a sonar «Put Your Head on My Shoulder», con Paul Anka pidiéndole a su amada que apoye la cabeza en su hombro, lo abrace fuerte, acerque sus labios a los de él y lo bese.

Sus párpados entrecerrados, sus labios atrapando voluptuosamente la cucharilla y su boca dejando escapar un gemido de placer al probarlo me hacen vacilar.

Me gustaría dejar de mirarla como si estuviera hipnotizado, pero no puedo.

—¿Por qué me miras como si estuvieras ido?

—Hum… Tienes nata en el labio.

—Ah… —dice, pero, en vez de limpiarse con la servilleta, la lame girando lentamente la lengua y, al hacerlo, aunque ella no lo sepa, me está matando.

—Has escogido bien; la fresa y el chocolate están muy buenos.

—Ahora me toca a mí —le recuerdo.

Sofía llena la cucharilla de batido, procurando que también haya galleta desmenuzada, y me la tiende.

Yo la recibo en mi boca como si fuera la última comida de un condenado a muerte. No estoy pendiente en absoluto del sabor, sino del hecho de que hemos intercambiado las cucharillas sin pensarlo dos veces.

Sofía me la saca de los labios, milímetro a milímetro, como si supiera que yo me la habría metido en la boca, aunque estuviera vacía.

—¿Qué tal está? —me pregunta con voz susurrante.

—Exquisito —respondo—. Mejor que el mío.

—¿Quieres más?

«Di que no, Hayden. Mantén la dignidad».

—Sí.

—Entonces, a cambio, tienes que darme otra cucharada a mí.

Y me incita a darle de comer, inclinándose y abriendo la boca de nuevo.

¡Arde Paul Anka! ¡Arde este lugar! ¡Arde todo! ¿Quién hubiera dicho que el infierno se parecía a una cafetería-restaurante de los cincuenta?

Lleno de nuevo la cucharilla y la acerco a sus labios, pero esta vez, en lugar de morderla enseguida, espera paciente a que sea yo quien la deslice lentamente por su lengua. Y, en vez de cerrar los ojos, me mira fijamente mientras traga, emitiendo de nuevo aquel gemido malicioso.

Vuelve a tener la boca manchada de nata, pero esta vez soy yo quien se la limpia con el pulgar, y a continuación me lo lamo.

¿Qué estamos haciendo? No tengo ni idea, pero tampoco quiero parar.

Sea lo que sea, Sofía tampoco quiere detenerse, y ahora es ella quien me ofrece la cucharilla, sin dejar de mirarme a los ojos mientras se muerde el labio inferior.

Acerco la boca, pero en ese preciso instante mi móvil, que había dejado encima de la barra, empieza a vibrar anunciando una llamada entrante.

Ashley.

¡Mierda! En qué mal momento. O en qué momento tan oportuno, según como se mire.

—¿No respondes? —me pregunta Sofía.

—No es urgente. Desvío la llamada y le escribo un mensaje

diciéndole que la llamaré más tarde, pero, cuando alzo la vista, la cucharilla ha desaparecido y Sofía está removiendo el batido en el vaso.

—Escucha —me dice sin mirarme—. Tú y yo estamos trabajando juntos en esta investigación, y, como se trata de una operación anárquica y no oficial, corremos el riesgo de vernos metidos en situaciones…, hum…, confusas. Por lo que el modo en que nos relacionamos también podría prestarse a confusión. El estrés empuja a las personas a buscar vías de escape inusuales, que no tienen ningún sentido si se contemplan desde un punto de vista racional.

—No te sigo, Sofía.

—Te estoy diciendo que no pretendo ser un problema. No quiero ser «la compañera de la que no hay que preocuparse».

—Perdona, ¿quién debería preocuparse por ti?

Ella se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—No lo sé… Alguna persona «especial». No me interesa tu vida privada. No quiero inmiscuirme en ella. De hecho, no deberíamos inmiscuirnos en la «vida privada» de nadie, en ninguna circunstancia. Mi relación con Rafael está en el aire, yo no siempre me comporto con lucidez, y no quiero, repito, no quiero ser la Lynette de nadie.

—No eres la Lynette de nadie.

Pero la rotundidad de mi afirmación queda en entredicho cuando Ashley llama de nuevo.

Sofía me mira como si yo fuera un caso perdido, y esboza una sonrisa que parece decirme: «¿Lo ves? Yo tenía razón».

—Será mejor que volvamos. Pensándolo bien, yo podría coger el Metrolink hasta Union Square Station y después el autobús…

—No deberías deambular por Union Station, sola y de noche —objeto.

—Es segura al cien por cien.

—¡Está a dos pasos de Skid Row!

—Pero no es Skid Row.

—Sofía, por favor, no insistas. Si quieres coger el transporte público, dejo aquí el Bingo y te acompaño.

—No seas ridículo.

—No seas ridícula tú. No ha pasado nada, y estás reaccionando como si…

—Han pasado demasiadas cosas —me dice, mirándome directamente de nuevo—. Y lo sabes.

Capítulo 36



Sofía

El deseo y el sentimiento de culpa me están corroyendo el alma hasta reducirla a una vorágine sangrante.

No tengo ni idea de qué ha podido pasarme. Solo sé que he llegado a rozar el techo de la estupidez.

—Asimismo, he de reconocer que me siento objetivamente atraída por Hayden (con Rafael y sin Rafael, con ovulación y sin ella), pero la cuestión es que debo tenerlo muy presente para no tropezar con esa piedra.

Aunque él diga lo contrario, está claro que en alguna parte hay una mujer especial llamada Ashley; pero no puedo confesarle que he visto el cajón en su cuarto de baño. Y, puesto que sé cómo sienta ser la novia confiada que espera una llamada de su pareja en la lejanía, la cual pasa su tiempo en estrecha compañía de otra persona, nunca daré pie a convertirme en alguien que amenace su

paz.

Me dolió ver la foto de Lynette en brazos de Rafael, y creo que Ashley también sufriría si viera una foto de Hayden dándome a probar un batido con una cucharilla. O viceversa.

El demonio de la ovulación me sugería una maléfica alternativa para la tercera degustación, directamente de sus labios, pero esa llamada llegó como una señal.

En el exterior ya es de noche, y Hayden conduce guardando un sereno silencio, mientras en el habitáculo resuena el zumbido de una emisora que transmite un viejo concierto de los Smiths en el que, más que las canciones, se escucha el murmullo del público.

Pero ya está bien así, porque, de hecho, no tenemos nada que decirnos.

Lo cierto es que no tenemos nada que decirnos, salvo que haga referencia a la investigación.

Si al menos mi nariz dejase de buscar su aroma…

¡Tendría que haber cogido el tren!

—Ya me dirás dónde está tu casa —dice la voz de Hayden surgiendo de la nada.

—No, vayamos primero a tu casa, y después ya volveré a la mía. Igualmente, tengo que devolver el coche a la empresa de alquiler mañana por la mañana.

—Puedo devolverlo yo, y que pongan la factura a mi nombre. ¿Dónde vives? Te prometo que no usaré tu dirección de forma inadecuada.

—En Hancock Street. —Introduzco las coordenadas en el navegador del teléfono—. Lincoln Heights, en East L. A.

—Ya sé dónde está el barrio de Lincoln Heights.

—Es una casa blanca, de una sola planta, tejado a dos aguas gris y porche con arcos —le explico.

A medida que nos adentramos en el barrio, mi vergüenza va en aumento: esto no es Santa Mónica, no hay complejos residenciales de lujo, ni coches de lujo aparcados en las aceras, ni una sola terraza con vistas al mar y jacuzzi, ni avenidas flanqueadas de exuberantes palmeras.

Las casas son viejas, parcheadas, con jardines descuidados o yermos en algunos casos, vallas desvencijadas, y los paseantes más glamurosos salen a tirar la basura en bata.

Tendría que haber cogido el tren.

—¿Es esta? —me pregunta Hayden parando el coche delante de mi casa—. Es mona —comenta.

—No tienes por qué hacer cumplidos, soy consciente de dónde vivo.

—Siento lo de antes —suelta de pronto—. En el restaurante me dejé llevar por el juego. No pretendía incomodarte.

—No te preocupes, también ha sido mi culpa.

—Sofía… —pronuncia mi nombre sin añadir nada más, y no sé por qué, pero me encantaría que sí lo añadiera.

—Éramos mejores cuando solo nos llamábamos por el apellido —le comento.

—Cuando solo nos llamábamos por el apellido, ni siquiera podíamos respirar en la misma habitación.

Yo tampoco puedo en este momento, si he de ser sincera.

—Creo que podemos llegar a ser dos colegas excelentes. Solo tenemos que aprender a respetar los límites que separan la profesión de la vida personal.

—Resulta más fácil decirlo que hacerlo. Te recuerdo que hoy he estado presente mientras te hacía la revisión el ginecólogo —responde él en tono divertido.

—Deberías haber tenido la decencia de salir —lo reprendo—. Yo

no podía pedírtelo, porque al doctor Herbst le habría parecido extraño. Pero ¿a ti qué te impedía fingir que debías hacer una llamada urgente y salir de la consulta durante cinco minutos?

—Es una buena pregunta.

—Es una excelente pregunta.

—Por mucho que me consideres un desecho de la sociedad, carente de toda moral, estaba a punto de salir, cuando me di cuenta de que quedarme detrás de la cortina verde me brindaba una oportunidad irrepetible.

—No lo estás arreglando precisamente, si quieres saberlo.

—Me acerqué hasta el ordenador de Herbst y abrí la base de datos de sus pacientes. Introduje la palabra clave, Nomyra…, *et voilà*. —Hayden coge el móvil, teclea algo en la pantalla y, al cabo de unos segundos, el mío vibra, avisándome que tengo una solicitud para compartir archivos.

Acepto y, cuando veo las nuevas imágenes en la galería, casi me da un infarto.

—¡Has conseguido los nombres de todas las pacientes que llevan el implante! —exclamo.

—Y sus respectivos contactos —añade satisfecho—. Son doscientas veinticuatro.

—¡Pero esto es ilegal!

—También lo es no informar al paciente de los efectos colaterales. Y, además, perdona, ¿desde cuándo te preocupan las ilegalidades? ¿Tú no encontraste la dirección de mi casa empleando el mismo método, o acaso me equivoco?

—Sí, pero…

No le falta razón.

Hayden me lanza una mirada victoriosa.

—¿Sabes lo que has de hacer a continuación, o te lo tengo que

decir yo?

—Sé lo que he de hacer —le confirmo.

—Algo del tipo «Gracias por lograr que esta visita no acabara siendo un completo fiasco» podría sonar bien en este momento.

—¿También quieres una medalla?

—No, esa te la cedo a ti, que te has dejado introducir una sonda por amor a la causa.

—¿Cuánto tiempo piensas burlarte de mí con este tema?

—No mucho. Creo que, después de esta noche, os dejaré en paz a ti y a tu fase folicular, en su fase álgida.

—Que te den.

—De algún modo tengo que vengarme por el apodo de «Waste».

Alzo las manos en señal de rendición.

—Buenas noches, me voy.

—Espera. —Hayden baja del coche y da la vuelta hasta mi lado para abrirme la portezuela.

—Adelante, «consejera delegada».

Asciendo por el corto caminito de piedra roja llena de grietas que conduce a la puerta de entrada, mientras Hayden permanece de pie, observándome.

—Ya puedes irte, ¿sabes? —le digo mientras hurgo en el bolso buscando las llaves.

—Esperaré a que entres.

—Ya sé que provienes de los barrios altos de la noble San Francisco, y no estás acostumbrado a las zonas populares, pero te aseguro que esta calle es menos peligrosa de lo que parece. No es la primera vez que vuelvo de noche.

—Pero sí es la primera vez que yo te acompaño. —Lo dice como si fuera a ocurrir de nuevo—. Richard esperaría a que Olivia entrase.

Y a Olivia la volvería loca que lo hiciera.

Ya hace un rato que tengo las llaves en la mano, pero finjo que aún no las he encontrado, solo por el placer de prolongar la espera un poco más.

—¿Estás segura de que no las has perdido? —me pregunta.

—Hum, sí… Llevo el bolso superlleno. —Por fin decido sacarlas, y se las muestro victoriosa—. Encontradas.

—Tienes que hacer que reparen esta verja —me aconseja, señalando la puerta metálica que siempre dejamos entreabierta. Rafael tenía que hacerlo. Era uno de nuestros proyectos para el jardín: una barbacoa, un huerto, un cenador con dos tumbonas y una mesa con dos bancos sobre el piso de cemento.

—Solo tiene un metro de alto, cualquiera podría saltarla —señalo con las llaves ya dentro de la cerradura.

—No lo digo por si alguien la salta. Es para que todos vean que alguien cuida de la casa. Eso disuade a los intrusos.

Toda esa atención por los detalles está ofuscando mi autoimpuesta lucidez en lo referente a no fantasear con él.

—Tienes razón, mañana llamaré a un cerrajero. Buenas noches, Hayden —me despido y entro en casa, con las luces apagadas.

Cierro la puerta a mi espalda y observo a través de la cortina de la ventana lateral, sin encender la lámpara del vestíbulo.

Hayden espera unos diez segundos, ajusta la verja desvencijada y se sube al Bingo.

Lo pone en marcha, pero no arranca enseguida. Un nuevo mensaje suena en mi móvil.

«Buenas noches, consejera delegada».

Capítulo 37



Hayden

Corey me está enumerando la apretada lista de compromisos que ha cerrado para la gira europea, pero yo no estoy pendiente de lo que dice.

Nos encontramos en Rodeo Drive, en House of Century, donde me estoy probando las camisas nuevas que he encargado para ir a Europa, y mi representante está marcando cada una de las citas concertadas, persuadido de que ha llenado cada minuto de mi viaje. Menos mal que iba a ser una excusa para tomarme unas vacaciones. Cuando acepté, me entusiasmaba la idea de alejarme durante diez días de Los Ángeles, pero ahora ya no estoy tan ansioso por partir.

—¿Qué te parece? —me pregunta.

—¿Qué?

—La entrevista que te he concertado con *El País* —responde Corey.

—Ah, ¿esa? ¡Sí, genial! —le indico mientras me abrocho los puños.

Corey me fulmina con una mirada siniestra.

—No existe tal entrevista con *El País*. Sabía que no habías escuchado ni media palabra de lo que te he dicho.

—Sabes perfectamente que realizo todo lo que me dices que haga, así que no entiendo por qué pides mi opinión —le replico mientras el sastre me ajusta la caída de hombros.

—En realidad, no te pedía opinión, sino que estaba poniéndote a prueba. No estás a lo que deberías estar, Hayden.

—Me estoy relajando antes de la gira —le respondo con una mentira.

—Este color te queda de pena: ¿púrpura? ¿Quién eres, el papa? Y encima te viene estrecha de mangas.

—Para empezar, el papa viste de blanco —lo corrijo—. Y, además, me estoy planteando cambiar de imagen.

—Necesita una chaqueta de lino —le comenta Corey al sastre—. No se te ve relajado, Hayden. Es como si algo te preocupara. ¿Qué te preocupa?

—Si te lo digo, ¿me prometes que no te cabrearás?

—¿Es algo por lo que debería cabrearme?

—Se trata de una investigación.

Corey arruga la frente, perplejo.

—¿Una investigación sobre qué? Tú no te dedicas a las investigaciones.

—Pero Sofía Cortez sí.

—¿Te está investigando? ¡Si esa loca anda acosándote, llamaré al abogado y le pediré que solicite una orden de alejamiento! —dice, agitando el teléfono—. Solo tardaré un momento.

Lo detengo, sujetándole el codo.

—No es sobre mí. Es conmigo. Estamos investigando juntos.

—¿Y por qué?

—Todo empezó con Casey y el incendio. Sofía ha dado con una pista interesante, y estamos haciendo indagaciones, pero no puedo explicarte más.

—¿Cómo que no puedes contarme nada más? ¡Yo soy el responsable de tu imagen, no puedes dejarme al margen de lo que hagas!

—Esta vez tienes que confiar en mí.

—Confío en ti, pero no en los que te rodean; me pagas para eso. Piénsalo: estás en la cresta de la ola y, casualmente, esta vieja conocida de la universidad se te pega a los talones. ¿No te parece sospechoso?

—No empieces a ponerte paranoico, como de costumbre. Corey, tú ves actitudes sospechosas por todas partes.

—Y no suelo equivocarme.

—Sofía es una buena persona, y podría decirse que yo no siempre la he tratado correctamente. Así que, si hubiera que cuestionar la conducta de alguien, tendría que ser la mía. Sofía trabaja duro, no le da miedo ensuciarse las manos. Para ella, el periodismo no es un trabajo, es una misión que…

—Te gusta.

—¿Qué?

—¿Estás sordo? He dicho que te gusta —repite, vocalizando las palabras.

—¿Alguien ha pedido una pizza? —pregunta el sastre, señalando al repartidor que acaba de entrar con una caja de Domino’s en la mano.

—Yo —responde Corey, que se apresura a tender las manos.

El sastre lo mira contrariado.

—Cómasela lejos de las prendas, por favor.

—Y habíamos almorzado antes de venir aquí —le recuerdo.

—Aquella ensalada de pollo que me has hecho comer no me ha llenado lo suficiente —se lamenta—. Y, en cuanto a lo otro, no hace falta que digas nada más: Sofía te gusta, y punto.

—Es una chica guapa, desde luego.

—No es una cuestión de estética. Continuamente, de tu casa entran y salen modelos de todo tipo… Bueno, «entraban», porque en el último mes no me consta que hayas tenido ninguna cita. Aunque es cierto que nunca las mencionas.

—Con Sofía estoy por trabajo.

—¿Le has pasado el contacto del camarero del Sal Negra? —farfulla con una loncha de salami asomándole en los labios.

—¡No era para ella, es un crío!

—Y tú, en cambio, sí.

Negaré hasta la muerte que me gusta Sofía, porque no me gusta. Solo se trata de mera atracción física. Y, aunque la otra noche maldije a todos los santos del cielo cuando la llamada interrumpió nuestro juego de las degustaciones, a la mañana siguiente no podría haber sido más feliz.

—Estás viendo algo donde no lo hay —afirmo, tratando de zanjar la cuestión.

—O puede que tú no veas lo evidente —me replica riéndose—. ¿Quieres una loncha?

—Así te atragantes.

Me suena el teléfono y Corey lo coge de la mesita donde yo lo había dejado, para pasármelo.

—¿Consejera delegada? —pregunta mirando la pantalla—. ¿Consejera delegada de quién? ¿De un patrocinador?

—Es Sofía.

—¿Y por qué leches la tienes guardada como «consejera delegada»?

—Son cosas nuestras, dame el teléfono.

—¡Uuuy! «Son cosas nuestras» —canturrea con voz melosa mientras agita el móvil en el aire.

—Te he dicho que me pases el teléfono —insisto.

—Y, si no te lo paso, ¿qué harás? —me desafía.

—Si no lo haces, te tragarás la pizza de golpe, con caja incluida. Vamos, dámelo de una vez —le ordeno.

Él parece estar pasándoselo en grande.

—Tienes muchas ganas de responder, ¿eh?

—Corey, dame el puto teléfono.

—¿Quieres que responda yo?

—Deja de hacer el imbécil, podría ser importante.

—Mira cómo te estás calentando —se burla, pasándose el móvil de una mano a la otra para que no pueda cogérselo.

—Ya me estás tocando los cojones, Corey, dámelo.

Me abalanzo sobre él para placarlo y, cuando lo tengo tendido en el suelo, levanto el brazo para arrebatarle el móvil. De pronto, además del timbre del teléfono, también se oye el ruido de una tela que se rasga.

—Señor —me dice el sastre con voz fúnebre—, acaba de cargarse la manga de la camisa.

El móvil deja de sonar y fulmino a Corey con la mirada.

—De todos modos, este color te quedaba fatal.

El teléfono, que ahora vuelve a estar en mis manos, vibra notificándome la llegada de un mensaje.

Es ella.

«Tengo algo».

Capítulo 38



Sofía

Hayden me ha citado en el muelle de Santa Mónica a las seis. Llego puntual, pero allí solo me espera una gaviota posada en la barandilla de madera, que empieza a avanzar hacia mí, apuntando a mi paquete de patatas fritas con su pico.

—Son picantes —le indico como si pudiera entenderme—. No creo que te gusten.

«¡AAAAAAHHHHH!», grazna ofendida.

Han pasado cinco minutos y Hayden aún no aparece, de modo que me apoyo en la baranda y contemplo el mar, que parece una extensión de cobre fundido bajo el sol del atardecer.

Sopla un viento suave y cálido, y el agua forma unos rizos que se solapan entre sí. A mis pies, un grupo de surfistas espera el momento perfecto, flotando sobre sus tablas.

Me habría gustado aprender a surfear, pero es una de esas cosas

que siempre he postergado.

Sigo a los surfistas, que, uno tras otro, se lanzan en pos de las olas, apostando entre ellos quién aguantará más.

Sin embargo, el que gana el desafío con el mar es uno que lleva un neopreno blanco y naranja, y que se desliza sobre el agua como si fuera Jesús. Se sostiene con firmeza sobre la tabla, que parece una extensión de su cuerpo, para entrar en los remolinos, los cuales supera con una desenvoltura que desconcierta. Los otros surfistas se han detenido a contemplar su clase magistral, paralizados por una mezcla de admiración y envidia, hasta que, tras su última acrobacia, incluso le dedican un aplauso.

Desde mi ignorancia, me limito a admirar la perfección escultural que, enfundado en el mono de neopreno, exhibe cada músculo de su cuerpo. Puede que también sea la posición en la tabla, pero lo que más destaca del conjunto son sus glúteos, que sin duda constituyen la prueba irrefutable de una existencia divina.

¿Por qué no habré salido con surfistas en toda mi vida? ¡Viviendo en Los Ángeles, creo que debería ser obligatorio para cualquier mujer! Rafael es más de correr, una pasión que nunca he compartido e incluso detesto. Cuando corro me rebotan los pechos, el estómago, el cerebro… ¡Todo!

El dios del surf saluda al grupo y se dirige a la orilla. Clava la tabla en la arena y se seca el pelo con una toalla. Se gira hacia el muelle, desde donde he presenciado la exhibición, alza un brazo y empieza a agitarlo en mi dirección.

Dios mío, pero si es… ¡Es Hayden! Acabo de pasarme diez minutos mirándole el culo a Hayden West.

En un ataque de pánico, me echo hacia atrás de golpe y tiro al suelo las patatas fritas, que la gaviota se apresura a devorar.

Me asomo más por la barandilla, y él sigue allí con el brazo en

alto, haciéndome señas para que me acerque.

«Tranquila, Sofía. Seguro que no sabe que lo estabas mirando».

Tras recuperar la compostura, empiezo a caminar por el muelle y bajo a la playa, donde Hayden se está quitando el neopreno. Se baja la cremallera desde el pecho hasta las ingles, se quita las mangas y el traje le queda colgando de las caderas.

¡Señor, ten piedad!

—Creía que llegabas tarde —le digo—. Estaba a punto de irme.

—Hoy el mar está demasiado bueno para desaprovecharlo.

—No sabía que practicabas surf.

—De vez en cuando. Ahora solo lo hago ocasionalmente.

—No me ha parecido la actuación de un surfista ocasional —le comento.

Hayden me lanza una mirada insinuante.

—¡Eso quiere decir que me has estado mirando! —exclama en tono triunfal.

—De pasada.

—¿Te he impresionado?

—Eres un exhibicionista.

—Te he impresionado.

—¿Me has citado para hablar de la investigación o para pavonearte? —le pregunto cruzando los brazos.

—Ambas cosas, en realidad —comenta divertido—, pero en vista de que ya he conseguido lo segundo, podemos pasar directamente a lo primero. En tu mensaje me has dicho que has dado con algo interesante: dispara.

Hayden extiende la toalla sobre la arena, se tumba en ella y me invita a acomodarme a su lado.

Me siento a una distancia prudencial de su cuerpo bronceado y goteante; los rayos del sol poniente acarician su piel húmeda,

haciendo casi que brille. Un hilillo de agua desciende desde su pecho marmóreo a través del surco de sus tensos abdominales, hasta desaparecer por el borde del neopreno, a la altura de las ingles.

«¡No mires, Sofía!».

Me llevo las manos a los ojos instintivamente, como para reconducirlos a donde deberían, en vista de que no me obedecen.

—¿Va todo bien?

—Sí, es que… Debe de haberme entrado arena en un ojo por culpa del viento.

—Déjame ver.

—No es nada.

—Si te tocas, es peor —insiste.

Me obliga a apartar las manos de la cara y, de pronto, me encuentro a diez centímetros de la suya. Me levanta el párpado derecho con el índice, sopla en el ojo con delicadeza y, a continuación, hace lo mismo con el izquierdo.

—¿Mejor?

—Mejor.

—Tienes las pestañas más largas que he visto en mi vida —comenta con la mirada perdida en ellas.

—¡La investigación! —insisto con firmeza, obligándome a no deleitarme con sus halagos.

—He confeccionado una lista de las pacientes de Herbst, extrayendo los nombres de las fotos que me pasaste ayer, y he empezado a contactar con ellas, una por una. Me he hecho pasar por una empleada del Centro de Salud para Mujeres del distrito, y les he dicho que estaba seleccionando candidatas para un proyecto de seguimiento gratuito. Para poder participar, las candidatas deberían responder una pequeña encuesta —le explico.

—Por favor, recuérdame cuán ilegal era fotografiar sus datos —

me dice para pincharme.

—Tienes razón, no es legal, pero escucha: mi idea era preguntarles siguiendo una serie de puntos (respondiendo con un «sí» o un «no»), si habían sufrido uno o más trastornos como los que padecían Casey y las otras ocho pacientes, y así comprobar si en efecto eran una minoría. En el caso de que fuera así, muchas de ellas responderían con un «no» a mis preguntas. Supuse que tardaría unos cinco minutos por persona y, por tanto, completaría toda la lista en dos días, pero con la primera paciente estuve más de media hora al teléfono, anotando todo su historial clínico de los últimos cuatro años; con la segunda, veinte minutos, y con la tercera, otros tantos.

—Apuesto a que lo escribías todo a mano.

—Al principio sí, pero enseguida me di cuenta de que sería imposible, así que creé un formulario de encuesta digital y se lo envié a todas. —Cojo mi bolso y saco un aparatoso montón de hojas —. Y ya me han respondido ciento sesenta.

Hayden coge una hoja de encima de la pila.

—¡Incluso has creado el logo del Centro de Salud para Mujeres del distrito! —exclama él señalando el encabezado.

—Las cosas hay que hacerlas como es debido, Hayden.

Sigue examinando el contenido de mi trabajo.

—Es muy… ¡completo!

—Gracias. —Recupero la hoja y la restituyo a la pila—. La cuestión es que de ciento sesenta cuestionarios que han llegado, sobre un total de doscientos veinticuatro, ninguno es negativo. ¡Al contrario! La mayoría de estas mujeres presenta trastornos múltiples y algunas, en el apartado de «Otras evidencias clínicas», ¡han añadido dolencias que ni siquiera sospechábamos.

—Pero puede que no estén relacionadas con el Nomyra —

sugiere.

—Cierto, pero todas llevan el No… —Se me escapa un bostezo a media palabra—. El Nomyra.

—¿Cuánto hace que no duermes, Sofía?

—Desde que volvimos de San Bernardino. Primero tuve que transcribir todos los contactos de las fotos y, por cierto, podrías haberlas enfocado mejor para sacarlas.

—Ya tuve bastante con encontrar todas las pacientes de Herbst en los diez minutos escasos que duró tu visita.

—No importa, a fin de cuentas, resultaban legibles, y pude confeccionar una hoja de cálculo con los nombres, apellidos, fechas de nacimiento, fecha en que se implantó el Nomyra, dirección, contacto telefónico y email, pero me llevó toda la noche. Al día siguiente, empecé con la rueda de llamadas, y desde ayer estoy recopilando y catalogando las fichas de la encuesta de cada una.

—Podrías haberme pedido ayuda —me regaña.

—Ya me estás ayudando mucho: el espacio en tu sitio, los gastos, la obtención de los nombres, el contacto de Casey…

—Sí, pero quiero que me impliques en la investigación de forma activa, no solo instrumental —insiste.

—Vale, entonces, las próximas fichas que lleguen te las pasaré a ti. ¿Contento? Pero ahora el tema se complica: no se trata de unas pocas mujeres que se quejan de un trastorno y de un médico que no asume la responsabilidad. Estamos hablando de la práctica totalidad de las pacientes. La Avila’s Clinic está haciendo estragos, y ninguna paciente lo sabe. —Con un peso en el corazón y un nudo en el estómago, dejo escapar un suspiro, y miro la pila de cuestionarios, indecisa—. Bien, llegados a este punto necesito saber si estás decidido a continuar, Hayden. Si quieres dar marcha atrás, este es el momento propicio, y así, al menos, no malgastaré más energías.

Hayden apoya la mano bajo mi barbilla y me obliga a mirarlo.

—Sofía, sigamos adelante, joder.

De pronto siento el estómago más ligero y respiro con regularidad. La convicción que desprende la mirada de Hayden le inyecta nueva energía a mi cuerpo exhausto.

—Tampoco hace falta ser vulgar.

—Es para reforzar la afirmación.

Saca el teléfono de su bolsa y hace una llamada.

—Hola, ¿cómo estás? Yo estoy bien. ¿Cuándo estarás por casa, para charlar contigo? ¡Perfecto! Hasta luego. —Tras decir aquellas pocas frases telegráficas, cuelga—. Vamos.

—¿Adónde? ¿Cuándo?

Hayden se pone en pie dando un salto atlético.

—A casa de Casey. Esta noche.

—¡¿A casa de Casey?! —exclamo aterrorizada—. ¡No puedo presentarme en casa de alguien que ha ganado dos Oscar con estas pintas! ¡Parezco recién fugada de la cárcel!

—Yo tampoco pienso ir así, ¿qué te creías? Ve a casa, arréglate y tómate un café. Pasaré a buscarte dentro de una hora y media.

—¿Adónde dices que vas? —me pregunta mi madre, incrédula.

—Has oído bien, a casa de Casey Jameson —le repito—. Necesito el vestido negro de Prada. Aquel al que le acortamos el dobladillo para que no se viera el roto.

—Pero yo quería ponérmelo esta noche. Salgo con Patrick.

—Patrick lo entenderá. Además, te conseguiré un autógrafo —añado.

—Te maquillo y te peino —se ofrece al instante, poniendo a calentar la plancha.

—Toma, come —me ordena mi abuela plantándome debajo de

las narices un plato de pollo sazonado con pico de gallo, que le devuelvo.

—¿Cebolla cruda? ¿Quieres que los extermine a todos?

—La cebolla es un desinfectante natural —masculla Paloma, ocupada en amasar tortillas.

Juana, por su parte, se dedica a pelar frijoles.

—Eso es el ajo, tonta.

—A los hombres les gustan las mujeres flacas como el palo de una escoba —añade Paloma.

Mientras mi madre le da los últimos retoques a mi peinado, le envío un mensaje a Hayden con la dirección donde debe recogerme y me como un buñuelo de plátano frito para contentar a la abuela, que me persigue por toda la casa farfullando:

—El saco vacío no se sostiene.

Hayden: estoy fuera, te espero.

—Tengo que irme —exclamo, saltando rápido del taburete de la cocina.

—¡Pero si aún no he acabado de aplicarte el brillo de labios! —protesta mi madre, dándome toquecitos con el pincel pringoso.

—Hayden me espera fuera.

—¡¿Hayden?! —exclaman las presentes casi al mismo tiempo que mi madre, la abuela, Paloma y Juana clavan sus miradas en mí.

—Hayden West —confirmo.

Y las cuatro se precipitan a la ventana para espiarlo tras las cortinas de ganchillo.

—¡Es aún más guapo que en la tele! —opina Juana.

—¡Y también es más alto que en la tele! —prosigue Paloma.

—¿Está casado? —pregunta la abuela.

—¡Cambio de planes! ¡Nada de brillo de labios! —grita mi madre,

que sale corriendo en busca de un pañuelo de papel y me lo restriega por la boca—. Todo fuera.

—Vamos a una reunión de trabajo —murmuro por debajo de sus enérgicas instrucciones.

Hayden camina de un lado a otro por la acera con las manos en los bolsillos, siempre impecable con su camisa azul celeste y sus vaqueros blancos de rigor. Un grupito de golfillos se agolpa alrededor del Porsche y lo contemplan con admiración.

—¡Menuda bomba!

—¡Fantástico!

—¡Una pasada!

—¡Ya estoy aquí! —lo aviso al salir de casa y enfilo el caminito de entrada.

—Por favor —me dice, abriendo la puerta del pasajero para invitarme a subir—. Decir «deslumbrante» es quedarse corto.

—¿No te parece patético felicitarte a ti mismo por el coche que llevas?

—No me refería al coche —responde, y cierra la portezuela. Me deja con la palabra en la boca y el cinturón de seguridad en la mano.

Hayden ocupa su asiento, arranca el coche con un estruendo sordo y se vuelve hacia mí.

—Hola, Olivia.

—Hola, Richard.

—¿Capota arriba o capota abajo?

—Arriba —respondo, preocupada por mi pelo, pero me lo pienso mejor—. No, abajo.

—Muy buena elección.

Pulsa un botón del salpicadero y el techo empieza a bajar a nuestra espalda, para partir hacia Beverly Hills.

Hay un buen trecho, pero la distancia no se nota como con el Bingo, porque los asientos son cómodos, uno no se derrite de calor y Hayden conduce con suavidad y elegancia.

Con la mano derecha sostiene el volante y posa la izquierda en el perfil de la puerta.

A propósito de la puerta, me fijo en el bolsillo lateral de la mía y veo una goma para el pelo, también de terciopelo, pero esta vez blanca.

Ashley también está aquí para recordarme que le estoy robando su tiempo y su espacio con Hayden, y que debería exterminar las mariposas que siento en el estómago con un buen insecticida.

Ardo en deseos de preguntarle por ella, sin medias tintas. Pero entonces parecería que estoy desesperada y, al menos mientras me quede un ápice de dignidad, no quiero parecerlo.

Entonces, si no estoy desesperada, ¿por qué mi esperanza de pillar todos los semáforos en rojo y todos los atascos posibles aumenta a cada kilómetro?

Vistos desde fuera, realmente podríamos ser Olivia y Richard saliendo para su segunda cita, pero solo se trata de una estúpida y malsana fantasía. Entretanto, Rafael, al lado de Hayden, se desvanece cada vez más en mi cabeza.

El cartel que reza «Beverly Hills» nos anuncia que ya hemos alcanzado nuestro destino, y una vez allí llegamos a una verja de hierro forjado de tres metros de alta que, tras llamar al videoportero, se abre de par en par.

Al final del sendero hay una segunda verja de seguridad que nos da acceso a la mansión: un palacete blanco de estilo pseudoneoclásico, donde ya nos está esperando Eve, la representante de Casey.

—Bienvenidos —nos saluda.

—¿Cómo está Casey? —le pregunto de inmediato.

—Incansable —responde Mark, que acaba de aparecer por la puerta—. Debería descansar, pero, en vez de eso, se dedica a estresar a un pelotón de fisioterapeutas para poder ponerse de pie lo antes posible.

—Maaaaaark —lo llama Casey desde dentro—. ¿Has visto si los gemelos han cogido mis gomas para practicar estiramientos?

—Ya lo veis —nos dice alzando el dedo—. Entrad.

—Es una buena noticia —comenta Hayden—. Las consecuencias del accidente podrían haberla deprimido.

Seguimos a Eve y a Mark al interior de la mansión, que es un derroche de mármol blanco y brillante, de espejos, obras de arte y cascadas de flores frescas allí donde mirases.

En una sala de estar, donde podría caber mi casa entera sin problemas, Casey se entrena en una máquina futurista que no había visto en toda mi vida, y en el suelo, a su lado, yace una prótesis que asombra por lo mucho que se parece a una pierna real.

—Bienvenidos, poneos cómodos —nos dice a modo de saludo—. ¿Me traéis buenas noticias?

—Más o menos —respondo—. ¿Tú cómo estás? Veo que te estás recuperando.

—Tengo grandes proyectos —exclama ella entre un jadeo y otro —. Estoy creando una nueva fundación benéfica, Hermanas con Buen Pie, para facilitar el acceso a prótesis de nueva generación, fisioterapia y la inserción en el mundo laboral a las personas que han sufrido amputaciones. Además, para despejar cualquier duda sobre una pausa o una retirada del cine por mi parte, he pedido que modifiquen mi papel en *La superviviente* para que no me sustituyan, y traten de disimular mi prótesis con los encuadres o con vestidos especialmente diseñados a tal fin. Quiero que forme parte del

personaje. Espero volver al plató dentro de dos semanas…

—Muy ambicioso por tu parte —comenta Hayden—. ¿No te resulta agotador?

—¡Y también quiero dar una fiesta! Una gran fiesta, para hacer callar a todos aquellos que hablan de mí como una pobre infortunada sin pierna. Lauren Lee, entre otros —afirma con determinación, y un evidente desprecio en la voz al mencionar a su eterna rival—. No me siento desafortunada por haber perdido una pierna, me siento afortunada porque estoy viva, y todo el mundo debe saberlo. ¿Dónde he puesto mi kombucha?

Mark recupera la botella de debajo de la máquina y se la pasa.

—¿Y lo de restituir la paz en el mundo, en qué lugar de la lista lo has puesto?

—También llegaremos a ello, cariño.

—Me prometiste que descansarías.

—Ya descansé en el hospital —le replica ella—. Odio estar postrada.

—Me alegro de encontrarte tan activa y motivada. No quisiera molestarte si te encuentras en un periodo de recogimiento —le dice Hayden.

—Para mí, esto es una forma de recogimiento: hacer, planificar, crear. Ya sufrí una depresión, tras el parto. Tardé un año en salir, y no permitiré que nada me meta de nuevo en ese túnel, aunque tenga que luchar contra ello hasta mi último aliento. Quiero noticias: ¡disparad! Estáis aquí por el tema de la Avila's Clinic, ¿verdad?

—Así es —le confirmo—. ¿Recuerdas que nos dijiste que la clínica no se tomaba en serio tus quejas ni las de las otras pacientes sobre el Nomyra, porque decían que erais una minoría? Vale, pues Hayden y yo hemos conseguido localizar a todas las mujeres que llevan el dispositivo que el doctor Herbst les implantó y las he

entrevistado acerca de su estado de salud: todas padecen molestias en distinto grado, similares a las tuyas y a las de las ocho mujeres que estabais en el Livingston Inn. Y hay muchas más.

Casey suelta la barra, y el ruido de las pesas al caer al suelo resuena por la habitación.

—¡¿Cuántas dices?! —inquiere Casey—. ¿Has oído, Mark? ¡Doscientas veinticuatro!

—Lo he oído —asiente su marido.

—Ahora bien, sufren trastornos, pero no tenemos la certeza de que estén relacionados con el Nomyra, de modo que también tendría que visitarlas el doctor Folger.

—Eso supone un montón de trabajo. Benjamín tendría que mantener la consulta abierta incluso de noche —observa Casey—. Aunque, estando así las cosas, la Avila's Clinic y Herbst se verán obligados a tomarse muy en serio su mala praxis.

—La cuestión es, Casey, que creemos que, si logramos reunir a estas mujeres y convencerlas de que actúen contra la Avila's Clinic, tu presencia haría que esta iniciativa fuera mucho más eficaz —indica Hayden—. Sé que querías mantenerte al margen, pero el movimiento necesita una portavoz, y creo que nadie podría hacerlo mejor que tú.

Casey mira al suelo y niega con la cabeza.

—Puedo soportar que me compadezcan, una pierna amputada, ¿pero que me enjuicien por haberme sometido a una esterilización? ¿Y, además, que todos sepan que me ha provocado un malestar permanente? ¿Sabéis cuánta gente dirá: «Ella se lo ha buscado»?

Mark la ayuda a incorporarse de la camilla de entrenamiento y la acomoda en el sofá que está al lado.

—No estamos preparados para permitir que todo el mundo entre en nuestro dormitorio.

—Eso por no hablar de la etiqueta que le pondrán —apunta Eve Prescott—. Aún tendrá más dificultades para trabajar que con la pierna amputada.

—Ya sé que esto implica renunciar a la privacidad de vuestra intimidad como pareja —admito—. Pero, si nadie obliga a la Avila's Clinic a afrontar sus responsabilidades, ¿tenéis idea de cuánto daño seguirá causando? ¿Cuántas mujeres sufrirán inútilmente?

—«Mi cuerpo, mi elección», dicen, pero la opinión siempre es de todos. Llevo enfrentándome al «derecho a opinar» del que todos disfrutan desde que soy una adolescente.

—Sin tu fuerza, nuestro trabajo pierde fuelle —insiste Hayden—. Todos en esta habitación sabemos que, si el incendio del Livingston Inn tuvo cierto eco mediático, se debió a que tú estabas allí. De lo contrario, solo habría sido una noticia para tapar algún hueco.

—En este momento, tu notoriedad es más importante que tu dinero —le explico.

Casey mira a su representante.

—¿Eve?

La interpelada alza las manos y guarda silencio por un instante.

—La decisión es tuya.

A continuación, se vuelve hacia su marido.

—¿Mark?

—Fui yo quien te dijo que hablaras con ellos, así que sería un hipócrita si te sugiriera que te echaras atrás. Creo que ahora este asunto ya no nos concierne solo a nosotros.

Casey apoya la mano en el punto del muslo donde termina su pierna y tamborilea con los dedos.

—¿Vosotros qué proponéis?

—Dijiste que querías celebrar tu suerte por haber sobrevivido, ¿no es así? —le pregunta Hayden.

—Claro, estoy agradecida por seguir viva.

—Hemos pensado que podríamos organizar una fiesta en El Cielo Club e invitar a las pacientes de la Avila's Clinic. Allí, con la colaboración de Folger, podríais explicar cuánto habéis sufrido tú y las otras mujeres que llevan el Nomyra, proponer una visita de evaluación para discernir si vuestras dolencias son atribuibles a la mala praxis del doctor Herbst y de la Avila's Clinic, y proceder contra ellos, tumbando de una vez por todas la afirmación de que solo están afectadas unas pocas pacientes —le expone Hayden.

¿Una «fiesta chic»? Qué buena idea.

—Tengo sus contactos, será fácil convocarlas —añado.

—Y nadie dirá que no a una fiesta en El Cielo Club.

Casey acepta la propuesta.

—De acuerdo.

—¿El lugar es seguro? —pregunta Mark.

—Estará blindado —le garantiza Hayden—. Escogeremos uno de los días que el local cierra.

—Habéis estado fantásticos —nos felicita Casey—. Francamente geniales…

Hayden la interrumpe alzando la mano derecha.

—Si no llega a ser por Sofía, que localizó a todas las pacientes y recopiló sus cuestionarios, no habríamos llegado hasta aquí.

—Sí, pero, si Hayden no hubiera obtenido los datos de las pacientes, yo no habría sabido cómo entrar en contacto con ellas —señalo.

—Cierto, pero tú fuiste a la consulta.

—Y tú me acompañaste, aunque creyera que no era necesario —discrepo.

—De acuerdo, pero la idea de hacerte pasar por una paciente interesada en el Nomyra para conocer a Herbst fue tuya —insiste

Hayden.

—Y, si tú no hubieras aceptado publicar el reportaje en tu sitio web, yo ni siquiera habría empezado…

Casey da unas palmadas para que nos callemos.

—Muy bien, ya lo he pillado, el mérito es de ambos, y los dos habéis contribuido de formas distintas a obtener estos resultados. ¡Guau, qué bien os compenetráis! Me recordáis a Mark y a mí cuando nos conocimos —nos comenta, dándole un codazo a su marido.

De pronto, en la sala reina un incómodo silencio.

—Estaba bromeando —continúa Casey—. Nosotros éramos demasiado empalagosos. Y no exagero cuando digo «demasiado».

Hayden se pone en pie, dando por concluida nuestra visita.

—Os mantendremos informados si hay novedades. Sofía sigue recopilando y catalogando los cuestionarios, y yo me encargaré de hablar con los de El Cielo Club. ¿Qué os parece si nos vemos la semana que viene, antes de que me vaya a Europa?

—Perfecto —asiente Casey—. No veo la hora de poder lucir mi pierna biónica. Por cierto, Sofía, ¿qué talla usas?

—¿Por qué? —le pregunto, desconcertada.

—Tengo que deshacerme de todos mis vaqueros ajustados; ahora ya no les daré uso. Además, estoy pensando en lanzar una marca de ropa para personas con prótesis, que sea práctica y confortable, y al mismo tiempo elegante y moderna. Yo diría que usamos más o menos la misma talla, y, si me ayudaras a vaciar el armario, me harías un favor —me propone.

—¿Me estás diciendo que quieres regalarme tus vaqueros?

—Total, yo ya no me los pondré…

Mark me sonríe resignado.

—Has de saber que, aunque ella finja que te lo está

preguntando, ya lo tiene decidido.

Casey se acopla la pierna biónica y, en cuanto Mark le pasa las muletas, me invita a seguirla al ascensor.

—Vamos al armario.



El armario de Casey ocupa la mitad de la planta de la mansión.

—En las cajas de ahí debajo he apilado todo lo que voy a tirar. Elige lo que más te guste.

Hay tres cajas de mudanzas llenas hasta arriba de vaqueros y otros pantalones, entre los cuales destacan un par de Dolce & Gabbana con la etiqueta aún puesta. Mi madre no tendría escrúpulos y se los cargaría todos al hombro

—No sabría cómo pagártelo —le digo sin atreverme ni a tocarlos.

—¿Y tú me lo dices? ¡Tú avisaste a los bomberos la noche del incendio, soy yo quien está en deuda contigo! Y eso por no hablar de la investigación. —Apunta hacia la pila de vaqueros con la muleta y añade—: Vamos, pruébate unos, a ver cómo te van. Si no te quedan bien, te prometo que no insistiré.

Elijo uno de estilo *vintage*, Gucci, azul claro, casi blanco, que casi me avergüenzo de tocar con mis manos profanas. Me levanto hasta la cintura el vestido de Prada, proveniente del *dumpster diving* y remendado por mi abuela, con el que he venido, y me los pruebo, consciente de que probablemente me quedarán más ajustados que a Casey.

Subo la cremallera: se cierran.

—Puede que solo me vengan un poco largos —comento, indecisa, casi como si estuviera buscando algún defecto para poder rechazar tan generosa oferta.

—Con unos tacones de doce centímetros, el problema está resuelto.

Casey da un saltito hasta un estante donde reposan todos los zapatos ordenados por colores. Elige unos zapatos de salón Casadei, cuyas suelas jamás han tocado el suelo, y me los pasa.

—A ver qué tal.

Me los pongo y, efectivamente, el problema de la longitud desaparece.

Ella se me queda mirando, como si me dijera: «Ya no tienes excusa».

Rendida ante su generosidad, me dispongo a quitármelos.

—Déjate puestos los pantalones —me ordena.

—¿Por qué?

—Porque, cuando Hayden te vea con ellos, se derrumbará. Te lo juro, te hacen un trasero de diez. Le quitarás el sueño.

—Ese es un buen motivo para no ponérmelos.

Casey se me queda mirando y parpadea, incrédula.

—¿De verdad no pretendes quitarle el sueño? Y yo voy, y me lo trago —me dice en plan juguetón—. Y llévate también las sandalias.

—No son de mi talla —le indico a alguien que en su zapatero tiene todos los números, del 37 al 42.

—¿Acaso crees que no veo cómo os miráis? No sois tan buenos actores como para ocultar los pensamientos que pueden leerse cuando os observáis.

—¿Y tú qué lees? Deja que lo oiga.

—Algo así como «Vayámonos de aquí y saltemos el uno encima del otro» —dice con desparpajo—. También «Eres la criatura más celestial que Dios ha puesto sobre la tierra», y, en cuanto a ti, diría que eres del tipo «Por favor, sé el padre de mis hijos».

—¿Todo eso está escrito en nuestros ojos? —le pregunto en tono sarcástico, fingiendo que estoy centrada en elegir unos vaqueros de entre el montón de descartes.

Los golpes sordos de las muletas de Casey suenan cada vez más cerca, hasta que finalmente se sienta en el puf que hay a mi lado.

—Pero la verdadera pregunta es ¿por qué os contenéis?

Me arrodillo junto a ella, con unos vaqueros Balenciaga negros de pitillo apretados contra el regazo.

—Es complicado, Casey. Yo estoy en una relación, y Hayden se ve con alguien.

—¿Y qué tal tu relación?

—Es a distancia. Regular. Más mal que bien —admito con honestidad, por primera vez en voz alta.

Puede que, porque Casey es una extraña, no me conoce, y con ella no tengo que fingir esa increíble positividad e integridad que muestro delante de mi madre o de Cindy.

—Si te sirve de consuelo, Hayden no tiene fama de mantener relaciones estables y duraderas. Es posible que esa persona solo sea la aventura de una noche.

—Se llama Ashley, y en el cuarto de baño de su apartamento tiene un cajón con sus productos de belleza y un rizador de pelo —le confío, sintiéndome más liberada de pronto—. Pero Hayden finge que no existe, al menos conmigo.

—Ay… —Es el escueto y lacónico comentario que hace Casey.

—Son dos situaciones complicadas, a las que cabe sumar el hecho de que estamos trabajando juntos: solo nos traería problemas.

—Por mucho que os resistáis, no podréis evitarlo. Lo sé por experiencia personal: por Mark y por mí. Yo salía con Greg Irvine, mi compañero de reparto en la película que dirigía Mark. Mark estaba casado con Lauren Lee (o, para ser más exactos, el suyo era un matrimonio en crisis. Hacían vidas separadas bajo el mismo techo, pero oficialmente seguían juntos). A mí me tacharon de

rompehogares, mi reputación nunca estuvo tan por los suelos, Lauren me declaró la guerra públicamente, el Departamento de Producción se echó las manos a la cabeza cuando Greg y yo rompimos, porque habían basado toda la promoción de la película en nuestras apariciones como pareja. Tanto Mark como yo sabíamos que no podíamos malograr el proyecto, por lo que debíamos comportarnos como adultos responsables y mirar hacia otro lado —me cuenta con un matiz de nostalgia en la voz—. Contenerse hizo que todo fuera más divertido, y cuando caímos… —Casey deja vagar la memoria por un recuerdo que le encanta, porque sonríe y aparta la mirada—. Discúlpame, soy patética.

—No lo eres. Estás enamorada, y eso es precioso.

—¿Cuántos años tienes, Sofía?

—Treinta y uno.

—Yo podría ser tu hermana mayor, pero, aunque no lo sea, acepta un consejo: no renuncies a la oportunidad de ser feliz solo porque las circunstancias sean difíciles. Las dificultades se pueden superar, pero el arrepentimiento de no haberlo intentado te perseguirá para siempre.

—Pensaré en ello.

—Y deja de rebuscar tanto entre los vaqueros, llévatelos todos. Déjate estos puestos: ataremos el vestido a tu cintura, y así lo convertiremos en un top con un lazo. Camina despacio, contonea las caderas y haz que le dé vueltas la cabeza a él, por la desesperación.

Capítulo 39



Hayden

—Ya sé que es difícil, pero haz un esfuerzo —me dice Mark, al poco de que Sofía y Casey hayan salido.

—Disculpa, ¿en qué debo esforzarme?

—En no arrodillarte como si la estuvieras adorando, cada vez que Sofía abre la boca.

—Tú alucinas, ¿no?

—Si ella dijera que la Tierra es plana, tú le darías la razón.

Me echo a reír.

—Si existen dos personas incompatibles en este mundo, somos ella y yo.

—Sois el vivo retrato de la incompatibilidad.

—Y yo te digo que te equiv…

Casey y Sofía salen del ascensor; esta última con una gran caja entre los brazos que casi le tapa la vista, y enfundada en unos

vaqueros que casi me dejan sin respiración.

—Lo que yo te decía —murmura Mark.

—Pásamela, ya te la llevo yo —me ofrezco a ayudarla.

Nos despedimos de Casey y de Mark. Eve se pone a mi disposición para ayudarme a organizar la «fiesta» y nos vamos.

—¿Dónde te dejo? —le pregunto a Sofía—. ¿En tu casa o en la de tu madre?

—En casa de mi madre me va perfecto. Si tengo suerte, aún quedarán tortitas. El club del cupón las hace buenas a morir.

—¿El club del cupón?

—Mi abuela y sus amigas se reúnen todas las semanas para recortar los cupones de la compra que salen en periódicos y revistas.

—Si te apetecen unas tortillas, podemos parar en un *take-away*.

—Las costarricenses son distintas de las mexicanas: más gruesas, más esponjosas. No se encuentran en ninguna parte.

—Veo que has hecho un cambio de look —le comento.

—Casey me ha regalado más vaqueros y pantalones de los que podría llegar a comprarme en toda mi vida, pero ha insistido mucho cuando ha visto que tenemos casi la misma talla, y no he podido decirle que no. También me ha dado los zapatos.

—Te quedan muy bien. Podrías ponértelos para la fiesta de El Cielo Club. Digamos que me gustaría volver a vértelos puestos. No importa cuándo ni cómo.

—En la caja aún hay cosas mejores, te lo aseguro, pero por desgracia no podré ir.

Su respuesta me deja perplejo.

—¿Por qué? ¿Ya tienes otro compromiso? Podemos cambiar el día.

—No me va bien ningún día de la semana porque resulta que me expulsaste, ¿no te acuerdas? Les dijiste a los porteros que me

echaran, y me rompieron la tarjeta.

—Ah, sí, te refieres a aquel pequeño malentendido…

La provoqué con aquel artículo sobre Lynette y Rafael, y ella se puso furiosa, con razón.

—Ya lo he solucionado. Mira en la guantera del salpicadero.

Sofía se inclina hacia delante y abre la tapa. Duda un instante, alarga la mano y coge un sobre estampado con el logo color plata de El Cielo.

—¿Te refieres a esto?

—Ábrelo.

Ella obedece y saca una tarjeta de miembro.

—¡¿Platino?!

—Con esta puedes traer a todos los invitados que quieras, sin avisar con antelación. Habrá una mesa con una botella de champán a tu disposición cada vez que vayas, un coche de cortesía que te recoge y te lleva a casa, y un día de tratamientos de salud para dos personas en El Cielo Spa por tu cumpleaños.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Es mi manera de pedirte perdón por el mal rato que te hice pasar aquel día.

—¡«Sofía» está bien escrito! —comenta encantada, como si fuera un caso extraño—. No pone «Fophia». Siempre se equivocan cuando digo «Sofía con "f"», porque entienden que me refiero a la inicial y no a la «ph».

—Lo sé. Me acuerdo del primer día en la universidad: estábamos en el mismo grupo de bienvenida para la visita al campus y en la etiqueta que te entregaron, para que te la pegaras en la camiseta, habían escrito «Fophia» —le cuento.

—¿Estábamos en el mismo grupo de bienvenida? —pregunta, sorprendida—. No me acuerdo.

—Ya me lo imagino, estabas muy atareada anotando cualquier indicación, norma, regla, obligación o prohibición. No levantaste la vista de la página o del guía en ningún momento.

—Estaba tensa. Ni siquiera había desayunado porque se me había cerrado el estómago. Creo que es una sensación común en muchos becarios: no resulta nada agradable saber que te encuentras entre los estudiantes de primer año casi de milagro, y vivir con la pesadilla de poder perderlo todo por notas bajas, por rezagarte en los cursos o por comportamiento indebido. Mi familia no disponía de sesenta mil dólares al año para pagarme la matrícula.

—Debes de ser el orgullo de la casa.

—Mi madre y mi abuela siempre me han apoyado incondicionalmente. Incluso se hicieron una camiseta con mi foto y la frase «La primera graduada de la familia», el día de la graduación.

—Lo sé, he visto la foto. Muy tierna.

Sofía gira la tarjeta entre sus dedos.

—Gracias. También por haber hecho que escribieran mi nombre correctamente.

—No hay de qué.

Mientras conduzco, Sofía se relaja en el asiento, y al cabo de poco veo que se ha quedado dormida a mi lado. No la despierto hasta que estamos de nuevo frente a la casa de su madre, pero debe de encontrarse en una fase de sueño profundo porque no me responde.

—Ya hemos llegado —le susurro.

—Mmm… —balbucea.

—Tenemos que bajar.

—Mmm…

—Ya veo.

Abro la puerta y salgo.

—Eh, amigo —me dice una mujer bajita, que camina torcida y lleva la ropa muy sucia—. Qué coche tan bonito. ¿No tendrás un par de monedas para la vieja Doris?

—La verdad es que no…

—Vamos, Rockefeller, suelta la pasta

—Solo llevo tarjetas de crédito, lo siento.

La mujer gruñe alguna cosa y se aleja.

Me desplazo al lado de Sofía, abro su portezuela, le rodeo la cintura, la cojo en brazos y me dirijo hacia la entrada de la casa.

Es suave, cálida y perfumada, y detesto pensar que Mark tenga razón. Estoy de rodillas y sin la menor dignidad.

Toco el timbre con el codo, y al poco una señora con el pelo blanco, como algodón de azúcar, me abre la puerta.

—Buenas noches. Sofía se ha quedado dormida en el coche, porque lleva dos días sin dormir, y no he sido capaz de despertarla. Encantado, soy Hayden West, un compañero. Le daría la mano, pero no puedo.

—Entra, ¡adelante! Juana, Paloma, ¡levantad el culo del sofá! A casa, que es tarde —les grita.

Supongo que son el club del cupón, porque las dos recogen una pila de revistas y, después de hacerme un TAC de pies a cabeza, se marchan.

—Por favor, déjala en el sofá.

Coloco a Sofía en el sofá que hay en el pequeño comedor y la cubro con una colcha de ganchillo. Ella ni siquiera pestañea, e incluso se vuelve hacia el otro lado.

—Ahí la tiene, sana y salva —le digo—. Solo está agotada. Necesita descansar.

—¿Habéis cenado? —me pregunta la señora, que me imagino que es su abuela.

—No. De hecho, Sofía esperaba que hubieran sobrado unas tortitas, pero no la despierte —le respondo mientras me dirijo a la puerta—. No las molesto más, que pasen una buena noche.

—¿Y tú? ¿No comes? —me pregunta muy seria la señora.

—Tomaré algo de camino a casa.

—¡No puedes irte sin comer! —Su voz suena como si estuviera ofendida—. Has acompañado a Sofía, y debo agradecértelo.

—No es necesario.

Creo que Sofía me mataría si me quedase.

—Siéntate, que voy a poner la mesa —me ordena en tono perentorio, y empieza a trajinar en la cocina.

—Vale, pero solo un rato.

Salgo de la casa e inspecciono la calle a derecha e izquierda.

—¡Eh, Doris! —la llamo—. Tengo un trabajo para ti.

La mujer se acerca medio a rastras por la acera, tambaleándose.

—¿Qué quieres, Rockefeller?

—Estos cincuenta dólares son para ti —le digo, tendiéndole el billete. Hace el gesto de cogerlo, pero se lo impido—. Voy a quedarme a cenar. Si cuando acabe la cena, el coche está aquí, te daré otros cincuenta.

—¡Por cien dólares, le saco brillo! —Dicho lo cual, Doris se escupe en la manga, dispuesta a pasarla por el capó.

—¡No, gracias! Ya está brillante. Tú solo vigílalo, por favor.

—Lo que usted mande, señor Rockefeller —indica, y se aposta delante del vehículo con mirada amenazadora.

Cuando vuelvo a entrar, en la mesa hay toda clase de manjares.

—Siéntate, Hayden —me dice la abuela.

—Gracias, señora Cortez. Esto es demasiado —le comento encantado mientras me llena el plato.

—Me llamo Blanca.

—Pues entonces gracias, Blanca —repito antes de hincarle el diente a una tortita con guacamole, que una vez en la boca me parece suave como una nube.

—¡Jesús! —exclamo.

—¿Qué pasa?

—Sofía me había dicho que sus tortitas eran buenas, pero no me imaginaba hasta qué punto.

—Es la receta de mi madre, tal como la hacía su abuela y, antes, su bisabuela —me explica orgullosa—. Prueba un buñuelo de plátano.

—¿Hace mucho que viven aquí? —le pregunto para iniciar una conversación formal.

—Desde siempre. Aquí he criado a mi Roxana desde que llegamos de Limón. Era pequeña, tenía dos años —me explica—. Pero al principio la compartíamos dos familias; una por planta.

—¿No hay ningún señor Cortez?

—¿Te refieres a mi padre o al de mi hija?

—¿A ambos?

Blanca suspira y se encoge de hombros.

—Mi Grancito tenía que reunirse con nosotros, pero no pudo. No teníamos suficiente dinero para tres pasajes de avión, así que nos mandó aquí a Roxy y a mí. Después, él se nos uniría viajando en autocar.

—Pero Costa Rica es un país con una economía bastante sólida —le comento—. En cuanto a calidad de vida, es uno de los mejores de Centroamérica.

—Tiene una buena economía, sí, pero no para todos. En la periferia de Limón, cada día podía ser el último. Marcharse nos pareció la mejor opción.

—¿Grancito llegó a venir?

—No. Su autocar fue asaltado por unos bandidos mientras cruzaba Honduras; la banda mató a todos los pasajeros. No supe hasta meses más tarde que Grancito viajaba en ese autocar.

—Lo siento mucho.

—Yo era joven, estaba sola, no hablaba inglés y tenía una niña pequeña… Fue difícil, pero Grancito contaba con muchos amigos aquí, buenas personas que nos ayudaron. Me encontraron trabajo en los estudios: empecé de limpiadora y después hice de costurera. Hacía todos los trabajos de bordado más difíciles, porque yo era la más precisa. Por la sastrería en la que trabajaba pasaron Jane Fonda, Diane Keaton, Meryl Streep… —Señala las fotos colgadas en la pared, y que confirman sus palabras. La mujer de pelo oscuro que aparece junto a las divas rubias debe de ser ella de joven.

—Entonces, Sofía debía de ser la niña con los vestidos más bonitos de Lincoln Heights.

—La más guapa y la más inteligente. Creó un periódico de barrio donde cada semana publicaba las noticias de nuestra calle: a Gonzalo se le ha roto el cortacésped, la misteriosa desaparición del correo de Paloma, Olavo ha pintado la valla de rosa… ¡Espera!

Blanca se levanta, abre un armario, empieza a rebuscar en su interior y saca una hoja de papel rayado, doblada por la mitad.

—He guardado uno de sus borradores.

Me lo pasa y, como si fuera un periódico de verdad, había encolado las cabeceras y los titulares en los textos de cada una de las cuatro páginas. También las ventanas para las imágenes, el artículo de relleno, el sumario… Leo: *Eastlake Avenue Echo*.

—Se inventaba hasta la publicidad —comento, señalando un recuadro en el que pone: «Roxana, cabello y uñas a domicilio».

—Con su paga semanal hacía veinte fotocopias que después doblaba e introducía en los buzones de todos los vecinos.

Lo abro y veo el primer artículo: «¿De quién es la alarma que suena cada mañana a las cinco?» —leo en voz alta, y continúo—: «Coche verde abandonado hace una semana sin que aún haya aparecido el propietario. Se sospecha que ha sido robado».

Ya le gustaba investigar.

—A Sofía siempre le fue bien en la escuela. Nunca tuvimos que regañarla por no hacer los deberes o distraerse. Ojalá hubiera tenido la vida así de fácil con mi hija Roxana.

»Al menos, las tardes que pasé controlando que estudiase me sirvieron para aprender inglés. ¡Aunque menudo esfuerzo! Eh, que mi Roxy es un rato lista, pero no es inteligente. Sofía es inteligente, aunque no tiene picardía. La buena noticia es que la picardía se puede adquirir.

—¿Y el padre de Sofía?

—Un gallito que se creía un gran hombre, pero que desapareció el día que Roxy dio a luz. Mejor así. Sofía no se ha perdido nada. Ese cabrón no tenía nada que enseñarle. Nos las hemos apañado sin él. ¿Quieres patatas dulces, Hayden?

—La verdad es que ya estoy lleno.

—¿Hayden? —La voz pastosa de Sofía nos sorprende desde el sofá. Nos observa parapetada tras el respaldo—. ¿Qué haces aquí?

—Te he traído a casa mientras dormías como un tronco.

—Ven a comer tú también —le ordena la abuela.

Sofía se despereza y se nos une.

—Veo que te has puesto las botas —me dice señalando mi plato.

—No he podido negarme, tu abuela ha sido categórica al respecto.

—¿Cómo están sus tortitas?

—Son una auténtica locura.

—¿A qué esperas? —la regaña Blanca pasándole el plato

rebosante—. Y no te levantes de la mesa hasta que hayas acabado.

—Abuela… ¿Has sacado la vajilla de las grandes ocasiones? —inquiere Sofía, señalando la porcelana que hay sobre la mesa. El borde de los platos está decorado con una elaborada fantasía de rosas, al estilo azulejo.

—¿Acaso querías que usara la de diario?

—Esta la conservas como si fuera una reliquia. Solo la hemos utilizado para la quinceañera y por mi graduación, porque tienes miedo de que se rompa.

—Pues entonces trátala bien.

—Esta vajilla formaba parte de su ajuar de boda. Lo envolvió todo y lo metió en una maleta cuando vino a Estados Unidos, pero una vez que aterrizaron mamá y la abuela, solo habían sobrevivido estas cuatro piezas —me explica Sofía, señalando los platos en los que estamos cenando—. Como es el único recuerdo que conserva del abuelo, los tiene expuestos en el aparador.

—Es un honor —digo.

—«Cada rosa tiene su espina» —indica Blanca, complacida—. ¿Quieres que te lea tus conchas, Hayden?

—¡No! —la frena en seco Sofía.

—¿Qué quiere leerme? —le pregunto.

—Es un ritual adivinatorio de la santería. No queremos traumatizarlo de buenas a primeras, ¿verdad, abuela?

—Las conchas siempre dicen la verdad —le replica la señora, ofendida.

Sofía se levanta con su plato.

—Haremos lo siguiente: meteré la comida que ha sobrado en un táper, me lo llevo y me lo como en casa, ¿vale? Hayden, ya puedes irte, no te sientas obligado a quedarte.

—Tengo todos tus vaqueros en el coche —le recuerdo.

—Ah, sí… Ahora los cojo.

—Ya te los llevo yo.

—No hace falta —insiste.

—Tienes las manos ocupadas con las fiambreras, ¿cómo te las apañarás?

—De verdad, Hayden, no es necesario. Déjame la caja en la acera y haré dos viajes —me indica mientras Blanca le apila un táper tras otro en el regazo. Son tantos que se ve obligada a emplear la barbilla para sujetarlos.

—Vamos, hazle caso, querida —la exhorta su abuela—. Permite que te ayuden, aunque sea una vez en la vida.

Sofía suspira y deja caer los hombros en señal de rendición.

—Vale, llévamelas tú —transige al fin.

Capítulo 40



Sofía

Puedo sentir la mirada de mi abuela taladrándonos la espalda, semioculta tras la cortina de la ventana del salón. Ahora irá detrás de la cocina para ver cómo doblamos la esquina.

Antes de que salga detrás de Hayden, me agarra del codo con sus dedos huesudos y me susurra:

—Mira qué te digo: Hayden es una espina. —A continuación me guiña un ojo, entusiasmada.

—¡Oye, Rockefeller, tu coche sigue aquí! —exclama Doris dirigiéndose a Hayden—. Suelta el resto.

—Cincuenta más si te esperas hasta que acompañe a Sofía a su casa, que está en la calle de atrás.

—De acuerdo, pero espabila.

Hayden saca la caja del maletero.

—Vamos.

—¿Qué quiere Doris de ti? —le pregunto mientras caminamos hacia mi casa.

—Tenemos un acuerdo de custodia. ¿Por qué has querido salir por piernas de la cena en cuanto tu abuela me ha propuesto…? ¿Cómo era? ¿Leerme las conchas?

—Porque no necesitas tener más motivos para considerarnos extravagantes a mí o a mi familia. Ella es una seguidora de la santería, un culto sincretista que combina elementos del catolicismo y de la cultura yoruba. La lectura de las conchas es uno de los muchos rituales adivinatorios que se emplean para leerle el futuro a una persona.

—¿A ti te las ha leído?

—Sí.

—¿Y qué ha predicho?

—Que soy una rosa sin espinas, expuesta a las mordeduras de los parásitos, pero que pronto llegaría mi espina. Nada particular.

—¿Y tú te lo crees?

Suelto un resoplido.

—Me limito a seguirle la corriente para hacerla feliz. Te ha contado la historia de ella y de mi abuelo Grancito, ¿verdad?

—Sí.

—Se la cuenta a todo el mundo.

—Entonces ¿tu familia sois ella, tu madre y tú?

—Sí, solo nosotras tres.

—No debe de haber sido fácil.

—Siempre hemos sido independientes, y la comunidad latina de Heights está muy unida. Aunque, claro, nunca se es lo bastante prudente, y la abuela ponía cada noche unos zapatos de hombre fuera de la puerta. O colgaba algún mono de trabajo en el tendedero para hacer creer que había un hombre en casa.

—Muy lista.

Llegamos frente a la verja, que sigue rota. Nos dirigimos a la puerta de entrada y Hayden deja la caja de Casey en el suelo.

—Muchas gracias, y disculpa por el ridículo de antes —le digo, un poco avergonzada.

—¿Qué ridículo?

—Por haberme quedado dormida, por haberte sentido obligado a llevarme a casa, por haberte visto forzado a comer, a escuchar el parloteo de mi abuela… —le enumero.

—Ha sido agradable, y la comida muy rica. Además, Blanca me ha contado muchas cosas de ti.

Dios mío.

—¿Qué clase de cosas?

—He visto tu *Eastlake Avenue Echo* —me anuncia, con una sonrisa cantarina.

—Por favor, no me digas que lo ha hecho de verdad —gimoteo mientras busco las llaves en el fondo de mi bolso con una mano, y con la otra mantengo los tápers en un precario equilibrio.

—¿Al final se descubrió de quién era la alarma que sonaba todas las mañanas a las cinco?

Apoyo la pila de fiambreras en el suelo y me siento en los escalones del porche para buscar las llaves de casa, que parecen haber sido engullidas por los meandros de mi bolso.

—No.

—¿Sospechabas de alguien?

—Era una alarma inquietante, ¿vale? Parecía una de esas sirenas de evacuación, pero con un sonido fatigoso y arrastrado, de película de terror.

—¿Y dejó de sonar de un día para otro? —insiste Hayden.

—¿Y eso qué importa? ¡Es una historia de hace más de veinte

años, que excitaba la imaginación de una niña!

Hayden se sienta a mi lado en el escalón.

—Yo también habría querido ser tan apasionado cuando era pequeño. Tú ya sabías lo que querías hacer; yo, en cambio, he tardado un poco más en darme cuenta.

—Quizá haya sido mejor así, puesto que, de los dos, tú eres el que ha triunfado indiscutiblemente. Cuestión de suerte. Tú sabes que eres bueno —señalo.

—¿Tú me consideras bueno?

—Aunque me cueste mucho admitirlo, sí. Siempre he despreciado el cotilleo, pues me parecía un género frívolo y superficial, pero no me percataba de hasta qué punto tenía que ver con la psicología de la gente. Para escribir sobre cotilleos, para comprender a qué vale la pena dedicarle una columna y a qué no, para contar una historia, para dilucidar la verdad entre las mentiras, la sustancia entre las apariencias, hay que saber entrar en la cabeza de las personas. Y tú eres capaz de hacerlo —le confieso, incapaz de mirarlo directamente a la cara.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Y entonces por qué me parece que no soy capaz de entrar en la tuya? —El tono de su voz ha cambiado, ahora suena más grave, casi ansioso.

—¡Dios mío! Ya creo que lo consigues, y puede que demasiado. Estás mucho más adentro de lo que debería permitirme.

—Pues a mí no me lo parece.

—Hayden… —No sé cómo continuar la frase.

Eso por no hablar del frasco de agua perfumada de coco de Victoria’s Secret que está al fondo de la guantera, que sin duda no es suyo, y que esta noche me ha recordado que también hay alguna

parte que confía en que el hecho de que Hayden esté conmigo no supone un peligro. Cuán equivocada está.

Me recoge el pelo detrás del hombro.

—¿Qué hago en tu cabeza, Sofía?

—Temo que una parte de mí ya no recuerda lo capullo que fuiste conmigo en la universidad —le indico.

—O que esa parte me haya perdonado —sugiere—. Aunque no quieras aceptarlo.

—No es que no quiera, es que no puedo.

—¿De verdad no puedes superar aquella estupidez de no haberte dejado entrar en la fiesta de la fraternidad?

—Si hubieras sentido la humillación que yo sentí, lo sabrías.

En un impulso de hallar consuelo, tomo el táper que está encima de la pila y retiro la tapa: galletas rellenas de dulce de leche, lo que necesitaba.

—Hay algo que debes saber —me dice con voz culpable—. No sé si jugará a mi favor o agravará más las cosas, pero, si la opinión que tengas de mí ha de depender de ello, más vale que sepas toda la historia.

—¿Qué historia?

—La fiesta a la que fuisteis invitadas tú y tu grupo de amigas era la primera en la que participaba como miembro de la fraternidad. Yo aún no conocía los ritos de la Eta-Delta-Theta y ese día descubrí qué era el «Sacrificio de la Vestal a la Tríada». Justo antes de que comenzaran las celebraciones.

—¿La qué?

—La Tríada está compuesta por el presidente, el vicepresidente y el tesorero de la fraternidad; la Vestal es una chica de primer curso, virgen, que pasa la noche con ellos y, sin que ella lo sepa, se graba un vídeo que más tarde se proyecta en exclusiva para los miembros

de la hermandad. La Vestal que el presidente, Scott Preston, había escogido para aquella noche eras tú, Sofía.

Al oír esa frase, casi se me atraganta el trozo de galleta.

—¡¿Yo?!

Hayden asiente.

—En las duchas, le oí decir a Scott: «Nos cepillaremos a Cortez por delante y por detrás». Por eso, en el último minuto, desconcertado por aquella información, lo mejor que se me ocurrió para evitarte aquella barbaridad fue impedirte que participaras en la fiesta. Le dije al encargado de la puerta que no estabas invitada, y que las pobretonas de los barrios populares no tenían cabida en la hermandad.

—No sé qué decir.

—Siento haber sido tan brutal, pero utilicé el arma que mejor sabía usar, la desigualdad social, consciente de que, si te humillaba, te alejaría de allí inmediatamente.

—¿Cómo narices sabían que yo era virgen? —balbuceo, tratando de reprimir una especie de vergüenza retroactiva.

—Los Eta-Delta-Theta lo sabían todo de todos los estudiantes. Tenían un archivo con el retrato robot de cualquiera que despertara su interés. Como en la mayoría de las fraternidades, en realidad. El traspaso de poderes entre el presidente saliente y el nuevo presidente también incluye la transferencia de dicho archivo.

Mientras asimilo la información, un malestar oscuro y frío se abre camino en mi pecho.

—Tú fuiste presidente de los Eta-Delta-Theta —susurro con un hilo de voz.

—Sí, ¿y aquel año sabes qué sucedió unas horas antes de la fiesta inaugural? ¿Te acuerdas?

Tengo la mente en blanco.

—En este momento me resulta imposible.

—La inundación de la biblioteca —me recuerda—. A propósito de la cual llenaste páginas y páginas de tinta sobre mi ignorancia con respecto a la libre disponibilidad de las personas para acceder a la cultura. Porque yo, gracias a mi dinero, podía permitirme comprar todos los libros del mundo, y, por eso, para mí una biblioteca solo era un espacio atestado de volúmenes polvorientos que podía utilizar como mi sala de juegos personal —recita como si se hubiera aprendido de memoria mi artículo del *Trojan*.

—¿Lo hiciste a propósito para no participar en el Sacrificio de la Vestal? —me pregunta.

—Sí, y el plan funcionó. Como puedes imaginarte, me pasé toda la noche compareciendo ante el rector, recibiendo amenazas de expulsión y toda clase de represalias, pero en mi fuero interno estaba convencido de que un cheque firmado por Daniel West lo arreglaría todo.

—¿Y el año anterior, cuando el presidente era Kovac? —inquiero —. ¿Fue aquella famosa fiesta en la que todos acabasteis en la enfermería por intoxicación alimentaria?

—La pasión de los Eta-Delta-Theta por organizar bufets de marisco me proporcionó la cobertura perfecta para verter jarabe de ipecacuana en los cócteles. No resultó agradable (imagínate una sala con casi ciento cincuenta personas, yo incluido, vomitando por todas las esquinas), pero sí eficaz.

—Me suena que también escribí un artículo sobre el tema: «El karma castiga al elitismo de los Eta-Delta-Theta».

—Las fraternidades tienen una tendencia irracional a la superstición, y, tras aquellos dos años funestos, se decidió suprimir la fiesta inaugural. Incluidos todos sus rituales —concluye Hayden.

Le paso el táper.

—¿Una galleta? El dulce de leche es una crema láctea parecida a la leche condensada.

—¿Es tu modo de decirme que me perdonas?

—La humillación la padecí igualmente, pero, ahora que sé cuál fue la intención de fondo, duele un poco menos.

—Lo tomaré como un «sí».

—De todos modos, impedirme la entrada no libró a otras chicas del Sacrificio de la Vestal a la Tríada —señalo.

—Ya, pero a mí me gustabas tú.

Su frase me impacta como una bala entre los ojos, como si me hubiera atropellado un camión a doscientos kilómetros por hora, como si me hubiera incinerado un lanzallamas. Me lo quedo mirando con la boca abierta.

—¿Yo te…?

—Me gustabas —confirma—. Siempre te sentabas en la primera fila en todas las clases, y yo detrás con los folloneros, y me pasaba las mañanas mirándote. Al menos hasta que abriste tu guerra personal en mi contra.

—No… No tenía ni idea

¿Hubo realmente un momento en el que fui objeto de la atención de Hayden West?

—Fui muy bueno disimulándolo.

—Mucho.

—En cualquier caso, tampoco te habrías fijado en mí. —Hayden me observa con esos increíbles ojos suyos, y yo me pierdo en el turquesa de sus iris, buscando un asidero para no ahogarme—. Además, me sentía culpable porque yo fui quien hizo que te enviaran, a ti y a tus amigas, la invitación para asistir a la fiesta inaugural. Por esa razón, aún me sentí más mierda cuando te prohibí la entrada.

—Me hubiera gustado saberlo —se me escapa.

—¿Habría cambiado algo? —me pregunta al instante, como si quisiera que mis palabras brotaran ininterrumpidamente de mi boca.

—No lo sé —divago—. ¿Habría cambiado? —inquiero, esforzándome en reprimir un «sí» que pugna por salir de mi garganta—. Tal vez.

—No me has dejado ni una galleta —protesta, señalando la fiambrera vacía.

—Estaba tan absorta escuchándote que no me he dado cuenta.

—Te has manchado de dulce de leche —me dice—. En el labio superior.

Heme aquí: Hayden West me hace la confesión más desconcertante de mi vida y yo lo miro todo el tiempo con la boca pringada de relleno de galletas. Memorable.

—¿Aquí? —pregunto, pasándome el índice por el contorno de los labios.

—Sí.

—¿Ya no hay?

—No queda nada.

Estoy a punto de limpiarme con la servilleta que hay en el fondo del táper, pero Hayden toma mi mano y acerca mi índice manchado de dulce de leche a la boca.

—En vista de que te has acabado todas las galletas, solo me queda una forma de probarlas.

Podría retirar la mano, pero no lo hago. Dejo que Hayden capture mi dedo entre sus labios, lo envuelva con voracidad y haga girar la lengua a su alrededor. Despacio, en una caricia lasciva. Todo ello sin apartar sus ojos de los míos.

Retiro el índice milímetro a milímetro y dejo la yema apoyada en su labio inferior, que se tensa esbozando una pícara sonrisa.

—¿Está bueno? —le pregunto, susurrante.

—Lástima que se haya terminado.

—Puedo ofrecerte otra degustación, si quieres.

—¿Cómo?

Me acerco un poco más a él, inclino la cabeza y ahora mi boca está peligrosamente cerca de la suya.

—Si quieres descubrirlo, tendrás que acercarte un poco tú también.

Hayden no espera a que repita la invitación, y se inclina hasta que nuestro aliento nos cosquillea los labios.

—¿Así? —me susurra.

El último milímetro me lo cede a mí.

Estoy a punto de besar a Hayden West, y no hay una sola partícula de mi cuerpo que se resista.

Y, justo cuando ya siento el calor de su boca en la mía, nos interrumpe el molesto sonido de mi móvil. A través del bolso abierto, en la pantalla puede leerse en letras mayúsculas la palabra «RAFAEL».

—Mierda —murmuro para mis adentros, mientras Hayden se retira sacudiendo la cabeza, pues él tampoco da crédito a la estupidez que hemos estado a punto de cometer.

Ashley, Rafael, la investigación…

Hayden se incorpora de los escalones y enfila el camino hacia la verja.

—Hayden… —lo llamo sin saber qué decir, mientras el teléfono sigue sonando.

—Buenas noches, Sofía.

Capítulo 41



Hayden

No me puedo creer que se lo haya dicho.

Capítulo 42



Sofía

—Tienes cara de alucinada —observa Cindy desde su puesto—. Y no me digas que no es verdad, porque ahora llevo gafas. Por lo que esta vez no me lo trago.

—No he dormido —mascullo, mientras sacudo la enésima ficha que ha cumplimentado una paciente de la Avila's Clinic.

—Mira a la cámara tres segundos, Sofía —me pide Kim desde la puerta, apuntándome con el móvil.

—¿Por qué?

—Es un tema de tendencias, para las redes sociales. «Trabajar en periodismo no es nada estresante: Sofía Cortez, treinta y un años» —tuitea satisfecha, y me muestra la foto, alterada con un filtro de envejecimiento.

—Tú sí que sabes levantarme la autoestima… —le digo, pero ya me da la espalda, directa hacia su próxima víctima.

—La muy zorra… —exclama Cindy—. Kim es mordaz, pero hoy se la ve más agitada de lo habitual. ¿Tienes problemas en casa?

—No, todo en orden.

—¿Con Rafael?

—No.

Aparte del hecho de que me llamó para decirme que estaba pensando en adelantar su regreso —lo cual debería hacerme feliz, y en cambio solo me ha arrancado un escueto «ah»—, no hay nada nuevo en ese frente.

—¿Andas falta de fuentes que te consigan chismorreos sensacionalistas? —sigue indagando.

—Hoy también hemos salido al paso en la sección con una presunta pelea entre *influencers* que, al menos hasta hace dos días, eran inseparables. —Apoyo la frente en el escritorio para ocultar el rostro. No sé cómo contarle lo de la confesión que me hizo Hayden, y que casi nos besamos—. Debe de estar a punto de bajarme la regla, porque me siento desfasada.

—Yo llevo tres días de retraso. Si no fuera por el Nomyra, ya habría entrado en pánico.

Vuelvo a repasar la ficha en la que estoy trabajando e introduzco los datos de la paciente y sus síntomas en la base de datos.

Cora Pratt, cuarenta y seis años, dos hijos. Nomyra implantado hace veintidós meses: migrañas, dolores en las articulaciones, rigidez muscular, náuseas y drástica disminución de la vista.

«¿Drástica disminución de la vista?».

—Cindy, ¿cuándo te pusiste el Nomyra? —le pregunto.

—Hace seis meses, ¿por qué?

—¿Y desde cuándo has empezado a notar que has perdido vista?

—Nunca he sido un lince. He pasado por alto una leve miopía durante muchos años, y con los sucesivos embarazos ha ido

empeorando —responde sin concretar.

—¿Y dolores de cabeza? ¿Aún sufres dolores de cabeza?

—Acabaría antes si tuviera que decir cuándo no los tengo, pero con cinco criaturas en casa reto a cualquiera a no tenerlos.

—¿Y qué tal va el dolor de espalda?

—Tengo días buenos y días malos. Imagínate, todos los días con un bulto de trece kilos en brazos…

—Cindy —le digo inclinándome hacia ella, mientras una sospecha se abre paso en mi mente—, ¿nunca has contemplado la posibilidad de que tus dolencias estén relacionadas con el Nomyra?

Ella me mira, y alza los ojos al techo en busca de una respuesta.

—No sabría decirte, son malestares comunes.

—Es verdad, ¿pero todos a la vez?

—Nos vamos haciendo mayores, tenemos que aceptarlo. Los treinta no son los nuevos veinte, por si alguien te ha dicho lo contrario.

—Hum… —murmuro poco convencida.

La segunda pista empieza a martillearme la cabeza con tanta insistencia que no hay manera de acallarla.

Le envío un mensaje a Michelle, pues con ella es más fácil comunicarse por escrito que de viva voz, y a partir de entonces me paso el resto del día contando los minutos que faltan para salir. En cuanto el monitor marca las 17.00, salto de la silla y vuelo a ver a Hayden.

Es la primera vez que entro en el elegante complejo residencial de The Palm y los conserjes, tras saludarme, no me ponen trabas cuando me dirijo a buen paso hacia los ascensores. Bueno, me dirijo más bien corriendo.

En cuanto llego al piso de Hayden, pego el dedo al timbre y no lo

retiro hasta que me abre la puerta.

—¡¿Sofía?!

Me mira consternado, asomando la cabeza por el resquicio.

—Hiciste que incluyeran mi nombre en la lista de accesos autorizados, por si no lo recuerdas —le refresco el dato.

—Sí, por supuesto —asiente, aún perplejo, con cara de haber sido pillado in fraganti.

—Dime.

—Tengo una teoría, y en mi opinión tiene sentido. Quería exponértela.

—¿Ahora?

—Sí. También porque he tomado una iniciativa que podría considerarse medio ilegal, y por tanto necesito hablar contigo. Hum, ¿puedo entrar? —le pregunto, hecha un manojo de nervios.

Me desconcierta su actitud reticente. No parece el mismo hombre que ayer me cogió un dedo y lo chupó como si no existiera otra cosa en el mundo.

Hayden cruza el umbral y ajusta la puerta tras de sí, cauteloso.

—Este no es un buen momento. Tal vez podríamos vernos más tarde, ¿dentro de una hora y media, por ejemplo? Ya pasaré yo a buscarte.

De pronto, como si se encendiera un letrero de neón ante mí, lo entiendo.

—No estás solo, ¿verdad?

Hayden niega con la cabeza.

Ashley. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Estúpida de mí, he puesto en duda una relación de dos años por alguien que está jugando con la confianza de su propia pareja. Porque, si bien es cierto que yo tampoco estoy libre de culpa, él me está diciendo que, cuando ella está presente, se comporta como un compañero «fiel».

Lástima que, en cuanto Ashley dobla la esquina, vuelve a estar disponible para coquetear conmigo.

—Lo entiendo. Disculpa. Tendría que haberte avisado antes de irrumpir aquí. Además, pensándolo bien, no es nada profesional que quedemos en tu casa o en la mía —le digo mientras doy un paso atrás, con el corazón aplastado por una losa con la siguiente inscripción: «No debería estar aquí».

—No te preocupes. No pasa nada, pero es que en este momento me encuentro en una situación algo delicada, es un tema privado y…

De pronto, se abre la puerta a su espalda.

—Papá, por favor, ven a ayudarme a dibujar los unicornios. Tío Corey no sabe.

En ese instante asoma una cabecita rubia, y dos grandes ojos del mismo color turquesa que los de Hayden me miran con aire interrogativo.

¿Ha dicho «papá»?

Capítulo 43



Hayden

Mi hija me mira como exigiéndome que le responda de inmediato, y Sofía me observa consternada. Atrapado entre ambas, me siento desarmado y torpe. Y solo veo una única alternativa posible.

—Mi hija Ashley —indico—. Ashley, ella es una compañera de papá, se llama Sofía. ¿Qué te parece si la saludas?

Sofía reacciona al instante con una amplia sonrisa, se agacha para estar a su altura y le tiende la mano.

—Hola, Ashley, ¿cómo estás?

Mi hija se la estrecha a su vez.

—Yo bien, gracias. ¿Sabes hacer pulseras de la amistad?

—¿De esas con cuentas de colores? —le pregunta.

—Quiero hacer una para mí y otra para cada amiga del centro ecuestre, con los nombres de nuestros caballos —le explica Ashley —. ¿Me ayudas?

—¿Por qué no terminas de colorear los unicornios que te he dibujado?

—Ya no me apetece, quiero hacer las pulseras con Sofía.

—Hum, vale —acepta Sofía—. ¿Cómo quieres hacerlas? ¿Todas con los colores del arcoíris o cada una de un color en concreto?

—Te enseño las cuentas que tengo en la caja. Si saco una «A» en el examen, papá también me regalará estrellitas doradas para ensartarlas con las otras.

Sofía me mira y comenta en tono jocoso:

—Yo creo que tu papá te las regalará igualmente.

—Entremos —digo, y lanzo un suspiro—. Ya te lo explicaré más tarde —le susurro a Sofía, que ya sigue a mi hija al interior del apartamento.

—Siéntate conmigo en la alfombra, Sofía —le indica Ashley.

—Corey, tú ya conoces a Sofía, ¿verdad? —le pregunto.

—La consejera delegada, querrás decir —lo corrige, y me tiende la mano—. Es todo un honor.

—Corey es mi representante, y ocasionalmente mi canguro —le explico a Sofía, a modo de presentación.

—¿En el sentido de que tienes que cuidar de Hayden? —le pregunta Sofía con sarcasmo.

—Exactamente —le responde él entre risas.

—A lo sumo, soy yo quien cuida de ti, Corey, no al revés. Pero en días como el de hoy, cuando surge una emergencia, me echa una mano con Ashley.

—Tengo siete años. No necesito un canguro, sé cuidar de mí misma —puntualiza Ashley, ofendida.

—Tienes razón —la apoya Sofía—. Yo a los siete años ya dirigía un periódico: el *Eastlake Avenue Echo*. Lo financiaba con mi paga semanal.

—Pues yo quiero crear una marca de joyas —le explica mi hija, que ahora está ocupada amontonando cuentas en las manos de Sofía, dispuestas en forma de cuenco—. Usaré mi fondo fiduciario.

—A mí también me habría venido de perlas.

—¿Tu padre no te ha abierto uno? —pregunta Ashley con desparpajo.

—Eso no es asunto tuyo, princesa —la reprendo.

—Por desgracia, no —le responde igualmente Sofía—. No debió de acordarse.

—Vale, pero deberías decírselo. ¿Cuánto tiempo has tardado en dejarte crecer así el pelo? —Ashley abandona las pulseras —que Sofía sigue ensartando pacientemente— y coge un cepillo de su baúl de los juguetes—. ¿Puedo cepillártelo? Corey lo está perdiendo, y a él no puedo hacérselo.

—¡Eh! —protesta Corey desde el sofá, donde anda ocupado en terminar los deberes de Geografía de Ashley—. No lo estoy perdiendo. Es solo una ligera alopecia, debida al estrés.

—Tranquilo, que en Navidad te regalaré un trasplante —me burlo con cariño.

—Mi madre es peluquera. No me preguntes cómo lo ha hecho, pero, con un tratamiento de su invención, ha logrado reducir la calvicie de nuestro vecino —le explica Sofía—. Si quieres, te paso su número.

—Gracias, me será de más utilidad que las puñaladas de estos dos.

—¿Sabes, papá? Deberías hacerle trenzas también a Sofía, le quedarían de maravilla —sugiere Ashley.

Intrigada, Sofía me lanza una mirada de soslayo.

—¿Trenzas?

—A lo largo de los años he desarrollado diversas habilidades

sociales —digo a modo de justificación.

—Papá, me las hace cada vez que me acompaña a equitación. Ven aquí, papá, házselas a ella con las gomas azules que tienen mariposas —me ordena.

—¡Helado! —exclamo—. ¿Qué te parece si vas con el tío Corey y os tomáis una copa gigante de helado?

—Pero si siempre refunfuñas cuando como cosas dulces por la noche, y me dices que luego no duermo —me echa en cara Ashley.

—Hoy puedes.

Le lanzo una mirada implorante a Corey, que la pilla al vuelo y se pone en pie.

—Yo siempre me apunto a un helado. ¿Vamos, Ashley?

Mi hija nos mira a Sofía y a mí.

—¿Vosotros no venís?

—Tenemos que hablar de trabajo, cosas aburridas —le respondo mientras le paso mi tarjeta de crédito a Corey—. Volved dentro de una hora.

Me despido de ellos y me quedo a solas con Sofía, que sigue sentada en la alfombra con las piernas cruzadas, jugando con las cuentas de Ashley.

—Me imagino que ahora es cuando te explico la historia —le digo azorado, rascándome la cabeza mientras me mira sin ocultar su curiosidad.

—No me debes ninguna explicación. Además, yo diría que está todo muy claro: tienes una hija.

—Sí, pero tengo la sensación de que, sin el contexto, puede parecer una situación extraña.

Sofía me da la razón:

—Un poco, sí.

—No sé por dónde empezar. Para ser alguien bastante bueno

contando las historias de los demás, me sucede lo contrario a la hora de contar las mías.

—Empezar por el principio podría ser una buena estrategia —me aconseja en plan burlón—. Aunque puedes saltarte la parte del engendramiento: no necesito que me expliques cómo se hacen los niños.

—Tengo un chablis excelente en la nevera, ¿te apetece una copa?

—Eso podría ayudar, desde luego.

—Gracias por tu comprensión. —Cojo la botella y la descorcho—. Ashley tiene siete años, lo cual quiere decir que nació un año después de nuestra graduación, de modo que…

—Las matemáticas no son opinables —constato mientras sirvo el vino—. ¿El cambio de planes al que te referías cuando te pregunté por qué no te habías trasladado a Washington es ella?

—En efecto. —Me siento en la alfombra, a su lado, y ambos nos acomodamos apoyando la espalda en el sofá—. Piensa que ya había sacado el pasaje.

—Así pues, no fue un embarazo deseado.

—En absoluto.

Me bebo más de media copa de un solo sorbo para infundirme valor.

—¿Yo conozco a la madre de Ashley?

Asiento sin titubear.

—Es Madison.

—Ah.

En ese escueto monosílabo está concentrado todo el desprecio que Sofía siente hacia ella, y muy probablemente también hacia mí.

Agito el vino en mi copa, como si, a través de ella, estuviera viendo pasar el flashback de mi historia.

—El último año, la relación entre Madison y yo ya se había deteriorado, y estaba considerando seriamente la posibilidad de mudarme al este. Cuando se lo dije, discutimos y rompimos de forma definitiva.

—Eso ya lo sabía. En realidad lo sabía todo el campus. El rumor de que Hayden estaba libre se extendió con rapidez, y todas las estudiantes solteras de la USC pasaron a engrosar la lista de candidatas.

—Todas menos tú —señala.

—Yo no estaba libre.

—Ah, sí… Estabas con… ¿Cómo se llamaba?

—Guilford. Estuvimos saliendo casi todos los años de la universidad.

—¿Y al final qué pasó?

—Él estaba más interesado en el mundo de la diplomacia. Le surgió una oportunidad en Europa y nos despedimos como buenos amigos.

—Estupendo, lo contrario de lo que me ocurrió a mí. O, mejor dicho, yo era libre de irme a Washington, hasta que Madison y yo tuvimos una serie de «reencuentros». Ya sabes, cuando sois ex pero acabáis en la cama por costumbre.

—Amigos con derecho a roce.

—Algo así. Yo fui muy claro: para mí aquello era mera «diversión», y no una posibilidad de retomar lo que habíamos dejado atrás. Según me decía Madison, le parecía bien. Tres días después de la graduación, cuando volvimos de la fiesta de Hawái…

—¡Tu celebérrima megafiesta! La *West Blowout Fest* —me dice en tono jocoso—. Todo el campus llevaba meses hablando de ello.

—Te invité.

—Invitación que rechacé con mucho orgullo. Aquel no era mi

sitio.

—En cualquier caso, estaba haciendo las maletas para volar a Washington cuando Madison me dijo que estaba embarazada.

—¿Y no os planteasteis otras alternativas? —El tono susurrante de su voz, al pronunciar la última palabra, me deja claro que se refiere a la interrupción del embarazo.

—Estaba en el cuarto mes.

—¡¿En el cuarto?!

—Sí. Según me dijo, no había tenido síntomas y, con el estrés de la graduación, no había controlado el periodo, que, por lo demás, hacía cierto tiempo que no le venía debido a las dietas a las que se sometía. Solo fue al ginecólogo para que le controlasen unas pérdidas, y allí se enteró de que estaba embarazada de varios meses.

—Todo claro. No te interrumpo más, continúa.

—En ese momento me porté como un auténtico cabrón, no me avergüenza reconocerlo. Le dije que no contara conmigo, que yo seguiría con mi vida, como si nada hubiera pasado, pero que podía contar con mi familia para recibir el soporte económico que precisara.

»Después, ya en el avión, pensé que no sería justo para la niña que yo desapareciera, demostrando con ello que no me importaba lo más mínimo. He tenido unos padres ausentes, y no me vi capaz de hacer pasar a mi hija por lo mismo. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía tres años, y mi padre estaba más en Washington que en San Francisco. Solo hablaba con él por teléfono y apenas lo veía en las festividades. No pensaba repetir el mismo patrón que tanto sufrimiento me había causado. Así que volví con Madison.

—Como hija de un hombre que se esfumó sin dejar rastro, te agradezco que optaras por quedarte.

—He pensado muchas veces en la decisión que tomé, sobre todo cuando descubrí que el incidente, en realidad, no había sido un incidente.

Sofía se vuelve de golpe y me mira perpleja.

—¡¿A qué te refieres?!

—Cuando acompañé a Madison a la revisión, a la doctora se le escapó el siguiente comentario jocoso: «Felicidades, no todas dejan de tomar la píldora y se quedan embarazadas al primer intento».

»En la consulta se impuso un silencio glacial, porque Madison me había asegurado que seguía tomando la píldora. Desde luego, fui un estúpido, reconozco mi culpa, pero confiaba en la persona con la que había estado saliendo tres años. Además, antes de que volviéramos a acostarnos, le pregunté si debía usar preservativo, y ella me respondió: "Tomo la píldora, ¿acaso no lo recuerdas?". Lo siento, es demasiada información de golpe.

—Es tu historia, tú decides cómo contarla. ¿Pero por qué lo hizo?

—Madison estaba convencida de que nuestra separación no era más que un capricho momentáneo por mi parte, y pensó que un hijo nos uniría de nuevo. Lo cual fue cierto hasta que supe la verdad.

—¿Madison y tú os seguís relacionando?

—Mantenemos una relación fría pero estable, en régimen de coparentalidad.

—¿Y nunca has vuelto a reincidir en uno de esos «encuentros entre ex»?

—¿Te refieres a si hemos vuelto a acostarnos? —le pregunto sin andarme por las ramas—. ¿Eso te interesa, Sofía?

—Solo en aras del interés periodístico.

—La respuesta es «no». Y que conste que te respondo en aras del interés periodístico.

—Así que Hayden West es un papá —concluye.

—¿Crees que no me pega?

—Para poder decidirlo, primero tendría que ver qué tal haces las trenzas —bromea—. Perdóname por haberos arruinado la velada familiar. Me he dejado llevar porque debía hablar urgentemente contigo.

—Ahora ya estás aquí, dispara.

—He tenido una intuición que podría ser correcta o errónea. Si es errónea, no pasa nada, pero, si es correcta, entonces es una buena y una mala noticia al mismo tiempo.

—¿Cómo es posible?

—Si es correcta, nuestra investigación podría convertirse en algo gigantesco. Hoy estaba catalogando otros cuestionarios y me he dado cuenta de que Cindy, mi compañera de *Hollywood y Alrededores*, presenta los mismos síntomas que muchas pacientes de la Avila's Clinic. A ella también le han implantado el Nomyra, pero lo hizo su ginecólogo. Eso podría significar que los trastornos no son imputables al doctor Herbst, sino a los propios efectos colaterales del Nomyra.

Hayden asiente.

—Entonces ¿eso significa que nuestro imputado sería la empresa que lo produce?

—Para confirmar mi sospecha, necesitamos respuestas, y aquí es cuando llegamos a mi iniciativa.

—¿Esa que «podría considerarse medio ilegal»? ¿El «podría» significa que aún debes ponerla en marcha o que ya lo has hecho?

—Ya está en marcha —me confirma.

—Sería de tontos pensar lo contrario. ¿Y consistiría en…?

—Mi compañera de piso es programadora informática y le he pedido (a cambio de condonarle el alquiler de los próximos dos meses) que entre en el sistema hospitalario de Los Ángeles y

obtenga los nombres y direcciones de las mujeres que se han hecho implantar el Nomyra. También que les envíe el cuestionario.

—Para tu información, eso es totalmente ilegal, no solo medio ilegal —puntualizo.

—Lo sé, pero no quería alarmarte.

—En cualquier caso, ya que es tarde para detenerte, vayamos a todo gas.

Ella me mira sorprendida.

—Me esperaba un «¡¿Te has vuelto loca, Sofía?! Acabaremos en la cárcel».

—He aprendido a fiarme de tu instinto.

—Gracias. También he pedido cita con el doctor Folger, el ginecólogo al que acudió Casey, para preguntarle cómo deberíamos proceder en caso de que mis sospechas fueran fundadas. Nos atendería mañana por la tarde en Montecito.

—Resulta irónico que estemos trabajando en un caso relacionado con un dispositivo anticonceptivo, cuando mi vida se ha visto condicionada por la decisión de Madison de no utilizar uno sin que yo lo supiera.

—Pero ahora que tienes Ashley, ¿podrías decir que vivirías mejor sin ella?

—De ningún modo. Ashley es lo más valioso que tengo en el mundo.

—Entonces ¿por qué la mantienes «en secreto»? Ciertamente, lo tuyo fue un tropiezo de juventud, pero no eres el único al que le ha sucedido. Puedes estar orgulloso de ella. Te adora.

—Y lo estoy. Pero no la oculto por vergüenza, sino porque quiero protegerla. Hay mucha gente que me odia porque he desvelado sus secretos, eclipsado sus carreras y desenmascarado sus mentiras… La lista de personas que querrían ajustarme las cuentas, atacando mi

punto débil, es larga, y, si supieran que tengo uno, no dudarían en usarlo. Registramos a Ashley con nuestros respectivos apellidos, pero acordamos emplear el de Madison, por el momento. Cuando sea mayor, ya decidirá si también quiere usar el de West. Ella y su madre viven en Laguna Beach, lejos de aquí, y suelo ir más yo a donde ella vive que al contrario.

—No lo había pensado, pero me parece una buena decisión.

—En Hollywood no hay nada sagrado. Ni siquiera los niños. En el mejor de los casos, son explotados por los padres para satisfacer su afán de lucro y su codicia; en el peor, se convierten en mercancía de intercambio. No quiero que crezca aquí. Todos los referentes están tergiversados, y la percepción de la realidad está…

—¿Deformada?

—Es como si todo se viera a través del culo de un vaso. Me gustaría que tuviera una infancia lo más «normal» posible. Si es que la normalidad puede definirse.

—Severo pero justo.

—No tengo nada de severo. Ashley me tiene en el bolsillo desde el primer gimoteo, y lo sabe.

—Entonces sí que hay una mujer que puede obtener lo que quiera de Hayden West —comenta sarcástica.

—¿Acaso tú no obtienes todo lo que quieres de mí?

—¡Qué menos, con todo el trabajo que me das!

—Si cediera a la primera, no tendría gracia.

Sofía me mira como si estuviese ofendida.

—Entonces ¿me pones las cosas difíciles por mera estrategia?

—Ponme a prueba, pídeme algo.

Niega con la cabeza.

—Creo que me reservaré esta posibilidad para otra ocasión, gracias por la oferta.

—¿Sabes? Lo cierto es que, de los dos, tú eres la difícil.

—¿Yo?

—Primero lo quieres todo, y después no quieres nada. Me confundes.

—¿A qué te refieres, Hayden?

—¿Le respondiste a Rafael, ayer por la noche? —Sofía guarda silencio. Estira las piernas sobre la alfombra y toma un sorbo de su copa, que ahora ya está casi vacía, para ganar tiempo—. ¿Le has respondido? —insisto con firmeza.

—Sí.

—¿Por qué? —La pregunta suena más virulenta de lo que pretendía.

—¿Cómo que por qué? Es mi novio.

—¿Por qué sigues con él? ¿Por qué lo ayudas con sus tareas? ¿Por qué respondes a las llamadas que te hace con cuentagotas? ¿Por qué te conformas con las migajas?

—Es una relación a distancia. Mantenerla viva resulta difícil. Exige compromiso, exige esfuerzo.

—¡Oh, sí, ya me imagino el esfuerzo que debe de suponer enviarse un email o un wasap! —le replico.

—Me refiero al esfuerzo mental de echarse de menos, de pensar el uno en el otro…

—Un esfuerzo que solo haces tú, por lo que veo —le espeto.

—O al esfuerzo mental de no besarte.

Capítulo 44



Sofía

Mis últimas palabras aún vibran en el silencio de la habitación.

No me atrevo a mirar a Hayden.

¿Cómo hemos llegado a esto? Estábamos hablando de Ashley y de él, y ahora estamos hablando de Rafael y de mí.

En realidad, más de mí.

—¿Tú querrías?

—No sé lo que quiero. —Trago saliva, atenazada por la tensión del momento y también porque me siento culpable—. Te aseguro que no quería ser la tercera en discordia en tu relación, en caso de que hubiera sido a la inversa, porque sé perfectamente lo que se siente al saber que siempre hay otra mujer al lado de tu compañero de vida, y necesito cada gramo de confianza para no dudar de él. Yo tenía la certeza de que había una presencia femenina estable en tu vida, pero no sabía que era Ashley.

—Pues ahora ya sabes que es mi hija, y no una pareja que se consume de celos al vernos juntos, de modo que el círculo de los motivos ya se ha reducido —insiste Hayden—. Y no me vengas con el cuento de lealtad, porque Rafael no es leal contigo.

—Si te estás refiriendo a tu «exclusiva», has de saber que aún no tienes nada que la fundamente. Vale, se fue de vacaciones a los trópicos con la familia de Lynette… Hace meses que trabajan juntos, y eso es algo que los amigos suelen hacer.

—¡¿Amigos?! —exclama Hayden con expresión escéptica—. Muy bien, pues entonces siéntate en mis piernas como hacía Lynette con Rafael en la foto, si es algo tan normal entre amigos —me desafía.

—Nosotros no somos amigos, Hayden.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué somos?

—No lo sé, pero seguro que amigos no. Los amigos no deberían hacerme sentir así.

—¿Así, cómo?

—Como si estuviera suspendida del borde de un precipicio con los dedos, pero, en lugar de tener miedo de caerme, estuviera ansiosa por soltarme.

—Hazlo. ¿Qué te lo impide?

—El miedo a descubrir que me gustaría demasiado.

—No soy psicólogo, pero permíteme que te diga una cosa: Rafael no es tu padre. No volverá contigo solo porque sigas aferrándote a las míseras atenciones que te brinda, ni porque estés ahí cuando te necesite y te utilice, ni porque hagas la vista gorda ante sus escapadas. Abandona esa fantasía irracional y ten el valor de aceptar las cosas como son.

—No tienes derecho a entrometerte en mi relación.

—Pero te apuesto lo que quieras a que, desde que publiqué el artículo sobre Lynette, todos los días estás pendiente de sus redes

sociales, ¿no es así? Es más, te sientes más interesada por las de ella que por las de Rafael. —La voz de Hayden suena desafiante y autocomplaciente. Tiene razón, y lo sabe—. ¿Hoy ya le has echado un vistazo?

—He estado muy ocupada,

—Enséñame el teléfono.

—Ni hablar.

—Muy bien, en ese caso me lo tomaré como una confesión

—Vale, está bien —claudico. Hundo la mano en el bolso y saco el móvil. Abro la aplicación y en la barra de búsquedas, como era de esperar, la última cuenta visitada es la de Lynette—. ¿Ya estás contento?

Hayden cliquea el nombre y abre su perfil. Hay una nueva serie de fotos.

La primera es un primer plano de ella, aunque sin la menor duda alguien la abraza por detrás y apoya el mentón cubierto de una barba oscura en su hombro izquierdo. En el pie de foto pone «Caliéntame». La segunda foto del álbum muestra el interior de una tienda de campaña, desde donde dos personas con las piernas entrelazadas contemplan la puesta de sol. La mochila que se ve en la esquina me resulta familiar, y su propietario no debería tener las piernas entrelazadas con nadie.

Duele, pero donde debería. No duele en el corazón, duele en las vísceras, en el orgullo.

—Ahí tienes la recompensa por tu esfuerzo mental —comenta Hayden.

—Estoy segura de que debe de haber una explicación —replico, defendiendo a Rafael solo por defender mi dignidad.

—Siempre habrá una explicación, aunque sea la más estúpida de todas, si tú estás dispuesta a creerla.

Brutal pero honesto.

Y, aunque me corroe el estómago hasta perforármelo, su teoría de que me conformaría con las migajas mientras esperaba su regreso, como cuando de niña y de adolescente creía que, si era lo bastante buena, mi padre se presentaría en la puerta de casa, tal vez para bailar conmigo el primer baile de mi quinceañera, tiene su fundamento. Pero mi padre, aunque no sea digno de tal título, no es más que un mero donante de ADN, un cobarde. Y Rafael no es mejor.

—Cuando vuelva, hablaré con él…

—Hazlo ahora —me incita Hayden—. ¿Para qué esperar?

Como si quisiera salvarme en el último instante, la batería de mi móvil, siempre al límite, se ha agotado.

—Mira, tengo el teléfono sin batería.

—Usa el mío. —Inamovible, me pasa su móvil—. Seguro que te sabes el número.

—No discutiré una cuestión tan importante en tu presencia.

Hayden enarca una ceja.

—Eso me lo dice la que se ha presentado en mi casa hace una hora sin avisar, irrumpiendo en mi privacidad y en la de mi familia, y obligándome a contarle algo que para mí es tan privado como lo suyo.

—¿Me estás proponiendo un intercambio?

—No lo sé. ¿El respeto hacia ti misma tiene algún valor? —Niega con la cabeza, molesto—. ¿Sabes lo que más me cabrea de ti? Que cuando estás metida en una investigación eres capaz de mover montañas para que la verdad salga a la luz. No comes ni duermes hasta que no obtienes lo que buscas; no te importan los peligros, ni tu salud, ni quebrantar la ley, pero cuando se trata de tu vida privada, de ti misma, te sitúas en el último lugar. Incluso en lo

referente a tu relación.

—No es cierto.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste seis horas seguidas? ¿O que tomaste una comida sana, completa y equilibrada? ¿Has arreglado la jodida puerta?

No.

—¡Tú ganas! Dame eso —le ordeno, arrebatándole el teléfono.

Tecleo el número de Rafael y pulso «llamar».

La pantalla parece estar helada al contacto con mi mejilla ardiente, mientras pasan los segundos y el tuut-tuut de la línea me martillea el oído.

¿Qué le digo? ¿Cómo empiezo? ¿Qué tono de voz empleo? ¿Exigente, enfadado, decidido, decepcionado?

El tuut-tuut se interrumpe, y un rumor al otro extremo me confirma que alguien ha respondido, pero, antes de llegar a abrir la boca, un arrebato de ansiedad me impulsa a colgar.

Hayden me fulmina con la mirada. «Ni se te ocurra», parece advertirme amenazante, así que vuelvo a llamar.

Esta vez, la respuesta es inmediata, pero, yo titubeo unos segundos, antes de llenar el silencio.

—Hola, Rafael.

Pero al otro extremo oigo una voz distante de mujer.

—Amor, te están llamando desde un número desconocido. Ya es la segunda vez: ¿les digo que estás en la ducha y que llamen más tarde?

«Amor».

A lo lejos se escucha el sonido amortiguado de un chorro de agua.

—Sí, Lynny. Pregunta quién es y qué quiere, por favor. Después, ven conmigo, que así no desperdiciaremos el agua.

Pulso con un gesto de hastío el botón de fin de llamada y le devuelvo el teléfono a Hayden.

—Rafael está ocupado —le digo sin entrar en detalles.

—Sí, duchándose con Lynette —me responde.

—¡Me has estado espiando! —lo acuso.

—¿No te has dado cuenta de que lo tenías en «altavoz»? Lo activaste cuando te acercaste tanto el teléfono a la cara.

Perfecto, una humillación en directo, y encima con público.

—Bien, no tengo nada que decirle. Somos personas adultas. Al parecer, la ha elegido a ella, aunque podría haberse molestado en comunicármelo, en lugar de aprovechar la distancia para hacer ver que no pasaba nada. Ya has tenido el espectáculo que querías, por lo que supongo que estarás contento.

Me pongo en pie, me cuelgo el bolso del hombro. La correa me tira del pelo, pero finjo que no me ha dolido.

Hayden también se pone en pie de un salto.

—No estoy contento, ¿me crees tan sádico?

—Yo había venido aquí a hablar de trabajo, pero hemos acabado hablando de cosas personales.

—Tal vez porque entre tú y yo existe una relación más personal de lo que creemos, Sofía.

—No quiero nada personal contigo.

—Esta vez repítelo creyéndotelo, porque ayer no me lo pareció, ni mucho menos —me replica.

—¿Y a ti qué más te da? Te gustaba cuando éramos estudiantes de primer año, pero ese tiempo pasó. Ahora ya da lo mismo. —Cada vez elevo más el tono de voz.

—No da lo mismo, porque he comprendido que me sigues gustando, y verte así me parte el corazón, joder —exclama de repente.

—¿Yo… te gusto? —repito desconcertada, y pregunto—: ¿Te sigo gustando?

Hayden acerca su mano a mi rostro y lo levanta. No sé si tiemblo yo o si son sus dedos. Pasea la mirada por los rasgos de mi cara, como si estuviera estudiando cada detalle.

—Me gustas tanto que me pasé una noche entera escuchando tu respiración, que había quedado grabada en el vídeo.

Hayden apoya su cabeza en la mía, entreabro los labios y…

Corey entra por la puerta con Ashley en brazos, dormida.

Los dos retrocedemos un paso y volvemos a guardar la distancia adecuada.

—Después de tomarnos un helado, la he acompañado a saltar a las camas elásticas. De regreso, me ha pedido que la llevara a caballito porque le dolían los pies, y se ha quedado dormida como un tronco —nos explica jadeante mientras la deja en el sofá—. No sé cómo decirle que ya ha crecido demasiado para cargarla a caballito dos kilómetros.

—Le pongo el pijama y la llevo a la cama —indica Hayden, recuperando la compostura.

—Me voy. Tú y yo ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos. Y puede que más —me despido, aliviada hasta cierto punto por la presencia de Corey, y hasta cierto punto… ¿decepcionada?

Me dirijo a la puerta de entrada y Hayden me sigue en cuanto empiezo a avanzar.

—Espera, te acompaño al ascensor.

Recorremos el pasillo uno al lado del otro en silencio, hasta el ascensor.

—Lo has hecho muy bien —me dice en cuanto pulso el botón de subida.

—No tanto. Al final podría haber dicho muchas cosas y no lo he

hecho. Podría haber hablado con Lynette, dejarle claro que sé lo suyo con Rafael y que, para su alegría, se lo cedo todo a ella. Que no quiero a un hombre que no me quiera, que le deseo lo mejor para el futuro, y que ya le tendré preparados sus efectos personales para que pueda llevárselos. Sin embargo, he optado por huir.

—Me refería a lo de pedirle a tu compañera de piso que hackeara el sistema hospitalario para obtener los nombres de las mujeres que llevan implantado el Nomyra.

—Ah, eso. Fue lo primero que se me ocurrió hacer; debería habértelo consultado antes.

—Habría estado de acuerdo. Ya he asumido que, en cuestión de investigaciones, tú siempre tienes razón. Quizá debería tratarte de verdad como a una consejera delegada.

El ascensor se abre ante nosotros y entro en la cabina.

Hayden me mira desde el rellano.

—Hasta mañana, Sofía.

Las puertas se cierran antes de que pueda responder y, mientras bajo, pienso que no deberíamos despedirnos así. No después de todo lo que nos hemos dicho antes.

Capítulo 45



Hayden

Me quedo frente a las puertas del ascensor más tiempo del necesario, preguntándome si no debería bajar las escaleras, alcanzarla y despedirme como habría querido, aunque algo me dice que es mejor que no.

Me obligo a volver a casa, pero, cuando estoy a punto de entrar de nuevo en el apartamento, oigo un ding a mi espalda.

Me vuelvo, y es Sofía que corre hacia mí.

Capítulo 46



Sofía

—Hayden —lo llamo.

En cuanto llegué a la planta baja, volví a pulsar el botón de su piso, y verlo aún allí, en el pasillo, con la mano en la puerta de entrada, para mí es una señal de que he tomado la decisión correcta.

—Sofía.

Me lanzo en sus brazos, con todo mi peso contra su pecho, de puntillas, para acercarme todo lo posible a su rostro.

—Bésame, bésame ahora, Hayden.

Nuestras narices se rozan, nuestros labios apenas están separados por un milímetro.

—¿Por qué?

—Porque lo necesito.

Me acerco un poco más, y por fin puedo sentir el calor de su

boca. Dios, cuánto lo necesito. ¡Y qué libre me siento de poder hacerlo!

—No. —Hayden se aparta de mí lo justo para mirarme a los ojos —. Esta noche, no.

Capítulo 47



Hayden

Estoy bastante seguro de que, si Corey no hubiera entrado con Ashley, Sofía y yo no nos habríamos detenido. La habría besado sin pensarlo dos veces y, con toda probabilidad, nos habríamos dado un buen achuchón contra la pared. Me lo habría concedido. Sofía estaba furiosa, se sentía humillada, rechazada a causa de otra mujer, y necesitaba sentirse deseada por alguien.

Lo veo en sus ojos: lo siento en cómo me estrechan sus brazos. Es desesperación, no deseo.

Yo solo soy ese «alguien» más cómodo que tiene a mano, pero no quiero.

Y doy gracias por ser el «yo» de ahora, que razona, y no el de hace diez minutos, porque antes no poseía esta lucidez.

—¿Cómo que «esta noche no»? —balbucea.

—No quiero que me beses mientras estás enfadada con Rafael.

No quiero que me beses por venganza, no quiero que me beses a modo de consuelo.

—Pero si antes…

—Sigo pensando lo mismo que te he dicho antes, pero precisamente por eso, si me besas, ha de ser porque te apetece, y por ningún otro motivo. Y esta noche tienes demasiados motivos. No cambiaré de idea, aunque puede que, dentro de cinco segundos, cuando haya vuelto a casa, me arrepienta de mis palabras y me pase el resto de la noche maldiciéndome.

Sofía baja la mirada, suspira decepcionada y niega con la cabeza.

—Estoy cansada de tener que adaptarme a las decisiones y los tiempos de los demás. ¿No quieres besarme? Me parece perfecto, pero no pienso esperar a que sea cuando a ti te convenga: ya he esperado bastante a que les conviniera a otros. Tú también lo has dicho, ¿no? Nunca me pongo en primer lugar… Pues bien, voy a empezar a hacerlo. —Da media vuelta y se dirige decidida hacia el ascensor—. De ahora en adelante, para ti solo seré la consejera delegada, y únicamente interactuaremos en lo estrictamente profesional.

Capítulo 48



Sofía

He batido todos los récords. He logrado que me rechacen dos hombres distintos en una sola noche.

Capítulo 49



Hayden

A la mañana siguiente, llevo a Ashley a Laguna Beach. Durante todo el trayecto habla alegremente del colegio, de caballos, de una fiesta de disfraces con sus amigas, de cómo le gustaría decorar su habitación.

En cuanto Madison nos abre la puerta de casa, Ashley la saluda con un abrazo y luego desaparece en la sala de juegos para coger su mochila.

—¿Quieres entrar? —me pregunta Madison—. Podemos acompañarla a la escuela y después nos tomamos un café o un té.

—No, gracias. Tengo que volver a Los Ángeles.

—A Ash le gustaría que la lleváramos los dos —insiste. Apoya una mano en mi brazo y añade, como si me hiciera una confidencia —: Y a mí también.

—No es necesario —respondo concluyente—. Así confundiríamos

a Ashley, y no hay más que hablar.

Madison deja escapar una risita sarcástica.

—Hace un mes no te pareció tan mala idea.

Hace un mes casi acabamos acostándonos. Esa noche, después de un torneo de equitación de Ashley, me quedé charlando con Madison después de haber llevado a la niña a la cama. Me besó y acabamos en la habitación. Pero, cuando ya había empezado a desnudarme, recobré la lucidez y me detuve.

—Lo que pasó fue un error, y no una tentativa de acercamiento —le dejo claro.

Justo en ese instante, aparece Ashley e interrumpe la conversación.

—Mamá, ¿sabes que papá tiene una amiga que parece una Barbie gigante? Se llama Sofía e hicimos pulseras juntas. Mira —le explica, mostrándole la muñeca rodeada por una sarta de cuentas de colores.

—Es bonita —comenta Madison con frialdad—. ¿Una amiga, has dicho?

—¡Sí! Tiene el pelo largo hasta aquí. —Ashley se señala la base de la espalda—. ¿Puedo dejármelo crecer como el de ella?

Y yo que pensaba que su mente, tan veloz y selectiva, ya habría borrado el episodio.

—Ya veremos. —Madison esboza una sonrisa—. Y ahora sube al coche, que hemos de ir al colegio. Mamá irá enseguida.

Me agacho para despedirme de mi hija, que me estampa un beso en la mejilla.

—¿Me comprarás el disfraz de hada de los unicornios para la fiesta de Misha?

—Ahora mismo lo pido.

—¡Gracias! ¡Tengo tantas ganas…!

Pero, en cuanto Ashley se aleja, Madison me está incinerando con la mirada.

—¿Qué pasa?

Mi pregunta es meramente formal, porque ya sé que está a punto de armarse una trifulca.

—Eso no es lo que habíamos acordado tú y yo. Nada de mujeres en casa cuando estés con Ashley. Ya que apenas la ves, lo mínimo que podrías hacer es prestarle toda tu atención. Por no hablar de lo de permitir que jueguen juntas…

—En siete años no he incumplido jamás nuestro acuerdo, fue un imprevisto. Igual que tu llamada de ayer, a la que respondí de inmediato.

—Eso es distinto, yo tenía una entrevista.

—Y yo no puse ninguna pega. Antes de partir para Europa, quiero pasar todo el tiempo posible con Ashley, y tus imprevistos también son bienvenidos.

—Perfecto, entonces me iría bien que la recogieras el lunes por la tarde: toma nota. A propósito de Europa, he encontrado esto en la casita de las Barbies de Ashley —me dice, dándome un golpecito en el pecho con mi pasaporte—. Puedes usarlo para irte a hacer puñetas, ya puestos.

—Gracias, seguiré tu consejo —le indico, haciendo caso omiso de su provocación, y emocionado por el intento de mi hija de evitar que me marche—. El lunes tendré a Ash. Puede quedarse a dormir en mi casa y al día siguiente la llevaré a la fiesta de cumpleaños con disfraces de Misha.

—¿El lunes también estará la tal Sofía? —me pregunta en tono hostil.

—Eso no lo sé. Podría ser.

—En vista de que es una mujer que interactúa con nuestra hija,

creo que lo más correcto sería que la conociera. Debo cerciorarme de que no sea una persona problemática.

—La conoces —afirmo.

Madison sacude la cabeza, sorprendida.

—¿La conozco?

—¿Te acuerdas de Sofía Cortez, de la USC?

Su expresión pasa de la sorpresa al desconcierto.

—¿Esa Sofía Cortez? ¡Dios mío, qué bajo has caído! Hayden, si no eres capaz de encontrar nada mejor, es que estás en las últimas.

—Deberías recordar que ya hace mucho tiempo que tus opiniones me importan un bledo, y, aunque no sea asunto tuyo, estamos trabajando en una investigación.

—¡Pues peor aún! —me suelta ella, riéndose—. Si se tratara de un polvo, aún podría entenderlo; todo el mundo pasa por periodos de aburrimiento, pero, si has acabado trabajando con la adalid de las causas perdidas, señal de que *Wild Wild West* no debe de andar muy boyante. ¿O es que ahora te dedicas a mendigar?

—*Wild Wild West* goza de una excelente salud y, a estas alturas, ya deberías saber que yo solo invierto mi tiempo en proyectos que valen la pena. Si te hubieras molestado en intercambiar cuatro palabras con ella, en lugar de darle órdenes en la cafetería cuando estábamos en la facultad, te habrías percatado de que Sofía posee una mente aguda y brillante. A decir verdad, no creo que hubieras sido capaz de sostener ni cinco minutos de conversación con ella, ni entender siquiera de qué te estaba hablando.

—Oh, ¿y tú, en cambio, sí?

—He conversado más con ella en tres semanas que contigo en tres años.

Madison alza las manos.

—¡Perdona! Menos mal que entre vosotros solo existe una

relación profesional. ¡No quiero ni imaginarme cómo la defenderías si os acostarais!

—Sería curioso descubrirlo. Si se da el caso, te lo haré saber, por si te interesa. —Le doy la espalda y me dirijo hacia el coche, que tengo aparcado en la acera—. Hasta la próxima, Mads.

Ella se limita a responderme dando un portazo, lo cual me produce cierta satisfacción por el simple hecho de haberla cabreado.

Mientras regreso a Los Ángeles, Sofía me informa, mediante un mensaje gélido y escueto, de que la cita en Montecito será a las siete, y que espera que sea puntual. Le respondo que esta tarde he de prestarle el coche a Corey —tiene una cita, ¡gracias a Dios!— y ella me contesta que pasará a buscarme y que la espere delante de mi edificio, a la hora acordada.

Le respondo: «A sus órdenes, consejera delegada», pero ella, aunque ve el mensaje, no me contesta.

Vale, puede que ayer se cabreara de verdad. No es que yo lo dudase, pero esperaba que ya se le hubiera pasado.

He visionado tres mil veces la película mental de nosotros dos en aquel puñetero rellano, y cada vez que he probado a imaginarme que hacía las cosas de otra manera, al final todo acababa jodiéndose: ella arrepintiéndose; ella acusándome de haberme aprovechado de un momento de debilidad por su parte; ella sintiéndose culpable por ese gilipollas que está en Nicaragua o en las quimbambas, dejándolo todo colgado y marchándose… No habríamos salido bien parados.

Si yo fuera una persona inteligente, o cuando menos con una inteligencia media, debería esperar a que concluyéramos la investigación, a fin de que ya no nos uniera ningún vínculo profesional.

Y, puesto que ella ha decidido mantenerse a distancia de

cualquier zona gris que hubiera entre nosotros, lo mejor que puedo hacer es adoptar un perfil riguroso e inflexible.

Mi resolución dura hasta que Sofía pasa a buscarme con un vaporoso conjunto de dos piezas blanco con vuelo, hombros escotados, un corpiño de ante que le ciñe la cintura, un dobladillo de encaje a la altura de los muslos y unas botas de montar con tacón.

Cuando bajo, la veo apoyada en su Cadillac rosa, esperándome con los brazos cruzados.

—Te dije que estuvieras abajo —me dice a modo de saludo.

—Me han entretenido al teléfono.

—¿Quieres subir o no? —me pregunta malhumorada—. ¿Qué estás mirando?

—Hum… Bonitas botas.

—Gracias, son nuevas. Las he cargado en tu cuenta de gastos, ya que hemos de ir a Montecito por la investigación —me indica, y se sube al coche dando un portazo—. Otra cosa: no soy tu chófer, así que, si vas a llegar con retraso, avísame.

Subo por el lado del pasajero, y la puerta chirría tanto que temo que me quede con ella en la mano.

—No eres mi chófer, pero yo sigo siendo tu patrocinador, puesto que el espacio para el reportaje te lo cede generosamente *Wild Wild West*.

—Ponte el cinturón —refunfuña, al quedarse sin argumentos con los que replicar.

—Supongo que escucharemos tus pódcast hasta Montecito.

—Supones bien.

—¿Has llenado el depósito? —le pregunto.

—Sí.

—La aguja indica que está por la mitad —la aviso.

—No funciona. Lo he llenado, pero, si no fuera así, existen gasolineras, West.

—¿Hemos vuelto a los apellidos?

—Es más profesional.

—Estoy de acuerdo. En cuanto a lo de «profesional», no creo que tu vestido encaje demasiado con esa definición, Cortez —le hago notar.

—No veo por qué tienes que opinar sobre mis vestidos, ni sobre ninguna otra cosa que no sea estrictamente profesional, pero resulta que he elegido este conjunto porque después tengo una cita —me informa complacida—. Cuando volvamos a Los Ángeles, he quedado con alguien.

—Montecito está casi a dos horas en coche; llegaremos tarde para cenar.

—No importa, y, en cualquier caso, no voy a cenar con él. Ah, hemos quedado en El Cielo, así que gracias por devolverme el pase.

«Con él». Luego, es un hombre.

—¿Lo conozco?

—No tengo ni idea. Puede. Aunque tampoco creo que te importe.

—La verdad es que no me importa.

Es mentira, pero, si ha de jugar a «un clavo saca otro clavo», mejor que lo haga con un tío elegido al azar.

Sofía pulsa un botón y la voz de las dos *podcasters* llena el habitáculo, impidiendo cualquier conversación, aunque, en vista de cómo está el ambiente, es mejor que permanezcamos callados, o no llegaremos vivos a Montecito.

Sofía tiene instrucciones de entrar por la puerta trasera, en lugar de por la puerta principal de la consulta de Folger. Cuando pasamos,

observo que no hay nadie más aparte de nosotros, ni siquiera en la recepción, salvo un hombre de unos cincuenta años, canoso y bronceado, que nos da la bienvenida.

—Cortez y West —nos presenta Sofía.

—Extremadamente puntuales. Pasen, si son tan amables.

El hombre nos indica que lo sigamos a través del pasillo de la sobria y elegante clínica.

—Yo soy Benjamin. Nada de doctor Folger ni demás formalidades.

—Gracias por recibirnos —le responde Sofía y se sienta en una de las butacas que hay en su inmaculada consulta.

Me he fijado en que el doctor ha cerrado la puerta principal con doble vuelta de llave y ha conectado la alarma.

—He sido yo quien los he invitado a venir, porque no me parecía adecuado tratar este asunto por teléfono o, peor aún, por email. Señorita Cortez, ¿insinúa usted que el caso es mucho más amplio?

Sofía saca de su bolso un montón de carpetas, las abre y las dispone sobre la mesa.

—Mi colega y yo hemos logrado identificar a otras pacientes de la Avila's Clinic a las que se les ha implantado el Nomyra, y les hemos hecho rellenar un cuestionario sobre su estado de salud. Son doscientas veinticuatro mujeres, de entre veintiuno y cuarenta y cinco años, y todas ellas describen molestias y trastornos crónicos similares o relacionados con los de las ocho pacientes del Livingston Inn a las que usted visitó.

—Todo lo cual confirmaría que ha habido cierta negligencia por parte de la clínica y del doctor Herbst en el seguimiento de las pacientes —concluye Folger.

—Ahora bien, una amiga mía a la que le implantaron el Nomyra hace unos meses, desde entonces también padece algunos de estos

trastornos. —Sofía le pasa al doctor una lista con numerosas entradas que llevan trazada una X—. Y lo curioso del caso es que no le implantaron el dispositivo en la Avila's Clinic.

—La teoría de mi colega —intervengo yo, copiándole el término a Sofía—, y que también comparto, es que el problema no es la ineptitud de Herbst al implantar el Nomyra, sino el Nomyra en sí.

Folger inspira y se aclara la garganta.

—No resulta descartable.

—De hecho, nuestro propósito es ampliar la lista de pacientes —le explico—. Identificar a todas las pacientes que llevan el Nomyra debería ser labor de la compañía farmacéutica que los fabrica, basándose en la información que le proporcionasen los médicos que los han implantado.

—Pero nosotros nos las hemos ingeniado por nuestra cuenta para poder recopilar los datos y acelerar los plazos —dice Sofía atenuando la voz.

—Para denunciar el mal funcionamiento de un dispositivo sanitario se precisa una muestra muy amplia —objeta el doctor.

—¿Todos los hospitales de Los Ángeles bastarían? —aventura ella —. Es que, en mi opinión, muchas mujeres están padeciendo trastornos similares, pero no son conscientes de que el Nomyra puede ser la causa. Cuando le planteé esta hipótesis a mi amiga, ella minimizó el problema, alegando que sus trastornos son muy comunes. Pero yo diría que no es así. Si está sucediendo lo que me temo, muchas mujeres como ella están sufriendo sin saber por qué.

—Hay que ayudarlas a sumar dos más dos —añado—. Sobre todo, si los médicos que las tratan no son capaces de relacionar los síntomas con la causa.

—Tenemos dos grandes problemas ante nosotros. El primero —explica Folger— es que el propio Nomyra es presentado como un

dispositivo seguro y carente de efectos secundarios, por lo que ningún ginecólogo está en condiciones de asociar los dolores, desmayos e incluso pérdida de visión con el dispositivo y, por consiguiente, de informar al fabricante de la existencia del problema.

—Además, en ese caso, habría que crear un procedimiento de extracción —se anticipa Sofía.

—Este es el segundo (aunque no por ello menor) problema: estamos hablando de un dispositivo permanente; una vez insertado, no se prevé su extracción. No existe un protocolo de extirpación y, por tanto, si a un cirujano se le pide que retire el Nomyra, en caso de que acepte, estará asumiendo un riesgo sanitario descomunal.

—Entonces ¿las pacientes deberían someterse a una histerectomía para librarse del Nomyra? —pregunta Sofía.

—En medicina se suele desaconsejar la extirpación de un órgano sano: el útero, además de su función reproductiva, desempeña un importante papel en la producción y regulación de las hormonas. Una salpingectomía laparoscópica, para los profanos una extirpación de las trompas, es más conservadora.

—¿Es lo que le practicó a Casey Jameson? —pregunta ella de nuevo.

—Sí, pero el hecho es que, al no estar demostrado que existe una relación entre los trastornos y la implantación del Nomyra, se consideraría una intervención innecesaria, las aseguradoras no la cubrirían y, por consiguiente, resultaría demasiado cara para que la paciente pudiera sufragarla.

—Sin embargo, la intervención que le practicó usted a Casey resolvió el problema —señalo yo.

—Casey fue muy valiente, confió en mí y asumió todos los riesgos.

—Y ahora está mucho mejor —afirmo.

El doctor asiente, pero añade:

—Una paciente no hace estadística.

—¿Aunque se haya recuperado por completo de los trastornos que padecía desde que empezó a llevar el Nomyra? La relación es evidente —insiste Sofía—. ¿Según usted, doctor, la hipótesis de que la causa esté en el dispositivo es plausible?

—Más que plausible.

—Entonces díganos cómo debemos proceder.

—Ante todo, deben verificar a través de la Food and Drug Administration que el Nomyra fue aprobado para su comercialización; obtener la documentación y los estudios presentados, además de comprobar si hubo denuncias. Aquí estamos en California, pero el dispositivo se comercializa en todo Estados Unidos. De hecho, en todo el mundo, y es posible que haya denuncias presentadas en otros lugares.

—Yo me encargo de la FDA. —Mi familia conoce a todo el mundo en las altas esferas administrativas. No será difícil pedir que nos devuelvan algún favor—. ¿Quién fabrica el Nomyra?

—La Lesser-Lachance, una compañía de Seattle adquirida por Whitaker Chemical —responde el doctor, al tiempo que saca un folleto informativo del cajón—. Bastante influyente.

—La Whitaker Chemical es toda una potencia —señala Sofía.

—No estarán muy dispuestos a que metamos las narices en sus asuntos —admite el doctor.

—Él es bastante bueno en eso de meter las narices en lo ajeno —comenta Sofía señalándome—. ¿Y qué más?

—Datos. Se necesitan muchos datos, testimonios de pacientes, informes médicos. Yo puedo poner a su disposición mi consulta y a mis colaboradores, pero no bastará solo con nosotros. Doscientos veinte pacientes son muchos. Imagínense si añadimos más. Sería

mejor que todo fuese oficial, pero imagino que están actuando a nivel «informal» —sugiere Folger.

—Si la cosa no fuera ilegal, ella ni siquiera se levantaría de la cama —comento.

—Reuniremos a todas las mujeres que lleven el Nomyra y que hayan acusado trastornos. Las convocaremos con la excusa de celebrar una fiesta y les explicaremos el caso —explica Sofía, entusiasmada—. También contaremos con el apoyo de Casey, y esperamos que muchas pacientes participen en la investigación. De este modo habría motivos suficientes para interponer una demanda contra la empresa y reclamar una indemnización.

—Y sin duda usted se encargará de todo ello, ¿verdad, señorita Cortez? —bromea Folger.

—Hasta tal punto que no hay quien le siga el ritmo —añado yo.

—Cuenten con mi colaboración, pero les ruego que sean discretos; mientras los asesoro, debo seguir ejerciendo mi profesión y atender a mis pacientes con toda tranquilidad. Me quedan pocos años para jubilarme, y me gustaría pasarlos sin ser expulsado de la profesión.

Sofía se pone en pie y le tiende la mano para despedirse.

—No podemos prometérselo, pero haremos todo lo posible por evitarlo. Gracias por su ayuda, lo mantendremos informado.

El doctor nos hace salir tan cautelosamente como hemos entrado, por la puerta de servicio.

—Perfecto. Tareas precisas y bien diferenciadas: la FDA para ti y las pacientes para mí —señala Sofía mientras se dirige hacia el coche —. Rápido e indoloro.

Pero yo me percato de un detalle que a ella se le ha escapado.

—Lo de «indoloro» no lo sé, pero lo de «rápido» está por ver — le replico.

—¿Por qué?

Apunto con el dedo en dirección al neumático trasero izquierdo, que está desinflado a ras de suelo.

—Espero que tu amigo de El Cielo no tenga prisa.

Capítulo 50



Sofía

—Mi alternativa de llamar a un mecánico sigue estando en pie —comenta Hayden entre resoplidos, agachado delante de la rueda averiada, mientras desenrosca las tuercas con la llave de cruz. Yo estoy a su lado, pasándole las herramientas.

—Ya han cerrado todos, así que nos lo cobrarían como horas extras, cuando es un trabajo que podemos hacer nosotros perfectamente —discrepo.

—De momento, soy yo quien lo está haciendo.

—Había empezado yo, pero tú me interrumpiste con tu necesidad de afirmar tu rol de macho alfa.

—No trataba de afirmar mi rol. Estabas desenroscando las tuercas antes de levantar el coche con el gato, Sofía.

—Vale, nunca había cambiado una rueda, pero así se aprende. Tú tampoco me pareces muy experto, en vista de que me has hecho

buscar un videotutorial —le hago constar, mientras en mi móvil tengo en pausa un vídeo titulado «Cambio de neumáticos para principiantes».

—No me extraña que hayamos pinchado. ¿Has visto qué delgada está la banda de rodamiento? Hemos tenido suerte de que no estallara por el camino —me reprende mientras saca el neumático pinchado de la llanta—. Una pregunta: ¿has repuesto alguna vez los neumáticos, o son los originales de antes de la guerra?

—Los repuse hace poco —respondo.

—¿Qué entiendes tú por «hace poco»?

—Unos tres años. Casi cuatro. Y medio. Máximo cinco. ¿Y eso qué importa? Tengo la de repuesto, ¿no? ¡Está todo en orden!

—Es una cuestión de seguridad, Sofía —me replica Hayden—. Cada veinte mil kilómetros deberías cambiar todo el juego, o bien cuando la banda de rodamiento es más delgada de tres milímetros; de lo contrario, el menor golpe se convierte en un riesgo.

—Todos no somos Míster 911, que cambia de ruedas como si cambiara de zapatos.

—¿Quieres parar de una vez con la historia de Míster 911? ¿Por qué te empeñas en llamarme así?

—Todos te llaman así —señalo—. ¡No me digas que no lo sabías!

—No soy el único propietario de un Porsche 911 en Los Ángeles. La rueda de recambio, gracias.

Hago rodar el neumático hacia él.

—Es por eso, pero no solo por eso.

—Eres una periodista, deberías ser la primera en dudar de lo que dicen por ahí. No todo lo que se cuenta de mí es cierto.

Quizá esto sí le gustaría que fuera cierto, pero ¿quién soy yo para contradecirlo?

—Puede que tengas razón.

Recojo las tuercas del suelo para que vuelva a atornillarlas; se las paso de una en una, y ese gesto provoca que nuestros dedos entren en contacto. Es un roce casi imperceptible, como el de nuestros labios ayer por la noche.

Cuando me dijo que no me besaba, sentí que me precipitaba en el vacío. Nunca había caído a tanta profundidad. Casi no pude dormir de los nervios. Acabé descargándome MatchMe, la aplicación de citas, y me puse a evaluar los perfiles de todos los hombres de Los Ángeles mayores de veinte años y menores de cincuenta. Los descarté a casi todos salvo a Brighton —bombero, treinta y siete años, de Sherman Oaks—, con quien hice un *match* poco después. Iba a quedar con él ayer, pero tenía guardia, así que nos hemos citado esta noche en El Cielo. Se ve majo, pero, aun a riesgo de parecer superficial, no me interesa su personalidad. Y sospecho que a él tampoco le interesa la mía, así que estamos a la par.

—Deberías tener otro tornillo. De lo contrario, tenemos un problema —dice Hayden.

Se lo paso.

—Ten.

Y ya estamos de nuevo, nuestros dedos se tocan otra vez. Aparto la mano enseguida para no prolongar el contacto.

En cuanto Hayden baja el gato, estamos listos para partir.

—Yo diría que como mínimo me he ganado el privilegio de escoger la emisora de radio, ¿no?

—Te lo concedo.

Él se frota las manos para limpiárselas, sin resultado.

—Tengo toallitas húmedas —le indico mientras las saco del bolsillo de la puerta—. Pero quizás podríamos parar en la primera estación de servicio que tenga baño.

—Y restaurante. ¿No te apetece comer algo? —me pregunta

entrando en el coche.

—No, porque llegaríamos a Los Ángeles demasiado tarde —respondo mientras me pongo al volante.

—A tu cita —precisa él.

—También.

—Estaba pensando que, ya puestos, yo también podría pasarme por El Cielo.

—Ni hablar —exclamo, inamovible.

—Resulta divertido que te creas capaz de impedírmelo —comenta.

Al diablo con ello. Mejor.

—Pues ven, no hay problema. Disfruta de tu velada, que yo disfrutaré de la mía.

¿Me ha rechazado? Estupendo, porque no pienso esperarlo.

—Lo importante es que lo avises de que volverás a llegar tarde.

—Él ya sabe lo de la rueda pinchada.

—No lo digo por eso, es que, por si no te has dado cuenta, has tomado el camino que no es. Te has pasado el desvío a la Estatal 102, y ahora vamos en dirección a Santa Clarita.

—¡Oh, Dios mío! ¿Esa era la salida a la Ventura Free Way?

—Sí —asiente complacido—. Llegaremos igualmente a Los Ángeles, pero una hora más tarde de lo previsto.

—¿Y no adivinas quién tiene la culpa? Tú, West.

—Yo no estoy al volante.

—Me distraes con tu cháchara inútil. Hazme un favor: ¿podrías estar callado el resto del viaje?

—No lo sé. ¿Me lo preguntas para saber si soy capaz?

—El condicional es un tiempo de cortesía, West. Cállate.

—¿Puedo cantar?

—No.

—¿Silbar?

—Tampoco.

—¿Tamborilear con los dedos en el canto de la puerta?

—Solo si prefieres que te los corte subiendo la ventanilla.

No puede saber que el botón está estropeado y no cierra del todo.

—Como quieras.

Y todo ha ido bien hasta que, pasado Fillmore, de pronto, mi coche ha empezado a traquetear y a toser, y se detiene.

—¡No, no, nooo! —gimoteo, agarrada al volante con todas mis fuerzas.

—Puede que te hayas fiado demasiado de la aguja rota del indicador.

—Habíamos quedado en que te estarías callado, creo recordar.

—Me ha parecido un buen momento para romper el silencio.

—Pues te ha parecido mal.

—En cualquier caso, eso no cambia el hecho de que nos hemos quedado secos.

—Imposible.

—No lo digo yo, lo dice tu coche.

—Vale, pensemos. Acabamos de pasar una gasolinera, ¿no? En el maletero llevo dos bidones: voy hasta allí a pie, los lleno (bastarán para volver a la gasolinera y llenar el depósito), y nos ponemos en marcha de nuevo —anuncio, la mar de optimista.

—¿Quieres ir andando sola hasta la gasolinera? —me pregunta extrañado.

—Alguien debe quedarse vigilando el coche, no sea que lo roben.

—Desde luego, el riesgo es altísimo —comenta con sarcasmo.

—Podrían venderlo por piezas —discrepo—. Si quieres ir tú, yo me quedaré vigilando.

—De eso nada, iremos juntos a la gasolinera —responde categórico, zanjando el tema.

—De acuerdo, pero con una condición: que no abras la boca hasta llegar a la gasolinera.



—¡¿Solo acepta metálico?! —exclamamos Hayden y yo al mismo tiempo delante del surtidor.

Hemos caminado casi media hora, y estamos como al principio.

—Yo solamente llevo tarjetas —indica él.

—Yo también.

—Pues tenemos un problema —anuncio con un resoplido—. Ojalá hubiera un cajero automático para sacar dinero.

—O bien… —empieza a decir él— entramos en ese bar, nos tomamos algo (ya que de todos modos necesitamos ir al baño), pagamos con la tarjeta y que también nos den algo de efectivo. ¿Qué te parece?

No es mala idea, pero ni puedo reconocérselo directamente.

—Por probar, que no quede.

Que esa caja de zapatos abandonada a su suerte en medio de la nada, al otro lado de la carretera, es un bar solo es posible intuirlo por el estilizado cartel de neón que representa una copa de cóctel en cuyo interior parpadean dos aceitunas de color rosa, y por el ir y venir de coches en el aparcamiento.

El gorila de la puerta nos mira de arriba abajo y pregunta:

—¿La chica está aquí por el *open stage*?

—¿Eh? —pregunto sin entender nada.

El portero señala el cartel que hay a su espalda y en el que se puede leer, compuesto con grandes letras llamativas, el siguiente texto:

«10.00 p. m. *Open stage*. *Setlist* prefijada».

—Hum… Sí, sí. El *open stage* —le confirma Hayden.

—Muzzy, aquí hay otra para el *open stage*. Díselo a Steve —le grita el gorila a un tío que debe de estar al otro lado de la puerta, y se vuelve de nuevo hacia nosotros.

—Seguid a Muzzy,

—¿Para qué ha dicho que estoy aquí? —le susurro a Hayden.

—No tengo ni idea, pero estamos en medio de la nada: entremos y a ver qué pasa

—Este bar me parece muy raro —le susurro, pero, como dice Hayden, está en medio de la nada, así que debemos contentarnos con lo que hay.

Más allá de la puerta hay un corredor oscuro y estrecho, a través del cual nos llega amortiguado un sonido de música *dance*.

—*¿Open stage?* —nos pregunta un tipo que debe de ser Muzzy —. ¿Cómo te llamas, señorita?

—Sofía.

—Por aquí.

Y, en cuanto Muzzy abre la segunda puerta, lo entendemos: es un bar, sí, pero para adultos.

En el local centellean unas luces estroboscópicas que giran en el techo; varios grupos de mesas y butacas bajas rodean un escenario con una barra de *lap dance*, donde unas chicas bailan semidesnudas.

—¡Steve! —Nuestro anfitrión agita la mano para llamar la atención del camarero y me señala—. Esta es la del *open stage*, se llama Sofía. Ponla en la primera franja disponible y que baile.

Así que esto era el *open stage*.

—La verdad es que yo…

Pero no me deja terminar y apunta a Hayden con el dedo.

—¿Tú eres su chico? Búscate un sitio y no crees problemas.

Consumición obligatoria.

—En realidad, el coche nos ha dejado tirados…

—¿Tengo pinta de mecánico? —le gruñe y se marcha—. Conque Sophie, ¿eh? Hay un hueco después de este número —me dice el tal Steve, vestido de cuero de pies a cabeza mientras agita una coctelera en el aire—. Este es el trato: tienes todo el escenario para ti mientras dure la canción, y de las propinas que consigas, un sesenta por ciento será para ti y un cuarenta para el local. Nadie te tocará; los gorilas se asegurarán de que tengan las manos quietas.

—Por cierto, soy Sofía, no Sophie, y en cualquier caso lo habéis entendido mal. Yo no estoy aquí para bailar —grito para que me oiga de una vez—. Nos hemos quedado sin gasolina y necesitamos repostar, pero la gasolinera no acepta tarjetas de crédito.

—Pues usad dinero en efectivo. ¿Qué queréis de nosotros? —inquiere.

—Si tuviéramos, no estaríamos aquí —le dice Hayden—. ¿Qué te parece si te pagamos una consumición con tarjeta, y tú nos devuelves el cambio en efectivo? Te compro el champán más caro que tengas y te pago el doble por él.

Steve se echa a reír.

—¿Acaso llevo escrito «Reserva Federal» en la frente?

—No, pero un poco de altruismo tampoco estaría de más —le sugiere.

—Conozco muy bien a las parejas de timadores como vosotros: fingís que estáis en dificultades, mendigáis ayuda y luego estafáis a quien os la presta. Puede que las tarjetas sean robadas, o que anuléis la transacción en cuanto tengáis la pasta en el bolsillo. Pero, si quieres tomar algo, puedo destaparte una estupenda botella de Guyana Diamond, amigo.

—¿Y tú no podrías anular la transacción igualmente? —lo desafía

Hayden.

—Mi barra, mis reglas.

—Sirve el ron, al menos; mientras tanto pensaremos en algo.

Steve coge una botella de la estantería de licores selectos, sirve un poco en un vaso de cristal y se lo pasa a Hayden.

—Son sesenta dólares.

—Es ron, no una medicina que salva vidas.

—En ese caso, el precio ha subido a setenta.

Hayden le tiende la Visa.

—Ladrón.

El *disc jockey* anuncia el cambio de número.

—Y ahora despidamos con un caluroso aplauso a Martha y a Sue, y recibamos a la siguiente artista: ¡Sophie!

Ojalá se me tragase la tierra.

—Te están llamando a ti —me apremia Steve.

Me vuelvo hacia el escenario con disgusto. Dos chicas están bajando y un empleado que acaba de barrer la pista les entrega un puñado de billetes.

—¡Hola, chicas, qué gran noche! —las saluda el camarero.

—Estos son tuyos. Te tocan cien —responde una de ellas, poniéndole el dinero en la mano.

—¿Disculpa, eso son cien dólares? —le pregunto estupefacta—. Si esto es el cuarenta por ciento, significa que ellas se han llevado doscientos cincuenta dólares en propinas.

—Entre las dos, sí —me confirma Steve.

Entonces, una sola podría ganar ciento veinticinco dólares, que, una vez descontado el porcentaje del bar, quedarían en setenta y cinco. Con sesenta lleno el depósito de mi coche.

—Ten —le digo a Hayden, encajándole mi bolso en el pecho—. ¡Y dame el ron!

Le arranco el ron de las manos y me lo bebo de un trago.

—¿Qué significa esto? —inquiere él.

—Oye, Steve, ¿tengo que desnudarme del todo? —le pregunto al barman.

Este se encoge de hombros.

—Haz lo que quieras. Cuanto más te desnudes, más dinero.

—Sophie —me reclama el que ya está pinchado la base de fondo —, te estamos esperando.

—¡Ya voy! —grito, y le devuelvo la copa a Hayden.

—¿Adónde vas?

—A sacarnos de este embrollo —le respondo, mientras doy media vuelta y subo al escenario.

—Por cierto, me llamo Sofía —le grito al *disc jockey*.

Capítulo 51



Hayden

No sé si esto es un sueño o una pesadilla, pero en cualquier caso no quiero despertarme.

Capítulo 52



Sofía

Menos mal que los focos me impiden ver al público.

La lástima es que no puedo ver a Hayden.

Capítulo 53



Hayden

La canción —«Bumpy Ride»— arranca y, tras permanecer unos segundos de pie, inmóvil bajo los focos, Sofía sujeta el palo con una mano y da algunos pasos, vacilante.

La seguridad de hace unos instantes parece haberse disipado: me imagino que debe de estar pensando cuán estúpida ha sido la decisión que acaba de tomar.

Mueve levemente los hombros al ritmo de la música, como si estuviera intentando familiarizarse con el escenario, sin dejar de mirar al suelo, intimidada.

Desde que la conozco, Sofía nunca me ha parecido tímida.

No pasa mucho tiempo hasta que desde la pista el público empieza a silbar, a abuchearla y a gritarle: «¡A ver si te mueves!»; lo cual resulta muy poco alentador. Y ella reacciona poniéndose aún más rígida.

Desearía bajarla de allí, pero, como la conozco, sé que nunca me lo perdonaría.

Sin embargo, no puedo aceptar que se humille de ese modo.

Tengo una idea, no sé si funcionará, pero vale la pena intentarlo.

Me levanto y voy hacia el *disc jockey*.

Capítulo 54



Sofía

Puede que me haya sobrevalorado a mí misma.

Desde abajo parecía muy fácil… Pero ahora solo deseo bajar de aquí, sobre todo por los silbidos del público

—Eh, consejera delegada —dice una voz por los altavoces. Es la de Hayden. Me giro hacia la consola del *disc jockey* que está en una esquina, y lo veo, micrófono en mano—. Baila para mí, consejera delegada.

Me mira como si yo fuera la única mujer sobre la faz de la tierra. Me mira como lo hacía ayer por la noche, cuando me dijo que le sigo gustando.

Coge una silla, sube de un solo salto los tres peldaños que ascienden desde la pista, la coloca en el escenario y después se sienta a mirarme.

Y ahora que he encontrado sus ojos, no pienso dejarlos escapar.

Capítulo 55



Hayden

Bajo los focos, leo la silueta del cuerpo de Sofía como si fuera un mapa que conduce al paraíso, mientras balancea las caderas al ritmo de la música.

Se lleva las manos a la cabeza, se quita el pasador y, una vez libre, su larga melena cae en cascada por su espalda, bailando al mismo son que ella.

Menos mal que estoy sentado.

Se sujeta a la barra, la aprisiona entre sus muslos y empieza a girar alrededor.

No puedo dejar de pensar en cómo me gustaría ser esa barra.

Sofía ralentiza el giro y se deja caer hasta el suelo, abriendo las piernas en un *split* perfecto.

Ahora se oyen silbidos entre el público, pero esta vez de aprobación.

Sofía viene hacia mí, con paso sinuoso, grácil y audaz, mientras sus labios exhiben una sonrisa pícara. Entrelaza los dedos en el cordón que cierra el corsé de cuero y tira de él hasta deshacer el nudo.

Un momento… ¿Se está desnudando?

Tira con fuerza del cordón y lo libera del primer ojal, después del segundo, del tercero…, hasta que se desprende del corpiño y me lo lanza al regazo, arrancándoles un grito de júbilo a los presentes.

Ya sin corsé, Sofía reanuda su danza, deslizando las manos por la cintura entre una pirueta y otra. A continuación, se sujeta la orilla del top y empieza a subírselo lentamente, milímetro a milímetro.

Se ha propuesto matarme, no veo otra explicación.

En la sala, la gente bate palmas al unísono, animándola a que se lo quite del todo. Y, unos segundos más tarde, el top blanco también sale volando.

En el escenario empiezan a llover billetes, señal de que no soy el único que aprecia lo que tengo ante mi vista.

Sofía se arrodilla y empieza a desplazarse a gatas por la plataforma, con la espalda enarcada y el andar felino de una depredadora, pasando revista a los exaltados de la primera fila que siguen cubriéndola de billetes.

¿Quién puede culparlos? Yo mismo estoy arrepentido de llevar encima solo las tarjetas de crédito. Ahora mismo sería capaz de hipotecar mi casa.

Sofía tiende el brazo hacia uno de los hombres y le coge el sombrero de vaquero. Se lo pone, vuelve a la barra y realiza una serie de piruetas velocísimas alrededor del poste.

La canción habla de mí. Dice: «Hazme sufrir, hazme lo que quieras, porque sé que como tú no hay nadie», y en este momento cada fibra de mi cuerpo está sufriendo.

Tras una sucesión de giros, vuelvo a tener en frente a Sofía. A continuación, se pone de espaldas a mí y empieza a desabrochar el cierre de la falda, que hace caer al suelo con un movimiento de cadera, obsequiándome con una despiadada panorámica de su trasero.

Si así es como he de morir, adelante, pues.

Se suceden los aplausos, la lluvia de billetes y en el escenario ya no queda un centímetro libre.

Sofía se vuelve y me mira con descaro, segura de sí misma como nunca, mientras sigue bailando solo con las bragas, el sujetador, las botas y el sombrero vaquero puestos. Es imposible que no se esté percatando del efecto que me produce.

Me pone una mano en el pecho, se contonea delante de mí, encima de mí, se gira y apoya las caderas en mi regazo, moviéndolas de un modo que me hace agradecer que al menos yo siga vestido.

—¡Móntalo, guapa! —grita alguien del público.

«Tranquilos —me gustaría decirles—, sabe lo que se hace, no necesita consejos».

—Sofía, estás poniendo a prueba mi autocontrol —le susurro al oído.

—Recuerda lo que ha dicho Steve: no puedes tocarme, o los de seguridad te echarán a la calle —me responde ella en tono provocador.

De nuevo en pie frente a mí, se lleva las manos a los hombros, dispuesta a bajarse primero un tirante y después el otro. ¿No estará… a punto de quitárselo?

Capítulo 56



Sofía

¿Me quito el sujetador o no me lo quito?

Capítulo 57



Hayden

Sofía se sujeta el corchete de la espalda con una mano y, al cabo de un segundo, veo cómo el sujetador se suelta y baja.

Pero, cuando creo que está a punto de mostrarlo todo, con la otra mano coge el sombrero vaquero y se gira hacia sus fans, que la animan al grito de «¡Desnuda! ¡Desnuda!», cubriéndose con el Stetson de paja.

Se quita el sujetador, lo deja colgando en el aire y, a continuación, lo hace girar igual que lo haría un vaquero con su lazo y se lo lanza al público.

Tengo al menos siete personalidades distintas luchando en mi interior, pero, en cuanto la música se desvanece y los focos se apagan, mi versión posesiva se impone.

Mientras los gritos y los aplausos premian la actuación de Sofía, yo la cojo en brazos y me la llevo del escenario.

—Ya sé bajar sola —protesta.

—Lo sé —le digo—. No te he cogido en brazos porque no seas capaz, sino para que no lo haga otro.

—A lo mejor no te has dado cuenta de que careces de atribuciones para estar celoso.

En cuanto la dejo en el suelo, Sofía vuelve a cubrirse con el sombrero.

—¿Habrías preferido a otro en mi lugar? ¿Cómo al «ranchero», por ejemplo? Yo diría que no.

Pero, antes de que pueda responderme, el ayudante nos interrumpe.

—Sus propinas, señorita, y su ropa. La única prenda que no he encontrado es el sujetador, lo siento.

Sofía me planta los billetes delante de las narices.

—Gracias a mí, ahora tenemos gasolina para volver. Podrías darme las gracias, ya que has disfrutado gratis de un espectáculo.

—Sin mí aún estarías clavada en el escenario, sin dar un paso —le replico.

—La próxima puedes hacer tú el espectáculo, si crees que puedes hacerlo mejor. —Me pone el dinero en la mano—. ¡Cuéntalo, y dale su parte al camarero! Yo voy al baño a vestirme.

Sofía me da la espalda y se dirige a los aseos, mientras el tipo que está a mi lado la observa embelesado.

—¿Qué miras? El espectáculo ya se ha acabado —le indico.

—Cásate con ella, amigo.

Capítulo 58



Sofía

Cuando me veo la cara bajo la luz del baño, noto que estoy colorada por la vergüenza. Lo he hecho de verdad. Me he desnudado. En un escenario. Delante de Hayden.

Sí, ya lo sé, había otros muchos hombres, pero yo solo percibía su mirada.

¿A quién quiero engañar? «Quería» sus ojos.

Me refresco mojándome las mejillas con agua, me recojo el pelo y me visto, aunque me cuesta ponerme el corpiño de nuevo, porque aún me tiemblan los dedos por la descarga de adrenalina. Renuncio tras el tercer intento y lo guardo en el bolso. Jamás lo admitiré, ni bajo tortura, pero, si Hayden no hubiera subido al escenario, no sé si habría sido capaz de dejarme llevar como lo he hecho.

Me miro una última vez al espejo para asegurarme de que estoy presentable y regreso al bar, donde Hayden y Steve están

intercambiando dos fajos de billetes.

—Son ciento ochenta dólares para ti, y ciento veinte para mí —cuenta Steve—. Vuelve cuando quieras, Sophie.

—Me lo pensaré —le respondo.

Una vez fuera del bar, nos dirigimos a la gasolinera y llenamos los bidones para regresar a mi coche, con la esperanza de que siga donde lo habíamos dejado.

—Después de todo, no ha sido tan difícil —comento—. Ciento ochenta dólares por cuatro minutos bailando no está nada mal. Podría planteármelo como una carrera alternativa.

Hayden se ríe.

—¡Por supuesto!

—He demostrado que tengo aptitudes, admítelo —le replico.

—De acuerdo, tienes aptitudes. Pero entonces tú has de admitir que eres una hipócrita —me comenta.

—¿Hipócrita, yo? ¿Por qué?

—¿Qué hay de todos esos discursos feministas tuyos? —inquiere desafiante—. ¿Recibir dinero a cambio de hacer un estriptis no te parece una terrible mercantilización de la mujer? ¿No es menospreciar tus valores?

—Visto así, desde luego, podrías tener razón —reflexiono mientras medimos nuestros pasos sobre el asfalto.

—Lo sé —afirma complacido.

—Pero no la tienes.

—A ver, ¿por qué no? Te recuerdo que yo también estaba en aquel escenario, y lo he visto todo.

—Entonces también te habrás percatado de que, antes de que eligiera subir al escenario, he sido yo quien ha decidido desnudarse, y ha sido una decisión autónoma y consciente. La base del feminismo es justamente esta: una mujer es libre siempre que elige

por sí misma y está en plenas facultades físicas y mentales. Por tanto, yo no he sufrido ningún abuso. Y, en segundo lugar, aquí siempre hay dos partes implicadas: la mujer que se desnuda y el hombre que paga por verla desnuda, pero el dedo siempre apunta a la mujer. ¿Por qué no les preguntas a tus colegas machos a santo de qué están dispuestos a pagar una fortuna por ver bailar a una chica desnuda? ¿Por qué el hecho de desnudarme por dinero me desmerece, y en cambio pagar por ver a una mujer desnuda a ellos no los desmerece en absoluto?

—Visto así…

—Es la única manera de verlo —puntualizo—. El hecho de que yo haya bailado y me haya desnudado en aquel escenario, en cualquier caso, no era una señal de disponibilidad para nadie. No implicaba un consentimiento tácito. Las reglas del juego son pocas, pero claras; si todos las respetan, nadie es culpable de nada. Ni yo, que lo he hecho una sola vez, ni una bailarina erótica que lo hace todas las noches.

Por suerte, mi Cady aún sigue allí, inmóvil en la oscuridad, de modo que vertemos la gasolina en el depósito.

—¿Te has divertido?

—La verdad, mucho.

—¿Qué sentías?

—Me he puesto a prueba. Al principio ha sido difícil, porque, como no lo había hecho nunca, no sabía qué esperar, pero después me he sentido más segura y me he dejado llevar. Y a partir de ese momento ha sido casi… liberador.

—¿En serio?

—¿Sabes? El cuerpo también tiene su lenguaje y esta noche lo he dejado hablar.

—¿Y qué le has hecho decir?

—Lo que quería —respondo, cerrando la tapa del depósito con un golpe seco—. Nos vamos.

—¿Qué te parece si conduzco yo? Tú has recuperado el dinero para llenar el depósito, y lo menos que puedo hacer para contribuir es dejarte descansar el resto del viaje.

—No necesito descansar, no estoy cansada.

—Y además te has bebido mi ron con el estómago vacío.

Ah, es verdad.

—Conduce tú —le concedo.

Subimos al coche y él mira a su alrededor.

—¿Este asiento no se puede echar hacia atrás? ¿No hay una palanca en alguna parte?

—Sí, pero está rota.

—¿Y no has pensado en hacer que la arreglen, como con la verja de tu casa?

—No, porque la distancia entre el asiento y el volante es la adecuada para mí.

—Me parece bien. Vale, ya estamos listos para regresar; ahora ya puedes relajarte, Sofía.

Volvemos a la gasolinera para repostar, pero, al poco de empezar a hacerlo, el depósito ya está lleno.

—¿Lo ves? —exclamo dirigiéndome a Hayden—. Ya te dije que lo había llenado y que no podíamos estar sin gasolina. Desconfiado.

—Eso significa que también tienes rota la boya del depósito y, aunque te quede gasolina, por debajo de cierto nivel, indica que está vacío. Yo de ti lo llevaría al mecánico.

—Ya veremos.

Está claro que tarde o temprano tendré que llevarlo al mecánico.

—¿Tienes hambre? —me pregunta, señalando una máquina expendedora de aperitivos en una esquina de la estación de servicio

—. Efectivo no nos falta.

—Casi que sí, en vista de que nos espera un viaje de regreso más largo de lo previsto.

La máquina expendedora está medio vacía, y lo que queda, desde luego, no es una alternativa a una cena sana y nutritiva, pero necesitamos alimentarnos.

—¿Dulce o salado?

—¿Por qué escoger, cuando podemos tenerlo todo?

Hayden pulsa sucesivamente los botones de todos los productos disponibles y en el dispensador caen cacahuetes tostados, *pretzels*, Reese's con mantequilla de cacahuete, dos paquetes de M&M's, un Twix, una Cherry Coke y un Sprite.

—Tienes que reponer energías después de tu actuación.

Ya de nuevo en el coche, reemprendemos el camino en dirección a Los Ángeles vía Santa Clarita.

—¿Has avisado al tío de El Cielo del contratiempo?

—Sí, voy actualizando la información en tiempo real. Me esperará.

—Sabes que no puede entrar en el club sin ir acompañado de un socio, ¿verdad?

—Ya le he dicho que lo avisaré cuando estemos entrando en Los Ángeles, para que no tenga que esperar mucho rato en la acera.

—Qué considerada.

—Creo que es lo mínimo que puedo hacer. En cualquier caso, más que sentirme considerada, estoy nerviosa —confieso.

—¿Por qué?

—Bueno, esta es mi primera cita en años. Estoy un poco desentrenada.

—Me había parecido entender que esta no era propiamente una primera cita. O, mejor dicho, que lo de quedar en El Cielo era una

mera formalidad antes de pasar a mayores.

—Sí, pero en cualquier caso es la primera vez que nos vemos, así que, aunque sea una formalidad, será la primera vez que nos vemos.

—No creo que sea una experiencia nueva para ti. Será como tu primera cita con Rafael, pero con otro en su lugar.

—Rafael y yo nunca tuvimos una auténtica primera cita —le confieso.

—¡¿Qué?! —exclama Hayden, que por poco se sale de la carretera.

—No hace falta que te repita algo que has oído perfectamente.

—¿No tuvisteis una primera cita?

—Ni una segunda, de hecho. Ni una tercera —añado mientras le doy un sorbo a mi Cherry Coke.

—¿De verdad?

—Digamos que, por extraño que suene, nunca necesitamos recurrir a lo que se conoce como primera cita. Rafael y yo nos conocimos en un curso de actualización, así que nos veíamos en todas las clases, dos veces por semana, durante un mes. Ya sabes cómo va esto, ¿no? Charlas en grupitos durante el descanso, después te sientas a su lado, coincides en el mismo grupo de trabajo para el examen final, luego viene la cena de despedida con todos los matriculados; después de la cena somos los últimos en abandonar el restaurante y seguimos charlando hasta que los camareros empiezan a recoger… Y, a partir de ahí, seguimos viéndonos sin darnos cuenta.

—Qué romántico —comenta con sarcasmo.

—Pues sí, ¿y tú acaso quieres hacerme creer que a todas las mujeres con las que has salido las has invitado a una cena con luz de velas y te has presentado con un ramo de rosas de tallo largo, y con un violinista tocando una serenata para vosotros? ¿Nunca has

practicado sexo salvaje en los lavabos de un club, después de haber tomado solo un par de copas, conociendo únicamente el nombre y poco más, el uno del otro? —le pregunto desafiante.

—¿Qué pregunta quieres que te responda? ¿La de la cena a la luz de las velas o la del sexo «salvaje» en los lavabos? —me pregunta Hayden, provocándome a su vez.

—Las dos.

—Sí, ha habido cenas con luz de velas en restaurantes exclusivos. Y sí, también ha habido sexo «salvaje»…

—¿Puedes dejar de repetir la palabra «salvaje» con ese tono?

—¿Qué tono?

—Alusivo.

—Sofía, has sido tú quien has hecho alusión al sexo salvaje. Ahora bien, si quieres que cambie el tono, dime qué entiendes tú por «salvaje».

—¡Como si tú no lo supieras!

—Quiero oírtelo decir a ti con tus propias palabras.

—Me refiero al sexo que es fruto de una pasión violenta e incontrolada, al sexo feroz y sin sentimientos de por medio, propio de quien siente tanta urgencia por hacerlo que no le preocupa que alguien entre y lo vea, de quien no quiere perder ni un segundo en desnudarse, sino que tiene suficiente con apartarte las bragas, de pie, contra la pared…

—Eres muy específica, Sofía. ¿Cuándo fue la última vez que te pasó?

—Pues… nunca.

—Para no haberlo experimentado nunca, describes la imagen con una nitidez fotográfica. ¿Por casualidad no sería ese tu plan para esta noche?

—Puede ser.

Pero, a los tres segundos de responderle, mi Cady protesta, avanza a trompicones, traquetea y se para en medio de la carretera, soltando una humareda proveniente del capó.

Capítulo 59



Hayden

—Después de la rueda pinchada, la avería del depósito y el motor quemado, me atrevería a decir que tu coche no está muy fino —le comento mientras constato la muerte del vehículo.

Sofía y yo observamos el motor difunto con el capó abierto.

—Estamos en California, no en la tundra siberiana; habrá algún servicio de asistencia en carretera, ¿no? —propone ella—. Busca el número y llama.

—¿Y por qué no llamas tú?

—Porque tengo el teléfono descargado, la aplicación del navegador ha consumido la batería y el cargador…

—Déjame adivinarlo: no funciona.

Sofía se encoge de hombros.

—El encendedor del coche nunca ha funcionado y, como no fumo, no tenía sentido repararlo.

—Ahora sí tiene sentido —concluyo, mientras contacto con el servicio de asistencia en carretera.

Envío la ubicación, indico el problema y, al cabo de un momento, me llega la confirmación de que han recibido mi solicitud.

—¡¿Estarán aquí dentro de cuatro horas?! —exclamo—. Es una locura. No podemos quedarnos tirados en esta carretera hasta las cinco de la madrugada.

Estamos en medio de la nada: ya hace mucho que hemos dejado Fillmore atrás, pero Santa Clarita aún queda más lejos, y nos encontramos en el centro del valle.

—Esperaremos a que pase alguien y le pediremos ayuda —sugiere.

—Igual no te has fijado en que durante todo el trayecto éramos el único coche que circulaba por esta carretera y, si pasara alguien, fingiría que no lo ve: no confío lo suficiente en la humanidad como para subirme al coche de un desconocido en plena noche. Llamaré a Corey; a estas horas ya habrá terminado su cita.

—Pobrecillo. Espero que le pagues bien —comenta Sofía, sentándose en el capó.

—Pues claro, si gana más que yo.

Pero no contesta la llamada, hasta que salta el buzón de voz. Tiene gracia que, justo la noche que más lo necesito, Corey haya decidido poner fin a su abstinencia de estrés.

—No responde.

—¿Y no puedes llamar a otros números?

—La mitad de los nombres que hay en mi agenda pertenecen a personas a las que he perjudicado exponiendo sus secretos y violando su privacidad, y la otra mitad es gente que, si tuviera la oportunidad de hacerle un favor a Hayden West, me exigiría uno de mis órganos a cambio. El único con el que podría contar es mi primo

Nate, pero no regresa a Los Ángeles hasta mañana. Estamos jodidos.

Sofía estira los brazos, mira a su alrededor y todo es oscuridad, salvo por el haz de luz de los faros.

—Desde luego, aquí no hay nada.

—Ni siquiera uno de esos simpáticos moteles de las películas, en los que siempre queda una única habitación libre y, casualmente, la cama es de matrimonio.

—Sin embargo, siempre suceden cosas divertidas —señala Sofía.

—Sí, hasta que te pasa a ti de verdad. Creo que nos tocará dormir en el coche —anuncio, rindiéndome a la evidencia.

—Sube por el lado del pasajero, Hayden, así, al menos podrás estirar las piernas —me propone ella mientras ocupa el asiento del conductor.

Pero la idea, que hasta hace un instante parecía buena, resulta pésima en cuanto acciono la palanca para reclinar hacia atrás el asiento. Al contrario de lo que me esperaba, me veo catapultado hacia delante, con la cara casi incrustada en el salpicadero.

—El respaldo está roto, ¿verdad?

—Creo que montaron el mecanismo al revés —me explica—. Pero el asiento de atrás sí es reclinable y se convierte en una especie de colchón, si te sirve de consuelo.

—Me parece una información útil. Disculpa que te haga una pregunta: ¿funciona?

—No lo sé, nunca lo he probado. Averigüémoslo.

Sofía y yo volvemos a bajar del coche y, tras abrir el maletero, trasteamos con las palancas hasta que logramos desbloquear las sujeciones del respaldo con un chirrido siniestro.

—¿Lo ves? Es perfec…

¡CRAC!

El respaldo se desploma y el asiento se abre como un libro.

—Como puedes ver, la buena noticia es que ahora ha quedado un buen espacio para tenderse. La mala es que probablemente el respaldo nunca volverá a recuperar la posición vertical, pero ¿sabes qué te digo? Que así también me gusta —afirma, y a continuación da la vuelta al coche y vuelve al asiento del conductor.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Me acomodo mientras esperamos a la grúa, ¿no lo estás viendo?

—Es decir, ¿que yo estaré tumbado cómodamente, mientras que tú tendrás que permanecer encaramada a un asiento hecho polvo durante cuatro horas? No digas burradas. Aquí hay sitio para los dos.

Sofía me mira escéptica.

—¿Ahí detrás? ¿Contigo?

—Es posible que ya no te acuerdes, pero no hace ni una hora estabas meneando el culo medio desnuda encima de mis piernas, así que este repentino pudor me resulta paradójico.

—Sí, pero allí no estábamos solos —objeta.

—Te aseguro que no pienso comerte, Sofía.

Ella resopla, alza los ojos al cielo y asiente.

—Apártate.

Sofía coge de la guantera los aperitivos que compramos en la estación de servicio y me los lanza. Trata de salir, pero su puerta está bloqueada.

—¡Qué oportuno!

Suelta una maldición.

—A la mierda, échame una mano.

Se inclina entre los dos asientos y la sujeto para arrastrarla a la parte de atrás conmigo.

—¡Ay! —se queja tras golpearse la cabeza contra el techo y

encender la luz de cortesía, darle una patada a la radio, que hace sonar «Love's a Loaded Gun» de Alice Cooper, y encajar un pie entre el asiento y el reposabrazos, con la consiguiente pérdida de la bota —. Maldita sea.

—Me parece que tendrás que plantearte cambiar de coche —le comento mientras se acomoda a mi lado.

—Eso nunca.

—Arreglarlo te costará mucho más que comprar uno nuevo.

—Lo sé, pero le tengo cariño a mi Cady —me responde mientras acaricia el techo descolorido—. Era el coche de mi madre y el medio de transporte de mi infancia; me llevó al primer día de colegio, con el que me saqué el carnet de conducir, donde vomité después de celebrar la graduación… No te preocupes, lo hice limpiar —me explica, cruzando las piernas.

—¡No me lo puedo creer! ¿Estás de broma? —exclamo cuando me fijo en su pie.

—¿Qué es lo que no te crees, si puede saberse? ¿Que lo hice lavar?

—¡¿Llevas bordada la cara de Ruth Bader Ginsburg en los calcetines?!

Ella se quita la otra bota y me muestra el pie con orgullo.

—¿Te gustan?

—¡Has hecho un estriptis con los calcetines de Ruth Bader Ginsburg puestos! —insisto—. ¡¿Qué habría pensado ella?!

—¿Una jueza del Tribunal Supremo que siempre luchó por la igualdad de género y los derechos de las mujeres? Creo que me habría dicho: «¡Tú puedes, nena!».

Sofía coge la bolsita de cacahuetes tostados y se lleva uno a los labios.

—¿Y aún llevas a Katharine Graham de salvapantallas en el

móvil?

—Ningún periodista, hombre o mujer, ha tenido las agallas que tuvo ella cuando publicó en el *Post* los Papeles del Pentágono, o los reportajes sobre el escándalo Watergate. ¡Logró que Nixon dimitiera! Yo le dedicaría un mural en casa con su rostro —responde con gran convicción—. Toma, come. —Me pasa la barrita de Twix—. Llénate la boca de azúcar antes de dedicarte a cuestionar los modelos que tanto me han inspirado.

—Ya eras así en la facultad —le recuerdo mientras desenvuelvo la golosina.

—¿Así, cómo? ¿Aburrida?

—Apasionada —respondo—. Siempre he envidiado esa chispa que brillaba en tus ojos cada vez que tomabas la palabra. Y eres de las que se juegan el todo por el todo: te metes en los conductos del aire acondicionado, te lanzas de cabeza a un incendio, haces un estriptis; si tu trabajo lo exige, no te detienes ante nada.

—Suena a cumplido, pero gracias igualmente.

—Te infiltras entre los guardas forestales, acampas con los sintecho de Skid Row… Joder, Sofía, ¿no pensaste en ningún momento que igual no salías viva de allí esa noche? Podrían haberte drogado, violado, apuñalado.

Ella parpadea, estupefacta.

—¿Y tú cómo sabes que dormí en una tienda, en Skid Row?

—Leí tu reportaje en *Insider* —le confieso.

Ella abre la boca de golpe, pero la cierra al instante.

—Ah.

—Toxicómanos, delincuentes, traficantes, asesinos… ¿Cómo se te ocurrió?

—Quería hablar con quienes viven esa normalidad. Todo el mundo puede escribir de la degradación vista desde fuera. Yo quería

hacerlo desde dentro. Hasta entonces, mirarlo desde fuera no me había servido de nada.

—Es la zona más peligrosa de la ciudad. Nadie que viva allí duerme por las noches, para no correr el riesgo de no despertar al día siguiente.

—De hecho, no dormí. Pero mentiría si te dijera que no pasé miedo. Tuve gastritis durante un mes de la angustia que sufrí aquella noche. No les dije ni a mi madre ni a la abuela que pensaba ir allí, porque se habrían opuesto y las habría preocupado. —Sofía se tiende en el lado izquierdo, con la cabeza apoyada en la palma de la mano.

—¿Y Rafael?

—Estaba en Honduras.

¡Dios mío! Sofía pasó una noche sola en la zona con la tasa de delincuencia más elevada de la ciudad sin que nadie lo supiera.

—Estás loca.

—Pero estoy viva —replica encogiéndose de hombros.

—¿Y cuando te hiciste pasar por prostituta en Figueroa Street?

En la ciudad hay tres calles donde se concentra el negocio de la prostitución: Sepulveda Boulevard, Western Avenue y Figueroa, pero esta última es la más peligrosa.

—¡También has leído ese!

—He leído todo lo que has escrito.

—Quería hablar con las chicas para averiguar quién las explotaba, cómo habían llegado a Los Ángeles, sus condiciones de vida, de salud; muchas de ellas son menores… No habría obtenido ni media respuesta si me hubiera identificado como periodista, y los proxenetas no me habrían permitido acercarme.

—Nadie es capaz de hacerme sentir un inútil como tú lo haces —admito.

—No es cierto que seas un inútil —niega Sofía.

—Es imposible vencer a alguien como tú, cuando te implicas en todas las causas justas.

—He leído *El Un-Holywood* —me confiesa de repente.

—¿Mi libro?

—Lo terminé en una noche. En cada capítulo decía: «Después de este, me voy a dormir», y me quedé hasta el amanecer.

—Son historias de estrellas caprichosas que tratan de mostrarse mejores de lo que son, para ganar aplausos y dinero —le explico, restándole importancia.

—Posees la extraordinaria e innata capacidad de despertar el interés de las personas. Daría un brazo por poseer una décima parte de lo que tú tienes. Las comprendes, sabes lo que quieren y logras que te escuchen.

—Ojalá —discrepo, negando con la cabeza—. A mí me da lo mismo lo que desee la gente; solo me importa lo que tú quieres. Yo sí que daría un brazo por saberlo, porque cada día ocupas más mis pensamientos —le digo de corrido— y no sé cómo salir del atolladero.

—Entonces, Hayden, tenemos un problema, porque tú ocupas los míos.

Capítulo 60



Sofía

Lo he dicho. Lo he admitido

—Y no creo que salgas de ella, después del estriptis que me dedicaste —añade él tumbándose a mi lado, a mi derecha, el uno frente al otro, iluminados por la tenue luz azulada del habitáculo.

Es lo único que funciona de Cady, además de la radio, en la que ahora suena «Style»:

«Ven a buscarme a medianoche. Con los faros apagados, emprendemos un largo viaje que podría conducirnos a las llamas del infierno o al paraíso».

—Ese estriptis no iba dedicado a ti.

—Embustera.

—Vale, tal vez un poco.

—Tu pintalabios. —Me acaricia los labios con el índice—. Estoy obsesionado con tu pintalabios.

—Es un pintalabios rojo de lo más normal —respondo bajando los ojos, incapaz de sostenerle la mirada.

Hayden extiende el brazo detrás de mi nuca y siento que el corazón se me precipita en el estómago. Libera el pasador con un clic y el moño se me desparrama sobre los hombros.

—¿Por qué? —le pregunto apenas con un susurro.

—Tu pelo me vuelve loco, Sofía. Me paso la mitad del tiempo preguntándome cómo sería hundir las manos en él.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre —musita—. Desde el primer día que te sentaste delante de mí en clase, en la universidad. No escuché ni una sola palabra de lo que dijo el profesor Clarkson por esa melena tuya que te rozaba la curva del trasero, y cada vez que te movías me llegaba una ráfaga de tu champú. Casi se me ponía dura bajo los vaqueros.

—Yo de esa clase solo recuerdo que te me acercabas al oído y me soltabas: «¿Quieres dejar de moverte, por favor? Me estás mareando» —le refresco la memoria.

—Ahora ya sabes por qué, Sofía.

Me encantaría responderle con un comentario mordaz, pero no se me ocurre ninguno, pues mi cerebro está obnubilado de tanta autocomplacencia.

—Ya que hemos decidido ser sinceros el uno con el otro, llegados a este punto debo confesarte que no tengo gato.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Sé que esa noche no me enviaste las pruebas del gato por equivocación. Seguro que me enviaste aquella foto por error, eso no lo dudo, pero no eran pruebas veterinarias

«Dios mío, por lo que más quieras, ¡haz que me evapore!».

—¡La viste! ¡Y te estuviste burlando de mí todo el tiempo,

fingiendo lo contrario!

Hayden asiente.

—Justo dos segundos antes de que la borrases.

—¡Mierda!

Él apoya el índice bajo mi barbilla, invitándome a mirarlo.

—Fueron dos segundos de puro éxtasis.

—Era para Rafael —balbuceo.

—Si después de verla no tomó el primer vuelo disponible y volvió a casa para revolcarte hasta el alma, es un pobre imbécil.

—Me envió un pulgar hacia arriba.

Los ojos de Hayden recorren mi cuerpo en la penumbra, como si estuviera teniendo una visión mística.

—Lo confirmo: es un pobre imbécil. Yo habría irrumpido en tu casa y te habría besado de la cabeza a los pies y, a continuación, de los pies a la cabeza.

—Lo tuyo es mera palabrería —le reprocho—. Ayer podrías haberlo hecho, y me rechazaste.

—No quería convertirme en el instrumento de tu venganza. No quiero que me beses para ajustar las cuentas por una traición. Quiero que me beses porque ya no puedes seguir resistiéndote.

Y, como si la fuerza que regula el universo quisiera hacerme saber que nos hallamos en un punto de no retorno, en la radio Meredith Brooks canta «What Would Happen», una canción que él y yo ya habíamos escuchado.

—¿La recuerdas? —le pregunto a Hayden—. Sonaba en la radio cuando volvíamos de la Avila's Clinic.

—Claro que la recuerdo. Recuerdo cada detalle de cada segundo que hemos pasado juntos.

—¿Qué crees que sucedería si ahora nos besáramos? —le susurro.

—No lo sé, pero me gustaría descubrirlo.

Pruebo a inspirar, aunque el aire parece negarse a entrar en mis pulmones.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. —Hayden acerca más su rostro al mío y siento su respiración en mi piel, el aroma de su *aftershave*, el calor de su cuerpo—. Pero puedes hacer todo lo que quieras.

—¿Todo? —le pregunto con mis labios rozando ya los suyos.

—Todo.

—No quiero venganza. Te quiero a ti, Hayden —le confieso, estremeciéndome.

No sé qué me pasa en cuanto poso mis labios en los suyos, pero ahora ya tengo la prueba de que la combustión espontánea existe.

Los labios de Hayden son tan cálidos y suaves que casi me entran ganas de morderlos, y su lengua me busca y me encuentra, ahora ya totalmente rendida a él.

—Antes dije que no te devoraría —me susurra en mitad del beso —, pero he cambiado de idea.

Me tumba de espaldas en el asiento, se pone encima de mí y me besa de nuevo, como si no tuviera otro propósito en la vida, como si viviera para ello.

Siento su beso por todas partes, hasta en las rodillas, y menos mal que estoy recostada, porque no sería capaz de sostenerme en pie.

Lo ciño rodeándole las caderas con las piernas, para que no se le ocurra separarse de mí ni un centímetro. ¿Cómo he podido vivir sin esto?

—Mmm… —musita como si estuviera en éxtasis—. Tus labios saben a cacahuetes tostados.

—Y los tuyos a caramelo.

Apresa mi labio inferior y lo succiona con avidez.

—Recordaré este sabor mientras viva.

Entonces acerco las manos a su rostro y lo miro, lo contemplo, maravillada.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Quiero enviarle esta imagen a mi yo de diecinueve años, donde quiera que se encuentre en mi memoria, para que alucine. Si le dijera que estamos besando a Hayden West, no se lo creería.

—Yo, en cambio, me siento feliz por mi yo de diecinueve años, pero estoy contento de que esto no hubiera sucedido entonces.

—¿Por qué?

—Podríamos decirlo así: por lo que respecta al autocontrol, habría quedado fatal. —Las manos de Hayden se cierran alrededor de mis caderas y, al apretarme contra las suyas, percibo su creciente excitación—. Y no habría tenido ni idea de qué hacer.

—Eso no me lo cre… —Me besa el cuello y un escalofrío me recorre la columna vertebral, desconectando todas las sinapsis de mi cerebro—. Creooo.

—Pues es verdad. Yo también era virgen cuando llegamos a la facultad —me confiesa.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

—Después empezaste a despreciarme, y desvié mis intereses hacia otros frentes, pero sería un cobarde si no reconociera que tú siempre has sido mi punto débil, Sofía.

—Pues yo detestaba las clases a las que tú no asistías —le revelo —. Eran de lo más aburridas, y me hacía feliz saber que te vería en el aula. Me repetía a mí misma que era porque estimulabas mi competitividad, pero la verdad es que en realidad nunca me permití reconocer que quizá también me atraías.

Hayden arquea la ceja, adoptando una expresión pícara.

—¿De verdad?

—Me gustaba verte cuando entrabas recién llegado de los entrenamientos de remo con el pelo mojado y hacia atrás, y la camiseta blanca del equipo. En una ocasión, una gota de tu pelo cayó encima del trabajo que estaba a punto de entregarle a la señora Fuller, y en el punto donde aterrizó la gota, se corrió la tinta. Lo guardé en el escritorio de casa; le dije a mi madre que estaba orgullosa porque era mi primera A+ en la facultad, y quería conservarlo como amuleto de la suerte. En realidad, tocaba la mancha de tinta todas las maña…

De pronto, Hayden enmudece mi boca con la suya.

—Estoy cansado de hablar, Sofía. —Posa los labios en mi barbilla, en mi garganta, y baja hasta el escote—. Tengo demasiados besos pendientes que reclamarte.

Me desabrocha los botones del top con los dedos, depositando un reguero de besos entre mis pechos, pero sin descubrirlos, y sigue bajando por el vientre. Levanta los volantes de mi falda, dejando a la vista mis bragas, posa su boca ardiente en la prenda y recorre mi ingle, llevándome al borde de la locura. Sigue incitándome; a continuación, recorre la cara interna del muslo en toda su longitud, la rodilla izquierda, la pantorrilla.

Se sienta, me levanta la pierna, sujeta el extremo superior del calcetín, me lo quita, lo lanza lejos y hace lo mismo con el otro.

—Su señoría Ginsburg, le ruego que me disculpe, pero ahora estoy ocupado.

—Podrías habérmelos dejado puestos.

—Como te he dicho antes, quiero besarte de la cabeza a los pies —me dice, posando los labios en el tobillo, en el empeine…— y después volver a empezar.

Hayden cumple lo prometido y recorre mi cuerpo de abajo arriba

hasta llegar a mis labios, que lo reclaman ávidos.

Apoyo las manos en sus hombros y lo obligo a tumbarse, para que ahora sea yo quien se suba encima de él.

—¿Vamos a pasarnos toda la noche besándonos como dos vírgenes el primer día de colegio? —le pregunto apretándome contra él, para aliviar la tensión que sus atenciones han provocado en mi bajo vientre.

—Me encantaría decirte que no, pero dentro de poco llegará la grúa, tener los minutos contados y hacerlo deprisa y corriendo, o con la ansiedad de que nos espíe cualquier mirón… —Me observa con la mirada de alguien que no está de acuerdo con sus propias palabras—. He estado esperando demasiado como para desperdiciar nuestra primera vez de este modo.

—Casi pareces romántico, Hayden.

Se incorpora hasta quedarse sentado y me aprisiona contra su cuerpo, apretándome las nalgas con sus manos.

—No te hagas ilusiones, Sofía, en cuanto surja la primera ocasión descubrirás que puedo ser tan romántico como despiadado, y me suplicarás que pare, porque no podrás seguir resistiéndolo.

—Yo podría hacer lo mismo contigo.

—No veo la hora de que llegue el momento.

Capítulo 61



Hayden

Las horas que transcurren mientras esperamos la asistencia pasan volando entre dulces besos, instantes de ternura y confesiones medio embarazosas, alternadas con momentos de pasión desbordante que nos obligan a frenar, recobrar el aliento y enfriarnos.

Al menos yo necesito hacerlo.

Cuando Sofía está encima de mí, siento todo su cuerpo; ella guía mis manos hasta sus pechos y yo aprieto la pelvis entre sus muslos. Estoy a punto de levantarla lo justo para bajarle las bragas y hacerla gritar de placer, pero no…

Ya no soy ese hombre.

¿Desde cuándo me he vuelto tan mojigato?

Jamás había vivido una noche tan excitante como esta —que a la vez ha sido una prueba de resistencia olímpica—, pero no me

arrepiento de nada.

Cuando la grúa ilumina la oscuridad con sus faros, ni una sola sensación del tipo «Ha sido un error, no tendríamos que haberlo hecho» llama a la puerta de mi conciencia.

Y creo que tampoco a la de Sofía, que durante el trayecto al taller se queda dormida con la cabeza apoyada en mis rodillas, en el asiento trasero de la cabina del vehículo de atención en carretera que lleva su Cady a remolque en la plataforma.

El vehículo necesita mucho trabajo de reparación, y parece que habrá que sustituir algunas piezas, así que me decido a pedir un vehículo de alquiler para regresar a Los Ángeles.

—La reparación me costará un riñón —suspira Sofía a mi lado cuando vamos de regreso.

—Lo mejor será llevarlo a un taller especializado en Cadillac. He encontrado algunos mientras dormías y me he tomado la libertad de contactar con ellos para pedirles presupuesto. Pueden dejarlo como nuevo.

—En realidad, yo me conformo con que funcione. No aspiro a mucho más.

—Como se ha estropeado durante una salida que formaba parte de nuestra investigación, incluiré la reparación en mi cuenta de gastos.

—No digas tonterías. El coche es mío y lo arreglaré con mi dinero —me suelta.

—¿Has vuelto a ponerte los calcetines de Ruth Bader Ginsburg?

—Sí, pero RBG no tiene nada que ver. Te agradezco que hayas buscado a los mecánicos, pero yo me haré cargo de la cuenta de mi Cady.

—Piensa que ahora yo también le he cogido cariño. —Me vuelvo hacia ella y le guiño un ojo—. Conservo muy buenos recuerdos de

ese asiento trasero.

—Cuando lo hayan reparado (pagando yo), podremos crear otros. —Sofía trastea con los botones de la radio—. Son casi las seis; llegamos a tiempo para las noticias de la mañana.

—¿Ya quieres volver a tu papel de profesional en primera línea de fuego? Esperaba que al menos pudiéramos disfrutar de un desayuno.

—Las viejas costumbres se resisten a morir —responde. Acerca su mano a la mía, que descansa en el cambio de marchas, la desplaza hasta su pierna, caldeada por el sol matutino, e indica—: Pero puedo añadir otras nuevas.

Le acaricio la zona interior del muslo, dibujando pequeños círculos con el índice.

—Esta me gusta mucho.

Después de la información internacional, la de política interna, economía y deportes, llegan las noticias locales.

—Esta noche, Hayden West ha sufrido un accidente en Bel Air —anuncia la voz del cronista.

—¡¿Qué?! —exclamamos Sofía y yo al mismo tiempo.

Ella sube el volumen al máximo.

—El vehículo del periodista, un Porsche 911, ha chocado con una furgoneta que estaba aparcada en un arcén —siguen informando en el noticiario—. Se supone que el rey del chismorreo, que iba al volante, sufrió una indisposición, y ha sido trasladado por los servicios de emergencias al Ronald Reagan Medical Center. Se desconoce su pronóstico…

—Si tú estás aquí, vivito y coleando, ¿de quién hablan entonces?

—Aunque esta noche ha habido varias veces en que pensaba que iba a morir, estoy seguro de que no se trata de mí. Le presté mi coche a Corey y… ¡Joder! —exclamo—. ¡Probé a llamarlo cuando nos

quedamos tirados y no respondía! ¡Entonces el de la indisposición es él!

Seguro que me he ganado un montón de multas por exceso de velocidad, pero la que llevábamos cuando hemos llegado al hospital solo era equiparable a la del Concorde.

En Admisiones nos informan de que Corey está ingresado en Cardiología, lo cual no hace sino acrecentar mi preocupación.

—¿Tiene algún problema de salud? —me pregunta Sofía mientras entramos en el ascensor.

—No lo sé. ¿El estrés es una enfermedad?

—Hombre, saludable no es.

—¿Crees que puede tener problemas de corazón? —le pregunto —. ¿No es demasiado joven para eso?

—No lo sé, pero una indisposición mientras conducía, seguida de un ingreso en Cardiología, me induce a pensar que sí.

Lo encontramos en uno de los boxes, protestando para que le den el alta lo antes posible porque tiene trabajo que hacer, mientras un enfermero con aspecto de estar agotado le toma la tensión. Corey lleva vendas y apósitos en varias partes de su cuerpo, pero está bien despierto, y se vuelve hacia mí, acongojado.

—Creo que he destrozado tu coche —se lamenta.

—Lo importante es que tú estás de una pieza…, más o menos. ¿Qué ha pasado?

—Acababa de acompañar a Andy a su casa y he empezado a sentirme raro: náuseas, calambres, pesadez de estómago, sudores fríos, palpitaciones… Parecía una indigestión, de modo que he acelerado para llegar cuanto antes a casa y tomarme un antiácido, pero de pronto se volvió todo oscuro, y me he despertado aquí.

—Su amigo ha tenido mucha suerte —interviene el médico, que

acaba de entrar en la sala—. Presentaba todos los síntomas que preceden a un infarto. Si no llega a tener el accidente y vuelve a casa, el antiácido habría mitigado momentáneamente los síntomas, pero, con toda probabilidad, habría sufrido el infarto más tarde, por la noche, cuando estuviera solo en la cama, y habría fallecido mientras dormía. Cuando los paramédicos lo trajeron al hospital y se le hizo el electrocardiograma preceptivo, detectaron anomalías en el ritmo cardiaco, y los niveles de troponina en sangre indicaban que tenía un infarto.

—No tengo palabras, me siento culpable por no haber estado allí —indico, dejándome caer en la silla que hay junto a la cama.

—El accidente te ha salvado la vida —tercia Sofía—. Estoy segura de que Hayden está más contento de saber que estás vivo que preocupado por un par de arañazos en el Porsche.

—Me han dicho que ahora parece una fotocopiadora con ruedas —admite él.

—No me hace gracia, pero mejor el Porsche destrozado que tú muerto.

—La ecografía Doppler registra dos obstrucciones importantes en las arterias cardíacas, en las que hemos intervenido insertando estents. Además, los niveles de colesterol en sangre son preocupantes, y no digamos los de glicemia —nos explica el doctor —. Tiene apenas cuarenta años, pero su edad biológica es de sesenta y cinco. Es fundamental que se replantee su estilo de vida, señor Lambert

—Se acabaron los nachos con queso —le digo—. Y nada de Europa. O, al menos, puedo ir solo.

—Olvídalo —me dice Corey, fulminándome con la mirada.

—¿Qué, lo de los nachos o lo de Europa?

—Las dos cosas —gruñe Corey.

De pronto, se nos queda mirando fijamente a Sofía y a mí, y a mí y a Sofía.

—Un momento… ¿Qué ha pasado aquí?

—¿A qué te refieres? —pregunto sorprendido.

—¿Hayden, por qué tienes los labios del mismo color que el pintalabios de Sofía?

—Es la sedación del estent la que habla por ti —respondo para despistar.

—No, es Chanel Rouge Allure —me replica—. ¿Acaso me tomas por tonto?

—¿Sabes qué te digo, Corey? Que ahora pasaré por tu casa y te prepararé una bolsa con algo de ropa.

—No trates de distraerme, reconozco a dos que se han enrollado en cuanto los veo.

—Creo que os dejaré que charléis tranquilamente de vuestras cosas —dice Sofía, batiéndose en retirada—. Yo tengo que irme a casa, a… prepararme para la manifestación de hoy.

—Claro, vete, ya cuido yo del paciente. Pero antes te acompaño a la salida —me ofrezco—. Vuelvo enseguida, Corey.

—Al menos tened la decencia de no echar un polvo en el ascensor, que estamos en un hospital —nos grita mientras salimos de su habitación.

—No se lo tengas en cuenta; cuando está nervioso, se le agria el carácter.

—¿Y a quién no se le agriaría después de un infarto?

Las puertas de la cabina se cierran y, en cuanto pulso el botón de la planta baja y estamos solos, abrazo a Sofía.

—Siento que tengamos que separarnos así; esperaba que pasáramos la mañana de otro modo, juntos, después de esta noche.

—De otro modo, ¿cómo?

—Tú y yo, en la playa, un chapuzón en el mar, almorzar en el paseo marítimo y después volver a mi casa para disfrutar de la puesta de sol en el jacuzzi.

—Me gusta tu plan. —Asiente con una sonrisa y me besa—. ¿Mañana?

—Ya estoy contando los minutos que faltan.

La estrecho de nuevo entre mis brazos y nos besamos de un modo no muy apropiado para un hospital, pero a ninguno de los dos nos supone un problema; ni siquiera cuando suena un ding anunciando que hemos llegado a la planta baja y se abren las puertas.

—¡¿Sofía?! —exclama una voz masculina.

Nos separamos. El hombre que acaba de entrar no me resulta familiar, pero al parecer a Sofía sí.

—¿Trey? —Ella también parece desconcertada—. Hum, he pasado a saludar a un…, a un… Él es Hayden West, ¿lo conoces? —Me señala—. Trey Heller, el marido de mi compañera Cindy.

—Encantado. ¿Todo bien?

—Mi representante vive al límite, y hoy casi la palma, pero lo han pillado a tiempo —le explico.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunta Sofía.

—Es por Cindy. Ayer cenamos fuera de casa, pero le entró un fuerte dolor de barriga, la ingresaron por si era apendicitis, y entonces descubrieron que tenía un embarazo extrauterino y la han operado de urgencia —nos informa Trey—. No entiendo cómo ha podido pasar, porque le habían implantado…

—Un Nomyra —concluye por él la frase Sofía, lanzándome una mirada.

Asiento en silencio, pues no necesito añadir nada más.

—¿Puedo subir contigo a visitarla?

—Claro —asiente Trey—. Le gustará verte.

Sofía se vuelve hacia mí de nuevo, y en sus ojos refulge aquella chispa suya de cazadora de noticias.

—Me voy. Ya te contaré.

Hace el gesto de irse, pero la retengo, pues nuestros dedos aún siguen entrelazados.

—Eh, eh… —La atraigo hacia mí, le alzo la barbilla y acerco mi rostro al suyo—. Nuevas costumbres, ¿recuerdas?

Capítulo 62



Sofía

—Me temo que no estoy al día. ¿Hayden es el nuevo Rafael? —aventura Trey, mientras llegamos a la planta de Obstetricia y Ginecología.

—No es que no estés al día, es que la cosa es muy reciente —le explico—. De esta noche.

—¡Enhorabuena!

—Y Hayden, por suerte, no es el nuevo Rafael. No se parece en nada a Rafael.

Trey suspira.

—Ahora ya te lo puedo decir: nunca me gustó Rafael. Cuando vinisteis a la barbacoa en nuestra casa, no sabía de qué hablar con él. Fuera cual fuese el tema de conversación que yo sacaba, él se apresuraba a precisar que pensaba distinto, y soltaba un monólogo para demostrar que mi opinión era infundada.

—Muy propio de él —le confirmo.

Cuando llegamos a la habitación de Cindy, entro como un vendaval y le echo los brazos al cuello.

—Lo siento muchísimo. ¿Cómo te encuentras? ¿Mejor?

Ella asiente.

—Ahora ya sí, pero debo reconocer que ha sido todo un shock. Embarazada de nuevo. Nadie se lo podía imaginar.

—Cariño, después de todo por lo que has pasado, he decidido hacerme una vasectomía —le anuncia Trey con voz solemne.

Me siento en la cama, al lado de ella.

—Cindy, ya sé que el tacto no es mi fuerte, y que este no es el mejor momento, pero…

—No —me interrumpe—. He estado reflexionando y creo que tenías razón con lo del Nomyra. Fui una estúpida por no hacerte caso.

—Hay otras dos mujeres que han tenido embarazos extrauterinos, según los cuestionarios que he recopilado de las pacientes de la Avila's Clinic —le confirmo.

—Debe de haber algo que no funciona en el Nomyra —concuerda conmigo—. Te ayudaré con la investigación.

—No es necesario. Me basta con saber que crees en lo que estamos haciendo.

Cindy enarca una ceja.

—¿Estamos?

—Hayden y yo —preciso.

—Hayden, que, gracias a Dios, le ha dado una patada en el culo a Rafael —añade Trey.

—¿Hayden West? —Mi amiga me mira con los ojos como platos —. Pero ¿no lo odiabas?

—Por supuesto, si un beso de «hasta luego» que dura diez

minutos puede definirse como una señal de odio, entonces sí, se odian muchísimo —bromea Trey.

—Conque Míster 911, ¿eh? —se burla Cindy—. Creo que la próxima vez seré yo quien tenga que venir a visitarte al hospital.

—¿Qué quiere decir «Míster 911»? —pregunta Trey, intrigado.

—Nada —respondemos ambas al mismo tiempo.

—Me temo que hoy no podré ir a la manifestación por Hannah Lawson —me dice ella, señalando la aguja de la vía que tiene clavada en el brazo—. Grita también por mí.

—Dalo por hecho.



El punto de encuentro con el colectivo por los derechos de las mujeres y la igualdad de oportunidades es Pershing Square, y de allí la marcha parte hacia el ayuntamiento.

Somos muchísimas, pero, lamentablemente, siempre somos solo mujeres. Protestamos por una chica que sufrió una violación, quedó embarazada y el estado donde vive no solo no permite el aborto, ni siquiera cuando el embarazo es consecuencia de una violación, sino que incluso concede al violador el derecho a ejercer la paternidad.

Y, aunque cada vez que ponemos sobre la mesa el problema de la desigualdad, nos responden que «¡somos demasiado exageradas! No todos los hombres son violentos»; aquí, en la manifestación, solo hay mujeres.

Siempre mujeres, solo mujeres.

¿Dónde están esos que dicen que «no todos los hombres…»?

—Amigas, madres, hijas, aliadas… —exhorta la organizadora de la protesta, Leandra O'Connor, a las participantes—. Nosotras, que gozamos del privilegio de vivir en un estado que reconoce nuestra libertad y nuestro libre albedrío, tenemos el deber de darle voz a una mujer, una hermana, que, aunque se encuentre a muchos

kilómetros de aquí, debería vivir protegida por las leyes de nuestra nación. Sin embargo, por desgracia, estas no son iguales para todas las personas, y ella se ha visto privada de su libertad y de su dignidad. ¡Y ahora le imponen que críe a su hijo con el mismo hombre que la violó! —El móvil me vibra en el bolsillo, pero estoy demasiado ocupada aplaudiendo como para responder—. Hoy hay quienes, al otro lado de la calle, han organizado una manifestación paralela y contraria a la nuestra, porque quieren que a nosotras también se nos apliquen esas mismas leyes. ¡No permitiremos que nos arrebaten nada de lo que hemos conquistado! ¡Hagamos que nos oigan! ¡Que entiendan que no nos dan miedo sus hogueras, no nos dan miedo sus tribunales, no nos dan miedo sus prisiones!

Partimos a buen paso con nuestras pancartas, banderas, silbatos y sirenas, hasta que tenemos que detenernos a medio camino, cuando nos topamos, como era de esperar, con la facción ultraconservadora, que avanza en sentido contrario. Aprovecho el parón para atender el teléfono, que vibra de nuevo. Es Hayden, que ya me ha llamado cuatro veces y me ha dejado tres mensajes.

—Dime —respondo a gritos, mientras me tapo la otra oreja con el índice derecho.

—¿Dónde estás, Sofía?

—¡En la manifestación, ya te lo dije!

—Eso ya lo sé, me refiero a tu ubicación precisa en términos de latitud y longitud.

—Ah… Entre la Quinta Oeste y Spring Street. Estamos parados porque una marcha ultraconservadora nos ha bloqueado.

—Perfecto, yo estoy en Broadway, dentro de cinco minutos estoy contigo. Quédate donde estás, que paso a buscarte.

—¿Por qué?

—Después te lo explico. ¿Cómo vas vestida?

—Llevo una camiseta roja con la cara de Ruth Bader Ginsburg y el lema «Yo disiento».

—Pues claro, qué bobo soy por hacerte semejante pregunta. Ya llego.

Mosqueada, cruzo los brazos a la espera de Hayden, mientras en el otro extremo veo carteles con consignas como «Tu cuerpo, mi decisión», «Generación tradicional», «Feministas asesinas» o «Proabortistas, arderéis en el infierno».

—Pues prendednos fuego —mascullo.

—¡Ahí estás! —exclama Hayden cogiéndome del hombro—. Ya he parado a cuatro chicas con tu misma camiseta de la Ginsburg y me han tomado por un acosador.

—Ruth Bader Ginsburg se lleva mucho en este ambiente. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a llevarte conmigo, tenemos que ir a San Francisco.

—¡¿Ahora?! ¿A hacer qué? ¿Y cómo iremos?

—Aunque las cosas hayan cambiado entre nosotros, tu falta de confianza en mis iniciativas sigue estando intacta: esta noche mis padres han organizado una cena «de apoyo». Léase «financiación», para su candidato a las primarias, y mi primo me ha dicho que contarán con la presencia de un representante de la Food and Drug Administration, y he pensado que, en lugar de enredarnos en una maraña de burocracia para solicitar los expedientes relativos a Nomyra, podríamos acudir directos a la fuente. Pero tenemos que irnos ahora mismo; el avión de Nate ya está en el aeropuerto, listo para despegar en una hora.

—Pero yo quería acabar la manifestación —protesto.

—Ya lo sé, Sofía, y no te habría interrumpido si no fuera importante.

—Eh… —berrea una mujer a nuestro lado—: ¿Has venido a

llevarte a tu mujer a casa y volver a encerrarla en la cocina?

—¡¿Quién, yo?! —se defiende Hayden alzando las manos—. Si Sofía apenas oye lo que le digo, ¿cómo quieres que haga lo que le pido?

—Mira, guapo, la manifestación patriarcal es la que hay al otro extremo —le grita otra desde un poco más atrás.

—Estoy bien aquí, gracias. Yo estoy de vuestra parte. ¡Aunque no lleve ninguna prenda con la cara de Ruth Bader Ginsburg, estoy con vosotras!

Las allí presentes lo miran con escepticismo.

—Yo creo que es un infiltrado.

—Es un topo.

—Quieren reventar nuestra manifestación desde dentro.

—Sofía, ayúdame, no me creen —me ruega.

—Amigas, él es legal. Os lo garantizo. Le hago escuchar todas las entregas de *Salem Survivors* —les aseguro.

La más alta lo escruta, suspicaz.

—¿Y quién lo presenta? —lo interpela.

—Leandra y Ossy O'Connor —responde él al instante.

—No es un espía, es un aliado —insisto.

—Su cara me suena de algo —rumia la más joven—. ¿Eres famoso?

—A mí también me suena. Eres ese periodista… West —añade otra con voz de desprecio.

—Solo se le parece. Él se llama Richard —me adelanto, antes de que surja el nombre de Hayden West, que no es precisamente alguien estimado en este segmento social.

—Richard Carson, encantado —se apresura a confirmar—. Estoy profundamente convencido de que Hannah Lawson está siendo víctima de una injusticia. Estados Unidos nunca estará unido de

verdad hasta que todos sus ciudadanos no se encuentren bajo el amparo de las mismas leyes y disfruten de los mismos derechos.

—En efecto —convienen todas.

—Y también creo que hoy en día las mujeres siguen siendo víctimas de un desequilibrio y una desigualdad intolerables —prosigue, congregando a su alrededor un corro de manifestantes interesadas—. Ningún ser humano, ya sea hombre o mujer, debería tener que pedir permiso para poder decidir sobre su propio cuerpo.

—¡Síííí! —gritan todas.

—¡Tú, el de la camisa! —vocifera Leandra O'Connor a través del megáfono—. Te lo digo a ti, el hombre de la camisa azul.

—¡Es un aliado, June! —grita una del corro—. Bandera verde. Se llama Richard.

—¿Un aliado? Guau, Richard, sube aquí, al escenario móvil, y dales caña a esa panda de ultraconservadores.

Hayden me mira con unos ojos como platos.

—¿Qué tengo que hacer?

—Un discurso desde la tarima.

—¡¿Yo?!

El pequeño grupo de seguidoras improvisadas corea al mismo tiempo: «¡¡¡Síííí, sube, Richard!!!», infundiéndole ánimos.

—¿A qué esperas? ¡Adelante! —lo incito.

—Nunca he dado un discurso sobre derechos civiles —me responde, presa del pánico.

—Tengo ante mí al mejor alumno de las competiciones de Debates, con las mejores notas en Oratoria de la Escuela Annenberg de Comunicación y Periodismo, ¿o no es verdad? Coge ese megáfono y hazme soñar —le digo, y añado susurrándole al oído—: Estaré ahí abajo mirándote, como hiciste tú conmigo en el club de estriptis.

—El escenario es tuyo, Richard —lo anima Leandra desde la plataforma de la furgoneta.

—¡Ri-chard!, ¡Ri-chard! —gritan al unísono sus nuevas seguidoras.

La multitud le abre paso y yo lo acompaño hasta la furgoneta descubierta que hace las veces de escenario y encabeza la manifestación. Le plantan el megáfono en la mano y, en cuanto pulsa el botón, el amplificador deja escapar un agudo silbido que se expande por el aire.

—Hum… Hola a todas, mujeres de Los Ángeles. Y alrededores —se apresura a precisar.

—¿Por qué te encuentras hoy aquí con nosotras? —le pregunta Leandra de entrada, sin darle tregua.

—Escoger es un derecho fundamental en sí mismo y yo lo ejerzo todos los días desde que nací. Nadie ha impedido o cuestionado mis decisiones, no me siento juzgado, no me siento infravalorado, no siento que corra peligro si me tomo una copa de más; cuando escojo cómo me visto, no me pregunto qué pensarán de mí los demás; si salgo a correr por la noche con los auriculares, no me siento una presa… —De pronto se alza un murmullo de protesta entre la multitud. Todas saben de lo que habla—. Tengo una hija y, aunque todavía es pequeña, cuando crezca, sé que ella no gozará de la misma libertad que yo. ¡La libertad y la seguridad no pueden ser un privilegio, y estoy aquí con vosotras para que deje de ser así! No quiero quedarme despierto por las noches, preguntándome si volverá a casa; no quiero sentarme en una comisaría mientras le hacen preguntas incómodas sobre cómo iba vestida, o si estaba sobria, o si le había sonreído más de la cuenta a un chico que decidió ponerle las manos encima; no quiero que nadie la obligue a seguir adelante con un embarazo fruto de una violación, y de

ninguna de las maneras quiero ver a su lado al hombre que abusó de ella ejerciendo un derecho que no le corresponde. Reconocerle el derecho de paternidad a un violador equivale a concederle un premio. En Luisiana, una familia debe soportar esta situación, y ver cómo su propia hija se enfrenta a semejante trauma, sin posibilidad de superarlo. ¡Tenemos el deber de emplear todos los medios a nuestro alcance para cambiar esta situación y hacerlo desde ahora mismo!

La multitud estalla en aplausos.

—¿Quién es ese hombre? —pregunta extasiada la chica que tengo al lado.

—Es mi hombre —murmuro para mis adentros, mientras él me guiña un ojo desde la tarima.

Leandra coge una bandera con el rostro de Ruth Bader Ginsburg y se la anuda al cuello como si fuera una capa, mientras la multitud lanza gritos de aprobación y corea la frase «¡Adelante, Richard!».

—¡Pues entonces enséñale a tu hija a tener las piernas bien cerradas! —grita alguien desde la otra manifestación—. ¡*Feminisito* de pacotilla!

—O también podemos aprender a tener el pájaro guardado dentro de los calzoncillos.

—Suponiendo que tengas uno —grita otro, arrancando una carcajada general.

—¿Le gritarías a tu madre que mantuviera las piernas cerradas? ¿De dónde naciste tú, entonces, de una piedra? —replica Hayden.

—Ni se te ocurra mencionar a mi madre —se oye, y al cabo de un instante una bengala estalla en el aire, reduciendo la visibilidad casi a cero.

Se suceden los gritos, los estallidos de petardos, y de pronto la calle se convierte en un campo de batalla, con objetos de todo tipo

volando de un lado al otro, acompañados de insultos y provocaciones. En cuestión de minutos, lo que empezó como una manifestación pacífica se va al traste.

—¡Hayden! —grito al vacío, sin saber en qué dirección camino. Ni siquiera sé si Hayden sigue en el escenario.

Trato de abrirme paso entre la multitud; por todas partes me llueven patadas y codazos, cuando de pronto siento que me agarran del brazo y me levantan.

—¡Socorro, bájame! —grito, sin saber a quién se lo estoy diciendo.

Y entonces, entre la neblina que ha creado el humo, distingo a Hayden: ha sido él quien me ha tomado del brazo y me ha subido a la furgoneta.

—Siento arruinarte la fiesta, pero ahora sí que debemos marcharnos.

Me coge de la mano y saltamos juntos por el lado de la caja que queda más cerca de la acera, buscando una vía de escape; él me lleva pegada a su lado para no perderme de vista y protegerme de los objetos contundentes que vuelan por los aires.

De pronto, estamos empapados de pies a cabeza, pero el humo empieza a disiparse lentamente.

La policía está dispersando a los manifestantes con agua a presión. Gracias a Dios. Ya casi hemos llegado al margen de la calzada cuando un cordón de agentes nos da el alto.

—¡Estos son los agitadores! —anuncia uno de los policías.

—¿Agitadores? —pregunta Hayden—. Debe de tratarse de un error.

—Están detenidos por provocar disturbios, por favor, acompáñennos a la comisaría.

Capítulo 63



Hayden

—En mis treinta y un años de vida jamás había estado entre rejas. Y, gracias a ti, aquí me tienes —reprendo a Sofía.

Estamos sentados el uno al lado del otro, esposados; una reja separa a los hombres de las mujeres en el calabozo.

—No te preocupes, siempre hacen igual —le digo para tranquilizarlo—. Cuando hay alborotos, tienen que encerrar a alguien para hacer el paripé.

—¿Cómo lo sabes? ¿Ya te ha pasado antes?

—Un par de veces —me confiesa como si nada.

—Estupendo, ahora me quedo más tranquilo.

A ver si Nat llega de una vez. En cuanto puse un pie en la comisaría, ejercí mi derecho a hacer una llamada. En otras circunstancias habría telefoneado a Corey, pero, como él está fuera de servicio, el único salvavidas disponible es mi primo. Y ya sé que

se estará burlando de mí hasta el día del juicio final.

—Conque Hayden West, ¿eh? —comenta un agente mientras se pasea por delante de las rejas—. Hoy tenemos con nosotros a una celebridad. ¿Ahora te ha dado por el activismo político?

—Es que me aburría —le replico.

—Por si te sirve de consuelo, has estado fenomenal con el megáfono —me felicita Sofía—. Has nacido para hablar ante las multitudes.

—Gracias, pero no me parece que hayamos obtenido un gran resultado.

—Buenas tardes. Diputado Nathan Edgerton, estoy aquí para obtener la libertad bajo fianza de Hayden West y… de Sofía Cortez —anuncia mi primo, acercándose al mostrador de la comisaría con aire autoritario.

—¡Aleluya, Nate! ¿Cómo es que has tardado tanto en llegar? ¡Llevamos aquí dos horas! —le digo levantándome del banco de un salto.

—Cambia ese tono o te dejo a la sombra. Puede que a ti te parezca absurdo, pero yo tengo una vida —me comenta mi primo, lanzándome una mirada de desprecio—. ¿Qué demonios llevas puesto?

—Ah, sí, me la dieron en la manifestación —le explico mientras me desato la bandera de Ruth Bader Ginsburg.

—«Manifestante activista detenido». La tía se volverá loca de alegría cuando sepa cómo has acabado —comenta con sarcasmo, sin alzar los ojos del cheque que está firmando.

—No todos somos tan perfectos como tú —le replico.

—¿Quién es Sofía Cortez?

—Yo —responde ella al instante, tendiéndole una mano esposada a través de la reja—. Soy periodista de *Hollywood y Alrededores*;

Hayden y yo estamos trabajando juntos en un reportaje.

Nate asiente perplejo.

—Ah, ¿entonces ella es la chica de la que me hablaste a propósito de la investigación sobre la FDA?

—En efecto —confirmo.

—Con la que irás a San Francisco para asistir a la cena del partido que se celebra esta noche —sigue atando cabos.

—Sí.

—La reportera de investigación que te ha hecho levantar el culo del sofá.

—La misma.

—Encantado de conocer a la persona que ha sido capaz de despertar la perezosa conciencia de mi primo —comenta Nate con ironía mientras un agente nos hace salir de la celda.

—¿Tu jet ya está listo? —le pregunto.

—¿Pensáis presentaros así en la cena? —pregunta, mirándonos escéptico.

—No hemos tenido tiempo de cambiarnos —me excuso.

Nate resopla.

—Llamaré a mi asistente, haré que os traigan ropa adecuada al aeropuerto y os cambiáis en el avión. Yo me quedaré en San Francisco, pero supongo que vosotros necesitaréis el avión para regresar.

—Si nos lo prestaras, nos harías un favor —le digo.

—Pues entonces espabilad, porque ya vamos con retraso —nos apremia, y a continuación se pega al móvil.

—Arleen, ¿podrías acercarte a la tienda de Armani, en el mismo aeropuerto, y comprar un traje oscuro de hombre de la talla cuarenta y ocho, y un vestido largo de mujer…? —Examina con precisión radiográfica a Sofía—. De tu talla. Trae también ropa de

recambio, maquillaje, un kit de afeitado… Todo lo necesario. Lo quiero todo en el avión dentro de media hora.

—¡Guau, estamos a punto de tomar un vuelo privado! —me susurra Sofía, emocionada.

—Yo de ti no estaría tan contenta.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Porque estás a punto de conocer a mi familia.

Capítulo 64



Sofía

En la pista de despegue nos recibe un pelotón de asistentes, incluida la famosa Arleen, una señora de la edad de mi madre con las maneras de un militar.

—Señor Edgerton, señor West, señorita —nos saludan mientras subimos por la escalerilla del Aeroscape Legacy blanco y plateado.

«Mi casa es su casa», nos dice Nate en español cuando entramos en la cabina: un salón superlujoso que parece el interior de un club privado para selectos miembros de la élite, que es lo que son exactamente Hayden y Nate.

Los dos parecen salidos del mismo molde, pero sometidos a dos procesos de fabricación distintos. Nate posee una elegancia felina, casi amedrentadora, una mirada que te traspasa, una vaga expresión de desprecio hacia cualquiera con el que se cruce y una actitud expeditiva, propia de quien no tiene tiempo que perder, y, si

se lo haces perder, lo pagarás caro. Sin duda comparten la misma cadena de ADN; la belleza parece una característica propia de la familia, pero la de Nate resulta altiva e impenetrable.

—¿Champán? —nos ofrece la azafata, que ya trae consigo tres copas servidas en una bandeja.

—Después —le ordena Nate—. Antes de que se sienten, es mejor que se den una ducha y se cambien.

—Menos mal que «mi casa es su casa», ¿eh? —bromea Hayden.

—A ver si acabarás yendo a pie a San Francisco —le replica su primo, que acaba de acomodarse en una butaca de cuero color crema y ha abierto su portátil.

—¿Tú no tienes un jet, Hayden? —le pregunto en tono jocoso.

—Los West los alquilamos. Somos la facción pobre de la familia.

—¿Existe un multiverso en el que a los West se los considera pobres? —pregunto en broma—. Se cuentan entre los primeros que descubrieron oro aquí, en California.

—Ferrocarriles, rascacielos, coches… —enumera Nate empleando los dedos—. Prácticamente todo aquello que transformó el mundo en el siglo XX. El acero vence al oro por tres a cero.

—Ah…, Edgerton, como los Edgerton del acero. Ahora todo cuadra.

—¿Ahora entiendes por qué él se dedica a la política y yo a los cotilleos? —replica Hayden.

—Porque me gradué en Stanford —explica Nate.

—No, yo iba a decir que es porque eres un poco capullo, pero tienes razón, también es por eso.

—De los metales a la política —señalo—. Un radical cambio de sector.

—Menos de lo que crees —objeta Nate—. Nada se crea, nada se destruye, todo se transforma; es el principio de cons…

—… de conservación de la masa, de Lavoisier —lo interrumpo, y a continuación me dirijo a Hayden—: ¿Siempre es así?

—Tranquila, no tiene por qué caerte simpático.

—Te devolveré a la cárcel, Hayden.

—Vale, chicos, os dejo con vuestra competición familiar y aprovecharé para ducharme —les indico, al tiempo que cojo una de las dos bolsas con el logotipo de Armani, llena a rebosar.

Ignoro qué superpoderes debe de tener la asistente de Nate, pero realmente ha pensado en todo: desde hilo dental hasta crema hidratante, pasando por maquillaje de base, perfilador de ojos, medias autosujetables finísimas y casi invisibles, un vestido rojo tan suave que me lo comería y… ¿Cómo narices ha acertado con mi número de zapato? Ha de ser cosa de magia negra, no hay otra explicación.

Un momento, ¡¿y este tanga compuesto por tres tiras elásticas delgadísimas y un triangulito minúsculo?!

—Hum, disculpa… —digo asomando la cabeza por la puerta del baño—. Nate, cuando le dijiste a Arleen que nos proporcionara «todo lo necesario», ¿también te referías a la ropa interior?

—Obviamente —me responde sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—Estupendo. ¿Y le diste instrucciones específicas sobre cuál debía elegir?

—La que a mí me gusta.

—Te felicito por tu capacidad de síntesis.

Termino de vestirme, me abrocho el corpiño del vestido —las copas también me van perfectas; necesito una Arleen en mi vida—, me pongo los zapatos de tacón y salgo.

—¿El pelo recogido o suelto? —le pregunto al comité masculino mientras giro sobre mí misma.

—Recogido —decreta Nate, impasible.

—Suelto —dice Hayden, sin aliento—. No hace falta que te diga por qué.

—Un poco de dignidad, primo.

Hayden también coge su bolsa y, cuando pasa junto a mí, besa mi espalda desnuda.

—Yo también voy a darme una ducha. Pero fría.

Durante el vuelo y el trayecto en coche hasta la fiesta, descubro que Nate es el hijo de la hermana del padre de Hayden, de modo que es medio West, tiene cuatro años más que él y crecieron juntos como hermanos, cómplices y aliados.

En efecto, bajo una aparente hostilidad, se oculta un afecto sanguíneo.

Antes de bajar del coche, en el camino que conduce a una imponente mansión de comienzos del siglo XX, Nate le ajusta la corbata a Hayden.

—Si es posible, esta vez no la líes —le ruega—. Ahora te abandono a tu destino; tengo que asegurarme la financiación de ciertos inversores antes que la muy zorra de Nicole Clark se me adelante. Nos vemos más tarde.

—Solo por saber en qué estamos a punto de participar, ¿de qué va esta cena? —le pregunto a Hayden en cuanto nos quedamos solos.

—Las primarias están al caer; el partido debe mostrarse unido y leal, pese a que se presentan dos candidatos que hasta ayer estaban enfrentados a muerte, como si tuvieran ante sí al peor de los enemigos. Dependiendo de lo que se vote, uno de los dos será el candidato a la Casa Blanca, y el otro se convertirá en el perdedor. Hasta hoy, ambos contaban con el soporte económico de distintos

patrocinadores; el objetivo de esta cena, y de otros muchos eventos, es asegurarse el apoyo de todos los patrocinadores, aunque el candidato al que ellos apoyan no salga elegido.

—El dinero, ante todo, por supuesto —resumo de la forma más concisa posible—. ¿Cómo estoy? ¿Me ves bien?

—Estás perfecta. No sé dónde mirarte, y me estoy planteando si realmente debemos acudir a esta fiesta.

Hayden me aparta el pelo, hunde el rostro en mi cuello y lo devora con un beso.

—No tengo que estar bien para ti —le replico, quitándomelo de encima—, me refiero a tu familia.

—Ah, ¿lo decías por ellos? Nadie les parece lo suficientemente bueno, nunca. Fíjate en mi primo, ¿no has notado que es como si llevase un palo en el culo?

—Gracias, ahora ya estoy más tranquila.

A los pocos segundos de haber bajado del coche, me percato de que todas las mujeres que se dirigen a la entrada no solo llevan doscientos quilates de joyas encima, sino que además van peinadas a la perfección. Yo, en fin, parezco recién salida de una manifestación callejera.

—Mierda —refunfuño.

—Primero espera a conocer a mi madre —bromea Hayden.

—Conque el pelo suelto, ¿eh? En mala hora te he hecho caso. Mira eso. No me dijiste que sería una gala por todo lo alto. Debería haberme fiado de Nate.

Suspiro al ver mi pelo revuelto en el reflejo de la ventanilla. Si al menos tuviera una goma elástica…

—¡Al diablo! —exclamo.

Me levanto la falda por encima de los muslos y pinzo el elástico del tanga con los dedos.

—No sé si te había dicho que dentro hay baños —me susurra Hayden.

—No necesito ir al baño —le replico, mientras me desprendo de ese cordoncillo que algunos llaman «prenda íntima».

Vale, al final la asistente de Nate ha acertado, aunque sigo preguntándome cómo sabe cuáles son las preferencias de su jefe en materia de lencería…

Me recojo el pelo en una cola, la enrosco sobre sí misma en la parte superior de la cabeza creando un moño «despeinado» y finalmente lo sujeto utilizando el tanga como goma para el pelo.

—¿Mejor así? —le pregunto a Hayden, mostrándole mi nuevo estilismo improvisado.

A Hayden casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Espera, ¿eso quiere decir que ahora no llevas nada debajo del vestido?

—No hay tanta diferencia, puedes creerme.

Hayden abre la puerta del coche y me tiende una mano para ayudarme a bajar, con la mirada puesta en las dos aberturas laterales de mi vestido, que se juntan un milímetro antes de revelar mi desnudez.

—Me vas a matar, Sofía.



Me siento intimidada, pero procuro que no se me note. El mundo de la política no es lo mío, y menos aún la de las altas esferas.

A Hayden, en cambio, se lo ve totalmente a sus anchas, saluda a todo el que encuentra a su paso y se sabe los nombres de todos los presentes.

—Hogar, dulce hogar —comenta mientras pasamos del atrio a un salón donde hay una mesa para al menos veinte personas donde se ha dispuesto un banquete digno de un rey: ostras, cigalas,

langostas, caviar y copas de cristal llenas de champán hasta donde alcanza la vista.

—¿Esta es tu casa?

—Era la casa de mi abuelo, pero resulta demasiado grande y anticuada para vivir en ella. Solo la usan para celebrar grandes eventos, pero era perfecta para jugar al escondite.

—¡Así que Nate no bromeaba cuando dijo que vendrías! —exclama una voz femenina a nuestra espalda.

Hayden se vuelve, le sonríe a la mujer y esta lo abraza.

—Mamá, a estas alturas ya deberías saber que Nate no bromea nunca. No es capaz de hacerlo.

«¡La madre de Hayden!».

Trago saliva ante semejante magnificencia: es alta, atlética, luce un largo vestido negro con los hombros descubiertos, un pañuelo de seda alrededor del cuello y unos guantes blancos hasta los codos. Tiene una edad indefinida y el pelo rubio plateado recogido en un moño muy apretado, que acentúa sus ojos felinos y sus pómulos altos y carnosos.

—Estoy tan cansada de esta campaña electoral que no veo la hora de que concluya y pueda irme de vacaciones.

—Pero si tú odias las vacaciones —observa él.

—Tienes razón: dos días sin hacer nada, y ya me aburro. ¿Has saludado a tu padre?

—¿Él también está?

—Por supuesto, ¿quién crees que le ha escrito el discurso a Johanna? Oh, ahí está. —Alza un brazo—. ¡Daniel! Ven a saludar a Hayden.

—A propósito de saludar, ¿puedo presentarte a Sofía Cortez? Estamos trabajando juntos en una investigación —se apresura a decir.

—Buenas noches, señora West. Gracias por su hospitalidad —me presento.

—Susan. —Me estrecha la mano con firmeza—. «Señora West» suena demasiado a «esposa».

—Nunca has vuelto a utilizar tu apellido de casada —señala Hayden.

—Eso habría afectado trágicamente a mi trabajo, y lo sabes —le replica ella, dándole una palmada en el brazo.

A continuación, se dirige a mí:

—Dime, Sofía, ¿eres periodista? ¿En qué ámbito trabajas?

—Trabajo para una publicación de tirada reducida, llamada *Hollywood y Alrededores*, cubro las noticias de actualidad y publico algún que otro reportaje de investigación —le explico, sintiéndome cada vez más pequeña entre tantos peces gordos.

—Sofía está muy comprometida con los derechos civiles, la igualdad de oportunidades y las injusticias sociales —interviene Hayden, elogiando mis supuestos méritos—. Precisamente, hoy ha participado en la manifestación que reivindicaba los derechos de Hannah Lawson, la chica que fue violada y…

—… que ahora ha sido obligada a reconocer la paternidad del violador, ¿no es así? —lo interrumpe Susan—. Es una historia terrible; si no hubiera tenido que organizar la fiesta, yo también habría ido a la manifestación, aquí, en San Francisco… Ah, Daniel, aquí estás —exclama en cuanto se nos acerca un hombre que a primera vista parece una fotocopia de Hayden, y por un momento me desconcierta.

—Hola, papá —lo saluda Hayden con un frío apretón de manos.

—No te has afeitado, Hayden —le dice sin más.

—He llegado con el tiempo justo —se excusa—. ¿Puedo presentarte a Sofía Cortez? Es una compañera periodista.

—Encantada de conocerlo —le digo, rígida de tan azorada que me siento.

Daniel West es la proyección en el futuro de Hayden: el mismo físico esbelto y sólido, la misma estructura ósea del rostro, los mismos iris color turquesa y el mismo pelo de un negro azabache, salvo por un mechón canoso. Pero él es serio, sobrio, suspicaz, sin ese ademán irónico tan característico en Hayden.

—Bienvenida —me dice a modo de lacónico saludo.

A diferencia de Susan, no me estrecha la mano ni muestra el menor interés en entablar una mínima conversación, dejando que se interponga un muro de silencio entre los cuatro.

—Estamos aquí porque entre sus invitados se encuentra una persona con la que desearíamos intercambiar unas palabras —empiezo a decir yo, tratando de contextualizar mi presencia—. Investigamos un caso de negligencia en el que podría estar implicada una gran compañía farmacéutica y…

—Hayden, ven. Tenemos que separar a tu primo y a Nicole Clark, que están discutiendo delante del bufet de canapés —me interrumpe Daniel West, llevándose a su hijo consigo e internándose entre la multitud.

—¿Decías, Sofía? —inquiere Susan, tratando de retomar la conversación.

—Nada que sea oportuno discutir aquí —respondo, dando marcha atrás con respecto a lo que había empezado a referir.

—¿Qué clase de negligencia médica? —insiste ella.

—Anticoncepción femenina. Pero me he dado cuenta de que estamos fuera de contexto.

Estoy tan cortada que cojo al vuelo una copa de champán de una de las bandejas que pasan por mi lado y me la llevo a los labios.

Susan parece sorprendida.

—Mi hijo se dedica a las crónicas mundanas.

—De hecho, los dos andábamos tras la misma pista, pero por motivos distintos: yo, por una noticia de actualidad, y él por ciertos rumores sobre una estrella. Pensamos que, si uníamos mi actividad como investigadora y su red de contactos, podríamos obtener respuestas. Él y yo éramos los mejores en todas las asignaturas. Cuando él quedaba el primero, yo quedaba la segunda, y viceversa.

—¿Estudiaste en la USC? —me pregunta impresionada.

—Sí.

—Sofía Cortez —repite mi nombre remarcando las sílabas—. Entonces tú eres esa Sofía Cortez.

—Acaban de presentarnos hace un momento.

—Quiero decir, «esa» Sofía Cortez. —Susan niega con la cabeza y esboza una sonrisa—. Nunca pensé que podría existir una persona capaz de sacar de quicio a mi hijo más que yo misma. Y por fin puedo ponerle cara.

—No la sigo, Susan —le confieso desconcertada.

—Cuando Hayden me hablaba de la universidad, en sus conversaciones siempre salía tu nombre. Siempre. Nadie lograba exasperarlo tanto como tú.

—No crea que ahora la cosa es muy distinta.

—Si te ha traído aquí, es que ha de haber algo distinto —me dice con una sonrisa indescifrable en los labios—. Ah, y mi enhorabuena por el juego de palabras «West-Waste». Te lo he robado para guardar el número de mi exmarido en la agenda.

Y, como si quisiera dar fe de lo que me dice, saca el móvil del bolsito y me muestra la pantalla abierta por la lista de llamadas. Las tres últimas son de «Daniel Waste».

—Para ser su ex, la llama a menudo.

—Resulta inevitable, trabajando juntos. Me ha encantado

conocerte. Espero verte de nuevo, Sofía.

Susan se despide haciendo un gesto con la mano que solo le he visto hacer a la familia real británica y se aleja entre la multitud.

La madre de Hayden me gusta; su padre no.

Capítulo 65



Hayden

—¿A quién vota? —me pregunta mi padre.

—¿Quién?

—¿Cómo que «quién»? Pocahontas —responde—. Esa que has traído.

—Sofía. Y no es de ascendencia nativa americana, es costarricense.

—¿Inmigrante legal?

—De tercera generación.

—Eso es irrelevante. ¿A qué partido vota la tal Sofía? —repite.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No se lo he preguntado —le respondo molesto. Sospecho que no al nuestro, pero me lo callo.

—¡¿No lo sabes?! —inquiere escandalizado—. ¿Te presentas con una periodista de investigación en un acto del partido y ni siquiera sabes a quién vota?

—No estamos aquí por política, sino para hablar con un representante de la FDA que está entre los invitados. Ella te lo estaba explicando antes de que la interrumpieses.

Él lanza un resoplido, visiblemente enfadado.

—Se trata de un evento importante, estamos a las puertas de las primarias, el partido va por delante en las encuestas porque en la Casa Blanca está ese fantoche de Merrick, al que su vicepresidente le da la vuelta como a un calcetín cuando quiere. Con nuestra representante como candidata, tendremos allanado el camino a Washington. No debería tener que explicarte estas cosas, porque tú has crecido con ellas, pero por esa puerta solo entra gente de confianza sobre la cual tenemos un expediente de diez páginas como mínimo en un archivo.

—Nicole Clark también es de la oposición, y sin embargo está entre los invitados —señalo.

—Porque su tío es de los nuestros y la tiene atada en corto. Y porque, si se pasara a nuestro bando, nos apuntaríamos un buen tanto: es la diputada más joven de la historia, y es muy querida.

«Sueña con ello».

—Esa tal Cortez… —masculla enojado mientras le lanza una mirada recelosa.

—Eh, soy tu hijo. Yo confío en ti, confía tú en mí.

Mi padre la observa desde la distancia.

—Lleva escrito «socialista radical» en la frente.

—¡¿Pero qué ocurrencias son esas, papá?! A Sofía le importa un pimiento esta velada. Solo le interesa la investigación que estamos llevando a cabo. Por cierto, dime dónde está el miembro de la FDA; hablaremos con él y nos iremos sin que tengas que preocuparte más por nosotros.

—Está justo a su lado, en el bufet de los canapés de salmón.

Enfoco al hombre entre las cabezas que abarrotan el salón. Es joven. Me resulta familiar.

—Creo haberlo visto antes.

—Claro que lo has visto, es Scott Preston.

—¿Scott Preston, el expresidente de los Eta-Delta-Theta?

En efecto, sus rasgos faciales son los mismos.

Mi padre toma un sorbo de champán

—El mismo. Ha hecho carrera.

Mientras trato de asimilar la información, veo que Scott está hablando con Sofía, y un escalofrío de rabia me corre por la sangre al rememorar que él quería convertirla en la Vestal del sacrificio a la Tríada.

Capítulo 66



Sofía

—Señorita, ¿le apetece un canapé de salmón Chinook? —me pregunta uno de los camareros del catering.

—Sí, por favor.

—¿Acompañado de caviar rojo o negro?

Buena pregunta.

—Hum, ¿en qué se diferencian?

—El rojo es de huevas de salmón, y el negro, de esturión —me ilustra un hombre con esmoquin que está a mi lado.

Tiene el pelo rubio cobrizo, largo, pero bien peinado, los ojos negros y una barba esculpida durante horas por un peluquero. Su loción para después del afeitado desprende un aroma exótico y más bien denso, posiblemente caro, tipo sándalo y *oud*.

—El primero tiene un sabor más suave y delicado; el segundo, más rico e intenso —sigue explicándome.

—Usted parece saber mucho del tema, así que me fiaré de su consejo.

Aunque apenas es un poco mayor que yo, me apetece dirigirme a él en tono formal.

—Me encanta el contraste entre el dulzor del salmón y el carácter del caviar negro. —Y, para dejar clara su preferencia, se lleva una cucharadita a la boca, dejando a la vista sus dedos adornados con anillos.

—Probaré el negro —le digo al camarero.

—En cualquier caso, no me siento tan mayor como para que me trate de usted —me dice el hombre—. Empezaré a considerarlo cuando cumpla los cuarenta.

—Me ha salido así, sin pensarlo. Supongo que es debido a que se trata de un evento tan formal —me disculpo, y cojo el plato con el canapé.

—Creo que somos los más jóvenes de la sala —comenta él—. Y lo digo sin ánimo de ofender. De quienes hoy se encuentran aquí, solo podemos aprender.

—Yo me conformo con que no se note demasiado que soy una intrusa.

—Así, con la copa en la mano, lo estabas haciendo muy bien. Disculpa, aún no me he presentado: Scott Preston.

Por poco se me cae el plato de porcelana al suelo. ¿Scott Preston? ¿De la Eta-Delta-Theta? Mi primer impulso es darme a la fuga, pero, tan apretujados como estamos por la multitud, no tengo vía de escape. Maldita sea, con la barba no lo había reconocido.

Ahora me doy cuenta de que en el índice lleva el mismo sello de plata que Hayden, con las iniciales griegas de la fraternidad, ΗΔΘ, grabadas. No hay error posible.

—Sofía Cortez —digo con la voz ahogada—. Puede que me

equivoque, pero creo que ambos coincidimos en la USC.

Él pone unos ojos como platos, incrédulo.

—¡No puede ser! ¡Sofía Cortez! ¡Eres tú!

La forma en que me repasa de arriba abajo con la mirada me recuerda lo que había planeado hacerme en el pasado, y me entran tales náuseas que me veo obligada a dejar el canapé en el plato. El Sacrificio de la Vestal.

—Estás cambiada. Para mejor, quiero decir. ¿A qué te dedicas? ¿Has decidido meterte en política?

—Eso no es lo mío. Sigo fiel al periodismo —respondo sin concretar—. ¿Y tú en qué andas metido?

—Soy miembro de la comisión de la FDA.

«Oh, mierda. MI-ER-DA».

—Estupendo —balbuceo.

—¡Scott Preston! —exclama Hayden a su espalda, pasándole un brazo por encima del hombro—. ¿Quiénes son tus padrinos?

Scott se vuelve e intercambia con Hayden el saludo de la hermandad.

—Yo tengo santos que velan por mí en el cielo; y, por cierto, ¿dónde están los tuyos? A estas alturas deberías estar en el Congreso, en lugar de hurgando en las infidelidades de alguna estrella. ¿Cuántos años hacía que no nos veíamos?

—Desde tu graduación.

—Y, hablando de la graduación, ¿has visto quién está aquí? —le pregunta Scott señalándome—. ¿Te acuerdas de Sofía Cortez?

—Por supuesto, ella y yo hemos venido juntos.

Scott se nos queda mirando y levanta la ceja derecha en plan pícaro.

—Juntos, ¿eh?

—Por trabajo —respondo con sequedad—. Hayden, ¿sabes qué

he descubierto hablando con Scott? Resulta que es un miembro de la FDA —le explico forzando una sonrisa.

—Acaba de decírmelo mi padre hace un momento.

—Pero esta noche no estoy aquí como representante oficial; acompaño a mi tío, que apoya a Johanne.

—Es una lástima, Scott, porque te necesitábamos precisamente a ti —le comenta Hayden.

—Un dólar por cada vez que han dicho eso mismo desde que estoy en la comisión. ¡Dame el nombre! ¿A quién tengo que ponerle las cosas difíciles? ¿Alguna investigación que deba encallar en un mar de papeleo? ¿O acaso debo darle un empujoncito al proyecto de alguien? —nos pregunta Scott sin ningún pudor.

—Nada de eso —lo interrumpe Hayden—. Necesitaríamos un expediente, de forma más bien confidencial y con cierta urgencia.

—Ese es un trabajo para mí —comenta con arrogancia.

—La licencia de comercialización del Nomyra, un dispositivo que fabrica la compañía farmacéutica Lesser-Lachance, filial de la Whitaker Chemical —le explico.

—Toda la documentación que haya presentado la empresa: el diseño del producto, los test de materiales, estudios clínicos sobre su eficacia, efectos secundarios documentados… Todo lo que tengáis —sigue enumerando Hayden.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Sospechamos que ha habido alguna omisión —añado yo—. Muchas mujeres están sufriendo trastornos incapacitantes y todas llevan implantado el Nomyra. Al principio pensábamos que era consecuencia de la ineptitud de la clínica a la que habían acudido, pero ahora tenemos motivos para pensar que el problema está en el propio dispositivo. La misión de la FDA es proteger y promover la salud pública, apoyando las innovaciones que dan como resultado

productos médicos y eficaces. Por consiguiente, su interés primordial y su deber es impedir que una compañía siga produciendo un producto que está perjudicando a un gran número de ciudadanas sin que estas lo sepan.

Scott asiente.

—Yo no lo habría dicho mejor. A ver, me estáis pidiendo un favor extraordinario, al límite de lo permitido, pero si no nos hacemos esta clase de favores entre hermanos de la fraternidad —dice, guiñándole un ojo a Hayden.

—¡Eta-Delta-Theta por siempre! —exclama él.

—Estoy en el distrito, aquí, en Alameda. El lunes pasaré por la oficina y ya te comentaré. De hecho… —Scott se dirige a mí—, quizá podríamos intercambiarnos los números, Sofía. Me ha parecido entender que se trata de un tema de mujeres, y tú podrás prestar más atención a ciertos detalles del expediente.

—Puedes comunicarte perfectamente con Hayden, no convirtamos esto en una cuestión de género —le replico, procurando salirme por la tangente.

—Además, si te quedaras en la ciudad, podrías venir conmigo a la sede y llevar a cabo tus indagaciones tranquilamente.

—Esta noche debemos regresar a Los Ángeles —se apresura a decir Hayden—. Mi primo ha puesto su jet a nuestra disposición.

—No me digas que Nate también está aquí. ¡Vamos a saludarlo! —exclama Scott entusiasmado.

—Anda por ahí, discutiendo con la diputada Clark —le explica Hayden.

—Id vosotros, a mí me huelen las manos a caviar, así que iré un momento a los aseos —les digo, aprovechando la circunstancia para esfumarme.

—Escaleras, primer piso, pasillo izquierdo, última puerta, al fondo

—me indica Hayden, antes de que Scott tire de él y se lo lleve.

—Hasta luego.

Mármoles, cristal, mosaicos… El baño de la mansión también es una apoteosis de «la Edad Dorada», y parece estar gritando «¡Hemos encontrado oro!» desde cada rincón.

Lo digo con envidia, pero sobre todo con cierta aprensión, porque Hayden creció entre estas paredes, y para él esto es de lo más normal, mientras que yo… Bueno, hasta apenas hace un cuarto de hora ni siquiera sabía que existiera el caviar rojo.

Y en el espejo del lavabo veo reflejada a una que querría, pero no puede.

Me lavo las manos con uno de los pequeños jabones artesanales que hay en una cesta, y que no sé si debería estropear, y me seco con una de las toallas que están enrolladas en otra canastilla.

Debería volver abajo, pero no me apetece porque no conozco a nadie y, por primera vez en mi vida, me da vergüenza conversar con cualquiera de los presentes. Podría ser un magnate de una gran empresa tecnológica o un pez gordo de las finanzas. Ruth Bader Ginsburg y Katharine Graham sabrían qué hacer si estuvieran en mi lugar.

Me siento en la butaca tapizada de damasco que hay junto a la ventana para tomar el aire, a la espera de que sea una hora aceptable para pedirle a Hayden que nos vayamos de la fiesta.

Si bien el hecho de que Scott y él se conozcan puede agilizar nuestra investigación, por otro lado, no soy capaz de verlo como una suerte. Scott me repugna, y sí, estoy segura de que entró en la comisión gracias a algún contacto personal.

—¿Dónde la has dejado? —pregunta una voz masculina en tono severo. Viene de fuera, del jardín.

—En el baño.

—Siempre has de asignar a alguien que vigile a los desconocidos —sigue diciendo la voz.

—No me parece que el baño sea un lugar tan propicio al espionaje como para tener que enviarle un guardián.

Esta es la voz de Hayden.

Me levanto apenas de la butaca y me asomo al alféizar: abajo están Daniel West y Nate fumando, junto con Hayden y Scott.

—Yo la habría acompañado de mil amores —indica el baboso de Scott.

—Ponte en la cola —lo advierte Nate—. Primero está Hayden.

—¿Te estás follando a la Cortez? —le pregunta este.

Hayden no responde, pero Nate y Scott se ríen.

—Entonces, no es solo una compañera con la que compartes una investigación.

—Podemos ser compañeros con derecho a roce —responde Hayden, dejándolo en el aire.

—He examinado el periódico para el que escribe Sofía: es el último eslabón de la cadena alimentaria editorial —comenta Nate—. ¿Cómo es posible que pierdas el tiempo yéndole detrás?

—¿Quién dice que estoy perdiendo el tiempo? —le replica Hayden—. ¿Es que por una vez no puedo ayudar a una persona que conozco?

—Ahora eres un misionero —comenta Nate.

—Seguro —dice Scott entre risas—. El único misionero que le interesa a este es el de la posición.

—¿No tendrás envidia? —le pregunta Hayden en tono provocador.

—Un poco, sí, pero te perdono si me prometes que me la pasarás cuando hayas terminado.

Esta vez son Scott y Nate los que se ríen.

—Diviértete una semana o un mes, pero no la traigas más aquí —le advierte su padre—. Este no es lugar para ella.

—Yo creía que seguías acostándote con Madison —deja caer Nate.

Por si aún no hubiera oído bastante, esta última frase me traspasa el corazón.

—A lo mejor planeas montártelo a tres bandas —comenta Scott en plan grosero, lanzando una risotada—. No sería la primera vez.

—Ve a buscar a esa fugitiva que has traído contigo, antes de que empiece a meter las narices donde no debe —masculla su padre—. Y recuerda que la familia West es lo primero.

—Te estás volviendo paranoico, tío —tercia Nate—. No deberías preocuparte tanto por una muesca más de Hayden en su cinturón.

Él no replica, no objeta, no me defiende, y desde el jardín se eleva un coro de risas.

Una mancha oscura se extiende por mi vestido, en el centro del muslo, seguida de otra y otra más.

Son lágrimas.

El último eslabón de la cadena alimentaria editorial. Una muesca en el cinturón. Madison. Es demasiado de una sola vez, y me siento tan humillada que apenas puedo respirar.

Ese cabrón no me merece. No se merece mis lágrimas. No se merece mis pensamientos ni mi tiempo. Hasta mi capacidad de autolesionarme tiene un límite. Cojo otra toalla, me limpio las manchas de rímel y salgo, con el firme propósito de que no me traicione ni la menor sombra de emoción.

Capítulo 67



Hayden

La casa familiar siempre ha sido una especie de suelo sagrado con el poder de suscitarme un terror reverencial hacia la jerarquía parental, que me impide cuestionar a cualquiera que pueda ejercer una mínima autoridad sobre mí.

Pero Scott, Nate y, sobre todo, mi padre se están propasando con Sofía mucho más de lo que soy capaz de tolerar.

—Ve a buscar a esa fugitiva que has traído contigo, antes de que empiece a meter las narices donde no debe —me ordena mi padre, apuntándome con el cigarrillo que sostiene entre el índice y el dedo corazón—. Y recuerda que la familia West es lo primero.

—Te estás volviendo paranoico, tío —tercia Nate—. No deberías preocuparte tanto por una muesca más de Hayden en su cinturón.

—Llévatela a la cama y haz realidad mi sueño —me dice Scott desternillándose de risa—. Y ya me contarás cómo ha ido.

—No pienso contarte nada.

—Pues igual podrías enseñármelo —me propone guiñándome un ojo, en alusión a los vídeos que tanto le gustan.

—¿Sabes por qué no pudisteis hacéroslo con Sofía ni tú ni los demás miembros de la Tríada, la noche del Sacrificio de la Vestal? Porque yo le impedí que viniera a la fiesta.

Scott me mira incrédulo.

—¿Lo dices en serio?

—La eliminé de la lista de invitados de la fraternidad, y le dije al encargado de la puerta que la echara. Lo hice a propósito para ahorrarle ser víctima de tus perversiones —afirmo con orgullo—. Volvería a hacerlo, y pienso emplear todas mis energías para mantenerla fuera de tu alcance. En cuanto a ti, deberías plantearte ir a un psicólogo para hablar de por qué mantienes esa relación tan enfermiza con las mujeres, especialmente con las que te rechazan.

—Escucha, Hayden, lo de antes iba en broma —alega en su defensa—. No hay necesidad de enfadarse.

—No, por desgracia te conozco y sé que no bromeas. Y, en cuanto a ti —ahora me dirijo a Nate—, solo vives para trabajar. Estás seco por dentro. Para ti, las mujeres son un mero complemento ornamental. Dejas que tu asistente seleccione a las candidatas que saldrán a cenar contigo.

—Es mucho más cómodo y eficiente.

—Eres incapaz de reconocer lo que hay entre Sofía y yo, ni cualquier otra cosa que tengas delante de tus ojos que no sean intrigas políticas y estrategias electorales. Has perdido el contacto con la realidad. ¡Despierta de una vez!

—¿Estás borracho, Hayden? —me pregunta mi padre, mirándome perplejo—. No sabes lo que dices.

—Estoy totalmente sobrio, y también tengo algo que decirte a ti.

Sofía no es una «fugitiva»; entre ella y yo, el que más motivos tenía para huir de casa era yo, que me he pasado años sufriendo los desajustes emocionales de esta familia disfuncional. ¿Crees que no sé que mamá y tú dormíais en la misma cama, pero después os apuñalabais mutuamente por la espalda? Lo sé desde que tenía trece años. No sabía si erais dos padres o dos adversarios.

—Los altibajos de la relación entre tu madre y yo no son cosa tuya.

—Lo eran, pero ahora (gracias a Dios) ya no lo son. Y, si tengo la oportunidad de construir mi felicidad con una persona que me haga sentir mejor cada día cuando abro los ojos, puedes estar seguro de que no renunciaré solo porque a ti no te gusten sus ideas políticas o sus orígenes.

—Yo te doy asco, pero todo cuanto te rodea no, ¿verdad? —me replica mi padre provocándome, con los brazos extendidos.

—Ya que no me has dado afecto, al menos me has dado dinero. Estamos a la par —le respondo—. Por suerte, el afecto sé dónde buscarlo, sin tener que pedírselo a quien no me lo ha brindado en treinta y un años.

—Pues ve a hacerte el héroe enamorado si eso es lo que quieres, pero que sepas que tarde o temprano entre vosotros surgirán diferencias que os enfrentarán y os acabarán separando —me advierte mi padre—. Y ese día me darás la razón.

—Ese día puede que sí. Pero hoy no.



Encuentro a Sofía en el salón donde han dispuesto el bar, debatiendo sobre salud pública ante un corrillo que se ha congregado a su alrededor y la está escuchando con interés. Su temor de hace apenas un momento parece haberse disipado por completo.

—Siento interrumpir —me disculpo por cortar su discurso—, pero tenemos un vuelo esperándonos. ¿Vamos, Sofía?

Ella me lanza una mirada pétrea.

—Me lo preguntas como si tuviera elección.

—No me había parecido que tuvieses ganas de quedarte, pero si has cambiado de idea…

—Sé fingir muy bien cuando quiero. Aunque no soy tan buena como tú.

—¿A qué te refieres?

Pero ella no me responde, me da la espalda y se dirige directamente a la salida.

En el portal, nuestro coche espera en silencio, y, cuando el chófer nos abre la puerta, en vez de sentarse detrás conmigo, ocupa el asiento del pasajero.

—¿Ha pasado algo, Sofía? —le pregunto inclinándome hacia delante, pero ella pulsa el botón del cristal que aísla el espacio del conductor del asiento trasero.

Pulso el botón que está en mi lado y vuelvo a bajar la mampara.

—¿Puedes hablarme, por favor?

—No.

—¿Podrías argumentar ese «no»? —insisto.

—Vete a la mierda, Hayden. ¿Así está mejor?

—No creo haberlo entendido —le replico.

—V-E-T-E-A-L-A-M-I-E-R-D-A, Hayden.

—Lo haría encantado, si al menos supiera el motivo.

—Prueba a adivinarlo —me desafía.

—En estos momentos no me apetece jugar. —Intento apoyar la mano en su hombro, pero ella se aparta—. Muy bien, ¿cuál es el problema?

—Escuché lo que dijisteis cuando hablabais tu padre, Scott, Nate

y tú mientras yo estaba en el baño. La ventana estaba abierta, y vosotros charlabais en el jardín, justo debajo del alféizar.

—Ah.

Sofía me dedica otra falsa sonrisa.

—Que te jodan, Hayden. De todo corazón.

—Puedo explicártelo.

—No me interesa —concluye, y cierra de nuevo la mampara.



Sofía hace como si yo no existiera durante todo el trayecto, y, una vez que subimos al avión y despegamos, se desabrocha el cinturón y se dirige al baño.

—No tengo intención de pasar contigo más tiempo del necesario —exclama.

Le cierro el paso.

—Ahora vas a escucharme.

—Ya te he escuchado bastante. ¿Sabes qué? Puedes irte a practicar el misionero con Madison.

Maldito sea Nate, y maldito sea el día que le dije que estuve a punto de acostarme con Madison.

—Dejando aparte que no me acosté realmente con ella, reconozco que fue un error y, sobre todo, de eso hace más de un mes.

—¿Por qué debería creerte?

—No lo sé. A lo mejor haces bien en no creerme, pero al menos deja que me explique, y entonces decides si prefieres tu verdad o la mía.

—Me han menospreciado, me han humillado, y tú has permitido que tu padre y Nate echaran pestes de mí. Les has permitido que se mofaran de mí.

—Eso no es cierto.

—La muesca en el cinturón, el misionero, pasarme a Scott cuando hayas acabado conmigo. Oí cómo os tronchabais de risa.

En su voz distingo notas de dolor y de traición.

—Scott es un imbécil, tiene el cerebro en la bragueta, y lo he mandado a tomar por culo.

—¿Y a tu padre y a Nate también? La familia West está por encima de todo y de todos, ¿no es así? —me replica Sofía encogiéndose de hombros.

Me adelanta, ignorándome, y reemprende el camino al baño.

Pero yo coloco una mano en la puerta revestida de nogal y le impido abrirla.

—Me parece bien que no quieras escucharme, eso que me ahorro en aliento, pero no puedes hacerme preguntas y negarte a escuchar las respuestas. Así que no me des la espalda ni te vayas mientras te hablo, ¿está claro?

—Dispones del tiempo que dure el vuelo para decirme lo que tengas que decirme, pero en cuanto aterricemos no pienso concederte ni un segundo más. Puede que yo sea el último eslabón de la cadena alimentaria editorial, pero también tengo amor propio —me suelta, con la barbilla alzada y llamas en los ojos.

—Mi padre odia a cualquiera que le resulte desconocido, y se le han disparado todas las alarmas desde el instante en que nos ha visto juntos, porque, antes de ti, ninguna otra mujer que estuviera conmigo había cruzado el umbral de West Hill Manor.

—¿Ni siquiera Madison?

—Sobre todo Madison —afirmo enfatizando las palabras—. Y mi padre apenas confía en mí; no tardaría ni dos segundos en encargar un informe sobre ti y en poner a tres detectives privados pisándote los talones para rebuscar en tu pasado o en el de tu familia.

—Mi familia y yo no tenemos nada que ocultar, ni siquiera

nuestra evidente inferioridad económica, aunque puede que para algunos la pobreza pueda parecer una culpa —me responde con los brazos cruzados—. Y, si pretendes demostrar así que me has defendido en lugar de humillarme, lo estás haciendo fatal.

—Estábamos allí por la investigación, no sabía que iba a encontrarme al cretino de Scott. Si por mí fuera, le habría arrancado los ojos desde el instante en que se atrevió a mirarte.

—Sois todos una panda de asquerosos. Tú, tu padre, Scott y Nate.

—Pero Nate, a diferencia de mí, ha pasado a formar parte de los mecanismos tóxicos de mi familia; deberíamos haberlos denunciado por el modo en que nos criaron. Puede que se deba a que él es el mayor de los dos, pero siempre ha intentado ganarse la aprobación y la atención de mis padres. Vive totalmente volcado en los objetivos profesionales y en la consecución de una serie de éxitos, inalcanzables para cualquier ser humano, que exigen en nuestra casa. Lamento que hayas tenido que escuchar todo lo que han dicho de ti, y que hayas pensado que yo estaba de su parte. Y no sabes hasta qué punto habría deseado que siguieras escuchando, porque me habrías oído decir que eres mi primera oportunidad de ser feliz en mucho tiempo, y que no pienso renunciar a ti solo porque no cuento con su aprobación. —Observo el rostro de Sofía, y en él percibo decepción—. Y me odio a mí mismo por cada palabra que has tenido que escuchar, pensando que yo estaba de acuerdo con lo que decían. Me odio por haber guardado silencio demasiado tiempo, a fin de evitar un conflicto, por haber sucumbido una vez más a la influencia que mi padre y Nate ejercen sobre mí, y por haber reunido el valor de enfrentarme a ellos demasiado tarde.

—Me marché cuando ya no podía más. Me estaban haciendo demasiado daño. —La voz de Sofía tiembla de rabia—. Si sabías que

iba a ser así, ¿por qué me trajiste?

—Porque eres la única persona que he conocido en toda mi vida lo bastante audaz como para estar entre leones y demostrar que no les tienes miedo.

—Pero sí que lo tenía.

—Tú no tienes nada que envidiarle a ninguno de los que estaban en la fiesta.

—¿Y qué pasa con Madison? —inquiere—. Me dijiste que entre vosotros ya no había nada.

—Y es la verdad. No la he tocado ni a ella ni a ninguna otra mujer desde el día que caíste del techo del ascensor disfrazada de fontanero.

—De técnico del aire acondicionado —precisa—. ¿Por qué debería creerte?

—Porque no tengo motivos para mentir.

Sofía me mira y suspira.

—Estoy enfadada contigo.

—Lo comprendo.

—¿Y entonces por qué quiero besarte igualmente?

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Hazlo tú, porque yo ya no soy capaz de sentirme más tonta de cómo me siento.

—No eres tonta —discrepo, con mi rostro a un soplo del suyo.

—Sí que lo soy, y cuando menos debería ser capaz de rechazarte, teniendo tantos motivos como tengo para hacerlo.

—Entonces tendré que darte muchos más motivos para que no lo hagas.

La beso, aprisionándola contra la puerta del baño, con mi cuerpo pegado al suyo. Cuando mi lengua penetra en sus labios, Sofía deja escapar un gemido.

Al fin se rinde y me deja hacer: apoya las manos en mis hombros y me abraza.

Respira afanosamente, con rabia, clava las uñas en la tela de mi chaqueta y me atrae hacia sí.

—Te odio cuando me tienes a tu merced de este modo —me susurra directamente en los labios.

—De este modo, ¿cómo?

—De rodillas.

—No —disiento, acompañando mi respuesta con un gesto. Me arrodillo, y la miro desde abajo, como un pecador rezándole a una santa—. Si aquí hay alguien que debe arrodillarse, ese soy yo.

Le cojo el tobillo y apoyo su pie en mi rodilla. Le quito el zapato de tacón con pedrería y mi mano empieza a ascender por la pantorrilla. Me inclino para besarle la rodilla, a través del velo traslúcido de las medias. Sigo por el muslo, la cara interior, y avanzo cada vez más arriba, hasta donde me lo permite la raja del vestido.

Ella me mira con los ojos húmedos y oscuros, baja la mano hasta la ingle para apartar la tela, pero yo la interrumpo. Pinzo con los dedos el encaje del elástico de las medias y lo bajo, dejando su pierna al desnudo.

—El otro pie —le ordeno.

Sofía lo posa de nuevo en mi rodilla y repito la operación, desabrochándole la tira que sujeta el zapato al tobillo, para besarle cada milímetro de sus piernas.

—Deja que te demuestre cuánto te adoro —le susurro en cuanto llego al vértice de sus muslos, cubierto con el velo traslúcido de seda roja, a través del cual aspiro con avidez su perfume, que llega directo a mi bajo vientre y me atraviesa como una espada, deseoso de poseerla inmediatamente.

Pero antes tengo que hacerme merecedor de Sofía.

Mi índice se insinúa bajo la tela para acariciar su excitación, ardiente y húmeda. Al sentir que la estoy tocando, entrecierra los párpados y reclina la cabeza hacia atrás con mi nombre prendido en los labios.

—Hayden —suspira apenas.

Arquea la pelvis y se contonea contra mis dedos, adelante y atrás, emprendiendo una carrera en pos del placer.

Apoyo mi boca en su cuerpo, lo siento latir en mis labios a través de la seda, y con cada estocada de mi lengua se sucede un gemido tras otro, hasta que el dulce abrazo de su orgasmo se estrecha alrededor de mis dedos. Sofía se abandona contra la puerta y las piernas apenas la sostienen.

Podría quedarme aquí de rodillas hasta que aterrizásemos en Los Ángeles.

Sofía me pone una mano en la frente, obligándome a parar.

—Te quiero ahora, Hayden —me suplica—. No quiero esperar más.

Capítulo 68



Sofía

Hayden me sujeta las nalgas, se incorpora y me toma en brazos.

—Pues vayamos a un lugar más cómodo y que esté insonorizado.

Recorre el pasillo del salón entre las dos filas de asientos, abre una puerta corredera y me deposita en una superficie horizontal ancha y mullida.

—¿Este avión también tiene un dormitorio? —pregunto alucinada.

—A los Edgerton les gusta viajar cómodos. ¿Quién puede culparlos por ello? —responde cerrando la puerta corredera tras de sí.

Lo cojo por la corbata de lazo y lo arrastro conmigo hasta la cama.

—No he tenido ocasión de decírtelo antes, pero estás guapísimo

con tu uniforme reglamentario de West Wing. —Le desato el nudo y tiro de la cinta gris plata que rodea su cuello—. Pero sin él estás aún mejor.

—A ti te corresponde el privilegio de quitármelo.

Desabrocharle la camisa resulta ser una empresa más ambiciosa de lo previsto, pues los botones son pequeños, los ojales estrechos y me tiemblan los dedos de excitación e impaciencia.

—Arráncamela, joder —me implora.

—¿Bromeas? Es de Armani.

—Mira cuánto me importa.

Hayden coge los bordes de la raja de mi vestido y los rasga dando un tirón seco, que desgarra el vestido desde la cadera hasta el escote. La prenda cae, y yo me quedo desnuda delante de él.

—Si nos ponemos así…

Lo imito, tiro de los faldones de la camisa y los botones de nácar salen disparados por todo el dormitorio.

—¿Ves qué fácil era, Sofía?

—Pero aún vas demasiado vestido.

El cinturón sale volando contra un ojo de buey, seguido de los pantalones, y Hayden, una vez libre del traje, se abalanza sobre mí con su erección tensando los bóxers.

Lo provoco, tal como él ha hecho conmigo, acariciando por encima de aquella insulsa pieza de algodón que lo oculta todo y nada a la vez.

—¿Te los quitas tú, o tendré que arrancártelos yo? —le apremio.

—Y tú, ¿qué? ¿Te desnudas de una vez o tendré que hacerlo yo?

—Yo no llevo nada encima, ya estoy desnuda.

—Eso no es verdad.

—¿Y qué se supone que llevo puesto todavía?

Hayden alarga la mano hasta mi nuca y, con un toque rápido,

libera mi pelo del recogido y hace oscilar mi tanga en el aire.

—Esto.

—Eso no cuenta.

—Ya lo creo que cuenta, desde que lo usaste para recogerte el pelo, la idea de que no llevabas nada bajo el vestido me ha estado rondando por la cabeza durante toda la velada, hasta el punto de que casi no podía pensar en otra cosa. —Se lo enrolla alrededor de la muñeca dándole dos vueltas—. Ahora es mío —me informa.

—Basta de juegos —le digo tomando su rostro entre mis manos.

Me devora con un beso que no es deseo, sino pura necesidad, y que me entra directamente en el alma, volviéndomela del revés.

No preciso comer, ni beber, ni tan siquiera respirar, solo necesito sentir a Hayden dentro de mí, ser un solo ser con él.

—Veamos si conozco bien a mi primo —dice, estirándose para alcanzar uno de los compartimentos que hay al lado del cabecero. Lo abre, palpa el interior con la mano y saca una ristra de preservativos —. Pues sí que lo conozco.

Sus bóxers desaparecen, pero, mientras desenrolla el condón, una vocecita dentro de mí susurra «Míster 911», provocándome una vaga sensación de alarma que me oprime el estómago.

Pero él no me da tiempo a preocuparme: una vez más, se apodera de mi boca y dibuja la silueta de mi cuerpo con sus manos, que finalmente se detienen en mis caderas para guiarlas y luego entrar en mí.

Llena de él, gimo entre una punzada de placer y otra de dolor, mientras él penetra en mi cuerpo embistiendo lentamente.

Inmóviles, nos miramos a los ojos, como si fuéramos incapaces de asimilar lo que está sucediendo. Él y yo. Hayden West y Sofía Cortez.

—Eres perfecta —me susurra.

Guía mis piernas con sus manos hasta que rodeo su cintura con los muslos, y empieza a moverse despacio para que me habitúe.

La punzada de dolor se disipa enseguida en forma de éxtasis, y yo también empiezo a dejarme llevar por ese movimiento ondulante que hemos creado, como una marea que nos mece adelante y atrás.

—Yo no era consciente de hasta qué punto te deseaba —suspiro mientras siento cómo se aproxima el segundo orgasmo.

—Yo, en cambio, siempre lo he sabido, Sofía. —Hayden desciende para besarme el cuello, los hombros, los pechos—. Siempre.

—¿Y si lo nuestro no es pasajero?

—Si no es pasajero, seguimos adelante.

—¿Y si lo es?

Es como si no me llegara la sangre al cerebro; no sé lo que me digo.

—No. —Una potente embestida casi me hace perder el sentido de tan intensa que ha sido—. Lo. —Otra. Creo que voy a desmayarme—. Es. —La última me arrastra a un punto de no retorno.

Tomo su rostro entre mis manos y me pierdo en sus ojos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Sus labios posados sobre los míos tienen el poder de apagar cualquier pensamiento y activar todo lo demás. Mis sentidos nunca hasta ahora se habían mostrado tan receptivos, mientras mi vientre se colma de placer. Me embarga una sensación de éxtasis, y justo después él se permite ceder, siguiéndome hacia el olvido.

Si el avión se precipitase, no me importaría en absoluto. Igualmente sería una bonita forma de morir.

Devastados por la potencia del orgasmo que nos ha aniquilado,

yacemos envueltos en una maraña de piernas, brazos, sábanas y jirones de ropa; en la cabina solo se escucha el rumor de nuestras respiraciones y el zumbido de los motores.

—¿Estás seguro de que esta cabina está insonorizada? —le pregunto.

—Creo que sí.

—¿Qué quieres decir con lo de «creo»?

—Confío en el buen juicio de mi primo.

—¿Sabes qué dicen? Que uno se acostumbra enseguida al lujo: así que, ahora que nuestra primera vez ha sido en una suite de lujo de un jet privado, no sé si podré conformarme con menos —bromeo.

—Puedo alquilar uno cada vez que te apetezca, pero te prometo que no sabrás dónde te encuentras, si en un jet privado o en un cuarto de las escobas.

—Hayden West, ¿en serio quieres hacerme pasar de esto a un trastero? —exclamo, haciéndome la ofendida.

—En los espacios estrechos es donde uno mejor se lo pasa, estimulan mucho la imaginación.

—Algo me dice que sabes de lo que hablas.

—Los caminos de la experiencia me han conducido hasta ti.

Le lanzo la almohada con la funda dorada que lleva bordada la inicial «E».

—Golfo.

—Déjame gozar del instante, antes de torturarme con mis pecados del pasado —me responde mientras se acomoda la almohada tras el cuello—. Aún estoy asimilando que esto haya sucedido de verdad.

—Pues entonces empiezo yo con las confesiones: nunca lo había hecho en un avión.

—Ah, si es por eso, yo tampoco —me replica Hayden.

—¿De verdad? —le pregunto sorprendida.

—Hasta hace poco, éramos dos vírgenes del sexo a gran altura. Al menos podemos decir que en algo sí lo hemos sido. Y, una vez más, me alegro de que haya sucedido ahora, y no en la facultad. De lo contrario, no habría durado ni lo que tardases en tumbarte en la cama.

Me tiendo a su lado y apoyo la cabeza en su pecho.

—Siempre nos hemos hecho la guerra.

—Yo diría que también somos buenos haciendo las paces.

—Me gustaría quedarme aquí arriba para siempre —digo con un suspiro—. Aquí no somos Sofía Cortez y Hayden West, no existen los problemas de ahí abajo, no existen las investigaciones, no existen las familias tóxicas… Solo estamos tú y yo.

—¿Te gustaría volar toda la noche?

—Puede que solo un par de horas más, pero ya debemos de estar llegando a Los Ángeles.

—Este es un vuelo privado, podemos hacer que dure lo que tú quieras —me recuerda.

—Depende. ¿Cuánto puede durarnos la reserva que Nate ha dejado en el compartimento de la mesita?

Hayden se lleva mi mano a la entrepierna y compruebo que ya está dispuesto y duro.

—Teniendo en cuenta todo lo que aún quiero hacerte, me temo que poco.

—¿Y si nos quedáramos de verdad aquí arriba? —le pregunto sentándome a horcajadas encima de él, yo también dispuesta a acogerlo de nuevo dentro de mí.

Hayden señala el interfono que hay en la pared.

—Basta con apretar el botón y avisar al comandante.

Me inclino para besarlo, con la cortina de mi pelo cubriéndolo

como un telón.

—Llámalo.

Capítulo 69



Hayden

Si pudiera, quisiera seguir mirando a Sofía, que ahora duerme desnuda, boca abajo, sobre la cama deshecha, pero no me es posible.

La despierto besando cada centímetro de su espalda hasta el cuello, y, cuando llego al punto detrás de la oreja que sé que la vuelve loca, ella deja escapar un gemido capaz de encenderme el alma y hacer que arda en el infierno.

—Acabamos de aterrizar, Sofía —le susurro al oído—. Es hora de bajarse.

Abre apenas los párpados, y la luz le hiere los ojos, de modo que al instante los cierra de nuevo.

—Es de día.

—Tu perspicacia resulta infalible —le comento en broma y la obligo a girarse. Su rostro somnoliento, con sus facciones relajadas y

los labios enrojecidos por todos los besos que nos hemos dado, acaba de convertirse en mi nueva visión preferida.

—Entonces de verdad que hemos estado volando toda la noche —constata con voz culpable—. Hemos emitido la misma cantidad de CO_2 que una central eléctrica.

—Chissst… —le digo, acallándola con un beso, y le paso su vestido hecho jirones.

—Estamos sin vestir —constata Sofía, buscando el modo de cubrirse con lo que tiene.

—No importa, hoy no necesitamos ropa.

Ella frunce sus cejas oscuras.

—¿No la necesitamos?

—¿Recuerdas nuestro plan: tú y yo, playa y mar?

—¿Cómo olvidarlo?

—Pues bajemos y no perdamos ni un segundo más.

—En eso te equivocas, Hayden —me susurra Sofía acercando la boca a mi oído—: Tú y yo no hemos perdido nunca el tiempo, y mucho menos esta noche.

El piloto y la tripulación nos saludan impasibles, pues no en vano parte de su trabajo consiste en no ver ni oír nada de lo que sucede a bordo, y en ese momento Sofía, sonrojada y mirando al suelo, agradece su profesionalidad.

—Nunca me habían hecho un paseo de la vergüenza en un Aeroscape Legacy —me dice por lo bajo con una sonrisa.

—Tú, hasta el paseo de la vergüenza lo haces con estilo —le replico.

En cuanto pone un pie en la escalerilla, al llegar a la puerta del avión, Sofía se queda paralizada.

—Perdona, Hayden, pero yo diría que esto no es el aeropuerto de Los Ángeles.

—En efecto, no lo es —le confirmo—. Cuando te quedaste frita, entre el segundo y el tercer asalto, si no recuerdo mal, me tomé la libertad de pedirle al piloto que cambiase de rumbo. Bienvenida a Hawái, Sofía.

Capítulo 70



Sofía

Subidos en un jeep descapotable que conduce Hayden a través de senderos que discurren entre bosques de palmeras, llegamos a una villa frente al mar, con playa privada y todo. No se me escapa la placa con la inscripción West Crown Diamond en la verja.

—Es toda para nosotros el tiempo que queramos —me dice, tendiéndome la mano para ayudarme a bajar.

—Espera, ¿esta es la famosa villa familiar donde celebraste tu fiesta de graduación de la que tanto se habló? —le pregunto.

—Y a la que no viniste —me recuerda.

—Mi orgullo me impidió aceptar —le respondo—. Maldito orgullo.

—¿Aceptarías ahora? —me pregunta, señalándome la entrada.

—Mi orgullo y yo estaríamos encantados —afirmo mientras lo sigo—. Pero no pretenderás hacerme creer que todo esto es improvisado y que saliste llevando contigo las llaves de la casa de

vacaciones.

—De hecho, no tengo las llaves —me dice y, tras acercar el pulgar derecho a un pequeño recuadro negro que hay junto a la puerta, esta se abre con un clic.

Claro, es un escáner de huella digital.

Dejamos los zapatos en la entrada y Hayden me acompaña a dar una vuelta por la casa. Ambos vamos con los pies descalzos sobre el reluciente parquet.

La villa me deja boquiabierta. Es magnífica y desborda elegancia: la casa es de una sola planta cuadrada, y todas las habitaciones dan a un jardín interior con una fuente en la que flotan nenúfares. Con todos los ventanales abiertos por los cuatro costados, uno tiene la sensación de que no hay paredes, como si formara parte de la naturaleza que la rodea. El gran salón da a un patio, y una larga piscina sin fin hace imposible discernir dónde termina la piscina y dónde empieza el mar. Un mar que, por cierto, es del mismo color que los ojos de Hayden.

Él camina detrás de mí, cogiéndome de la cintura y besándome los hombros.

—Aquí podemos ser solo nosotros dos, sin problemas, investigaciones, conflictos familiares… Solo tú y yo. Tú y yo, y nada más.

Con el dedo índice y el anular, tira de los extremos de mi vestido, que me he anudado para cubrirme, como si fuera un peplo, y la tela, exhausta después de haber sufrido tanto, se desploma en el suelo.

—Y, tal como te dije, aquí no necesitamos ropa.

Tras lo cual me coge en brazos y baja los peldaños de la piscina, mientras el espejo del agua crea ondas alrededor de nuestros cuerpos y nos envuelve con su calidez.

—Pero si está…

—Templada, sí. Y aquí no tendrás que contenerte cuando grites de placer, porque no tenemos vecinos en varios kilómetros a la redonda.

Capítulo 71



Hayden

Ningún rincón de West Crown Diamond está intacto o permanece inmune a nuestra presencia, y estoy maravillado de mí mismo y de llevar un ritmo de vida del que no disfrutaba al menos desde hacía seis años.

Ahora estamos tumbados en una hamaca, bajo la palapa, en la playa. Sofía sigue jadeando encima de mí, yo sigo duro dentro de ella. En teoría, tenía que enseñarle a surfear, pero en la práctica ni siquiera hemos empezado.

—¿Seguro que no tienes vecinos? —me pregunta Sofía, azorada.

—A decir verdad, ahí abajo tiene su casa Oprah Winfrey, y al otro lado de la bahía están los Obama.

Ella se pone rígida, levanta la cabeza y me mira aterrorizada.

—¡¿Los Obama?!

—Pero no están casi nunca —le digo para tranquilizarla.

—Tu familia mandaría una unidad de asalto si supiera que estoy aquí contigo —comenta Sofía.

—¡Que envíen a quien quieran! Cuando murió mi abuelo, una parte de la propiedad pasó a ser de mi propiedad. Puedo traer a quien me dé la gana.

Mi móvil vibra; acaba de entrar un mensaje. Es Nate.

«¿Podrías darme una razón plausible que explique por qué mi jet está geolocalizado en Hawái?».

«Secuestro», me limito a responderle.

—¿Cómo es posible que vivas en el purgatorio de Los Ángeles pudiendo vivir aquí, en este paraíso? —me pregunta Sofía, con su aliento acariciándome la piel.

—Porque el paraíso no parecería tan hermoso sin haber atravesado antes el purgatorio.

—¿También eres filósofo?

—Míranos ahora: ¿crees que estaríamos así si no nos hubiéramos pasado años en guerra?

—Sobre todo por mi culpa.

—No pienso permitir que te atribuyas todo el mérito; yo también me he portado como un idiota, pero me está encantando recuperar el tiempo perdido.

—¿No te parece que somos patéticos? Somos un par de adultos autosuficientes y responsables, pero nos comportamos como dos adolescentes a merced de un frenesí hormonal. Eso sí, dos adolescentes con una villa en la playa y un jet privado a su disposición.

—Estaba pensando que dentro de una semana empiezo la gira promocional por Europa. Corey está convaleciente y no podrá venir conmigo, pero podrías acompañarme tú.

—¿Yo?

—De entrada, disfrutaríamos de dos fantásticos vuelos privados transoceánicos para seguir comportándonos como adolescentes frenéticos, y de suites de cinco estrellas reservadas en las ciudades más bellas de Europa: Londres, París, Roma, Madrid… —le propongo.

—¿Y el trabajo? ¿La investigación?

—Solo serán diez días, no afectará a la investigación —le aseguro, acariciándole el pelo.

—Lo pensaré. —De pronto, Sofía me sujeta la muñeca derecha —. ¿Aún llevas enrollado mi tanga?

—Y ahí seguirá durante mucho tiempo —afirmo con orgullo—. ¿Te acuerdas de aquella noche que te emborrachaste, te llevé al Marmont e improvisaste para mí aquel concurso de alto nivel intelectual titulado «Adivina de qué color son las bragas que llevo puestas»?

—Dios mío, qué vergüenza —murmura apoyando la cabeza en mi pecho.

—Entonces también recordarás que acerté en el último intento.

—Posees un talento innegable.

—Y, como no hablamos de qué premio estaba en juego, he decidido que me quedaré con esto en prenda hasta que lo cobre.

—¿A ti, qué premio te gustaría? —me pregunta.

—Te concedo el privilegio de que lo decidas tú. Tienes carta blanca.

—Ahí te la estás jugando.

—Me gusta que me sorprendan.

—Pues entonces pensaré en algo.

Dormir es una actividad marginal, así que solo nos abandonamos al sueño cuando estamos realmente agotados, y casi siempre lo

hacemos abrazados. Sofía en la cavidad de mi hombro, y yo apoyado en su pecho, haciendo la cucharita… Con una sola cama individual habría de sobra.

Ayer nos pasamos la noche en el jacuzzi del patio, frente al fuego que crepitaba en el brasero, para más tarde calentarnos a nuestra manera en el gran colchón circular donde Nate suele tumbarse para trabajar.

Cuando Sofía se quedó dormida, la llevé a la cama de la habitación de mis padres, que da al jardín interior, y debo decir que el murmullo de la fuente a mí también me precipitó enseguida en el mundo de los sueños. Deberíamos volver más a menudo a West Crown Diamond.

El sopor de la duermevela me provoca una sensación extática: siento unos ligeros escalofríos recorriendo mi cuerpo y un hormigueo que parte de la cabeza, se extiende por los brazos y las piernas y acaba concentrándose en mi bajo vientre. La sangre también circula más rápida y caliente por mi entrepierna, que palpita.

¡Dios! Sofía y yo lo hemos hecho tantas veces que ya no recuerdo cuándo fue la última vez que mis manos no estaban en contacto con su cuerpo.

Sigo sintiéndola encima de mí, como si estuviera dentro de ella en este momento, mientras duermo.

—Mmm…

Un dulce gemido entra de puntillas en mi sueño, señal de que mi imaginación aún no se ha colmado.

Puedo imaginarme sus caricias y la suavidad de su boca como si fueran reales. E, incluso estando medio inconsciente, muevo instintivamente la pelvis, como si estuviera a punto de poseerla de nuevo, y escucho una vez más su placentero gemido.

Bajo la mano para refrenar la erección que está apoderándose

de mi despertar, y entonces mi palma se posa sobre la redondez de una cabeza.

Abro los ojos de par en par, me apoyo en un codo, aparto la sábana y veo a Sofía con mi pene erecto entre los labios, mirándome. Lo envuelve con la lengua y me dedica una sonrisa traviesa.

—Buenos días, Hayden.

—Estoy muerto —exclamo, dejándome caer sobre la almohada.

A su boca suma la mano, que acentúa todos sus movimientos.

—A mí no me lo parece.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceo, al borde del orgasmo.

—No creía que tuviera que explicártelo, pero…

Mi erección desaparece entre sus labios, para reaparecer más hinchada y encarnada.

—Puesto que ayer me sorprendiste despertándome en Hawái, he pensado que yo también podría despertarte con una sorpresa. Pero, si no quieres, paro…

—Solo quieres torturarme.

—Me diste carta blanca para que eligiera tu premio, ¿no?

El modo en que me masajea el sexo con la lengua me provoca un cortocircuito en el cerebro, y apenas atino a responder.

—Sí, no… Sigue —le imploro.

Sofía me acaricia, me lame, me chupa con voracidad, y por el modo en que me mira sé que estoy total y absolutamente en su poder, pero me siento muy feliz de que sea así.

Cuando me corro, la experiencia es cercana a la muerte: durante dos segundos veo el más allá, y a continuación regreso entre los vivos, con la vista nublada y los oídos tapados. Incluso me parece escuchar campanas.

—Hayden, ¿eso que suena no es un teléfono? —me pregunta

Sofía, desconcertada.

Hago un esfuerzo para entender de qué me habla. No soy yo quien oye campanas; en efecto, el sonido que resuena por la casa es el de un teléfono.

—Tenemos una línea fija, pero nunca la usa nadie.

En otras circunstancias, me limitaría a ignorarlo, pero me resulta tan extraño que me obligo a levantarme. Voy hasta la mesita del vestíbulo y respondo en el inalámbrico cuyo piloto parpadea indicando una llamada entrante.

—¿Quién es? —pregunto con cautela.

—Michelle Hannigham.

—¿Quién?

No conozco a ninguna Michelle Hannigham.

—¿Perdona?

—¿Estás sordo? Pásame a Sofía —repite la voz, impaciente.

Vuelvo a la habitación, y Sofía aún está en la cama.

—Preguntan por ti.

—¡¿Por mí?!

—Michelle Hannigham.

Ella se sienta de golpe, alarmada.

—Es mi compañera de piso.

Coge el teléfono y pulsa el «manos libres».

—Michelle.

—He enviado múltiples solicitudes de conexión, pero el terminal estaba inactivo.

—¿Eh? —preguntamos Sofía y yo al mismo tiempo.

—He intentado llamarte veinte veces, pero tienes el móvil apagado.

—Lo puse en «modo avión» para estar tranquila y… ¿Cómo has dado conmigo?

—Desde tu ordenador, donde tienes registrado tu móvil, he rastreado tus coordenadas geográficas; he localizado el lugar exacto en el mapa y he entrado en el sistema de seguridad de la villa. Entre los datos del cableado está el número de la línea fija. ¿También quieres saber lo que he visto en las cámaras?

—¿Q-qué cámaras? —balbucea Sofía.

—Las que dan al patio —responde Michelle.

—Hayden, ¿hay cámaras grabando aquí? —me pregunta angustiada.

—Las del sistema de vigilancia, pero lo desactivé en cuanto entramos —le aseguro.

—Tranquilos, volví a conectarlas solo para verificar la presencia efectiva de Sofía —masculla Michelle por el auricular—. Ah, felicidades, no sabía que fueras tan flexible.

Sofía parpadea, muerta de vergüenza.

—¿Por qué me andas buscando?

—¿Te acuerdas de aquella bromita de hackear los hospitales de Los Ángeles y «pescar» en las bases de datos los de todas las mujeres a las que les han implantado el Nomyra? Pues lo he logrado.

—¡Qué grande eres! —exclama saltando encima de la cama.

—Y he enviado a sus contactos el cuestionario que habías elaborado.

—¡Eres un genio, Michelle, gracias, gracias, gracias!

—Solo quería que supieras que durante las últimas cuarenta y ocho horas ya han llegado a mi buzón dos mil cuatrocientos setenta y dos cuestionarios. No, perdona, setenta y tres con el que acaba de entrar ahora.

Sofía y yo nos miramos atónitos.

—¡¿Cuántos?!

—Dos mil cuatrocientos setenta y cuatro —nos informa Michelle,

actualizando el dato en tiempo real.

Sofía se muerde el labio, pensativa.

—¿Qué aforo tiene El Cielo Club? —me pregunta.

—Puede que necesitemos un local más grande.

—Gracias, Michelle. Ahora hemos de pensar cómo proceder. Te llamo pronto —se despide Sofía.

—Ah, Hayden —me dice Michelle por el micro del teléfono—, tu coeficiente de curvatura respecto al modelo de interfaz posterior tiene una definición excelente.

—¿Qué ha dicho? —pregunto.

Sofía se encoge de hombros.

—No tengo ni idea.

—Que tienes un culo estupendo —traduce Michelle antes de colgar.

—En eso estoy de acuerdo con ella —concuerda Sofía—. En cuanto a los cuestionarios, parece que tenemos mucho trabajo por delante.

Me mira con cara de pena, y solo necesito un segundo para descifrar su expresión.

—Volvemos a Los Ángeles, ¿verdad?

Capítulo 72



Sofía

En cuanto regresamos a Los Ángeles, después de haber comprado cuatro cosillas en una tienda de recuerdos del *duty free*, vamos directamente a casa de Hayden, pero allí nos espera una sorpresa.

Al menos para mí, cuando observo que él se da una palmada en la frente y pone cara de frustración, como si se hubiera olvidado de algo importante.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? ¡Esta tarde te tocaba tener a Ashley! —brama en nuestra dirección una aguda voz femenina, desde el centro del vestíbulo de The Palm.

Ashley está ocupada sumergiendo a un miniponi rosa en la fuente, mientras una mujer rubia, recién salida de la peluquería, maquillada impecablemente, luciendo un vestido de tubo color marfil con botones dorados, que llevan grabada la doble «C», y un bolso Kelly Mini de Hermès colgado de la muñeca, se encara a Hayden

dando una zancada propia de una valquiria con tacones de aguja.

Lleva el pelo más corto y ya no viste el uniforme de animadora, pero sin duda es Madison.

—Lo sé, tienes razón. Ha sido mi culpa —se disculpa Hayden alzando las manos—. Pero ya me ocupo yo. ¿Cuánto me he retrasado…? ¿Media hora? Una hora como mucho.

—Yo también tengo una vida, ¿sabes? —le replica cruzando los brazos, tras lo cual me mira detenidamente de arriba abajo.

Yo, calzada con sandalias, le llego por debajo de la nariz.

—No me digas —comenta con fastidio—. Sofía Cortez… Así que no bromeabas.

—¿Cómo te va, Madison? —la saludo, ignorando el tono hostil de su voz.

—Camisa de flores, camiseta con la palabra «Aloha» estampada, narices coloradas —constata a medida que estudia nuestra indumentaria—. Ya veo por qué has llegado tarde, estabas pasando de todo en Hawái.

—Lo que estuviera haciendo y dónde lo estuviera haciendo no es cosa tuya, Madison —zanja Hayden.

—Ashley —Madison llama a su hija alzando la voz—, tu padre ya ha llegado.

La niña alza la vista en dirección a Hayden, corre a su encuentro con el miniponi goteando y lo abraza gritando:

—¡Papáá á!

—¿Has visto cómo al final he llegado? —Hayden se agacha para ponerle a Ashley en el cuello una corona de flores de hibisco falsa, que ha comprado en el aeropuerto—. Dile adiós a mamá, y así ya podrá marcharse.

Ashley hace el ademán de abrazarla, pero ella se aparta.

—No, que me mojarás el traje —objeta, y se limita a darle un

beso.

—La fiesta de mañana por la tarde es a las tres. Cuando la lleves, coge también su mochila con la ropa de recambio, y después pasaré yo a recogerla.

—Sí, Madison, ya lo hemos hecho otras veces. No necesito que me des instrucciones.

Antes de marcharse, pasa por mi lado y me lanza una última mirada glacial.

—No vayas a creerte que eres especial. Se lleva a West Crown Diamond a todas las que se folla —masculla entre dientes.

—Pues ahora que lo dices, me está follando a mí —le susurro en un arranque de orgullo.

Madison me responde con una sonrisa cortante:

—Ya veremos durante cuánto tiempo.

Finalmente, se marcha, al compás del ruido que hacen sus tacones de aguja en contacto con el mármol de la entrada.

—Su comportamiento no tiene excusa —me dice Hayden, mientras Ashley se dedica una vez más a hacer cabalgar su poni por las jardineras—. Y, en cuanto a lo que ha dicho de West Crown Diamond, es falso.

—Resulta difícil no darle importancia a lo que diga la madre de tu hija, si he de serte sincera.

—No tolera que haya otra en su lugar. O, cuando menos, en el que ella cree que debería ser su lugar —comenta él.

—Mentiría si te dijese que su opinión no me importa, pero confío en ti más que en nadie —le confieso, aunque por dentro me esfuerzo en reprimir esa necesidad instintiva que siento de hacer comparaciones—. En cualquier caso, hoy debes estar con Ashley. Yo me pondré manos a la obra de inmediato: catalogar todos los cuestionarios y a todas las pacientes llevará mucho trabajo, pero,

cuanto antes me ponga con ello, antes podremos dar el siguiente paso.

—Preferiría que lo hiciéramos juntos —objeta él.

—¡Papá, papá! —lo llama Ashley mientras se acerca saltando—. ¿Lo has comprado?

Hayden parece desconcertado.

—Comprar, ¿qué?

—¡El vestido de hada de los unicornios! —responde ella como si fuera lo más obvio del mundo—. Me dijiste que lo encargarías.

Una sombra de pesar se adueña del rostro de Hayden, que susurra «Mierda» entre dientes.

—Lo has encargado, ¿verdad? —insiste Ashley, haciendo aletear sus largas pestañas de muñeca.

Ahora, el rostro de Hayden es de pánico, pues se siente dividido entre causarle una tremenda desilusión a su hija o confesarle una verdad irrefutable: que nunca llegó a comprar el vestido.

—Papá pensó que te merecías un disfraz muy especial —tomo la palabra agachándome para ponerme a la altura de la niña—. Un disfraz que no puede comprar cualquiera, porque es solo para ti. Es único.

A Ashley se le transfigura la cara en una mezcla de adoración y asombro.

—¡¿Solo para mí?! ¿Hecho expresamente para mí?

—Como tú quieras que sea, hasta el último detalle.

La niña salta como un resorte, rebosante de entusiasmo.

—¡Quiero verlo! ¿Subimos?

—No está aquí en casa —le explico—. Está en la casa de una señora muy especial.

Ashley corre hacia la salida, llevándose por delante a un mensajero y a dos transeúntes.

—¡¿A qué estamos esperando?!

—Supongo que tendrás un plan —me dice Hayden.

—Claro que lo tengo: mi abuela.

—¿Cómo lo quieres? —le pregunta mi abuela a Ashley, que está de pie encima de una silla de nuestra cocina, mientras le toma las medidas.

—Plateado, pero con una falda abullonada, que no quede caída; y con varias capas de tul de los colores del arcoíris. Con las mangas abullonadas, y alas, y un lazo justo aquí —dice señalándose el centro del pecho—. Y uno más grande detrás.

—Gracias, Blanca. Le pagaré por las molestias. Y por los materiales —se apresura a especificar Hayden.

Llevamos aquí un cuarto de hora y la abuela ya ha transformado la cocina en la sastrería de los estudios. Ha dispuesto su kit de costura sobre la mesa: la Singer automática, los patrones y unos rollos de telas maravillosas de todas las clases.

—Mi arte no se paga con dinero —le responde orgullosa mi abuela.

—Eh, Ashley, ¿qué te parece si te pongo el pelo de color lila?

—¡Sí! —exclama exultante la niña—. ¡Qué bien que hayas encontrado a las señoras mágicas, papá!

—¿Qué he hecho yo para merecerte, Sofía? —me susurra Hayden.

—En realidad, todo ha sido una estratagema para atraerte aquí y que hagas el trabajo duro —le digo, dejando caer al suelo una caja que he ido a buscar a mi casa.

—¿Qué hay en el interior?

—Le he pedido a Michelle que me haga el favor de imprimir todos los cuestionarios. Ahora tenemos que subdividirlos, tal como

nos indicó el doctor Folger, por grupos de síntomas, y crear una escala que vaya de los más comunes a los más raros. Establecer las franjas de edad, llamar a las mujeres para conocer su disponibilidad a ser visitadas de forma gratuita…

—Parece un trabajo interminable —señala él.

—Lo es, y debemos dedicarle hasta el último segundo de nuestro tiempo.

—Yo sé de alguien que podría ayudaros —apunta la abuela mientras cubre a Ashley con un velo de tul.

—¿Quién? —preguntamos Hayden y yo al unísono.



Media hora más tarde, en el salón de casa ya están Juana y Paloma del club del cupón, las máximas expertas en catalogación y clasificación, que ordenan los cuestionarios; Michelle ha creado una base de datos con todos los *inputs*, y ha importado también mis patéticas hojas de Excel; Patrick —que ya ha ascendido a la categoría de nuevo compañero fijo de mi madre— está organizando los horarios de las citas para las visitas con el doctor Folger y sus ayudantes; y Hayden y yo estamos revisando las respuestas de cada cuestionario.

Al cabo de media hora, me escribe Cindy, que ya le han dado de alta del hospital, e insiste en venir a echar una mano, y, aunque yo le he repetido una y otra vez que necesita reposo, se presenta aquí igualmente.

—Te dije que te quedaras en casa —la reprendo en cuanto la tengo delante—. Aquí tenemos para toda la noche, y tú no debes fatigarte.

Pero Cindy me ignora.

—Dame algo que hacer, aunque sea llevar las tazas de café. Tenemos que poner fin a los implantes de Nomyra.

Se arrodilla en el suelo, delante de una mesa cuadrada alrededor de la cual se han instalado todos.

—He llamado a Kim, ella también está de camino.

—¡¿Kim?! —exclamo consternada—. No necesitamos un elemento perturbador.

—Nosotros ya estamos lo bastante perturbados —añade Hayden, que sostiene el tapón de un marcador entre los labios.

—Le he contado lo de tu investigación y todo lo que ha pasado. Estará en el equipo —me explica Cindy.

El timbre suena de nuevo mientras busco una excusa para mandar a Kim de vuelta a su casa, pero cuando abro la puerta me encuentro a Casey y a Mark, su marido, en el umbral.

—Hayden nos ha dicho que había trabajo por hacer —dice a modo de presentación y entra, seguida por su pareja.

—¿Alguien quiere pizza? —pregunta Mark, levantando por los aires una pila de cartones humeantes.

A mi espalda escucho un gimoteo de histeria grupal.

—¡¿Casey Jameson?!

Mi madre está hiperventilando, y a Cindy es como si se le hubiera aparecido la Virgen María en persona; Paloma y Juana se limpian las gafas y Patrick se rasca la frente, perplejo.

—¿Quién es Casey Jameson?

—No es más que una actriz que ha ganado dos premios Oscar, Pat —le explica mi madre—. ¡En nuestra casa! Sal del sillón, deja que se siente.

Y, con el pincel del tinte para el pelo de color lila en una mano y el bol con el color en la otra, se postra y le hace una reverencia.

—Es un honor recibirla aquí, en nuestra humilde morada; espero que, aunque modesta, le resulte acogedora, lady Jameson.

—Llámame simplemente Casey —le responde ella—. Soy yo

quien os agradece que os hayáis sumado a esta causa.

Estoy a punto de cerrar la puerta, cuando una mano la bloquea desde fuera.

Kim entra con determinación, sin alzar la vista del móvil.

—Según mis cálculos, si solo en Los Ángeles hay dos mil ochocientas mujeres que llevan el Nomyra, en toda California habrá alrededor de veintiséis mil. Me parece obvio que es imposible fichar manualmente a cada paciente.

—Estoy de acuerdo —coincide Michelle desde detrás de su monitor.

—Es preciso crear una red —anuncia Kim con su característico tono agresivo—; una red que ponga en contacto a las mujeres con un equipo de médicos dispuestos a visitarlas; expertos en ciencias biomédicas que estudien la correlación entre los dispositivos y los efectos secundarios detectados; abogados y asistentes legales que tramiten las solicitudes de indemnización caso por caso. Pero, antes que nada, hay que activar una fuente de financiación mediante *crowdfunding*, porque todo este tinglado no se sostendrá por sí solo. También se necesita una estrategia de comunicación para poner a la opinión pública de nuestro lado. Estamos hablando solo de California, pero estoy segura de que otros muchos estados nos seguirán. Somos los líderes, y por eso debemos estar organizados.

—Kim —la interrumpo, no sé si admirada o asustada. No me imaginaba que pudiera implicarse hasta tal punto—. ¿No estás pensando demasiado a lo grande?

Ella examina la sala con su habitual cara de «¡¿Cómo es posible que nadie me entienda?!» y suspira.

—Pero bueno… ¿Es que no habéis visto *Erin Brockovich*?

Capítulo 73



Hayden

Son casi las once de la noche, y cada cual está concentrado en sus tareas, mientras Ashley juega a los desfiles de moda con los viejos disfraces de Halloween de Sofía, cuando me llega un correo electrónico de Nate.

> Puede que no estés en posición de pedirle favores a Scott, pero tú y yo tenemos un vínculo de sangre. He pedido que me envíen el expediente que habías solicitado. Espero que encuentres lo que necesitas.
>
> N

—Sofía —la llamo mientras ella está confrontando una ficha con Cindy—. Tenemos el expediente del Nomyra que obra en poder de la FDA.

—¿De verdad?

—Creo que es la forma que tiene Nate de disculparse. Te lo reenvío, y también se lo envío al doctor Folger.

—Me gustaría echarle un vistazo ahora, pero empiezo a ver borroso. En este momento, las únicas informaciones que soy capaz de procesar son hospitalizaciones y terapias contra el dolor. ¿Sabías que Cindy ha encontrado al menos a doce portadoras que fueron operadas por una presunta apendicitis y sufrían un embarazo extrauterino? —me explica totalmente concentrada, con los ojos enrojecidos por el esfuerzo.

—Aquí hay otra más —exclama Cindy agitando un cuestionario.

—Páralo todo —dice Casey, que está marcando los cuestionarios provenientes de los contactos que ha hackeado Michelle—. Aquí aparece Lauryna Rupert: «Cuestionario sin cumplimentar».

—¿Quién es Lauryna Rupert?

—Su apellido de soltera es Lee —le explico—. Lauren Rupert es más conocida como Ló Lee.

—¿Ló Lee, la actriz? —me pregunta Sofía, y a continuación se dirige a Casey—: ¿Tu amiga-enemiga?

—La misma —le confirma Casey a Sofía—. Ló Lee es su nombre artístico.

—El *spin-off* de *The Elite* sobre su personaje tenía que haber empezado a filmarse hace meses, pero siguen posponiendo el rodaje —comento—. A mí siempre me han dicho que era por caprichos de las exigencias económicas de Ló.

—Ló ya gana muchísimo dinero, no pondría pegas a un show íntegramente basado en ella, y que la cadena ha hecho cuanto ha podido para que se emita —constata Casey—. Creo que está mal por culpa del Nomyra. Y quizá este sea el momento adecuado para poner fin a una enemistad que ya dura diez años.

—¿Podrías hablar con ella? —le pregunta Sofía, refiriendo en voz alta lo que yo también pienso.

—Me gustaría hacerlo —se aviene Casey.

—Nos sería de gran ayuda contar con dos testimonios de vuestro calibre.

—Mañana por la mañana iré a verla.

—Gra… cias.

El rostro de Sofía se contrae en un bostezo ininterrumpido.

—¿Café? —le propongo.

—Un litro, por favor.

Nos apoyamos en la encimera de la cocina, a la espera de que la cafetera se caliente. Sofía se ha recogido el pelo en lo alto de la cabeza con un lápiz.

—No acabaremos nunca. Ni siquiera vamos por la mitad.

—Ya vamos «casi» por la mitad —le digo para animarla y ahuyentar su pesimismo.

—¿Y si todo esto no sirve para nada?

—Haremos que sirva. ¿A qué viene esta repentina pérdida de confianza?

—He infravalorado la magnitud de la investigación. Me he dado cuenta de que a mí esto me viene demasiado grande.

—A nosotros —la corrijo, recogiéndole un mechón de pelo tras la oreja—. No «a mí», a nosotros. Y, si vuelves a subestimarte una sola vez más, me veré obligado a abrirte los ojos. ¡Mira! —le digo, señalando el cuadrado de sillones que forman el de Casey, Mark, Patrick, Michelle, Cindy, Kim y el club del cupón, revisando páginas, tecleando y subrayando sin desfallecer—. Todos ellos creen en la investigación. Sin ti, no estarían aquí.

—¿Este es el célebre discurso motivador que se le suelta al desventurado caballero antes de que se enfrente a los dragones? —

me pregunta, con la vista fija en el café que gotea dentro de la taza.

La obligo a mirarme posando un solo dedo en su barbilla.

—Yo tampoco estaría aquí, y no sabría decirte cuándo fue la última vez que me sentí tan vivo, desde que me dedico a esto.

—Hayden…

Hay algo que quiero decirle desde nuestra primera noche juntos, en su destartalado Cady, pero un ruido sordo, seguido de una vibración que asciende del suelo, me bloquea.

—Pero ¿qué…?

La vibración se transforma en una sacudida violenta que nos hace saltar y tambalearnos; a nuestro alrededor caen libros, que se rompen al precipitarse hacia el suelo. Tazas, vasos, cuadros…

—¡Un terremoto! —grita alguien.

Reacciono automáticamente y busco a Ashley, que sigue trotando con su disfraz de exploradora. La cojo con la mano derecha, y a Sofía con el brazo izquierdo, para meterlas a ambas debajo de la mesa, y me pongo encima de ellas, cubriéndolas con el pecho.

—¿Qué está pasando, papá? ¿Por qué tiembla todo? —me pregunta Ashley, llorando asustada.

—Hay una gran oruga bajo tierra que de vez en cuando se despierta y lo sacude todo.

—Dentro de poco volverá a dormirse —le dice Sofía.

—¿Es mala la oruga?

—Solo refunfuña cuando le duele la barriga, pero por suerte no le pasa a menudo —añado yo.

Ya sé que no hay que mentirles a los niños, pero ahora no es momento de improvisar una lección de geología.

Cuando cesan los temblores, miramos a nuestro alrededor. La estructura de la casa está intacta, salvo por alguna grieta en el

revestimiento, pero los objetos de decoración y otros enseres yacen desparramados y hechos añicos por todas partes.

Me fijo en un fragmento de cerámica que ha caído bajo la mesa. Sofía lo aferra entre sus dedos con tristeza.

—Los platos del abuelo.

Capítulo 74



Sofía

—Tengo que volver a casa, los niños estarán aterrorizados —dice Cindy.

—Ya has hecho más de lo que debías —la tranquilizo.

—Nosotros te acompañamos, nuestros gemelos también habrán pasado miedo —se ofrece Casey—. Ahora será imposible encontrar un taxi.

—Volved todos a casa, y esperemos que las vuestras estén en mejores condiciones que esta —digo—. Es tarde, habéis sido de gran ayuda, pero ya hemos abusado bastante de vuestra generosidad.

Me despido y les doy las gracias a todos, mientras la abuela, desconsolada, limpia y recoge los añicos de sus amados platos que ahora ya no son más que un montón de fragmentos, sorbiéndose la nariz y murmurando «Grancito» entre dientes.

—¿Entonces es verdad lo que me ha dicho Cindy? —me susurra

Kim en el umbral cuando está a punto de salir.

—¿Qué te ha dicho?

—Que entre Hayden y tú… —me guiña un ojo— hay algo tierno. Aunque, pensándolo mejor, espero que también haya algo «duro».

—¡Kim! —la regaño.

—No puedes irte a la cama con Míster 911 y guardarte los detalles para ti sola. ¡El mundo tiene derecho a saberlo! ¿El apodo está puesto con fundamento?

—Vete ya —la conmino, empujándola fuera de la casa.

—Me lo tomaré como un sí.

—Gracias por la ayuda —concluyo la conversación, cerrándole la puerta en las narices, agotada.

Hayden me pasa un café, servido en un medidor de harina de plástico.

—Es el único superviviente. ¿Estás lista para trasnochar?

—Ashley y tú, marchaos a casa. Yo tendré que seguir toda la noche.

Hayden me rodea la cintura.

—Cuando se trata de aguantar toda una noche, no me echo atrás.

—Preferiría del otro modo —le respondo suspirando, y me apoyo en su pecho, rendida de cansancio.

Antes, cuando me abrazó durante el terremoto, la naturalidad con que me estrechó contra sí y me protegió, me hizo trizas el corazón. Fue el abrazo de alguien que se interesa por mí, alguien a quien mi vida le importa. El abrazo de alguien con quien puedo permitirme ser vulnerable.

Hayden me besa en la punta de la nariz.

—También tendremos tiempo para lo otro.



Mi madre consuela a Ashley con galletas de dulce de leche, mientras Hayden, Michelle y yo marcamos nombres y fichas sin parar, y sin fijarnos en las manecillas del reloj. Apenas prestamos atención a la luz diurna que ilumina el salón, haciendo innecesario encender la araña del techo.

A las cinco y cuarto, una vez catalogado el último cuestionario que quedaba, Hayden y yo nos miramos sin acabar de creérnoslo.

—¿Hemos terminado?

—Hemos terminado —me confirma él.

—Ya podemos enviárselo todo al doctor Folger.

Estiro los brazos hacia el techo y todo el cuerpo me cruje como una silla rota.

—Deberíais dormir unas horas —nos sugiere mi madre, tumbada en el sofá con Ashley, que dormita tras una maratón de dibujos animados.

—Creo que ya va siendo hora de que Ashley y yo os dejemos tranquilas —comenta Hayden poniéndose en pie.

—La verdadera molestia es tener que despertarla ahora. Está durmiendo tan a gusto… —Mi madre le aparta un mechón lila de la frente—. Después le haré un bonito peinado para la fiesta. La abuela ya ha preparado la pasta para las chorreadas del desayuno, por lo que no hace falta que te la lleves.

Hayden y yo nos miramos, exhaustos.

—¿Una cabezadita? —le propongo.

Él apenas puede contener los bostezos.

—Creo que en cuanto toque la cama, caeré en coma.

—Michelle —la llamo, retirándole los auriculares de las orejas—, ya hemos terminado.

—Tengo que darle los últimos retoques a la plataforma. He creado un panel que conecta a cada paciente con sus

correspondientes fichas, que a su vez pueden agruparse en función de los síntomas, número de hijos, visitas e ingresos, para poder generar estadísticas en tiempo real de cualquier dato que se busque.

—¿No estás cansada? —le pregunta Hayden.

—Trabajar no me cansa. La gente, sí. —Vuelve a ponerse los cascos, que bombean sin piedad death metal directamente en sus tímpanos.

Nos arrastramos dos manzanas hasta mi casa, vacía por primera vez desde hace no sé cuánto tiempo.

—Así que vives aquí —constata Hayden mirando a su alrededor.

—No es un ático en The Palm.

La casa, de una sola planta, consta de un pequeño vestíbulo que da a una cocina-salón-comedor-estudio, un pasillo microscópico que conduce a los dos dormitorios, y entre ambos se encuentra el baño. Es limpia, esencial, pero de elegante no tiene nada.

—Ruth Bader Ginsburg —dice él, señalando uno de los imanes de la nevera—. Rosa Parks, Simone de Beauvoir, Gloria Steinem…

—Katharine Graham —me sumo, señalando un póster enmarcado que lleva mucho tiempo esperando a que lo cuelguen.

—Sería capaz de adivinar que vives aquí sin necesidad de leer el nombre en el buzón.

—Rafael y yo pensábamos amueblarlo cuando decidimos vivir juntos, pero al final él siempre estaba de viaje, y sus cosas aún siguen empaquetadas en el trastero. —Lo invito a seguirme al dormitorio—. Puedo ofrecerte una cama confortable y una almohada. El aire acondicionado no funciona, pero tengo un ventilador.

—Recuerdo perfectamente esta cama —me dice guiñándome un ojo, ya sin camisa—. También te recuerdo a ti, tumbada boca abajo, con el pelo cayéndote en cascada por la espalda, y tu precioso

trasero en penumbra. Las sábanas tenían rayas verdes.

—Qué capacidad de observación.

—Esa imagen quedó grabada a fuego en mi memoria —me confiesa, mientras se acuesta a mi lado y me abraza mientras hacemos la cucharita.

—¿No tienes calor así? —le pregunto.

—No —me susurra al oído.

El cansancio se apodera de nosotros, acunados por el zum-zum del ventilador del techo.

Nos despertamos dos horas más tarde, con el sol entrando a raudales por la ventana, empapados en sudor.

—No tengo una cascada tropical como en West Crown Diamond, pero en la ducha hay un gel de coco y mango —le propongo a Hayden—. Comestible.

—Nunca había deseado tanto darme una ducha.

Michelle aún no ha regresado, así que nos tomamos todo el tiempo del mundo, apretujados en la mampara de la ducha, que no está pensada para dos personas, pero, cuanto más apretujados estamos, más excusas encontramos para tocarnos, por azar o por deseo.

Hayden me lava el pelo, esparciendo el acondicionador por toda su longitud, y a continuación lo divide en mechones.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Una trenza —responde, acariciándome la espalda con los dedos—. Es mi especialidad.

Yo lo incito, él me incita, nuestras manos se buscan, se persiguen por todos los rincones de nuestros cuerpos, y lavarse se convierte en un pretexto que pasa a un segundo plano. Tenemos ganas de celebrar, de descargar toda la adrenalina durante el trabajo

de esta noche y, si hay algo en lo que Hayden y yo somos buenos, es en esta clase de celebraciones.

Me levanta contra la pared y lo rodeo con las piernas, lista para recibirlo, pero al final se impone el sentido de la responsabilidad.

—El preservativo —nos acordamos los dos a la vez.

—Tendría que haber algunos en el armarito del espejo, pero puede que estén caducados, porque los compré por Fin de Año, y desde entonces no los he necesitado.

Hayden coge la caja y comprueba la fecha de fabricación.

—Caducan a los tres años. No es cuestión de desperdiciarlos.

—Es un *pack* de doce —le advierto.

—¿Me estás desafiando?

Me saca de la ducha con el brazo aún medio enjabonado y me sienta en la repisa del mueble del lavabo.

—Ya deberías saber que yo doy lo mejor de mí cuando estoy bajo presión.

—Lo sé, por eso lo hago.

Hayden introduce la mano en la mampara, coge el gel de coco y mango, me lo vierte por encima y el chorro empieza a descender por el cuello, entre los pechos, el vientre y finalmente en la entrepierna. Me abre los muslos y se arrodilla ante mí.

—Es la hora del desayuno.

Me abandono a sus caricias, con las piernas apoyadas en sus hombros, arqueando la pelvis cada vez que me lame. Él sabe reconocer cuándo se acerca el orgasmo, y justo en ese momento Hayden se detiene, se pone en pie, me gira y me toma con una embestida imparable.

Me sujeta la larga trenza con el puño, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás, mientras me devora el cuello con sus besos.

Acometida tras acometida, recupero el hilo del orgasmo que

había quedado en suspenso…

—¡¿SOFÍA?! —exclama una voz masculina exasperada—, ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? ¿QUÉ COÑO ES ESTO?

Abro los ojos y, reflejado en el espejo, además del rostro de Hayden y el mío, hay un tercer rostro: en la puerta del baño, con el petate al hombro.

Rafael nos mira atónito.

Capítulo 75



Hayden

Sofía guía la mano que tengo libre hasta su pecho, erecto por la inminencia del orgasmo. Yo también estoy a punto de correrme, cuando en el espejo cruzo la mirada con la de un hombre de pelo castaño con una coleta, una trenza con cuentas, barba larga, unas gafas de sol subidas a la frente y la boca abierta de par en par.

Solo lo había visto en fotos, pero el tío que nos observa fijamente a Sofía y a mí en pleno coito no es otro que Rafael.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, me aparto de Sofía, que se apresura a cubrirse con un faldón del albornoz, cediéndome a mí el minúsculo cuadrado de la toallita para la cara.

—Ra-Rafael —balbucea ella, con el rostro encendido y la respiración aún jadeante.

—¿Ese es el gel que yo te regalé? —pregunta él, observando la botella amarilla que sigue abierta en el lavabo.

—Alguien tenía que usarlo, ¿no? —comento a bote pronto.

—Perdona, ¿tú quién eres y por qué estás en nuestra casa?

—Ah, ¿es que tú vives aquí? —le replico sin pensarlo dos veces —. No me lo ha parecido.

—¿Quién es este tío, cariño? —le pregunta a ella.

—Hayden West —me presento, y le tiendo la mano.

—¿Hayden West? —repite, como si no diera crédito, sin corresponder a mi saludo—. ¿El escritorzuelo de chismorreos al que tanto odiabas?

—El mismo. Y, para que conste, ya no soy tu «cariño» —le responde ella, enfatizando la última palabra, al tiempo que se ciñe enérgicamente los dos faldones del albornoz y se aprieta el cinturón, como si la prenda le sirviera de coraza.

—Es una forma poco habitual de darle a entender que lo odias, ¿no? Espero una explicación.

—¡¿Una expli…, una explicación?! —estalla Sofía—. Perdiste el derecho a cualquier explicación cuando empezaste a tirarte a Lynette van der Graaf. Y ni se te ocurra decirme que solo es una compañera de trabajo, porque ya no me lo trago —le espeta, apuntándole con el dedo índice—. Ya llevo demasiado tiempo tragándome tus gilipolleces.

—Y a ti se te ha ocurrido la genial idea de hacérmelo pagar follándote a otro. Perfecto, ahora estamos empatados. ¿Es así como quieres que se rija nuestra relación? ¿A tiros, con venganzas? Creía que éramos adultos.

—Disculpa, a ver si lo he entendido —intervengo de nuevo—. Entonces ¿en una relación adulta, solo tú puedes ser el infiel?

—¿Quieres hacer el favor de no entrometerte? ¿Y a ti qué te importa?

—Le importa, y mucho —le replica Sofía—. Porque, por desgracia

para ti, lo mío no es solo por venganza. Me acuesto con Hayden porque me gusta, porque me siento bien estando con él, porque me escucha, porque me aprecia. Por todo eso que tú hace un montón de tiempo que dejaste de hacer.

—El jardín es de quien lo cuida, Rafael —añado.

—¿Entonces esto se acaba así? ¿No cuenta para nada que haya vuelto a casa antes?

—¿Antes de qué? Llevas meses posponiendo tu regreso. Además, ¿a qué casa vuelves? —le recrimina ella—. ¿A esta, cuyo alquiler pago yo?

—Bueno, he estado fuera mucho tiempo…

—¿A esta casa, cuyo patio tenías que reformar y sigue abandonado? También tenías que arreglar la verja, que sigue caída, y colgar los cuadros, que aún están en el suelo.

—Todo eso podías haberlo hecho tú, ¿no? —le replica—. ¿Eres una mujer independiente y feminista, pero para los trabajos de casa me necesitas a mí?

—No, yo quería hacer todo esto «contigo». Colgar los cuadros contigo, montar el cenador contigo, pintar la valla contigo… —enumera de corrido. Ahora ya no me interesa hacer nada de todo eso contigo. Y, puesto que nunca te molestaste en sacar tus cosas de las cajas, eres libre de llevártelas tal como llegaron. Envíaselas a Lynette.

—No creo que tenga adónde llevarlas —intervengo una vez más —. ¿Este regreso anticipado no tendrá que ver con que el ex de Lynette, Troy Forsyth, se haya presentado en vuestro campamento base y ambos se hayan reconciliado?

—¿Qué demonio sabrás tú de Troy y Lynette?

Al nombrarle a esos dos, a Rafael le sale espuma por la boca. He dado en el clavo.

—Yo siempre lo sé todo. Y, justo esta mañana, Troy ha publicado en sus redes sociales una foto de un amanecer contemplado desde un bungalow sobre un árbol, con Lynette de espaldas y el siguiente pie de foto: «El para siempre empieza aquí». Tú también lo sabrías si estuvieras suscrito al boletín de *Wild Wild West*.

—No me interesa tu basura.

—Subo el envite y apuesto a que Troy le ha pedido que se case con él. Lynette te ha utilizado para ponerlo celoso, el plan ha funcionado y ella te ha dado una patada en el culo. ¿Me equivoco, Rafael?

—Si ella no te ha querido, ¿qué te hace pensar que yo vaya a volver contigo? —le pregunta Sofía, contrariada—. A mí tampoco me interesa la basura.

—¿Prefieres dar crédito a las gilipolleces que te cuenta este tío para poder follarte que a mí, después de dos años de relación?

—Sí —afirma ella sin titubear.

—Si hemos de tener esta conversación, prefiero que solo estemos tú y yo, sin un molesto tercero haciendo de espectador —le replica Rafael.

—Me parece justo —le doy la razón. Tomo el rostro de Sofía entre mis manos, la toallita con la que me cubría vuela hasta el suelo y nos damos un beso largo y profundo—. Pasaré más tarde por tu casa; llámame si surge algún problema.

—Hasta luego, Hayden.

—Ah, Rafael —le digo mientras salgo del baño—: De todas las cosas que has dicho, te has equivocado en una: yo no follo con Sofía, yo, a Sofía, le hago el amor.

Capítulo 76



Sofía

Rafael carga sus cajas en un taxi y me despido de él enviándole una nota de cargo por todos los resúmenes que me ha hecho escribirle «porque tú eres mucho mejor que yo», y, cuando el coche en el que va gira la esquina del cruce y desaparece de mi vista, me siento aliviada.

Sin embargo, la frase que Hayden lanzó al aire cuando nos dejó solos sigue martilleándome la cabeza.

«Yo, a Sofía, le hago el amor».

Por un lado, sé que en ese momento Rafael y Hayden se habían enzarzado en una competición, y que probablemente Hayden se haya tirado a la piscina, de modo que me obligo a restarle importancia a sus palabras.

Pero, por otro lado, ¡me encantaría que fuera verdad! Porque yo también hago el amor con Hayden.

Estoy en casa de la abuela, con mi madre, que me está cortando el pelo, la mar de contenta.

Ella quería cortármelo muy arriba, pero al final hemos pactado que solo me lo cortaría hasta media espalda, que en mi caso son casi treinta centímetros.

Me entra un email del doctor Folger informándome de que en el expediente de aprobación que nos consiguió Nate no consta ninguna anomalía, lo cual me decepciona. Yo esperaba que hubiera algo.

—¿A qué vienen esos morros? —me pregunta mi madre mientras me retoca el flequillo—. ¿No te estarás arrepintiendo de habértelo cortado?

—¿No te estarás arrepintiendo de haber mandado a la mierda a ese cabrón de Rafael? —dice la abuela, haciéndole eco a mi madre —. ¡Ya no hay marcha atrás!

—Ni una cosa ni la otra. Lo que pasa es que esperaba que en los documentos de aprobación de la FDA encontraríamos algo que pudiéramos relacionar con los trastornos de los pacientes, pero no hay nada.

—¿Y si llamas directamente a la empresa? —sugiere la abuela, con una ingenuidad que me conmueve.

—Me soltarían un discurso prefabricado por su Departamento de Comunicación. —Suspiro.

—¿Quién elaboró los documentos de la Whitaker? Seguro que no fue el Departamento de Comunicación.

Le echo un vistazo al documento, y, al final de los resultados de los análisis y de las pruebas, localizo la firma de la persona responsable del Departamento de Investigación y Desarrollo.

—Es una tal doctora Elmas Paulsen. Pues sí que podría contactar con ella.

La busco en internet y, cuando veo que es una exalumna de la USC, se me ocurre una idea.

La Whitaker Chemical es un sistema tan complejo e intrincado en sí mismo que necesito hacer al menos diez llamadas para dar con el número del laboratorio de Investigación y Desarrollo con el que necesito contactar —existen varios, diseminados por todo el país, y cada uno se ocupa de una rama distinta—, pero al final lo consigo.

—Buenos días, llamo del *Trojan*, el periódico de la USC. Quisiera hablar con la doctora Elmas Paulsen para hacerle una breve entrevista. Es una de nuestras exalumnas de Biología, y estamos contactando con antiguos estudiantes que hayan tenido una carrera exitosa para que transmitan su experiencia a los alumnos actuales y…

—¿Ha dicho Paulsen? —preguntan al otro extremo de la línea.

—Elmas Paulsen —confirmo.

—Solo me sale un doctor Paulsen en nuestro laboratorio de Investigación y Desarrollo: Gary Paulsen.

—Elmas Paulsen tendría que ser la responsable del departamento.

—Según consta aquí, Elmas Paulsen se jubiló hace siete años.

Realizo un veloz cálculo aproximativo: tendrá unos diez años más que mi madre.

—¿No es demasiado joven para haberse jubilado?

—Yo no soy quien hace las reglas. Al parecer, tuvo la oportunidad de hacerlo y la aprovechó: menuda suerte la suya; yo ni siquiera sé si podré jubilarme.

—Me iría muy bien disponer de su contacto.

—Lo lamento, pero no tenemos sus datos.

—No pasa nada, gracias. —Finalizo la llamada con una sensación de derrota.

—¿Y cómo la encuentro ahora?

—Entrando en la red del sistema de la Seguridad Social —responde desde el sofá la voz de Michelle, con su habitual tono fúnebre.

—¿Llevas aquí todo el rato? —le pregunto, desconcertada.

—No quería interrumpiros a Hayden y a ti. A juzgar por lo que vi en las cámaras de Hawái, vosotros dos no sois de dormir mucho.

—Me dijiste que solo las hackeaste para confirmar que yo estaba allí —la reprendo.

—Mentí.

—Volvamos al tema de la Seguridad Social… ¿Puedes obtener los datos de contacto de Paulsen? Te descontaré otro mes de alquiler.

—No quiero más descuentos.

—¿Pues entonces qué puedo darte a cambio? —le interrogo intrigada.

—Nada. Ahora que sé lo que estás haciendo y para qué necesitas estos contactos, no quiero nada.

—¿De verdad? —le pregunto, sin acabar de creérmelo. No me creo que esté hablando con Michelle, la gorrona por excelencia.

—De verdad. Y ahora déjame trabajar y cállate de una vez.

Michelle se pone a ello y me proporciona los contactos de la doctora Paulsen con una facilidad que da miedo: hay quince Elmas Paulsen en todo Estados Unidos, pero solo una concuerda con la fecha de nacimiento. ¿De verdad los sistemas digitales del Gobierno son tan vulnerables?

Cuando llamo al número que me ha conseguido Michelle, tras unos pocos tonos de espera, me responde una mujer de voz clara y cristalina.

—Buenos días, ¿estoy hablando con la doctora Paulsen? —pregunto.

—Sí, hola. Dígame.

—Llamo del periódico de la USC. Estamos entrevistando a nuestros exalumnos más relevantes, y al ver que usted obtuvo una matrícula de honor en su licenciatura de Biología…

—Yo soy licenciada en Matemáticas por la Universidad de Seattle —me rectifica.

—Ah —digo, sintiéndome una estúpida—. Debo de haberme equivocado de número, disculpe.

Al parecer, ni siquiera Michelle es infalible.

—Pero mi madre sí es licenciada en Biología.

¡Bingo!

—¡Estupendo! ¿Sería tan amable de pasármela, si está en casa?

—No hay problema.

Al cabo de unos segundos, tras un intercambio verbal lejano, el teléfono cambia de mano.

—Emma Paulsen al aparato, ¿en qué puedo ayudarla? —pregunta una voz más apagada.

—Hola, me llamo Sofía Estrada y llamo desde la USC, su antigua universidad. Soy la directora del *Trojan*, y quisiera entrevistarla acerca de su carrera, sobre su actividad en la Whitaker Chemical, las investigaciones que llevó a cabo y las tecnologías aplicadas a la medicina que ayudó a desarrollar…

—No.

—Sería de gran interés para los doctorandos —insisto.

—Yo no hablo de esas cosas —concluye y cuelga.

—Michelle —la llamo—, ¿tenemos también una dirección?

Capítulo 77



Hayden

Después de acompañar a Ashley a la fiesta de cumpleaños, orgullosa a más no poder de su vestido personalizado y de su pelo color lila, voy a buscar a Sofía, que me ha dado luz verde ahora que Rafael ha despejado el terreno.

Sale de su casa con unos vaqueros ajustados y rotos, y una camiseta con una frase de Marie Curie: «¿Cómo es estar casada con un genio? No lo sé, pregúntaselo a mi marido».

—¿Ya te has comprado otro 911? —me pregunta Sofía.

—Es el coche de cortesía, mientras el taller repara el mío.

Se acomoda a mi lado y la beso sin perder un segundo.

—Hoy estamos de celebración.

—Hoy nos vamos a Las Vegas —responde ella, enseñándome dos pasajes de avión—. ¿Cuántos caballos tiene este coche?

—Al menos trescientos cincuenta. ¿Por qué?

—Pues haz que corra como si tuviera cuatrocientos, porque nuestro vuelo sale dentro de una hora.



—«Turista» —constato, apretujándome en el microscópico sello de correos al que la aerolínea llama asiento—. ¿No había nada mejor, Sofía? Ya te dije que los viajes los cargo a la sección de gastos.

—He reservado el primer vuelo con dos plazas libres que estaba disponible. No me he fijado en la clase. Además, el trayecto dura una hora y media.

—No me gusta ser aguafiestas, pero ¿podrías explicarme por qué razón estamos volando a Las Vegas? —le pregunto mientras las azafatas nos indican las medidas de seguridad.

—Folger no ha hallado nada inusual ni irregular en la documentación que la Whitaker Chemical presentó a la FDA para que aprobase la comercialización del Nomyra, así que se me ocurrió contactar con la persona que, en calidad de responsable del proyecto, firmó todos los documentos científicos: la doctora Elmas Paulsen —me explica, ahora ya en modo «reportera de investigación».

—¿Y qué te dijo?

—¡Nada! Me colgó el teléfono en cuanto le pedí que me hablara de su trabajo en la Whitaker Chemical, donde, en un giro inesperado de guion, ya no trabaja porque se jubiló precisamente el año en que presentaron el proyecto Nomyra.

—Ya entiendo. Vamos camino de su casa, ¿a que sí?

—En efecto.

—Me extraña que te haya facilitado su dirección —le comento.

—A decir verdad, no lo ha hecho.

—Lo sospechaba.

Entre despedidas de soltero, grupos de turistas y encuentros de

aficionados al boxeo, en el aeropuerto de la «Ciudad del Pecado» al fin logramos parar un taxi que nos conduce a un barrio residencial al oeste del Strip, salpicado de casas adosadas, todas iguales.

—Es un lugar extraño para disfrutar de la jubilación —comento—. Después de haberse pasado toda la vida enterrada en un laboratorio.

—La hija es licenciada en Matemáticas; trabaja en un casino como observadora. ¿Sabes? Son los que controlan que los jugadores no hagan trampas.

—Espero que te hayas estudiado bien tu papel, porque corremos el riesgo de que nos calen a la primera de cambio.

Enfilamos el camino de acceso y Sofía llama a la puerta introduciendo la mano entre barrotes de una sólida reja.

Al cabo de poco, nos abre una señora.

—No tengo tiempo para predicadores —refunfuña.

—La comprendo perfectamente —le respondo—, pero no hemos venido a predicar. Quisiéramos hablar de su trabajo, doctora Paulsen.

—Yo soy Sofía, hemos hablado por teléfono esta mañana.

La mujer pone los ojos en blanco, molesta.

—Váyanse, no tengo nada que decir —responde, y nos da con la puerta en las narices.

—Doctora Paulsen, me consta que usted es la investigadora que dirigió el proyecto de desarrollo del Nomyra —sigue diciendo Sofía, subiendo la voz para que pueda oírla, pero al otro lado de la puerta no se oye nada—. Necesitamos hallar respuestas en referencia a una serie de trastornos que posiblemente estén vinculados con el dispositivo —insiste, dirigiéndose a la puerta cerrada—. Estamos hablando de la salud de miles de mujeres.

Silencio.

—Cindy, cinco hijos, le implantaron el Nomyra en Navidad, y acaba de ser intervenida por un embarazo extrauterino. Joy, dos hijos, pérdida de visión. Sally, tres hijos, hemorragia abdominal. Lana, un hijo, dolores articulares que ni siquiera le permiten desenroscar los tapones de las botellas —recita de corrido—. Samantha, dos hijos, problemas de equilibrio. Penny, tres hijos, pérdidas de memo…

La puerta se abre apenas.

—¿Y tú qué sabes de todo esto?

—Cómo lo sé, es lo de menos. Necesito que me diga qué sabe usted —le responde Sofía.

—Voy a hacerle una propuesta, doctora Paulsen —prosigo—: Sofía y yo le contamos todo lo que hemos descubierto, las investigaciones que hemos llevado a cabo hasta ahora. Solo le pedimos que nos escuche. Después, ya decidirá si quiere hablar con nosotros o echarnos de su casa. Y, si nos echa, le prometo que no volveremos, ni la molestaremos más.

La mujer resopla y a continuación introduce la llave en la cerradura de la verja.

—Entrad.

Capítulo 78



Sofía

Le cuento la historia de nuestra investigación desde el principio; desde el incendio hasta nuestra larga noche recopilando datos, desde el expediente presentado a la FDA hasta la tentativa del doctor Folger de crear un protocolo de extracción del dispositivo.

Cuando termino, estoy sin aliento.

La doctora Paulsen asiente en silencio, con el rostro impasible.

Nosotros estamos sentados en el sofá, ella de pie, con los brazos cruzados.

En el salón blanco y beis reina el orden, la limpieza y el frío de un aire acondicionado puesto al máximo.

—¿Qué opina, doctora? —le pregunto, presa de la ansiedad.

—No sois del periódico universitario, ¿verdad?

—Somos dos exestudiantes de la USC. Yo fui directora del *Trojan* durante mi etapa universitaria. Actualmente, trabajamos como

periodistas.

—¿Habéis hablado con alguien de la Lesser-Lachance o de la Whitaker Chemical acerca de vuestras investigaciones? —nos pregunta.

—No —le confirmo.

—¿Por qué? —inquiere Hayden—. No parece haberla sorprendido nada de lo que acaba de contarle Sofía.

—Me habéis pedido que os escuchara, y os he escuchado —responde sin concretar.

—Y le agradecemos que nos haya prestado su atención, pero ahora la pelota está en su campo.

Tiemblo solo de pensar que se despida de nosotros y nos pida que nos marchemos.

—Quiero que entienda que su ayuda podría resultar determinante para la salud de muchas mujeres. Necesitamos confirmar que existe una posible correlación entre las patologías de las pacientes y el dispositivo Nomyra, y la única que puede saberlo es usted. No tiene por qué responder, pero nosotros seguiremos adelante igualmente, aunque sin su ayuda todo resultará más difícil.

—No se nos ha pasado por alto el hecho de que su jubilación coincidió con la presentación del expediente del Nomyra, y no es por hacerle un cumplido, pero usted parece bastante joven para llevar tiempo jubilada.

En el salón reina un silencio tan tenso que podría cortarse con un cuchillo.

—Apagad los móviles y dejadlos encima de la mesa —nos ordena —. Quiero asegurarme de que no me estáis grabando a escondidas.

Hayden y yo intercambiamos una mirada de incredulidad: ¡esto es un «sí»! Ha decidido hablar.

La doctora comprueba que las puertas y las ventanas estén

cerradas, coge su móvil y los nuestros, los lleva a otra habitación y se sienta en la butaca, frente a nosotros.

—El expediente que se presentó a la FDA lleva mi firma, sí, pero no lo redacté yo. Por aquel entonces, yo trabajaba para la Lesser-Lachance y, cuando empezábamos a desarrollar el Nomyra, Whitaker Chemical se mostró interesada en adquirir la empresa. De todo el personal científico en plantilla, yo era quien tenía más experiencia, y además era mujer, de modo que probablemente los directivos quisieron darle un toque *pinkwashing* a la compañía, agregando un lazo rosa al cuadro directivo. Así fue como la Whitaker me puso al frente del Departamento de Investigación y Desarrollo. El proyecto aún era prematuro, pero los directivos del consejo presionaban para comercializar el dispositivo lo antes posible, y así rentabilizar enseguida lo que habían invertido en la adquisición.

—Y obtener mayores bonificaciones al cerrar el año —sugiere Hayden—. ¿Sufrió presiones para acelerar el desarrollo?

—Los primeros datos eran buenos, pero no lo suficiente. El material de fabricación elegido solo era adecuado para el prototipo, pero no era el mejor. Nos dieron un año, y pasado ese tiempo habría que lanzar el producto al mercado.

—¿Y las pruebas a largo plazo? —pregunto—. ¿Las portadoras beta no tendrían que haber estado bajo observación para evaluar los efectos secundarios?

—Estaba previsto un periodo de pruebas de al menos cinco años, pero les pareció demasiado. El dispositivo era mecánico, no farmacológico, por lo que no se consideraba necesario monitorizarlo durante tanto tiempo ni con tantos sujetos.

—Así pues, no se testó lo suficiente, ni con una muestra lo bastante significativa —concluye Hayden—. Cuando antes hablaba de materiales, ¿a qué se refería? ¿El Nomyra no es de titanio?

—El Nomyra está compuesto por una aleación de níquel-titanio y fibras de polietileno, lo que se conoce como PET. En el documento presentado a la FDA solo se menciona el titanio.

—Cuando hablamos de PET, nos referimos a plástico —simplifico —. En cambio, el níquel, que presenta una alta reactividad alérgica, no se menciona durante la visita para el implante.

—En mi documentación sí se hace constar. En la que se presentó a la FDA, no —concluye la doctora.

—¿Está diciendo que existen dos documentos distintos?

—Cuando estaba a punto de vencer la fecha límite para presentar la solicitud de aprobación del Nomyra, mi documentación no se consideró adecuada. De modo que redactaron otros documentos en los que se sostenía que el dispositivo estaba fabricado con materiales seguros y no presentaba ninguna clase de contraindicaciones, pero lo cierto es que ni siquiera poseíamos datos que permitieran excluirlas.

—Entonces ¿por qué firmó la solicitud?

La doctora carraspea, nerviosa.

—Creo que este es el momento en que me convierto en la mala de la película. —Suspira y desvía la mirada—. Digamos que fueron persuasivos.

—¿Cedió a un chantaje? —sugiero.

—Acepté llegar a un acuerdo económico. —La doctora traga saliva y nos mira como si esperase ser juzgada—. Mi marido había muerto hacía seis meses. Era subcontratista y su empresa hacía aguas; el banco le había embargado una obra y nuestros ahorros se esfumaron tratando de cubrir las deudas que había contraído. Mi hija aún iba a la universidad, y eso también costaba una fortuna: me ofrecieron una jubilación anticipada, remunerada con una cifra que resolvería todos mis problemas, a cambio de firmar el expediente

para la FDA, junto con un acuerdo de confidencialidad. Acepté, y se presentó un expediente «limpio» a la FDA.

—Usted no podía saberlo —afirmo.

—Pero tendría que haberlo previsto; soy científica, no juego a los dados. Antes me preguntaste por qué no parecía sorprendida: me consta que hubo médicos que exigieron explicaciones a la Whitaker Medical, y, de entre ellos, los que se mostraron más alarmados fueron los de la Avila's Clinic, pero no obtuvieron respuesta. Una investigadora contactó conmigo, pero la Whitaker Medical la trasladó a Chicago con la excusa de un ascenso muy favorable.

—Imagino que para impedir que fuera más allá con sus preguntas —concluyo.

—En cuanto a los problemas que sufren todas las pacientes que llevan el Nomyra, no puedo asegurar que los haya causado el dispositivo, pero tampoco puedo afirmar lo contrario. Si de dos mil ochocientas mujeres que llevan el Nomyra, más de dos mil presentan trastornos, no me atrevería a descartar que exista una correlación. Y eso solo en Los Ángeles.

—Una mujer se ha hecho extirpar el Nomyra —le explica Hayden.

La doctora abre los ojos de par en par.

—Pero si no se puede.

—Corrió el riesgo, y ahora está bien. Los trastornos han desaparecido —añado yo.

—¿Usted tiene una idea aproximada de cuántas pacientes se lo han implantado? —le pregunta Hayden.

—¿En Estados Unidos o en todo el mundo?

—¿En ambos?

—En Estados Unidos debemos rondar las cuatrocientas mil unidades implantadas. En el resto del mundo, un millón. —La

doctora agacha la cabeza bajo un peso invisible. Se cubre los ojos con mano temblorosa—. Un millón de mujeres que en este momento sufren por mi culpa.

—Podemos revertir la situación. Podemos pararlo todo —le digo para tranquilizarla, inclinándome hacia ella—. Estamos aquí para eso. No somos enemigos, somos aliados.

—Pero no sé cómo, sin acabar en el banquillo de los acusados.

—¿Cómo podríamos demostrar que los datos fueron manipulados? —le pregunta Hayden.

—Cinco minutos después de que firmase mi baja en la empresa, los hombres del Departamento de Seguridad «limpiaron» mi despacho, y después hicieron lo mismo en mi casa. Se lo llevaron todo. Ordenadores, tabletas, memorias USB, móviles, carpetas… Incluso el cubo de la basura. «Protección de datos de la empresa», lo llamaron. —Se pone en pie y nos hace una seña para que la sigamos—. Venid conmigo.

La seguimos al sótano y, aunque la doctora Paulsen no da la impresión de ser una persona peligrosa, cuando nos detenemos frente a una larga cámara frigorífica, siento cierta inquietud.

La doctora abre la portezuela y aparece una cubeta llena de bandejas de aluminio.

—¿Es usted una apasionada de la cocina? —le pregunta Hayden.

—Tengo mucho tiempo libre.

La doctora aparta pilas y pilas de bandejas hasta que accede a una que estaba en el fondo, cerrada con una tapa roja con una etiqueta desvaída en la que pone «Macarrones con queso – 12 raciones».

—Menuda abundancia —comento.

—No tenemos tanta hambre —añade Hayden.

Pero ella destapa la bandeja y, a continuación, coge un martillo,

rompe la costra superficial de macarrones con queso y extrae una bolsa de plástico sellada al vacío.

—Es una copia que hice de mi documentación. La auténtica. No la perdáis.

Tiendo la mano hacia la bolsa, mojada por la condensación.

—¿Puedo?

—¿Existe algún modo de utilizarla sin decir que la habéis obtenido de mí?

—No se preocupe. Los buenos periodistas siempre protegen a sus fuentes —afirmo.

—¿Y tú eres una buena periodista?

—No es una buena periodista —interviene Hayden, mirándome a mí, y a continuación a la doctora—. Sofía es la mejor.



De nuevo en el taxi, paralizados en pleno Strip por el intenso tráfico que ha provocado un megacombate de boxeo, a Hayden y a mí nos embarga una sensación de plenitud y de victoria al mismo tiempo.

—No estoy acostumbrada a recibir tantos halagos de ti —le digo —. Deberías volver a mortificarme con tus aires de superioridad y tus ocurrencias sarcásticas.

—Bueno, pues vete acostumbrando, porque no puedo evitar admirarte: una vez más, has apuntado y has dado en el blanco.

—Sin tu apoyo, habría abandonado a los dos días.

—No ha sido mi apoyo lo que te ha impulsado a continuar, sino tu necesidad de demostrar que eres mejor que yo.

—Eso también es verdad —admito.

—Desde que volviste a entrar en mi vida, no sabría decirte la última vez que dormí ocho horas seguidas, tomé tres comidas al día con regularidad y pasé más de cuarenta y ocho horas en el mismo lugar sin recorrer un montón de kilómetros en coche o en avión.

—Eso suena a una pésima calidad de vida.

—Pero no puedo ni pensar en volver a la vida de antes.

—Siento haber saboteado tu día de celebraciones, que habías planificado tan cuidadosamente, con este vuelo improvisado a Las Vegas, pero ahora sí que tenemos algo que celebrar —le digo señalando mi bolso, que estrecho con afán protector, y en cuyo interior guardo los documentos de la doctora.

Pero, antes de eso, yo ya tenía algo que celebrar: nosotros dos.

—¿Qué clase de efectos especiales tenías en mente? Resulta difícil superar lo de Hawái.

—Tú y yo en mi casa, cenando en el jacuzzi de la terraza… Pero me alegro de haber venido aquí, porque este cambio de programa también me ha hecho cambiar de perspectiva. —La voz de Hayden se vuelve más contenida, casi tímida.

—Empiezas a preocuparme.

—Le he encargado unos regalos, para ti, tu madre y tu abuela, a una chica que crea joyas con fragmentos de porcelana. Siempre me está diciendo que quiere devolverme el favor, desde que difundí la foto de una modelo con uno de sus colgantes, lo cual le dio mucha visibilidad a su trabajo. Esta mañana le llevé unos fragmentos de los platos rotos por los que tu abuela sentía tanto aprecio, y ha hecho esto con ellos.

Hayden saca del bolsillo de sus vaqueros una bolsa de terciopelo de la que deja caer en la palma de mi mano una cadenita con un colgante, una pulsera y un anillo.

—¿Estás de broma?

Me los acerco para verlos mejor: tallados en forma de óvalo, fresados y engastados en plata, ahí están los mismísimos fragmentos del ajuar nupcial de mi abuela.

—Así, los platos no se perderán para siempre. Para tu abuela —

me dice señalando la cadenita—. Para tu madre. —Señala la pulsera —. Y para ti.

—No tengo palabras —balbuceo, conmovida por la generosidad de su gesto.

—A mí me basta con una. —Hayden coge el anillo; un aro plateado sobre el cual descansa un camafeo de porcelana con la decoración floral de los platos de la abuela y del abuelo, y me lo pone—. Cámbiame la perspectiva para el resto de mi vida: cásate conmigo, Sofía.

Capítulo 79



Hayden

Pero Sofía no responde «Sí».

—Hagámoslo aquí —dice—. Hagámoslo ahora.

Capítulo 80



Sofía

—Suena bien, «Sofía West» —pienso en voz alta, tendida en una cama con forma de corazón.

La habitación del hotel donde nos encontramos es toda de color rosa confeti, y cuenta ademas con decoraciones de querubines de falso barroco en el techo, que disparan flechas de amor hacia la cama.

Las crepes y las tortillas que han traído para desayunar también tienen forma de corazón.

—Puedes conservar tu apellido de soltera si lo prefieres —me comenta Hayden.

—No sé cuál de los dos está más loco.

—No me interesa averiguarlo. —Toma mi mano izquierda y gira mi alianza alrededor del dedo—. Pero sin duda tenemos que buscar algo mejor que estos dos pedazos de hojalata.

—Puedo mirar en el suelo de mi abuela, a ver si aún queda algún fragmento de sus platos.

—Sería todo un honor.

—Ya, pero si entrásemos en una joyería de Los Ángeles y encargáramos dos alianzas, al cabo de veinte minutos toda la ciudad sabría que Hayden West se ha casado.

—Quien a chismorreo hiere, a chismorreo muere. Estoy dispuesto a aceptarlo.

—Tampoco hace falta que lo sepa todo el mundo —le indico, rodando por encima de él, con nuestros cuerpos enredados en la sábana de satén rosa—. Lo sabemos tú y yo. Me gusta que sea un secreto solo nuestro. Se lo diremos a mi familia, a la tuya y a Ashley cuando nos parezca más oportuno.

A mí, la propuesta me parece bien. A decir verdad, lo que más me afecta es su familia.

—O, si no, podríamos comprar dos anillos en Europa. —Hayden me besa en los labios con delicadeza—. Convirtamos mi gira en nuestro viaje de recién casados.

—Basta, basta, basta —exclamo apartándolo de mí—. Tendríamos que empezar a discutir por cualquier cosa, porque ahora mismo todo es demasiado perfecto.

—¿Quieres que te dé un motivo para discutir? Ahí va una idea: cuando te vengas a vivir conmigo, nada de pósters de Ruth Bader Ginsburg ni de Katharine Graham en las paredes. Acepto los imanes en la nevera, pero no quiero que sus ojos me estén mirando las veinticuatro horas del día.

—En primer lugar, no pienso consentir que me obligues a escoger entre mis pósters y tú. Y, en segundo lugar, ¿quién ha decidido que seré yo quien se mude a tu casa?

Él alza el puño al aire, entusiasmado.

—Ya sabía yo que mataría dos pájaros de un tiro. Aún sigo en plena forma. Voy a darme una ducha. ¿Cuándo sale el próximo vuelo a Los Ángeles?

—Dentro de dos horas. ¡Eh! —le grito mientras entra en el cuarto de baño de baldosines rosas—. ¡Esta conversación aún no ha terminado!

Capítulo 81



Hayden

El trayecto Las Vegas-Los Ángeles es de carácter local, por lo que muchas personas van y vienen el mismo día y no es fácil encontrar plazas libres, de modo que me resigno a apretujarme en la clase turista, aunque no me importa, porque mi actual estado de felicidad actúa como un amortiguador entre un servidor y la percepción que tengo del ambiente que me rodea.

Sofía y yo estamos en nuestra burbuja.

Hemos acordado que, por el momento, cada cual vivirá en su propia casa, y entretanto buscaremos una vivienda donde mudarnos juntos, que satisfaga las necesidades de ambos y las de Ashley. En mi apartamento no hay un cuarto propiamente dicho donde ella pueda jugar, estudiar o estar con sus amigas, lo cual será cada vez más necesario conforme se vaya haciendo mayor y reclame más intimidad.

—Me imagino que querrás seguir en la zona de Santa Mónica —comenta ella.

—Si lo prefieres, podemos buscar algo que esté más cerca de tu madre y de tu abuela.

—Es muy generoso por tu parte renunciar a la comodidad de vivir frente al mar solo para que no tenga que desplazarme tanto cuando quiera visitarlas.

—Si he de serte sincero, a mí también me gusta visitarlas. No pienso renunciar a la posibilidad de dejarme mimar por la cocina de Blanca. Además, ahora tu familia también es la mía, ¿no?

—Me gustaría poder decir lo mismo de la tuya —comento con ironía, poniendo los ojos en blanco.

Desde luego, en lo referente a la familia, ella no ha salido ganando gran cosa.

—Probablemente tu padre te desheredará en cuanto le comuniques que nos hemos casado, y ese día pensarás que lo de ayer no fue una idea tan brillante.

—Es muy probable que lo haga, pero también es cierto que hace años que me gano mi dinero y vivo de mi trabajo, así que sobreviviré.

—En casa de la abuela siempre habrá churros recién fritos también para ti.

Y hablando de familias, en cuanto aterrizamos en Los Ángeles y enciendo el móvil, encuentro cinco llamadas perdidas de Nate y un email marcado como urgente, así que lo abro mientras nos dirigimos hacia los taxis.

Capítulo 82



Sofía

Hayden se queda clavado delante de las puertas correderas que se abren y se cierran sin parar, mirando absorto la pantalla de su móvil.

—Solo hay tres taxis, procuremos que no nos los birlen —le digo, esperando que reaccione.

Pero no me oye, de modo que me acerco y le doy un golpecito en el brazo. Salta hacia atrás, como si acabase de sufrir una descarga eléctrica.

—¿Va todo bien, Hayden? —le pregunto perpleja.

Él me mira como si no estuviera allí, y se guarda el teléfono en el bolsillo a toda prisa.

—Sí, perdona. Todo bien.

—Pues no lo parece.

—Es como si todo el mundo hubiera decidido en el último momento que me necesita. A causa de la investigación, estoy

descuidando todo lo demás, y los patrocinadores empiezan a quejarse.

—Tienes razón, y ellos también: te he secuestrado. En realidad, yo también debería dejarme ver por la redacción, porque creo que me he pasado con los días de teletrabajo, y además ya tengo problemas con Oliver. Los artículos de cotilleos que escribo apenas bastan para atraer a los lectores, y el estado de gracia que me había procurado la primicia del incendio empieza a agotarse.

—No es culpa tuya —me tranquiliza él, besándome en la frente.

—Escucha, Hayden, ya está todo preparado para el encuentro en El Cielo Club. Yo me encargo de organizar lo que haga falta para la reunión con los pacientes. Te dejaré trabajar en paz hasta mañana. Y descansar también, que buena falta te hace.

Él se frota los ojos.

—Nada que un café no pueda arreglar.

—Duerme. Tenemos toda la vida por delante para trasnochar.

Él asiente, pero lo noto rígido, y, cuando más tarde el taxi me deja frente a la redacción de *Hollywood y Alrededores*, el beso apresurado que me da y su escueto «Okey» en respuesta a mi «Te llamo más tarde», me dejan inquieta.

—Ah, me olvidaba: ¿tienes caja fuerte en casa? —le susurro, como si el taxista pudiera estar interesado en nuestros asuntos.

—Sí, tengo.

—Genial, guarda tú la documentación de la doctora —le digo mientras saco el expediente del bolso y se lo entrego—. Mejor que no lo vaya paseando por ahí. Contigo estará más seguro.

Hayden lo coge y esboza una sonrisa, le da su dirección al taxista y parte, dedicándome un tibio «Hasta luego».

No me atrevo a preguntarle si es que ya está arrepentido, porque temo que la respuesta sea «sí».

Por la tarde mi madre me escribe que «su Patrick» quiere hablar conmigo, así que aprovecho para ir a cenar y llevarles, a la abuela y a ella, los regalos de Hayden.

—Grancito —solloza mi abuela acariciando el óvalo de porcelana —, estás aquí.

—Hayden guardó tres fragmentos de los platos y los hizo montar en tres joyas; una para cada una de nosotras —le explico a mi madre, que está atareada limpiando sus útiles de peluquería tras atender a la enésima clienta del día—. Esto es para ti —le digo mientras le abrocho su pulsera en la muñeca.

Para que resulte menos evidente, he colgado mi anillo de una cadenita junto con la alianza de hojalata. Mi madre podría hacer demasiadas preguntas, y yo no soy muy buena soltando vaguedades, pero la verdad es que me muero de ganas de decirles que Hayden y yo no solo somos Hayden y yo, sino «Hayden y yo».

—Creo que quería devolveros el favor por ayudarlo con Ashley, salvando su fiesta de disfraces en el último minuto.

—Lo hicimos encantadas. Y él parece ser un papá muy cariñoso, aunque más bien despistado. Pero no puedo culparlo por ello; los padres siempre damos un paso adelante y dos atrás —comenta mi madre—. ¿Sabes si por casualidad Hayden quiere tener más hijos?

Su pregunta me deja paralizada.

—¿Por qué, mamá?

Ella se encoge de hombros.

—Por nada.

—Tiene muy buena genética —cacarea la abuela.

—Y ya se la ha transmitido con éxito a sus descendientes —señalo, tratando de cerrar el tema.

—Cuantos más, mejor —añade ella.

—Es posible, pero no puede hacerlo él solo.

Mi abuela me aprieta las manos y me mira con los ojos brillantes:

—Cada rosa tiene su espina. Él es tu espina.

¡Otra vez con la misma historia!

—Ya, mi espina.

Me siento en la mesa de la cocina, al lado de mi madre, y decido que ya es hora de sacarle los colores a ella.

—¿Qué querrá decirme «tu Patrick»? ¿Vais en serio o me equivoco?

—Ahórrate el tono sarcástico: que ya no tenga treinta años no significa que no tenga derecho a una vida sentimental que me haga soñar como la tuya.

—¡De sarcasmo, nada, mamá! Estoy contenta, me gusta Patrick —la tranquilizo—. Pero, como ha pedido hablar conmigo de una manera tan formal, me preguntaba si tú sabrías de qué se trata.

—No tengo ni idea.

—¿Querrá obtener mi aprobación, como hacían los hombres galantes de antaño?

—Eso tendría que pedírmelo a mí —sentencia mi abuela, ocupada en saltear el pollo picante.

—Si ese fuera el caso, no tendría nada en contra, pero no tengo ninguna prisa en comprometerme. Prefiero ser como esas parejas jóvenes, que aún no tienen deberes, obligaciones ni fechas límite.

—Oh, Roxy, si eso es lo que entiendes por tener una relación, mejor que sigas sola —la reprende la abuela—. Cuando das con la persona adecuada, ya no existen obligaciones ni fechas límite.

En ese momento suena el timbre, anunciando la llegada de Patrick, que aparece con una cubeta de helado.

—Es para ponérselo a las tortillas calientes.

No necesita mi aprobación, ya la tiene. Yo salgo barata.

—Sofía, tengo información referente al incendio que podría resultarte de utilidad.

—¿Sobre el incendio? —inquiero, descolocada—. Ah, vale, el incendio del Livingston Inn. —Estoy tan absorbida por el Nomyra que el hecho de que todo partiera del incendio ha pasado a un segundo plano—. ¿Qué clase de información?

—Mi empresa de vigilancia se encarga de monitorizar distintas propiedades en la zona de El Monte que se encuentran alrededor del centro comercial y del hotel. Entre las preguntas que planteaste había una relativa a una persona ajena al organigrama de la cadena del Livingston, que habría sustituido al recepcionista oficial, así que me he tomado la libertad de hacer algunas comprobaciones con las cámaras de seguridad.

—Pero el Livingston Inn está anticuado, no tiene cámaras de vigilancia.

Además de suponer una limitación para las pesquisas, ese fue el principal motivo de que Casey lo escogiera como lugar de encuentro.

—El Livingston, no, pero otras muchas tiendas de cuya vigilancia me ocupo sí que tienen, y algunas apuntan a la entrada del hotel. En la grabación de la cámara de la tienda de móviles que está enfrente del hotel, se ve a un chico entrando a pie poco antes de la hora en que el «presunto Jimmy» comenzaba su turno como recepcionista.

—¿Se le distingue el rostro? —pregunto.

—No, la imagen no es clara —responde Patrick—. Sin embargo, con la ayuda de los chicos del equipo, he probado a reconstruir el recorrido a través de las cámaras de los otros comercios que vigilamos, como si fuera un rompecabezas: resulta que recorrió a pie varias manzanas, porque había aparcado su coche dos calles más atrás de la del hotel.

—Vale. —Asiento con la cabeza—. ¿Y eso qué tiene de relevante?

—Desde la cámara de la tienda de compraventa de oro donde aparcó puede leerse la matrícula. Y, a partir de esta, he obtenido sus datos de contacto.

Salto del sofá como si tuviera un resorte.

—¿Puedo llamarlo?

—Ya lo he hecho yo. Está dispuesto a reunirse mañana por la mañana.

—¿Y cómo lo has convencido?

—Le he dicho que tenía dos opciones: o hablaba con nosotros, o bien con la policía, después de que yo les entregara los vídeos. ¿No adivinas cuál ha escogido?

—«Con nosotros»: ¿eso quiere decir que tú también vendrás?

—Creo que será lo mejor, teniendo en cuenta que se trata de una persona que presuntamente es la responsable de un incendio provocado. Mis chicos también estarán por allí vigilando discretamente, por si fuera necesario intervenir.

—Perfecto, avisaré a Hayden —anuncio, rompiendo de pronto mi promesa de dejarlo trabajar al menos hoy.

—Por su voz, he deducido que se trata de un joven. Será mejor que procuremos no hacer que se sienta acosado.

Tomo las manos de Patrick entre las mías, me arrodillo ante él y se las beso, como si acabara de ser la destinataria de un milagro.

—¡Gracias, Patrick! Gracias, gracias, gracias. Mamá, bendita sea la noche que decidiste salir a practicar *dumpster diving* en su centro comercial.

—¡Oh, sigo practicándolo! —comenta ella—. Pero ahora es él quien me hace de vigía.

Capítulo 83



Hayden

Releo el email de Nate hasta que me lo sé de memoria, y reviso la lista del archivo adjunto una y otra vez por si ha habido un error, pero el nombre y el apellido siguen allí. Cada. Puta. Vez.

Es como volver a ver *Titanic* con la esperanza de que la nave no se hunda, y sin embargo siempre acaba yéndose a pique.

Me llega un mensaje de Sofía.

«Ya sé que te dije que no te molestaría, y te juro que no volveré a hacerlo, pero es posible que haya grandes novedades. Mañana te lo explico, antes de la concentración en El Cielo Club. Te quiero».

Ese «Te quiero» me golpea directamente en el estómago.

Todo era demasiado perfecto para que pudiera durar de verdad.

Capítulo 84



Sofía

En realidad, Jimmy se llama Gonzalo. Tiene diecinueve años, aunque le gusta especificar que dentro de dos meses cumplirá veinte, y está mordiendo una porción de pizza como si hiciera días que no hubiera comido nada.

Patrick y yo nos hemos citado con él en un Domino's lo bastante frecuentado para no llamar la atención, pero lo suficientemente tranquilo para poder hablar sin que nos molesten.

Los tres chicos con ropa de básquet y un balón, sentados dos mesas delante de la nuestra, son del equipo de Patrick.

—Gracias por acudir a la cita. Yo soy Sofía —le digo.

—No eres de la policía, ¿verdad? —farfulla con la boca llena.

Niego con la cabeza.

—Estoy investigando el incendio desde un punto de vista periodístico y quisiera hacerte unas preguntas, pues me consta que

no te llamas Jimmy, que no eres recepcionista, que te presentaste en el hotel poco antes del incendio y te fuiste poco después. No estoy aquí para denunciarte a las autoridades, sino para saber si quieres estar en el lado correcto de la historia.

—¿Qué historia?

—¿Sabías que en el Livingston había un grupo de personas que se encontraban allí para reunirse? —Duda, engulle el bocado y mira hacia otro lado—. Personas que se habían puesto de acuerdo porque tenían que discutir sobre algo importante, y que podría molestar a alguien —prosigo, pero no reacciona—. Personas que sufren dolores —añado—. ¿Tienes familia, Gonzalo? —le pregunto.

—Tengo un niño de tres años.

Casi me atraganto con el té frío.

—Me refería a si tienes madre o hermanos, pero tu respuesta me vale igualmente. Verás, en el hotel había niños. Cuya vida corrió peligro. —Dosifico las palabras y el tono de mi voz se vuelve más sombrío, esperando penetrar en su conciencia—. Uno de ellos tenía la edad de tu hijo. —Gonzalo se muerde el labio, esforzándose en mantener la pose de «tipo duro al que todo le importa una mierda»—. Si los servicios de emergencias llegan a tardar diez minutos más, el accidente se habría convertido en una masacre.

—Escucha, Gonzalo —interviene Patrick—, Sofía te está haciendo un favor, así que más te vale contestar, porque, si dependiera de mí, ya estaríamos en la comisaría.

Somos el policía bueno y el policía malo.

El chico baja la vista, incapaz de sostenernos la mirada.

—No tendría que haber salido así —masculla.

—¿Cómo tenía que haber salido? —lo apremio.

—Bastaba con crear un foco que activara la alarma a fin de que vinieran los bomberos y evacuaran el edificio. Solo tenía que dar

miedo, sin que nadie resultara herido. ¡No tenía ni idea de que la alarma no funcionaba! Me dijeron que solo había que darles un pequeño susto, a modo de advertencia —suelta de un tirón.

—¿Quién te lo dijo? ¿Alguien te encargó el incendio? ¿Te dijo por qué?

Niega con la cabeza.

—No sé por qué. Yo trabajo para… Hum, una organización.

La misma vieja historia de siempre en Los Ángeles: si creces en alguno de los barrios pobres, y no tienes una familia con la suficiente presencia de ánimo para mantenerte alejado de las calles, hasta el punto de prohibirte dar una vuelta en bici, la calle te acaba conquistando con promesas de dinero fácil. Las bandas atraen a los adolescentes, los seducen concediéndoles pequeños lujos que siempre han deseado —un móvil de última generación, unas zapatillas de marca— y, en cuestión de meses, se ven atrapados en una cadena de favores que nunca llega a su fin.

—Una banda —lo corrijo sin medias tintas. Tráfico de drogas, robos, prostitución, siempre es el mismo negocio.

—Hace tiempo que quiero salir, pero necesito dinero para hacerlo. Me lo ofrecieron, y acepté —concluye sin más.

—¿Quién te lo ofreció? —inquiero.

—No sé los nombres. Eran dos en un coche. Me llamaron desde un número desconocido, y alguien me dijo que esperase en un cruce de Pico Boulevard. Allí me recogieron y me explicaron lo que tenía que hacer. Me pagarían cien mil dólares por el trabajo: cincuenta mil por adelantado y cincuenta mil más al concluirlo. En efectivo. Era suficiente para acabar con la banda del Chino, de modo que acepté.

—¿Recuerdas a esos dos tíos? —le pregunta Patrick—. ¿Puedes describirlos?

—Uno es The Hammer, o así es como yo lo conozco. Controla los

«trabajos» que se hacen al sur del Downtown, y en este caso actuó como intermediario. Se lleva el veinte por ciento.

—¿Y el otro?

—El otro, yo diría que no es de aquí. —Gonzalo juguetea con la pajita de la Pepsi—. Pero es un tío bastante vulgar, podría ser cualquiera. Lo que sí puedo decirte es que íbamos en un Escalade negro.

—Ese es el coche que más abunda en Los Ángeles —le digo a Patrick.

—Sí, pero era de alquiler: vi el adhesivo en la ventanilla. Ventura Car Rental, si no me equivoco —se esfuerza en recordar—. Yo diría que pagó el otro tío, no The Hammer, porque, de los dos, el otro era el del dinero: iba vestido con traje y corbata, peinado, perfumado, y llevaba un reloj caro. Auténtico, no de imitación.

—¿Ojos? —le pregunta Patrick—. ¿Pelo? Trata de describírnoslo.

—Ojos marrones. Cabello fino, largo hasta aquí —se señala la mandíbula— y un poco ondulado. Rubio. No, castaño rojizo. Más rojizo que rubio. Barba bien cuidada. Yo diría que era lo que le olía a perfume.

—Una flor silvestre —comenta Patrick.

—Llevaba un montón de anillos —añade Gonzalo.

—¿Puedes decirnos cómo eran?

—Llevaba dos en cada dedo: de plata, sencillos. El más grande lo tenía puesto en el índice derecho, con unos símbolos en la parte de arriba.

—¿Símbolos de bandas? —pregunto—. ¿Calaveras o cosas por el estilo?

—Dos iniciales y un dibujo: una «H», una «O» y un triángulo —responde—. Pero no conozco ninguna banda que se llame así.

—¿Tienes un bolígrafo, Sofía? —me pregunta Patrick.

Se lo paso; él garabatea HOΔ en una servilleta manchada y se lo muestra a Gonzalo.

—¿Así?

—El triángulo va en medio, entre las dos letras. Y dentro de la «O» había una línea. Patrick escribe «HΔΘ», y en ese instante una terrible sospecha resuena por todos los rincones de mi cerebro.

—Eso no es un triángulo. Es la letra griega «delta». Todas las letras son griegas, y pone «Eta-Delta-Theta» —les explico.

Patrick me mira sorprendido.

—¿Lo conoces?

—Es el símbolo de una de las fraternidades de mi universidad —confirmo con un suspiro. La fraternidad de Hayden—. ¿Has dicho pelo castaño-rojizo, un poco largo, ojos marrones y barba cuidada? ¿Estás seguro, Gonzalo?

Él asiente.

—Fue él quien me dijo que me mezclara con el personal del hotel y provocara el incendio. Aparte de eso, solo hizo el siguiente comentario: «Alguien necesita una advertencia».

—¿Qué día tuvisteis esa conversación?

Gonzalo se rasca la frente.

—No recuerdo la fecha, pero estoy seguro de que fue un jueves, porque eran las últimas eliminatorias de la Western Conference, Lakers contra Timberwolves.

—Patrick, ¿puedes comprobar con tu amigo policía si un hombre llamado Scott Preston alquiló un Escalade negro en Ventura Car Rental?

—Veo que tienes las ideas claras —señala él.

—Demasiado claras.

Las pesquisas de Patrick confirman mis sospechas: Scott alquiló el

Escalade.

Y, para comprender cuál es el vínculo entre la Whitaker Chemical y él, me basta con abrir la lista de miembros del consejo de administración: L. L. Preston, su tío, es el vicepresidente.

Capítulo 85



Hayden

Cuando llego a El Cielo Club para lo que se ha presentado como una «fiesta privada», en el cuarto trasero me encuentro a Sofía hablando con Casey y Ló, la examiga-enemiga de Hollywood, con quien ha hecho las paces.

Justo esta mañana he publicado un artículo en *Wild Wild West* con la exclusiva de la reconciliación.

—Hay veces —le explica Ló— en que no puedo mover las manos. Y veo fatal, no soy capaz de leer los guiones.

—Una noche estaba en la ducha y me resultó imposible abrir el champú —añade Casey.

Sofía les sonríe, con los ojos llenos de esperanza.

—Gracias por haber tomado la decisión de dar la cara. Significará mucho para todos… —Se gira y me ve. Se le ilumina el rostro—. ¡Hayden!

La sala está llena. Casi todas las pacientes han respondido a la invitación.

El Cielo tiene un aforo máximo de mil personas y, gracias a la buena disposición de Casey, Ló y el doctor Folger, los encuentros se irán repitiendo hasta que hayan sido atendidas todas las pacientes durante los tres días que el local estará cerrado al público.

—Bien —comento, con el cuerpo en tensión.

Sofía, en cambio, desborda entusiasmo.

—Hayden, hay algo que tengo que decirte, lo he descubierto esta mañana.

—Sí, yo también tengo que hablar contigo —le respondo, en un patético intento de no parecer preocupado.

—En el trastero —me dice, señalando la puerta que hay a mi espalda—. Mejor lejos de oídos indiscretos.

—Estoy de acuerdo.

En el trastero, iluminado apenas por una bombilla colgada del techo, Sofía y yo tenemos que apretujarnos entre cajas de vino y de vodka.

—Escucha, Sofía —comienzo a decirle con un peso en el estómago que ya no puedo seguir soportando.

—¡Primero yo! —me interrumpe—. Adivina con quién he hablado esta mañana.

—No creo que sea capaz.

—¡Con el chico que se coló en el Livingston Inn haciéndose pasar por el recepcionista, y que fue el responsable del incendio! —exclama, pero al instante modera el tono de su voz—. Patrick ha logrado localizarlo usando las grabaciones de las cámaras instaladas en los comercios que tienen contratada la seguridad con su empresa. Quedamos con él, y nos ha confesado que le pagaron por provocar el incendio —me explica, sin pararse a respirar.

—¿Quién?

—Un hombre elegante, ojos marrones, pelo castaño rojizo, con barba y muchos anillos; uno de ellos lucía las iniciales de la fraternidad Eta-Delta-Theta. La descripción corresponde con Scott Preston, y Patrick ha comprobado que él fue quien alquiló el Escalade que emplearon para quedar con el chico y «pagarle su parte». La pregunta es entonces: ¿qué interés podría tener Scott en «asustar» a unas mujeres que pretendían emprender acciones legales contra una clínica que implanta el Nomyra?

—Sofía —digo, tratando de frenar su ímpetu devastador.

—Pues resulta que su tío, Armie L. L. Preston, es el vicepresidente de la División de Salud del Consumidor de la Whitaker Chemical. Él debió de poner al corriente a Scott acerca de las quejas presentadas por la Avila's Clinic, y le sugirió que hallara el modo de «disuadir» a las pacientes de que presentaran la demanda. Y ahora también ha quedado claro por qué Scott le pasó a Nate el expediente de aprobación del Nomyra en poder de la FDA: sabía que era falso y que allí no íbamos a encontrar nada incriminatorio. ¡Es más, estoy completamente segura de que fue su tío quien colocó a Scott en la FDA!

—Ya lo sé.

Sofía me mira perpleja.

—¿Qué quieres decir con que lo sabes?

—Nate me ha enviado un documento con la lista de todos los patrocinadores privados que financian la campaña electoral de Johanna Mosley; uno de los más generosos es precisamente Armie L. L. Preston.

Ella parpadea, confusa.

—Perdona, ¿y esto desde cuándo lo sabes?

—Desde la mañana en que volvimos de Las Vegas —le confieso

—. Pero no era de eso de lo que quería hablarte.

—¿Entonces de qué era?

—No podemos seguir adelante con la investigación.

Capítulo 86



Sofía

—¿Puedes repetírmelo, por favor? —le pido a Hayden.

—Tenemos que interrumpir la investigación —me repite, sin darme margen a posibles interpretaciones.

—¿Interrumpir? Pero si estamos metidos hasta el cuello.

—Lo sé, pero no podemos seguir adelante. No, en estas condiciones.

No está bromeando, tiene el rostro rígido y frío como el mármol.

—¿No me estarás diciendo que quieres salvarle el culo a Scott?

—Él me importa una mierda —responde sin añadir nada más.

Me creo lo que dice, pero la alternativa es igual de repugnante.

—Ya lo entiendo: se trata de tus padres. Temes que, si publicamos la investigación, su vínculo con la Whitaker Chemical (que, por una parte, financia la campaña de la candidata a las primarias por la que apuestan los West, y, por la otra, está

perjudicando la salud de millones de mujeres con un dispositivo fallido) podría verse perjudicada su imagen.

—No puedo publicar en *Wild Wild West* una investigación que ponga en entredicho a los West —me explica.

—Pero tú detestas a tu familia —le recuerdo.

—Eso no significa que quiera destruirla.

—¿Cómo dijo tu padre en la fiesta? «La familia West es lo primero».

Y entonces un gélido escalofrío me recorre la columna vertebral.

—No has traído contigo la documentación de la doctora Paulsen, ¿verdad? —le pregunto con un nudo en la garganta.

—No —responde, mirando al suelo.

No es necesario que añada nada más. Esos documentos nunca verán la luz del sol. Estúpida de mí, se los entregué sin tan siquiera hacer una copia.

—Lo siento, Sofía

—¿Esas mujeres no te importan? —le reprocho—. La Whitaker Chemical está jugando a la ruleta rusa con su salud solo para lucrarse. ¡Hemos llegado hasta aquí para demostrar que están siendo víctimas de una injusticia, y ahora te echas atrás!

—No alces la voz, Sofía, fuera podrían oírnos —me dice, y trata de cogerme la mano para que me tranquilice, pero la aparto.

—¡Pues que nos oigan! —exclamo—. Tenemos pruebas de que la empresa se está lucrando con un producto que no es seguro, vendiendo mentiras, engañando a la FDA, ocultando pruebas, amenazando y asustando a las personas que buscan el modo de solucionarlo, ¡y tú te echas atrás! —lo acuso—. ¡Eres un cobarde! ¡No tienes lo que hay que tener, Hayden!

—¿Es de cobardes querer protegerte? ¿Es cobardía velar para que no te suceda nada? —me replica, y ahora él también está

alzando la voz, que resuena por todo el cuartito—. ¿Acaso crees que, cuando la Whitaker Chemical descubra la investigación que tienes entre manos, te permitirá seguir adelante? Hará lo que sea para impedírtelo. Lo que sea.

—No necesito que me protejas, no necesito que creas en lo que yo creo. Si estás dispuesto a dar marcha atrás por miedo a las represalias, no eres la persona que creía.

—Tu problema, Sofía, es que solo sabes mirar al frente, solo ves el objetivo que tienes delante. Nada más. Nunca miras a los lados, que es de donde vienen los peligros. No te preocupas por lo que puedes perder.

—¡No, por lo que tú puedes perder! ¡Tu familia tiene mucho que perder! —le espeto, señalándolo con el dedo—. Yo no tengo nada que perder porque nunca he poseído nada.

—¿Ni siquiera nosotros dos?

—¿Acaso existe un «nosotros dos»? ¿Dónde está? Porque yo no lo veo —le replico en tono desafiante—. Solo veo a un niño de papá que, por no hacer enfadar a su padre todopoderoso y a su apellido altisonante, está dispuesto a renegar del trabajo de semanas, a sacrificar nuestros sueños y a dejar de luchar por una causa justa.

—El hecho de que no quiera tomar parte en la investigación no significa que te quiera menos.

—Para mí, sí. Si no estás conmigo, si abandonas, te conviertes en su cómplice.

—¡¿No te parece que solo estás teniendo en cuenta tu punto de vista?! —exclama él, alzando los brazos y dejándolos caer a los lados.

—Te voy a dar otro punto de vista: ¿y si entre las mujeres que están ahí fuera, a las que se les ha implantado un dispositivo peligroso y que están sufriendo sin saber la causa, se encontrara tu

hija?

—No metas a mi hija en esto.

—Claro que la meto, porque todas las que están hoy aquí son las hijas de alguien. Que no entiende por qué su hija no para de entrar y salir de urgencias sin un triste diagnóstico. Si una de ellas fuera Ashley, ¿te echarías atrás con tanta facilidad?

—Ashley tiene siete años —objeta.

—Pero no los tendrá eternamente —le replico—. Dime, Hayden, cuando subiste al escenario durante la manifestación en defensa de Hannah Lawson y cogiste el megáfono, ¿creías de verdad en lo que decías, o solo fue una escenita para follarme?

—¡¿Para follarte?! —La voz de Hayden suena casi ofendida—. ¡Pero si estamos casados!

Estoy bastante segura de haber oído a alguien exclamando «¡¿Qué?!» fuera del almacén.

—En vista de que no te tomas en serio esta investigación, tampoco creo que seas capaz de tomarte en serio el matrimonio, y puede que para mí sea mucho mejor de este modo. Espero que no tengas demasiados reparos en firmar la anulación.

—¡¿La anulación?! Los únicos motivos que pueden alegarse son la consanguinidad, ser menor de edad, el fraude o la enajenación mental.

—El enamoramiento entra en este último supuesto.

—No puedes estar hablando en serio —susurra Hayden.

—Nunca he hablado más en serio. Mañana mismo te haré llegar los formularios. Y hazme un favor, devuélveme firmado el documento de anulación antes de marcharte a Europa. Ya he tenido suficiente.

—Entonces ¿esto se acaba así?

—Ni siquiera tendría que haber empezado.

—¿Tan poco hace falta para borrar lo que ha habido? ¿Para aniquilar el amor?

—El amor no se alimenta del aire, Hayden. Se alimenta de acciones. Vive de la confianza, que debe resistir cuando es puesta a prueba, y esta prueba no la hemos superado. Y sentirlo, por sí solo, no sirve de nada si no trae consigo un cambio. Y, por desgracia, tú no has cambiado. —Abro la puerta del trastero, y una multitud de rostros azorados nos mira fijamente—. Buena suerte con las primarias: espero que te sientas orgulloso de apoyar a una candidata mujer, que dice que está de parte de las mujeres, mientras el principal donante de su campaña está envenenando a las mujeres con el Nomyra —lo felicito.

Hayden agacha la cabeza, desolado.

—No esperaba que lo comprendieras, pero sí que al menos pudiéramos hablarlo.

—No hay nada de qué hablar. Yo seguiré adelante igualmente, contigo o sin ti. Con o sin los documentos de Paulsen. Si no quieres ayudarme, al menos no me hagas perder el tiempo. —Dicho lo cual, le doy la espalda y me dirijo a la entrada de la sala.

Tomo el micrófono para anunciar a Ló y a Casey, con mi madre pisándome los talones.

—¿A qué te referías con lo de «casados»?

Capítulo 87



Hayden

Sofía no bromeaba.

A la tarde siguiente, en la recepción del edificio, Ari me dice que espere un instante y me entrega un sobre con el membrete de un despacho de abogados.

No necesito abrirlo para saber que es la anulación, pero por un momento espero que sea una querella por difamación de cualquier celebridad cabreada.

Sin embargo, todo queda en una esperanza.

Es el expediente de nulidad, ya firmado por Sofía en todos los campos, y con pósits sobresaliendo por los márgenes, indicándome dónde debo firmar yo.

Motivos: matrimonio celebrado en estado de embriaguez; capacidades cognitivas alteradas.

Dejo los documentos sin tocar en la mesita de la entrada,

anhelando no concederle la nulidad.

No estaba borracha.

Sus capacidades cognitivas no estaban alteradas ni mucho menos.

Al tercer día, me digo que no quiero librar una guerra con Sofía, y que mi deber es darle lo que me pide. No la amo menos, pero la amaré en soledad. Puede que le haya robado su investigación, pero no puedo robarle su libertad.

Y, justo en el momento en que estampo la última firma en la línea correspondiente de la tercera copia del acta, junto a la de Sofía, es como si el bolígrafo se me hubiera clavado en el corazón.

Capítulo 88



Sofía

Los encuentros han sido todo un éxito.

Ha habido mujeres entre el público que se han puesto a llorar de alivio al haber hallado una posible explicación a todos sus sufrimientos.

El doctor Folger tiene una apretada agenda de visitas que lo mantendrá ocupado a él y a sus colaboradores durante más de un mes.

Nos queda otro mes de trabajo clandestino, al final del cual hemos acordado que presentaremos la investigación a la American Medical Association. Sin embargo, no acabo de sentirme del todo satisfecha.

Tres días después, ahora que me ha bajado la adrenalina y la concentración, estoy exhausta. Intento reunir fuerzas para vestirme e ir a la redacción, pero no hay manera.

—¿Sofía? —Es mi madre—. Te traigo el desayuno.

Durante estas tres noches ininterrumpidas de reuniones, ella y la abuela se han asegurado de que comiera y durmiera con regularidad, y la visita de esta mañana no es una excepción.

Lo que pasa es que hoy, a diferencia de ayer, no me veo con fuerzas de levantarme e ir a trabajar, de modo que se sienta en la cama.

—Has estado fantástica —me felicita—. Toda una leona.

—Aún no hemos empezado siquiera a afrontar el trabajo serio —le digo.

—¿Has tenido noticias de Hayden?

—No —respondo con aspereza—. Se ha retirado de la investigación, por lo que no hay motivo.

—No me refiero a la investigación. Me refiero a hablar de lo vuestro.

—«Lo nuestro» ya no existe, si, tal como espero, ya ha firmado la nulidad.

—¿No habrás actuado impulsivamente?

—Sin duda. Casarse en Las Vegas es la definición de «actuar impulsivamente».

—Por lo de la anulación. Puede darse que no estéis de acuerdo sobre alguna cosa, pero no por eso hay que romper con todo.

—Esto no es «alguna cosa» sin más, mamá. No hemos discutido sobre qué película veríamos por la noche. No puedo estar con alguien que no esté a mi lado incondicionalmente. Él siempre estará de parte de su familia, cuyos valores comparte. Yo, en cambio, no estoy dispuesta a comerciar con los míos.

—Pero estás enamorada.

Lo sé, y me odio por no ser capaz de extinguir esa llama que se enciende cada vez que pienso en Hayden. Me odio por ser incapaz

de dejar de pensar en Hayden.

—Ya se me pasará.

—¿Tú crees?

—Se me pasará —repito con la voz rota, un nudo en la garganta y las lágrimas nublándome la vista—. Se me tiene que pasar.



—Buenos días, Sofía —me saluda Oliver la mar de contento.

La foto de Ló y Casey brindando en El Cielo Club —sin contexto— cómplices y sonrientes, le ha valido a nuestra página una avalancha de clics.

—¿Has venido a despedirte antes de volar a Europa? Porque, en ese caso, tengo una pequeña lista de souvenirs que podrías traer. Sobre todo, de comida.

—Ya no voy. —Son las últimas palabras que pronuncio antes de sentarme frente al ordenador.

Capítulo 89



Hayden

—¡¿Tú pagarías nueve millones por este ático que parece el set de un episodio de las Kardashian?! —exclama con sarcasmo mi primo en cuanto pone un pie en mi apartamento.

—Baja la voz, que Ashley acaba de dormirse —lo regaño.

Él se acomoda en el sofá, como si estuviera en su casa.

—¿Cuándo tienes el vuelo a Londres?

—A las once; dentro de tres horas —respondo—. Pero haré escala en Washington.

—¿Vas a coger un vuelo comercial? —inquiere con cara de desaprobación—. ¿Transoceánico? Estás loco.

—Viajo solo, porque Corey está convaleciente, así que me ha parecido un derroche.

—Esta casa sí es un derroche: cocinas y comes en la misma estancia.

—Suelo encargar comida o como fuera… ¡Pero a qué viene todo esto, si tú ni siquiera tienes casa!

—A ver, yo estoy aquí para hacerte un favor, pero, si te molesto, me voy. En lugar de dormir aquí y mañana llevar a Ashley a casa de Madison, puedo decirle a su madre que venga ahora.

—No lo harás por dos motivos: uno, detestas a Madison más que yo; y dos, te encanta ganarte la adoración de Ashley y jugar a que eres el tío enrollado.

—La vanidad es mi punto débil.

—Ya.

—¿Todo va bien?

—Sí, ¿por qué?

—Acabo de darte una oportunidad de burlarte de mi narcisismo, y no la has aprovechado. No es propio de ti.

—Solo estoy preocupado por el viaje —respondo.

—¿Tú, preocupado por cuatro entrevistas? ¿Cuándo se ha visto esto?

En realidad, es una mentira. Así, pruebo a convencerme de que no estoy pensando en Sofía, sino en una lista de preguntas que ya he respondido mil veces. Ni el más tonto se lo creería, y Nate no tiene nada de tonto.

Me suena el móvil; es Corey por videollamada, que va a hacer el enésimo repaso previo a mi partida.

Me siento en el sofá al lado de Nat y pongo el teléfono frente a nosotros.

—¡Un West y un Edgerton en la misma llamada! —exclama con la boca llena—. Menudo privilegio.

—Ahora que estás fuera de juego, he tenido que buscarme otra niñera —le indico—. ¿Estás comiendo patatas fritas con mayonesa después de que te hayan puesto un estent? —le pregunto a Corey.

—Son zanahorias *baby* con humus —responde acercando el plato a la cámara del teléfono—. Por cierto, aunque yo soy el del infarto, tú tienes peor pinta que yo. Tendrán que disimularte las ojeras con una buena capa de maquillaje antes de salir al set.

—Tiene razón, primo. Ahora que me fijo, parece que te haya pasado un tanque por encima —lo secunda Nate.

—Solo me faltabas tú —mascullo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —inquiere Nate

—¿Nate no sabe lo de Sofía?

—No —mascullo.

—¿Qué debería saber?

—Nada —respondo evasivo.

—Hayden ha decidido interrumpir la investigación en la que estaban trabajando ambos, ocultar los documentos que probarían la mala praxis de la Whitaker Chemical y no cederle a Sofía el espacio en *Wild Wild West*, a fin de proteger a la candidata de los West a las primarias, y ella lo ha dejado —sintetiza Corey.

Necesitaba a alguien con quien hablar, y él lo sabe todo de mí: se pasó escuchándome cuatro horas enteras, durante las cuales le expliqué lo mío con Sofía, desde los tiempos de la universidad, pasando por la investigación del Nomyra, hasta nuestra discusión final en El Cielo. También le conté lo de la boda, pero le hice jurar por la Biblia que no se lo diría a nadie.

—El fin justifica los medios. —Es el implacable comentario que emite Nate.

—¿Aunque la Whitaker la haya cagado y nosotros estemos encubriendo una injusticia? —lo provoco—. ¿El fin justifica los medios sin ningún tipo de límites?

—No creo que tú quisieras que la cosa fuera así —opina Corey—. Has acatado un deber para con el apellido West. ¿Pero tú, Hayden,

habrías tomado la misma decisión?

—Nosotros no separamos el nombre del apellido —responde Nate con su tono de voz más institucional—. No teníamos otra opción, solo había una salida.

Mi representante deja escapar un gruñido de desaprobación.

—No me convences. Yo, aquí, veo a un hombre que está sufriendo, y una verdad que quiere taparse. Esta decisión me parece una derrota por partida doble.

—Tú apoyas a otro partido, Corey. Tus observaciones están plagadas de tus propias convicciones políticas —le replica Nate.

—Y, si tú fueras tan buen político como dices ser, no te limitarías a cumplir órdenes y encontrarías una solución —discrepa Corey.

—Estamos hablando por hablar, desperdiciando tiempo y energías —concluyo—. Soy consciente de la decisión que he tomado, aunque suponga tener que convivir con un amor no correspondido. Y, por mucho que Sofía me odie, estoy contento de no haberla arrastrado a un enfrentamiento con mi familia. Me duele, y me seguirá doliendo, pero es mucho mejor para ella que yo ya no esté metido en esto —afirmo.

Corey niega con la cabeza, molesto.

—¿Ya has puesto el pasaporte en la maleta? —pregunta con sequedad.

—Sí.

—Perfecto, te mandaré los últimos detalles por email —dice, y cuelga la llamada.

Nate y yo nos quedamos en silencio durante unos minutos, y por fin él exclama:

—No le hagas caso, ya sabes que se obceca en su opinión y la considera la única válida. Es una deformación profesional propia de los representantes.

—¿Tú crees?

—Él no sabe lo que es crecer en el manicomio del que venimos nosotros.

Cojo el móvil, abro el buzón y recupero las credenciales para registrar mi embarque en el vuelo.

Pasajero Hayden West: facturación concluida con éxito.

Pasajera Sofía Cortez…

El cursor parpadea mientras valida sus datos.

—Entonces, ¿ella y tú habéis roto definitivamente? —me pregunta Nate.

—Definitivamente —le confirmo.

—Has hecho bien. Si amas de verdad a una persona, debes mantenerla lo más lejos posible de nuestra familia.

Pasajera Sofía Cortez: embarque anulado.

Capítulo 90



Sofía

Ahora que Rafael se ha llevado sus cosas de la casa, decido utilizar el trastero, que hacía las veces de almacén provisional de sus cajas, y convertirlo en un minúsculo estudio —el cuarto que debía cumplir esta función sigue ocupándolo Michelle— y reorganizar mis cosas. Sobre todo, las que había dejado en casa de mi madre y de la abuela por falta de espacio.

Ahora puedo tenerlo todo aquí.

En el dormitorio tendré solo la ropa y los objetos de uso frecuente, y el resto lo guardaré en el trastero. He encontrado un tutorial que te enseña a optimizar repisas y estantes para crear un minidespacho.

Dicen que poner orden fuera también sirve para poner orden dentro y, en consecuencia, sentirte mejor; y Dios sabe hasta qué punto necesito sentirme mejor.

A partir de hoy ya puedo tener todos mis zapatos lejos de las garras de mi madre, ordenar la bisutería, el equipamiento de pilates que pedí cuando me descargué la aplicación y que nunca he usado, las cajas aún por abrir de unos dioramas que iba a montar durante las dos semanas en las que pensé dedicarme al modelismo, todos los apuntes de la universidad clasificados rigurosamente en sus respectivas carpetas y mis libros: Mary Wollstonecraft, Hannah Arendt, Simone Weil, Edith Stein, Simone de Beauvoir, Virginia Woolf… Pienso dedicarles un estante a mis tres heroínas: Nellie Bly, Katharine Graham y Ruth Bader Ginsburg.

Una mesita de sesenta por cuarenta centímetros encajada a la fuerza entre dos paredes de pladur será mi superficie de trabajo.

Libero de su caja un micrófono profesional y unos auriculares nuevos, destinados a grabar los vídeos para mi blog y hacer *streaming* como Dios manda.

La última caja está tan revuelta que me entran ganas de tirarla, pero, si la abuela llegara a enterarse, le daría un ataque. A ella le parecería un despilfarro, incluso si osara tirar un simple alfiler que aún se pudiera utilizar.

El primer dólar que gané guardado en una bolsita para conservarlo como talismán, un cuaderno de recetas tradicionales costarricenses escritas de mi puño y letra cuando era una adolescente, los bocetos de mi *Eco* y una foto guardada aún en la carterita del fotógrafo.

La abro y doy un salto en el pasado de ocho años: es la ceremonia de graduación.

En la imagen solo salimos el rector, Hayden y yo, con los diplomas a los mejores estudiantes del curso.

Pero Hayden no mira al objetivo, me mira a mí.

Me mira como me miraba en Hawái, en Las Vegas, en casa de mi

abuela la noche del terremoto.

Me sorprendo a mí misma llorando abrazada a la foto, sentada en el suelo de este trastero oscuro y sofocante, y un río de lágrimas me inunda los ojos.

Poner orden no sirve para estar mejor.

Una está hecha una mierda igualmente.

Capítulo 91



Hayden

En la escala de Washington tengo que esperar una hora para tomar el vuelo a Londres: es poco tiempo para descansar en cualquier parte, y demasiado para pasarlo de pie en la puerta de embarque.

Quizá mi primo no se equivocaba y debería reconsiderar lo del vuelo privado que decidí no coger.

Deambulo por el *duty free*, mirándolo todo, pero sin decidirme a comprar nada. Poco antes de la salida, me topo con una máquina expendedora de aperitivos. Nada sorprendente, teniendo en cuenta que estoy en una zona de tiendas, salvo porque veo, a la altura de los ojos, los cacahuetes tostados junto a las barritas de Twix.

Aprieto los labios instintivamente, como si quisiera sentir de nuevo el sabor del primer beso que nos dimos Sofía y yo.

Estaba bien hasta ahora. Había logrado anestesiar cualquier atisbo de nostalgia durante el vuelo —nunca había estado tan atento

como hoy a las instrucciones de seguridad que impartían las azafatas—, pero no estaba preparado para tropezarme con una combinación de cacahuetes y Twix, y, de pronto, mi cerebro le ha lanzado una granada cargada de recuerdos a mi corazón.

El dolor físico que me provoca el flashback de nuestra primera noche juntos me obliga a buscar una butaca para sentarme. Apenas puedo respirar, se me nubla la vista y tengo el rostro bañado en sudor.

Me paso las manos por la cara, pero no es sudor.

Estoy llorando.

En público.

Y no puedo dejar de hacerlo.

Me bajo las gafas de sol hasta la nariz, reprimo los sollozos que agitan mi pecho pidiendo ser liberados, y la pesada mano de las decisiones que he tomado me abofetea sin piedad.

Podía escoger entre Sofía y mi familia.

Y he escogido a mi familia, que ni siquiera reconocerá mi lealtad, ni mi sacrificio, puesto que dan ambos por sentados.

Podía escoger entre la parte incómoda y áspera de la verdad, o la parte cómoda y tersa de la mentira.

Pero la comodidad y la tersura me están ahogando.

Debo salir de mi cabeza y, para hacerlo, me concentro en las personas que hay a mi alrededor: dos mujeres están repasando una presentación de trabajo; un chico, con una bolsa llena de raquetas, habla con el que podría ser su entrenador de tácticas de golpes por la línea; una chica con auriculares y un pequeño micrófono inalámbrico le habla en *streaming* a la cámara del móvil sobre su inminente viaje a Tokio; una familia entretiene a dos niños para distraerlos de la espera. La mayor se parece a Ashley.

Me hubiera gustado tener un hijo con Sofía. Siempre había dicho

que me plantaría con uno, pero, observando a esos padres, no puedo evitar vernos a Sofía y a mí en su lugar.

Ashley… Podría haber contribuido a construir un futuro mejor para ella.

Lo he estropeado todo.

Todo.

La desesperación está a punto de apoderarse de mí una vez más, así que vuelvo a fijar la vista en la *streamer*. Pero, cuanto más la miro, más se abre paso una posibilidad en mi mente.

Le envío un mensaje a Nate con el móvil

«Pase lo que pase durante las próximas horas, tú di que estás al corriente de todo».

A continuación, busco un número que jamás en mi vida habría pensado que marcaría. En Los Ángeles son las cinco, pero sospecho que la encontraré despierta.

—¿Qué quieres, gusano? —me pregunta una voz que suena cabreada al otro extremo del teléfono.

—Necesito tu ayuda, Michelle.

Capítulo 92



Sofía

Dentro de un taxi, inmovilizada en medio del tráfico, me arrepiento de no haber recurrido al transporte público. Con mi Cady aún en el «médico», podría haber cogido el metro, pero hoy he decidido reaccionar al dolor y al sufrimiento sacando toda la artillería.

Por dentro estaré hecha polvo, pero, cada vez que una superficie reflectante me devuelva mi reflejo, veré a una mujer de bandera.

Sí, lo necesito. Hoy nada de camisetas de activista, shorts deshilachados ni zapatillas deportivas.

Me he puesto ropa que me ha prestado Casey: unos tacones de infarto, un perfilador de ojos para matar con la mirada y dos capas de pintalabios. Un look como el mío merece ser exhibido por la calle mientras paro un taxi, y no bajo tierra, en un andén del metro.

Ha sido una mala elección, porque puede que esté deslumbrante, pero llego tarde.

Ya tengo tres llamadas perdidas de Oliver y mi teléfono vuelve a sonar, aunque esta vez es un número que no tengo fichado.

—¿Diga?

—Buenos días, soy Alan Dasselhoff, director del Departamento de Investigación del *Post* —responde la voz al otro lado del teléfono.

«¿Alan Dasselhoff me está llamando a mí?».

—Me parece que se ha equivocado de número.

—Estoy hablando con Sofía Cortez, ¿verdad?

—Sí, soy yo.

—Entonces he llamado al número correcto.

—Cuando dice «Post», ¿se está refiriendo al *Washington Post*? —balbuceo sin salir de mi desconcierto.

—El único. No hay dos como él.

¡El *Washington Post* de Katharine Graham! Me va a dar un infarto.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—De muchos modos, pero déjeme que empiece felicitándola. No seré el primero, pero espero que al menos sea el que le haga la mejor propuesta.

Entretanto, el teléfono me indica que Oliver trata de llamarme de nuevo.

—No lo sigo —le digo y me inclino hacia el taxista—: ¿No podríamos tomar otra ruta alternativa? Me da igual que sea más larga, con tal de que nos movamos.

—Está todo bloqueado, señorita.

—Sofía, ¿sigue al aparato? —inquiere Dasselhoff.

—Sí, por supuesto. Le preguntaba que por qué me felicitaba.

—La lista es larga: la investigación, la retirada de la candidatura de Johanna Mosley a las primarias, quien por cierto no goza de mis simpatías, y todos los reportajes que ha publicado en *Insider*. Le he

echado un vistazo a todo lo que ha escrito. ¿Por qué *Hollywood y Alrededores* la tiene postergada en la sección de cotilleos? No me lo explico.

—Es una larga historia, pero sigo sin entender de qué me habla. ¿Johanna Mosley se ha retirado de las primarias? ¿Cuándo?

—Sí, lo acaban de anunciar hace media hora —me confirma el taxista.

Me muestra su móvil abierto por las últimas noticias, y la más reciente, destacada en amarillo, es justamente la de la retirada de Johanna Mosley. El subtítulo especifica: «La candidata mujer financiada por la empresa que causa daño a las mujeres».

—Lo estoy viendo, pero no acabo de pillarlo. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

Dasselhoff se echa a reír.

—¿Qué tiene que ver? ¡Le estoy hablando del vídeo que ha salido publicado en *streaming* en su blog! Está acaparando las portadas de todos los periódicos desde primera hora de la mañana, ¿es que no se ha enterado?

Las fuerzas me abandonan. No sé si el taxista ha subido el aire acondicionado, pero de pronto siento un frío glacial.

«¿Mi blog?».

¡No he subido nada ni he hecho *streaming* desde hace semanas!

Accedo al panel de control y veo que a las ocho se ha transmitido un vídeo en *streaming* con una oleada de oyentes conectados nunca vista. Muchísima gente ha guardado el vídeo, y los clics alcanzan casi los cuatro millones.

—¿Qué coñ…?

—¿Podemos hablar en otro momento? —le pido, con el pánico atenazándome la garganta.

—Antes de colgar, permítame que le exponga mi propuesta; no

quiero que otros me la hayan birlado cuando volvamos a hablar.

—¿Birlarle qué?

—La quiero en mi equipo dirigiendo las investigaciones del *Post*. Política, Economía, Medioambiente, Salud, Derechos civiles… Elija lo que prefiera. Quiero que haga en nuestro periódico todo lo que hace en *Insider*.

—¿Me está ofreciendo trabajar en el *Post*?

Estoy tan aturdida que no sé ni lo que digo.

—No debería comentárselo, pero no quiero que rechace mi propuesta o considere otras: usted decide cuánto quiere. El portavoz del partido, el diputado Nathan Edgerton, ha dicho que hablará de la retirada de Mosley, pero solo lo hará con usted, y quisiéramos que esta fuera su primera entrevista para nosotros.

«¿Nate? ¿El primo de Hayden?».

—Lo llamo más tarde —balbuceo antes de colgar la llamada y dejarme caer en el asiento. No entiendo nada.

Con los dedos temblando pongo el vídeo —ya ha alcanzado los seis millones de visitas—, y lo primero que veo es que estamos en un despacho. A través de la ventana que aparece en la pantalla, distingo el obelisco del Washington Memorial, que resulta visible desde Capitol Hill.

¿Quién demonios está en Washington?

Observo más atentamente y reconozco el dibujo de una calavera en la parte inferior derecha de la pantalla: es el logo de Michelle.

Capítulo 93



Hayden

Tres horas antes

—Probando, probando… ¿Se oye el micrófono? —pregunto mientras compruebo una vez más que quede bien oculto en el bolsillo de mi camisa.

—Afirmativo —responde Michelle al otro extremo del teléfono—. Ahora muéstrame un número con los dedos delante de la cámara.

Así lo hago, y le muestro un tres.

—Está demasiado baja, muévela hacia el botón de arriba.

La cámara es microscópica, como un pequeño ojo negro que se confunde con los botones de mi camisa. Me he pasado al negro desde que rompí con Sofía. Al diablo con mi imagen de marca personalizada.

En el aeropuerto, en la tienda de informática y tecnología, he

comprado lo que Michelle me ha dicho.

Ella ha entrado en el blog de Sofía y, mediante los datos que me ha transmitido, el plan es que enviaremos en *streaming* lo que yo grabe.

Me he quedado en Washington. No he tomado el vuelo a Londres, sino que me he dirigido al despacho de mi padre en el Capitolio, donde en este momento espero a que me reciba.

—Adelante, Hayden. —Su asistente me invita a entrar.

—¿Estás ahí, Michelle? —le pregunto, porque no la oigo.

—Un momento.

—No tenemos un momento, ya entro.

—Oh, disculpa… Si te ves capaz de hacerlo tú, adelante.

—Perdona.

—Ya estoy. Comienza la transmisión; ten en cuenta que la grabación empezará dentro de medio minuto, así que no digas nada importante antes, o no quedará registrado. ¿Listo?

—Puedes apostar tu modelo de interfaz trasera a que lo estoy —le respondo mientras cruzo el umbral.

—Hayden —me saluda mi padre, indicándome el sillón que hay enfrente de su escritorio para que me siente—. Te hacía en Londres, por tu gira.

—La he pospuesto —le comento—. He hecho escala aquí y se me ha ocurrido que podríamos vernos.

—¿Has venido a disculparte por tu «escenita» en la fiesta de la semana pasada?

—Dado que estoy a punto de hacerte un favor que no has pedido, creo que puedes tomártelo como una disculpa. ¿Qué tal va la campaña de Johanna?

—Muy bien, los sondeos le son favorables y cuenta con apoyos sólidos. Estamos satisfechos de nuestro trabajo y confiamos en que

en la Casa Blanca pronto habrá otro presidente por el cual han apostado los West —me anuncia complacido—. ¿Qué favor piensas hacerme? ¿Tienes algún escándalo en la manga que podamos usar para distanciarnos aún más de Abrahams?

—No exactamente.

Mi padre esboza una sonrisa maliciosa.

—¿Sobre un candidato del otro partido? ¿Algún as en la manga para las presidenciales?

—¿Te acuerdas de Sofía Cortez, la periodista?

Se le apaga la sonrisa.

—¿Otra vez ella?

—Sí, otra vez ella. Ambos estamos llevando a cabo una investigación. Todo partió de un incendio en un hotel de las afueras de Los Ángeles, donde se hospedaba una actriz a la que le seguía la pista. A Sofía le interesaba la noticia del incendio; a mí, la presunta infidelidad a su marido. Nuestras pistas se unieron: el incendio resultó intencionado, y lo provocó alguien al que le habían encargado que «les diera un susto» a los huéspedes del establecimiento. Allí se hospedaban, además de mi actriz, un grupo de mujeres que aparentemente no tenían ningún vínculo que las relacionara, salvo porque a todas ellas les habían implantado un dispositivo de esterilización permanente que les provocaba trastornos incapacitantes.

—Todo esto es muy conmovedor, pero ¿por qué tendría que interesarnos? —me apremia.

—Te estoy resumiendo un mes entero de trabajo, ten un poco de paciencia.

Michelle me recomendó que dosificara las informaciones porque los usuarios se irían conectando paulatinamente. El tránsito hacia *Insider* iría aumentando a través del relanzamiento del *streaming* en

los canales sociales de Casey y Ló.

—Hum… —murmura mi padre mientras alinea las plumas en el escritorio—. Prosigue.

—Sospechábamos que el médico que le había implantado el dispositivo no contaba con la suficiente experiencia, y que no las había advertido de posibles efectos secundarios, pero, al no existir un protocolo de extracción, se negaba a extraerles el esterilizador.

»Mi actriz, por su cuenta y riesgo, dio con un ginecólogo que se lo extrajo mediante una laparotomía, y sus dolencias desaparecieron. Entonces, decidió reunirse allí, en aquel hotel aislado, con las mujeres que había conocido en la clínica, y de las que sabía que padecían los mismos trastornos que ella, para proponerles que demandaran a la clínica.

—Muy conmovedor —repite mi padre.

—Sofía y yo obtuvimos los nombres del resto de las pacientes a las que la clínica les había implantado el dispositivo, y todas presentaban trastornos, lo cual nos convenció de que realmente la clínica era responsable de una mala praxis. Pero resulta…

—¿Resulta qué?

—Resulta que Sofía tiene una amiga que también lleva el dispositivo y, al igual que las demás, sufre distintas molestias, pero a ella se lo habían implantado en otro centro, y de ahí dedujimos que la causa podría estar en el dispositivo. Nos organizamos para obtener y revisar el expediente de aprobación y comercialización presentado a la FDA, y descubrimos que no coincidía con el expediente original redactado por el laboratorio. El dispositivo contiene plástico y níquel, pero no se menciona en ninguna parte el riesgo de potenciales alergias. Además, no se testó el tiempo suficiente, porque a la empresa le urgía comercializarlo. A todo ello cabe añadir que la empresa ignoró todas las notificaciones que

recibieron de los médicos solicitando información sobre los posibles efectos secundarios. ¿Quieres saber el nombre del dispositivo y de la empresa que lo fabrica? —le pregunto.

—¿Es relevante?

—El dispositivo se llama Nomyra y lo fabrica y comercializa la Whitaker Chemical. ¿Te parece relevante?

La mirada de mi padre se vuelve sombría.

—¿Hay algo más?

—Hemos descubierto que solo en el área de Los Ángeles hay dos mil ochocientas mujeres que llevan el Nomyra. En California hay casi treinta mil. En todo Estados Unidos, cerca de cuatrocientas mil.

—¿Cuántas personas tienen conocimiento de esta investigación?

—Hasta ahora, tú, yo y Sofía. Y todas las mujeres que llevan implantado el Nomyra en Los Ángeles, pero no sabría decirte si esta información que te estoy transmitiendo seguirá siendo confidencial. —«En este momento ya no lo es»—. Y no creo que sea demasiado difícil saber que uno de los principales donantes de la campaña electoral de Johanna Mosley es Armie L. L. Preston, el vicepresidente de la División de Salud del Consumidor de la Whitaker Chemical.

—Johanna y él son muy amigos —comenta mi padre—. Será difícil decirle que renuncie a su apoyo.

—¿Y cómo piensas decirles a las estadounidenses que voten a una candidata financiada por la empresa que las está envenenando? —inquiero, desafiante.

—Lo siento mucho por ellas, pero ¿cuál era el favor que pensabas hacerme?

—El favor es daros la oportunidad de cambiar. Una vez alguien me dijo que sentirlo, por sí solo, no sirve de nada si no trae consigo un cambio. Ahora tenéis una oportunidad.

—Tu madre y yo somos los responsables de la financiación de la

campaña de Mosley. ¿Cómo puedes pensar que esto, además de a ella, no nos perjudicará también a nosotros? Los West antes que…

—Este país le ha dado mucho a los West —lo interrumpo—; nos ha regalado el privilegio de llegar muy cerca del poder —le digo señalando con el brazo Pennsylvania Avenue, al fondo de la cual se alza la Casa Blanca—, de tener la facultad de elegir a potenciales gobernantes. Pero los privilegios no están exentos de responsabilidades, y la nuestra consiste en devolverles la confianza a quienes la han depositado en nosotros, ofreciéndoles un candidato digno. Un candidato que responda ante sus electores, que sea leal con sus electores, no con sus donantes.

—Siempre has sido el mejor con las palabras; deberíamos hacer que nos escribieras los discursos, Hayden —comenta con una risa nerviosa—. Pero será mejor que sigas encargándote de los chismorreos. La política no consiste en eso.

—O cambiáis, o el cambio os arrollará.

Dejo caer de golpe sobre la mesa una carpeta en la que he recopilado todos los datos de la investigación, la documentación del Nomyra que se entregó a la FDA y una copia de los informes de la doctora Paulsen, que fotografié antes de guardarlos en la caja fuerte, por si acaso.

—Me he tomado la molestia de darte algo sobre lo que reflexionar, por si mi resumen te hubiera suscitado dudas.

—¿Esperas un «gracias»?

Francamente, no.

—Entonces te dejo para que sigas atendiendo tus compromisos.

—Una cosa más. Tú siempre me has dicho que los West son lo primero, que mi familia está por encima de todo. Me he casado con Sofía. De modo que ella también es una West. —De hecho, solo es verdad a medias, pero, aunque he firmado la nulidad, para mí no ha

cambiado nada—. Es a ella a quien amo. Ahora ella es mi familia.

Capítulo 94



Sofía

—Señorita, ya hemos llegado —me indica el taxista.

Sigo paralizada delante del vídeo que acabo de visionar.

Era Hayden.

En vez de volar a Londres, ha ido a ver a su padre a Washington y le ha mostrado la investigación en directo desde *Insider*. Ahora el vídeo ya está subido a la página de inicio, junto con las fotografías en las que compara la documentación entregada a la FDA con la de la doctora Paulsen —con su firma y su nombre tachados—, y el enlace para acceder a la plataforma creada por Michelle. Se hace un llamamiento a todas las mujeres que llevan implantado el Nomyra para que se inscriban, con el fin de comparar sus síntomas, concertar visitas de control y sumarse a una demanda judicial contra la Whitaker Chemical.

Todavía en trance, pago la carrera y subo a la redacción, donde

me encuentro a Oliver, desquiciado.

—Se ha vuelto loco —me susurra Kim sin apenas mover los labios—. Lleva desvariando desde esta mañana.

—¡Sofía! Ven aquí —exclama él en cuanto me ve, indicándome que entre en su despacho—. ¡Te has cargado internet!

—¿Has probado a apagar y encender de nuevo el rúter? —le pregunto en plan sarcástico.

—¡¿Por qué te tenías tan callado lo de esta investigación?! Es una bomba. ¡Mira! —Gira la pantalla del ordenador hacia mí—. En el *Times* te han bautizado como «El terremoto Sofía: la periodista que podría hacer caer un partido».

—Normalmente, solo les ponen nombre a los huracanes.

—Podríamos haberlo publicado en nuestro periódico —insiste—. ¿Cuántas visitas tienes? ¿Cinco millones?

—Once —le actualizo el dato.

—¡Habríamos tenido once millones de visitas en cuatro horas!

—Sí, podríais. Te recuerdo que te propuse seguir la pista sanitaria, pero tú solo estabas interesado en los cotilleos sobre Casey. Por eso, he hecho como con todas mis otras investigaciones que tumbaste, la he publicado en mi insignificante blog —le respondo, dolida.

—¿Qué te parece si transferimos el contenido a *Hollywood y Alrededores*? El punto culminante aún está por llegar; esta historia traerá mucha cola.

—No, gracias. Qué fácil es recoger los frutos cuando otra persona ha estado regando el árbol durante años, mientras que tú no creías ni en la mitad de mis propuestas. Solo te preocupaban los anunciantes.

—¡Lo hice para mantener el periódico a flote, y lo sabes! —me replica, a la defensiva.

—Y yo, como un buen soldadito, te di lo que me pediste, pero ya no me sacarás nada más.

—¿Me estás diciendo que no piensas seguir con la investigación?

—Te estoy diciendo que me largo. Renuncio. Y me llevo mis cosas ahora mismo.

—Un aumento —exclama levantándose de un salto—. ¿Qué me dices de un sueldo de sénior?

—Eso tendrías que habérmelo dado ya hace un año y medio, Oliver.

Él arruga la frente, contrariado.

—Me has decepcionado, Sofía.

—Perfecto, así estamos en paz.

Salgo de su despacho, me dirijo a mi cubículo, que comparto con Cindy, y empiezo a recoger las chorraditas que tengo esparcidas por el escritorio. Desde el marco de la pantalla de mi ordenador, la foto de Ruth Bader Ginsburg me mira con severidad.

No necesito nada de lo que hay aquí.

Salgo al pasillo con el teléfono en la oreja y el número de Dasselhoff dando tono.

Aferro el tirador de la puerta por última vez y me veo reflejada en el cristal.

—Hola, Sofía Cortez. Encantado de volver a hablar contigo.

Capítulo 95



Hayden

—Tu padre está enfadado —me dice Nate por teléfono mientras me dirijo de nuevo al aeropuerto de Washington—. Muy enfadado.

—Ya me lo imagino.

—¿Vuelves a Los Ángeles o vas a Londres?

—Aún tengo que decidirlo.

—Esta tarde me entrevista Sofía sobre nuestra «estrategia de salida» —me informa.

Al oír su nombre, vacilo.

—Ah. ¿Y cómo es eso?

—Les he dicho a todos los periodistas que me han llamado que hablaría con ella, y solo con ella.

—Muy generoso por tu parte.

—No es generosidad, sino mero cálculo: me enfrento a las personas que han atacado al partido para demostrarles a los

electores que no tenemos nada que ocultar.

—Me había hecho ilusiones con respecto a que tenías un corazón.

—Haré lo correcto, pero lo haré a mi modo. ¿Y tú, harás lo correcto? —me devuelve la pregunta.

—Perdona, Nate, ¿pero acaso no acabo de hacerlo?

—No hablo de la investigación.

Capítulo 96



Sofía

—La retirada de una candidata a las puertas de las primarias plantea dos opciones: ceder la candidatura a otro representante del partido, o bien proponer un nuevo nombre para la carrera electoral. ¿Por cuál de las dos piensan optar? —le pregunto a Nate, al que estoy entrevistando en su suite del Waldorf Astoria, en Beverly Hills.

En mi bolso ya tengo impresa la acreditación del *Post* con mi nombre.

He recibido propuestas de todos los periódicos, incluso del *Record*, pero mi decisión ya estaba tomada.

Y, desde mañana, seré invitada habitual del pódcast *Salem Survivors*.

—La prioridad es, ante todo, revisar la lista de donantes. Agradecemos haber sido informados de los daños que estaba causando el dispositivo Nomyra y de las omisiones llevadas a cabo

por la empresa fabricante, que, al ocultar información a la FDA, también nos la ocultó a nosotros —responde seguro de sí mismo, manteniendo el contacto visual—. Exigimos transparencia en las actuaciones de todos nuestros patrocinadores.

—¿Es usted consciente de que muchas de sus electoras que llevan implantado el Nomyra no volverán a confiar en su criterio, pese a la depuración de la candidata Mosley y de la Whitaker Chemical? —le pregunto para provocarlo.

—Sí, de hecho tenemos la intención de hacernos cargo de la asistencia jurídica que se precise para reclamar las indemnizaciones. Además, como garantía de nuestra buena fe, y en demostración de que nuestro partido está unido y cohesionado contra la injusticia, más allá de las distintas corrientes internas, hemos confiado a nuestra diputada Nicole Clark (que es nuestra opositora, y una experta en demandas colectivas) la instrucción de la causa junto con todos los abogados que se están ocupando del caso.

Tras un par de preguntas más, la entrevista concluye, los cámaras nos retiran los micrófonos y volvemos a ser libres.

—«Terremoto Sofía» —me comenta él mientras se me acerca—, ¿o debería decir «Terremoto Sofía West»?

—Hayden lo dijo solo para provocar a su padre. Actuamos por impulso en Las Vegas, pero anulamos el matrimonio cuando aún no habían transcurrido ni cuarenta y ocho horas.

—Lo anulaste —me corrige.

—Pero Hayden ha firmado.

¿Quería que firmase? Sí. ¿Esperaba que no firmase? Por supuesto que sí.

—Lo ha hecho por ti, no por él.

—Cuando había que elegir, os eligió a vosotros —respondo con el corazón sangrándome todavía.

—¿Estás segura? ¿Has visto bien el vídeo? —inquiere.

—Me lo sé de memoria.

—¿Y no has notado nada? —insiste—. Ponlo.

Obedezco y abro *Insider* de nuevo.

—¿Qué debería notar?

—Avánzalo deprisa hasta el final. —La voz de Nate ahora suena imperiosa—. Cuando deja la carpeta en la mesa del tío Daniel. ¡Aquí, ponlo en pausa!

La pantalla restituye la imagen de su mano posando la carpeta azul en la superficie de la mesa.

—¿Aquí?

—Mira el anular —me pide señalando el círculo de metal que lo rodea—. Aún lleva puesta la alianza.

Se me para el corazón. Nate está en lo cierto.

—No me había fijado.

—Creo que deberíais hablar.

—A estas horas ya estará en Europa.

—¿Tú crees? Prueba a llamarlo.

Busco su nombre en la agenda, pero no logro contactar con él, y miro a Nate con resignación.

—Estará volando.

—Pues yo tengo entendido que sigue en Los Ángeles —replica Nate—. Hayden y yo siempre nos tenemos localizados el uno al otro, por si acaso.

—¡Entonces ha vuelto!

Preferiría que mi voz no sonase tan esperanzada, pero no soy capaz de ocultar mi sorpresa.

—Ya tienes su dirección. Puedes coger mi coche.



El chófer de Nate me lleva hasta The Palm, pero, una vez en el

vestíbulo, el conserje me detiene gesticulando con la mano antes de que suba al ascensor.

—¡El señor West no está en casa, señorita Cortez! —me informa cuando me ve.

—¿Ha dicho cuándo volvería? ¿O adónde ha ido? ¡Tengo que hablar con él! —lo interrogo, sin aliento.

—Ha salido hace poco a hacer surf; lo he visto coger la tabla del trastero y dirigirse a la playa.

—Surf. Vale. Mil gracias. —Pero, antes de salir, descargo mi pesadísimo bolso en el mostrador—. Guárdemelo.

Echo a correr por Colorado Avenue hasta el paseo marítimo, maldiciéndome por haberme vestido como una ejecutiva con tacones precisamente hoy.

A mitad de la calle me rindo, me los quito y empiezo a correr descalza, procurando esquivar a ciclistas, *skaters* y patinadores para no quedarme sin dedos.

Cuando llego al muelle de Santa Mónica, me detengo y trato de localizar la silueta de Hayden.

Por fin lo encuentro.

No se exhibe con acrobacias dignas de aplauso, no cabalga las olas para deleite de sus admiradores: está sentado en la tabla, con la mirada perdida en el horizonte.

—¡Hayden! —grito, asomándome por la barandilla—. ¡Hayden!

Pero no me oye, mi voz queda ahogada por el oleaje.

Dejo los zapatos en el muelle —estos Casadei no tardarán en cambiar de propietaria— y salto la barandilla.

—¡Hayden, estoy aquí! —grito una vez más antes de zambullirme, entre un coro de voces que exclaman: «Pero ¿qué hace? ¿Está loca?».

Capítulo 97



Hayden

Una algarabía de gritos capta mi atención, y veo que un grupo de personas se ha concentrado alrededor de la barandilla del muelle. Unos miran hacia abajo, y otros parecen estar haciéndome señas con las manos.

Sigo sus miradas, y debajo de ellos emergen dos brazos del agua.

Mi primer pensamiento es que «se ha caído un niño», pero justo después una voz más débil, que también surge del mar, lo desmiente.

—¡Hayden! —grita.

Es Sofía.

Me tiendo boca abajo en la tabla y nado hacia ella. Nunca creo haber dado brazadas tan veloces.

—Has vuelto —exclama cuando llego junto a ella y se agarra a la

tabla.

—Te has lanzado desde el muelle —le digo.

—Te estaba llamando, pero no me oías.

La ayudo a subirse a la tabla, y ahora estamos sentados el uno frente al otro, tan juntos como no pensaba que volveríamos a estarlo.

Ella coge mi mano izquierda y estrecha entre sus dedos la alianza que llevo en el anular.

—Aún la llevas puesta.

—¿Quieres que me la quite?

Niega con la cabeza.

—Ojalá no hubiera tirado la mía.

—Entiendo por qué lo hiciste. Yo firmé la anulación porque no quería que te sintieras atada a una persona que te había traicionado a ti y a todo aquello en lo que crees —le respondo entrelazando mis dedos con los suyos—. Pero me quedé con la mía, para recordar que nunca había sido tan feliz como estas semanas que pasé contigo.

—Lo que has hecho en *Insider*…, estoy sin palabras.

—He comprendido que, si te daba la espalda, me la estaba dando a mí mismo. Yo también he firmado la nulidad, pero no puedo anular el cambio que has aportado a mi vida, a mi cabeza y a mi corazón. Allí a donde quiera que me has llevado, me has hecho cruzar un punto de no retorno.

—¿Lo que le dijiste de mí a tu padre, antes de salir de su despacho fue porque lo creías de verdad, o solo querías sacarlo de quicio?

—Quería sacarlo de quicio —admito—. Pero no le habría dicho algo en lo que no creo: ahora mi familia eres tú, si aún me quieres.

Sofía toma mi rostro entre sus manos y me mira con los ojos brillantes.

—He encontrado una foto de nuestra graduación que guardaba mi abuela y que yo no había visto nunca. Estábamos solos, tú, yo y el rector, pero tú no mirabas al fotógrafo, me mirabas a mí.

—Lo sé. Recuerdo la foto de la que me hablas; yo también la tengo. Pensaba que ese sería el último día que nos veríamos; tú te irías por tu camino y yo por el mío, y me dije: «Espero que, sea quien sea aquel a quien conozca Sofía, se dé cuenta de la suerte que tiene de poder respirar el mismo aire que ella».

—Pero yo no quiero a quien sea. Te quiero a ti, Hayden. —Apoya su frente en la mía y contiene un sollozo—. Llevo toda la vida queriéndote, desde el primer día que te vi entrar en clase, en la universidad, y te sentaste detrás de mí. Me movía tanto porque estaba nerviosísima de tenerte tan cerca; mi corazón latía a mil por hora durante toda la clase, quería decirte algo, pero no sabía qué, y tampoco recuerdo nada de lo que explicaba la señora Clarkson. Pero era demasiado estúpida y orgullosa para permitirme admitirlo.

Beso cada centímetro de su rostro, recogiendo con mis labios las gotitas saladas que lo humedecen, mitad agua de mar, mitad lágrimas.

—Yo también era demasiado estúpido, porque, a pesar de que me lo había admitido a mí mismo, nunca tuve el valor de decírtelo. Pero hoy no solo soy capaz de decirte que te amo, sino que quiero tener el privilegio de poder decírtelo todos los días.

—¿Cómo se anula una anulación? —me pregunta ella entre risas y lágrimas.

—No se puede —le respondo—. Hay que casarse de nuevo.

—¿En Las Vegas?

—No, no deprisa y corriendo, ni en secreto. Esta vez quiero que todos sepan que tú eres mi familia.

—¡Que la beeeseee! —corea la muchedumbre congregada en el

muelle.

—Debemos satisfacer a nuestro público —le digo, atrayéndola hacia mí.

—Si lo piensan, será porque tienen razón.

Epílogo



Sofía

Dos meses después

—¡No me lo puedo creer! ¡También el día de vuestra boda! —Es el saludo de Nate en cuanto llega a la comisaría con el talonario de cheques para la fianza ya en la mano.

—Deberíamos regalarles una tarjeta de fidelización a estos dos —dice entre risas uno de los agentes que nos custodian—. Cada diez detenciones por «Agitación y disturbios en eventos sociopolíticos», una excarcelación gratuita.

Hayden y yo hemos participado en una manifestación, pero no tenemos la culpa de habernos visto envueltos en una trifulca.

—El salón del Chateau Marmont está lleno. Hace una hora que os espera todo el mundo. Pero al menos ya estáis vestidos.

Nate le echa primero un vistazo a Hayden y después otro a mí:

estamos sentados en los bancos de las celdas, él con su chaqué y yo con mi vestido de novia, una camiseta de activista por encima y el velo totalmente torcido.

—Tú, vuelve a hacerte el nudo de la corbata. ¿Cómo es posible que casi con treinta y dos años aún no te salga bien? Sofía, quítate la camiseta de Bader Ginsburg. ¿Llevas algo nuevo, algo viejo, algo prestado y algo azul?

—El vestido es nuevo, los zapatos son viejos, los pendientes son de Cindy —le enumero.

—¿Y la cosa azul? —me pregunta Hayden.

Le indico con un gesto que se acerque a la reja metálica que separa a las mujeres de los hombres.

—¿Te acuerdas de las bragas que llevaba el día que me caí del ascensor?

Hayden abre los ojos de par en par.

—¿Aquellas con la frase «All you can eat»?

—No las tiré.

—¡Sí! —exclama Hayden con entusiasmo, agitando el puño.

—Te quiero —le susurro.

El teléfono de Nate suena y él responde de inmediato.

—¿Cómo que el oficiante se va? Me importa un bledo que tenga un funeral dentro de media hora…

Nate nos lanza una mirada incendiaria a los dos.

—Espero que os alegréis de saber que, con vuestra ocurrencia de asistir a una manifestación, la boda se ha ido al garete.

—Un momento. Agente Willis —exclamo, señalando al policía con el dedo—.Usted es un funcionario público, ¿no?

—Muy bien visto, señorita Cortez —me responde, sarcástico.

—Pues cásenos usted —le propongo.

—¡¿Qué?! —exclaman a la vez el agente, Nate y Hayden.

—Nosotros dos estamos aquí, Nate está aquí, y vosotros tenéis a mano todos los documentos. Podemos casarnos ahora.

—Dijimos que esta vez haríamos las cosas como es debido —me recuerda Hayden.

—Pero, según parece, ese no es nuestro estilo.

—Comprendo. —Nate alza los ojos al cielo y coge el móvil—. Arleen, baja del coche y tráeme las alianzas, por favor. Sí, aquí, a la comisaría, ¿dónde, si no? Y avisa enseguida a Corey y a la familia de Sofía de que vengan para acá.

Al cabo de unos minutos entra la asistente, ahora ya ascendida a la categoría de madre auxiliar, y Ashley, vestida de dama de honor con el traje que le confeccionó mi abuela.

—Papá, ¿por qué estás en la cárcel? —pregunta desconcertada —. ¿Es que no has hecho los deberes? ¿No te has lavado los dientes?

—Hum, sí. Me has pillado —responde él—. ¿Ves cómo te decía la verdad? Si no te lavas los dientes después de cada comida, la policía viene y te detiene.

—¡Como si no tuviéramos otra cosa que hacer! Fuera de aquí —nos ordena el agente Willis, abriendo las puertas de las dos celdas—. Vamos allá con esta locura. Poneos delante de…, del panel para las fotos policiales. Madre mía, las cosas que tengo que hacer —refunfuña.

Nate se coloca al lado de Hayden, Arleen a mi izquierda y el agente Willis frente a nosotros, con nuestra acta en las manos. A su lado, Ashley sostiene el estuche con las alianzas: el fragmento del plato roto de mi abuela y un óvalo con dos rosas entrelazadas, dividido en dos mitades, cada una de las cuales ha sido montada sobre un aro de oro blanco.

—Bien. —El agente Willis se aclara la voz—. Estamos aquí

reunidos en este día tan feliz para celebrar el matrimonio entre Hayden Thorn Carmichael West y Sofía Rosa Cortez de Mendoza…

—¡Un momento! —exclamo, interrumpiendo al agente y mirando consternada a Hayden—. ¿Tu segundo apellido es Thorn?

—Sí —me confirma él; nuestra primera boda en Las Vegas fue rápida e informal, y el oficiante no usó nuestros nombres completos —. En memoria de mi bisabuelo materno.

—«Thorn» —repito alucinada—. «Thorn», como «espina» en inglés.

—Exacto, «Thorn», como «espina».

—No me lo puedo creer —le susurro—. Mi abuela siempre me repetía que un día encontraría mi espina. Yo, la rosa, debía encontrar mi espina. Y una vez me dijo que tú eras mi espina. Estaba en lo cierto.

—Disculpad, ¿puedo ir a la sustancia del asunto? —pregunta el agente Willis.

Hayden me mira, como me miraba en la foto de la graduación.

—Esta no es cualquier sustancia. Esta es nuestra «Sustancia».

—Nosotros dos somos la «Sustancia» —le respondo.

Siempre lo hemos sido.

Nota de la autora

Escándalo en Hollywood es una novela cuya idea central se remonta a octubre de 2018.

Entonces ¿por qué he tardado tanto tiempo en escribirla? Pues porque desde esa fecha hasta hoy he estado siguiendo la trama legal en torno a la que gira *Escándalo en Hollywood*.

Hayden y Sofía aún no existían, pero el Nomyra sí.

En realidad, no se llama Nomyra, y la compañía Whitaker Chemical tampoco se llama Whitaker Chemical.

Mi novela es ficción, es fantasía, y tanto los hechos relatados como el desarrollo de los acontecimientos son fruto de mi imaginación, pero, en lo referente a la existencia de un dispositivo esterilizador que provocó graves sufrimientos a las mujeres que lo llevaban, me he inspirado en la realidad.

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

A finales de 2018 tenía que someterme a una pequeña intervención obstétrica de rutina y, antes de ingresar, acudí, como es habitual, a la visita preoperatoria con el cirujano.

Antes de que me tocara a mí, el doctor había visitado a otra paciente, que también estaba en la lista de espera para ser operada,

y mientras yo me sentaba, dispuesta a que me comentara mi historial, se dirigió a la comadrona, le pasó el formulario de consentimiento firmado por la paciente que me había precedido, y le comentó con extrañeza:

—La línea está aquí, pero ha firmado en otro sitio.

Y a mí me dio por opinar —sin que me lo hubieran pedido— lo siguiente:

—Habrá sido de los mismos nervios.

El cirujano se me quedó mirando y discrepó:

—No, es que apenas ve.

Mi expresión de perplejidad —¿me había equivocado de planta y había ido a parar a Oftalmología?— indujo al doctor a argumentar su afirmación.

Me habló de la existencia de un dispositivo de esterilización permanente que, según se afirmaba, carecía de efectos secundarios, se insertaba en cuestión de minutos con una simple visita ginecológica, y gracias al cual la paciente podía prescindir de tomar anticonceptivos hormonales, anticonceptivos de larga duración o someterse a una intervención quirúrgica de ligadura de trompas.

El problema era que muchas mujeres a las que les había sido implantado este dispositivo —cuyo verdadero nombre no revelaré— empezaron a quejarse de una larga lista de trastornos, que iban desde los más comunes hasta los menos frecuentes. Y, lo más importante, ningún médico, ante la ausencia de informes que revelasen efectos secundarios, estaba en condiciones de asociar dichos trastornos con el dispositivo implantado.

El cirujano que me había de operar era uno de los pocos médicos en toda Italia que estaba asumiendo el riesgo de extraer el dispositivo, y uno de los primeros en establecer un protocolo de intervención, que hasta ese momento no existía.

También me explicó que en Estados Unidos habían emprendido una demanda colectiva, secundada por la activista Erin Brockovich, contra la compañía que fabricaba el dispositivo.

La conversación que mantienen el doctor Folger, Sofía y Hayden en el capítulo 49 viene a ser, a grandes rasgos, una reconstrucción de la que yo mantuve con el cirujano durante mi visita preoperatoria.

Y allí fue donde pensé: «Aquí hay "Sustancia"».

No sabía qué hacer con ello, ni cómo, pero tenía claro que deseaba seguir el caso hasta el final; saber más y buscar un modo de explicarlo.

Tanto el incendio del Livingston Inn como los documentos falsos presentados a la FDA son fruto de mi imaginación, pero no así el sufrimiento que el dispositivo que aquí aparece bajo el nombre ficticio de «Nomyra» causó a cientos de miles de mujeres, sin que supieran cuál era la causa.

En 2020, las pacientes que se sumaron a la demanda colectiva en Estados Unidos contra la empresa fabricante recibieron una indemnización; en el resto del mundo, las demandas colectivas presentadas en distintos países, incluida Italia, siguen su curso. Desde entonces, estuve pensando en cómo desarrollar esta historia, hasta que por fin aparecieron Hayden y Sofía para ayudarme.

Si entre los lectores de esta novela hay personas que trabajan en el sector médico, les pido disculpas por algunas simplificaciones que me he visto obligada a hacer, pero tenía que mantener el tono novelesco para que la ficción no acabara convirtiéndose en un tratado de medicina, aunque sí espero haber conservado el espíritu y la esencia de la investigación.

Agradecimientos

He perdido la cuenta de todos los agradecimientos que tenía escritos, pero el primero de todos siempre va dedicado a ti, que has leído y has dedicado tu tiempo a mi historia.

El segundo «gracias» es para Sofía y Hayden, que me han brindado la oportunidad de escribir una historia que llevaba años esperando contar.

También quiero darle las gracias al doctor Matteo Crotti —aunque probablemente él no leerá esto—, que despertó mi interés por el tema de la investigación que he confiado a las voces y a las mentes de Sofía y Hayden.

Además, y como siempre, les doy las gracias a mi familia y a mis amigas, a las cercanas y a las lejanas, porque soy consciente de que tener que escucharme, con lo logorreica, pesada y repetitiva que puedo llegar a ser, requiere mucha paciencia.

Gracias a Elena Paganelli, que una vez más no se ha dejado intimidar por mis propuestas —pero ha seguido enviándome la pegatina de la gaviota—.

Al editor de Newton Compton, Raffaello Avanzini, porque al fin me ha concedido una cubierta con «el color prohibido».

A Carol Gullo, por no haberme redireccionado al correo basura tras la enésima petición de modificar el vestido.

Al equipo Barbie Beatrice Maione y Bianca Giordano. A Antonella Sarandrea por nuestras llamadas telefónicas de los lunes.

A Clelia Frasca, Gabriele Anniballi y Gialluca Avanzini por evitarme denuncias.

A toda la redacción de la editorial, Massimo y Vladimiro.

Como siempre, me habré olvidado de alguien, pero espero hacerme perdonar con un buen *spritz*.

Gracias por haber llegado hasta aquí; espero que volvamos a encontrarnos en la próxima historia.

Un abrazo,

ZIA FELICIA

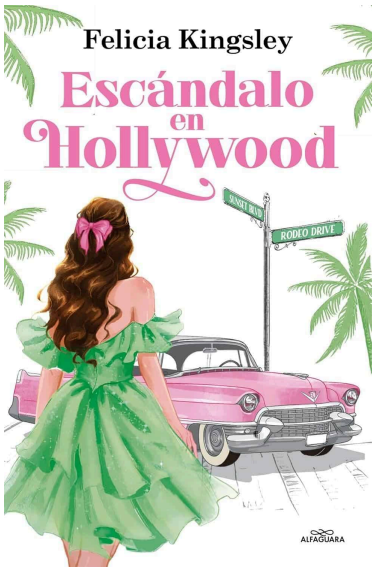
Lista de reproducción

Como de costumbre, incluyo las canciones que me han acompañado durante la escritura de *Escándalo en Hollywood*:

«California», U2
«L. A. Baby», Jonas Brothers
«Guess», Billie Eilish feat. Charlie xcx
«Look Who's Laughing Now», Benjamin Ingrosso
«Running Around», Ely Oaks
«Free Bird», Moonlight
«All the Small Things», Blink-182
«Diana», Paul Anka
«Put Your Hands on My Shoulders», Paul Anka
«What Would Happen?», Meredith Brooks
«Bumpy Ride», Mohombi & Pitbull
«Style», Taylor Swift
«Diet Pepsi», Addison Rae
«The Lighthouse», Stevie Nicks
«labour», Paris Paloma
«Into the Fire», Thirteen Senses

«The Man», Taylor Swift
«Power», Little Mix
«In My Head», Jason Derulo

La autora revelación de la novela romántica italiana, con más de 2,5 millones de ejemplares vendidos, regresa con una historia llena de tensión, chispa y química irresistible.



Sofía Cortez siempre soñó con ser periodista de investigación, pero ha terminado atrapada en una revista al borde del cierre escribiendo sobre cotilleos. Justo lo que más detesta.

Hayden West, alias Wild Wild West, es todo lo contrario: el rey del gossip, temido por las celebridades y siempre un paso por delante con sus exclusivas.

Sofía y Hayden son rivales desde la universidad, y sus caminos se cruzan de nuevo al perseguir la misma noticia. Bajo los focos de Hollywood, podrían darse cuenta de que aliarse es más útil que

enfrentarse... y de que las chispas entre ellos corren el riesgo de convertirse en un incendio.

Felicia Kingsley es de Módena y trabaja como arquitecta. Está considerada la reina de la romántica italiana. Sus novelas se han traducido a doce idiomas y, en 2023, fue la autora más leída de Italia, con un millón de ejemplares vendidos en doce meses.



Título original: *Scandalo a Hollywood*

Primera edición: junio de 2026
Publicado por primera vez en 2025 por Newton Compton Editori S.r.l., Roma.

© 2025, Felicia Kingsley
Publicado por acuerdo con Newton Compton, junto con sus agentes debidamente designados,
MalaTesta Lit. Ag. y The Ella Sher Literary Agency.
(c) 2025, Newton Compton Editori, srl, Roma
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Manel Martí Viudes, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación a partir del diseño original de Caterina Iliano y Carol Gullo para Newton Compton Editori
Ilustraciones de portada: © Giannina Filizzola

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de

lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87949-51-8

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Escándalo en Hollywood

1. Hayden

2. Sofía

3. Hayden

4. Sofía

5. Hayden

6. Sofía

7. Hayden

8. Sofía

9. Hayden

10. Sofía

11. Hayden

12. Sofía

13. Hayden

14. Sofía

15. Hayden

16. Sofía

17. Hayden

18. Sofía

19. Hayden
20. Sofía
21. Hayden
22. Sofía
23. Hayden
24. Sofía
25. Hayden
26. Sofía
27. Hayden
28. Sofía
29. Hayden
30. Sofía
31. Hayden
32. Sofía
33. Hayden
34. Sofía
35. Hayden
36. Sofía
37. Hayden
38. Sofía
39. Hayden
40. Sofía
41. Hayden
42. Sofía
43. Hayden
44. Sofía
45. Hayden

46. Sofía
47. Hayden
48. Sofía
49. Hayden
50. Sofía
51. Hayden
52. Sofía
53. Hayden
54. Sofía
55. Hayden
56. Sofía
57. Hayden
58. Sofía
59. Hayden
60. Sofía
61. Hayden
62. Sofía
63. Hayden
64. Sofía
65. Hayden
66. Sofía
67. Hayden
68. Sofía
69. Hayden
70. Sofía
71. Hayden
72. Sofía

73. Hayden
74. Sofía
75. Hayden
76. Sofía
77. Hayden
78. Sofía
79. Hayden
80. Sofía
81. Hayden
82. Sofía
83. Hayden
84. Sofía
85. Hayden
86. Sofía
87. Hayden
88. Sofía
89. Hayden
90. Sofía
91. Hayden
92. Sofía
93. Hayden
94. Sofía
95. Hayden
96. Sofía
97. Hayden
Epílogo. Sofía
Nota de la autora

Agradecimientos
Lista de reproducción
Sobre este libro
Sobre Felicia Kingsley
Créditos